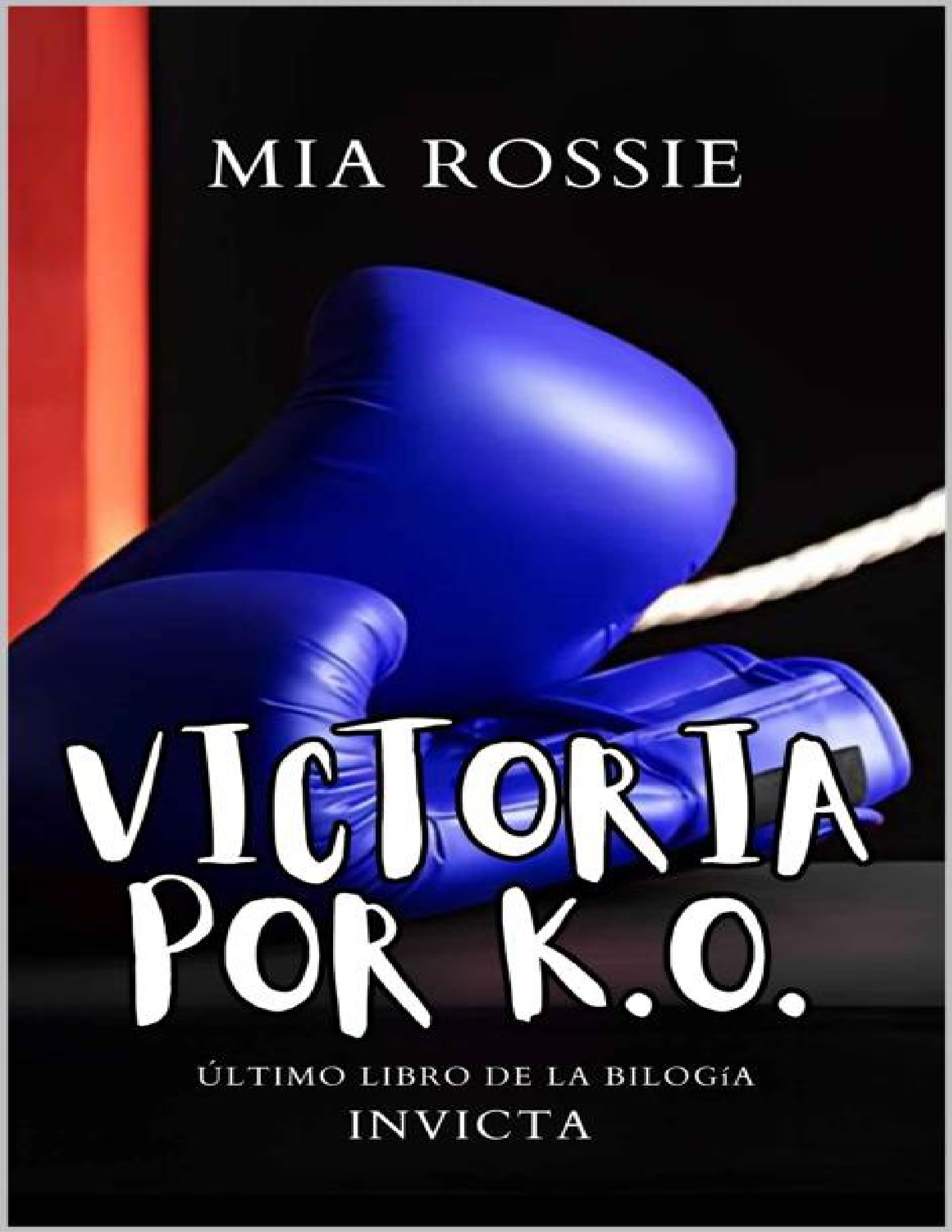




MIA ROSSIE

VICTORIA POR K.O.

ÚLTIMO LIBRO DE LA BILOGÍA
INVICTA

ÚLTIMO LIBRO DE LA BILOGÍA
INVICTA

VICTORIA POR K.O.



MIA ROSSIE

Título: Victoria – Bilogía Invicta
Copyright © 2023, Mia Rossie
Corrección por Raquel Attard (@misscorrecciones)
Maquetación por Mia Rossie

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

ADVERTENCIAS

Este aviso puede contener spoilers.

No recomiendo la lectura si eres sensible a violencia, abuso mental/emocional, drogas, amenazas, peleas clandestinas, escenas sexuales entre los protagonistas y mención de abuso sexual fuera de página.

“Si contásemos nuestros secretos,
cuánto consuelo encontraríamos.”
—John Churton Collins

[CAPÍTULO UNO: Un día en el parque](#)

[CAPÍTULO DOS: Las llamas de la venganza](#)

[CAPÍTULO TRES: Necesito ayuda](#)

[CAPÍTULO CUATRO: De mal en peor](#)

[CAPÍTULO CINCO: Voy a ponerme guapa](#)

[CAPÍTULO SEIS: No me queda nada](#)

[CAPÍTULO SIETE: Salvación o condena](#)

[CAPÍTULO OCHO: Cuéntamelo todo](#)

[CAPÍTULO NUEVE: La verdad I](#)

[CAPÍTULO DIEZ: La verdad II](#)

[CAPÍTULO ONCE: Nuestra historia](#)

[CAPÍTULO DOCE: Mentiras](#)

[CAPÍTULO TRECE: Los hombres y sus venganzas](#)

[CAPÍTULO CATORCE: Diez minutos de mierda](#)

[CAPÍTULO QUINCE: Obediente y mía](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS: ¿Quién besa mejor?](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE: Adam](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO: Culpable](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE: Han pasado setenta y dos horas](#)

[CAPÍTULO VEINTE: La cita](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO: Asuntos pendientes](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS: Bajo la lluvia](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS: Siempre tuya. Siempre mío.](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO: La caja de zapatos](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO: La despedida](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS: El plan](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE: Sobrevivir](#)

CAPÍTULO VEINTIOCHO: La revelación

CAPÍTULO VEINTINUEVE: Sangre por todas partes

CAPÍTULO TREINTA: No cierres los ojos

CAPÍTULO TREINTA Y UNO: Te necesito

EPÍLOGO

Capítulo uno: Un día en el parque

VICTORIA

Antes solía ser feliz.

Las cosas eran más fáciles, la vida en general era más simple. Yo tenía un padre y una madre, ambos sanos y a mi lado; tenía una hermana pequeña que solo se preocupaba por jugar, y yo soñaba con estudiar y ser una gran doctora o una fuerte policía.

Esos tiempos acabaron.

Ahora recuerdo esos momentos con especial cariño, aunque parecen tan lejanos que algunas veces me pregunto si de verdad ocurrieron o es solo mi cabeza intentando convencerme de que no todo ha sido malo siempre.

Sea como sea, uno de mis momentos preferidos eran los días que pasábamos en el parque «El Jardín de los Secretos». Es un bonito refugio natural donde hay muchísimos tipos de árboles, como si fuera un jardín botánico o algo así.

Mi madre me contó que hacía muchísimos años una joven pareja se enamoró en el laberinto que se encontraba al final del río. Desde el momento en que me explicó la historia por primera vez me quedé encandilada y siempre que íbamos le decía que me la contara.

Este lugar no ha sido siempre como lo ves ahora, cariño. Hace muchos muchos años solo era un prado sin nada más que algunas flores silvestres aquí y allá, pero un día de lluvia una joven hermosa y fuerte, huyendo de su dolor, encontró este sitio.

¿Ves esa casita, allí, junto al estanque?

Allí fue donde se resguardó la joven al caer la noche. No fue hasta la mañana siguiente cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Un apuesto y amable muchacho era el dueño de la casa y de las tierras.

El chico, tras escuchar su triste historia, encandilado por su belleza y fortaleza la dejó quedarse con él a cambio de cuidar del jardín alrededor de su hogar.

La realidad era que él no esperaba que ella hiciera mucho, solo quiso ofrecerle su ayuda y gozar de su compañía, puesto que llevaba mucho tiempo viviendo en soledad.

Pero la joven, enamorada de la belleza del prado, se esforzó en convertirlo en el lugar más hermoso posible. Después de todo, ese era el trato que había hecho con el chico.

Viajaron por los pueblos cercanos en busca de hermosas flores y robustos árboles que plantar en sus tierras y, con amor y dedicación, poco a poco el lugar empezó a tomar forma.

Y aquí, justo donde estamos sentadas, mi pequeña Victoria, plantaron este hermoso árbol llorón, en el lugar donde se dieron su primer beso y escondieron su primer secreto.

Mas la calma no duraría mucho.

Un día apareció en la puerta un hombre buscando a su prometida fugada. Era la hermosa joven por la que estaba empezando a caer enamorado.

Decidido a protegerla, la escondió en las profundidades del laberinto que juntos habían estado creando. Durante semanas, el cruel hombre que había hecho daño a la joven se presentó cada día preguntando por ella, pero siempre obtuvo la misma respuesta.

Ella permaneció día y noche escondida en el interior del laberinto hasta que, un día, finalmente el hombre no volvió y el muchacho por fin pudo ir a buscarla.

Algunos dicen que nunca la encontró y ambos vivieron solos hasta el fin de sus días.

Pero los más románticos, como yo, sabemos la verdad.

Él logró encontrarla a pesar de la dificultad, se casaron y juntos siguieron cuidando de este lugar hasta que la luz de sus días se fue apagando.

Se le conoce como «El Jardín de los Secretos» porque cuenta la leyenda que muchas parejas han venido aquí a probar su amor o a esconderse de quienes no permitían que se amaran libremente.

Todo empezó como un secreto, él tenía que ocultarla y, después, no se supo con certeza qué ocurrió con ellos.

¿Lo ves, cielo?

Es todo un misterio.

Un gran y romántico secreto.

Yo no me considero una romántica, pero había algo en esa historia que me fascinaba, aunque supongo que eso también se debía a lo mucho que me gustaba escuchar a mi madre hablar.

Ir allí era lo más divertido de la semana, no solo por las historias, también por la comida y los juegos. Mi familia preparaba pícnicos casi cada domingo y pasábamos todo el día allí jugando.

Mi hermana incluso dio sus primeros pasos allí, antes de tropezarse con una raíz y que esa se convirtiera también en la primera vez que comía tierra.

Teníamos un lugar favorito donde siempre nos reuníamos, era como nuestro sitio especial. Siempre que íbamos allí acabábamos extendiendo nuestra manta bajo la sombra de ese hermoso sauce llorón. El árbol crecía junto a un pequeño río y sus hojas caían bajas hasta el suelo, dando la impresión de estar rodeado de hermosas cortinas.

Era un lugar mágico.

Mi madre me enseñó a leer bajo ese sauce, era el lugar perfecto para jugar a policías y ladrones, y la comida sabía mucho mejor bajo sus ramas.

Cuando estábamos allí el tiempo parecía detenerse, solo éramos nosotros cuatro disfrutando de un hermoso momento en familia. Algo que, desgraciadamente, pronto acabaría.

Ese parque era mi lugar seguro, el único sitio donde me sentía a salvo de todo lo malo que había en mi vida.

Solo allí, bajo el sauce llorón, cualquier secreto permanecería a salvo.

Capítulo dos

Las llamas de la venganza

VICTORIA

Está lloviendo.

Veo las gotas de agua golpear contra la ventana, el viento las azota sin piedad y yo sigo con mis ojos el camino que recorren mientras resbalan por el cristal. Es como si el propio clima estuviera enfadado. Entiendo su ira.

Han pasado casi cuatro semanas, casi un mes completo, y no logro apagar el fuego que hierve en mi interior. Trato de consumir las llamas, dejar que las brasas se enfríen y no lanzarme en alguna misión suicida que, sin duda, empeoraría las cosas.

Casi no he dormido desde esa noche, me mantengo en un constante ciclo de hipervigilancia que me impide hacer cualquier otra cosa salvo estar paranoica todo el tiempo.

Quien me conoce sabe que no soy la persona más paciente o reflexiva, suelo golpear antes de preguntar, aunque antes no era así. Ahora es todo lo que soy, todo lo que me queda; la ira y el amor por mi familia.

Estoy agotada. No estoy segura de cómo sigo en pie, me muevo por pura determinación, impulsada por algo más fuerte que yo misma.

Revivo el momento de la explosión una y otra vez en mi mente, no importa lo que esté haciendo, los gritos de dolor de Kathy me acompañan cada maldito segundo de mi día. La escucho sollozar, clamando mi nombre como una oración de súplica. Recuerdo la impotencia, mi propio dolor, el escozor de mis ojos y el rasgar de mis palabras en el viento.

Aún no consigo evitar saltar cuando escucho las sirenas de las ambulancias tronar por las calles, no logro evitar que la piel se me erice al verlas pasar. Tampoco soy capaz de reprimir la imperiosa necesidad de llamar a todas las personas que quiero para asegurarme de que esa ambulancia no es para ellos. «Paranoica».

¿Cómo no estarlo? ¿Cómo no vigilar mis espaldas en cada paso? ¿Cómo no temer por la vida de mis seres queridos si cada decisión que tomo puede costarles la vida? ¿Cómo puedo respirar tranquila si vivo con una mano rodeando mi cuello? Apretando hasta asfixiarme cada vez que creo que puedo ser feliz. ¿Cómo...?

La situación me consume cada vez más, mis opciones son limitadas y la posibilidad de hacer cualquier movimiento sin ser observada es... imposible. Estoy atrapada. No hay salida para mí.

Nuestras vidas se han visto sacudidas; las consecuencias físicas y mentales de lo sucedido nos han pasado factura a todos. Hemos tratado de mantenernos unidos, pero apenas pude tolerar la compañía de Nathan y Rayder las primeras semanas. Sabía que era mi culpa.

No podía sentarme junto a ellos sabiendo que la responsable de la explosión había sido yo. ¿Mirarlos a los ojos y fingir que no sabía nada? No podía hacer eso, simplemente era imposible.

Conocía al responsable, sabía el motivo y todo era por mí, por no obedecer, por crearme más inteligente que él, por confiar en que por una vez en la vida las cosas me podrían ir bien. «Estúpida».

No puedo decir la verdad. Eso nos pondría aún más en peligro a todos. ¿De qué sería capaz

si yo confesaba todo lo que sabía de él? Tiemblo solo de pensarlo. No quiero abrir esa puerta, no quiero indagar en esas ideas.

Además, temo lo que puedan pensar mis amigos de mí si lo averiguan.

Rayder estuvo a punto de perder la cabeza aquel día, las últimas semanas solo ha estado buscando gente con quien descargar su rabia —y sus puños—, y Carter está decidido a encontrar al culpable, solo lo he visto así de obsesionado con otro caso, y ese es el de Colton.

Supongo que si confesara solucionaría todos sus problemas de un plumazo, ¿no? Rayder encontraría en quién descargar su ira y, aunque preferiría cortarse una mano antes que golpear a una mujer, también sé que está enamorado de Kathy y que sería capaz de matar por ella.

Carter... Bueno, él tendría al responsable en sus manos, una razón para detenerlo y otras mil para encarcelarlo de por vida, y a mí con él. A fin de cuentas, callar todas las barbaridades que sé de él me convierte en su cómplice, con amenazas o sin ellas.

Y Nathan, Nath... No podría volver a mirarlo a la cara; tampoco creo que él quisiera ver la mía nunca más. ¿Sería capaz de perdonarme algo así? Sabría que no fue a sabiendas, que todo es una función de títeres en la que Colton es el titiritero y los demás sus muñecos de trapo, ¿no? Lo entendería, ¿cierto?

Quiero creer que sí, necesito creer que podría entender lo que me veo obligada a hacer. Que entendería que solo fue un error, que estoy tratando de proteger a mi familia, que yo... ¿A quién quiero engañar? ¿Acaso yo sería capaz de perdonarlo sí por su culpa Roro o Dani salieran heridos? ¿Lo haría?

No tengo una respuesta para ello. Son mi hermana y mi hijo, pero Nath y Kathy siempre han sido más que solo amigos, también son familia, son como hermanos para mí. Entonces..., ¿lo perdonaría?

—Es tu turno.

Dejo de observar cómo retuerzo las manos en mi regazo para levantar la vista hacia Nath. Camina hacia mí con un aura pesada a su alrededor. Asiento por toda respuesta antes de ponerme en pie e ir hacia la habitación de la que acaba de salir.

El cuerpo inerte de Kathy está dentro, sobre una camilla y bajo una fría sábana blanca. Mis manos tiemblan mientras trato de ahogar un sollozo y contener las lágrimas que luchan por caer de mis ojos.

Quiero llorar y gritar. Quiero correr, abrazarla y no soltarla jamás. Quiero pedirle perdón y suplicar por su absolución, porque no puedo soportar la idea de perderla, de no tenerla en mi vida, de que me odie. En lugar de eso me mantengo en silencio, reúno todo el coraje que me queda y continuo caminando hasta llegar junto a la camilla.

—Hola, Vicky.

Rompo en llanto. He tratado de contenerlo, pero soy incapaz. Gruesas lágrimas resbalan por mis mejillas y me ahogo tratando de respirar. Soy una horrible visión de mocos, hipos y llanto, pero no puede importarme menos.

Me lanzo con los brazos abiertos para rodear los hombros de Kathy, diciendo palabras incoherentes que ni yo misma entiendo. No importa. Está viva y esa es la mayor felicidad que he experimentado en los últimos días.

—Yo también te quiero —dice rodeando con un brazo mis hombros.

Sabe que lo hago, sabe que la quiero. Decir esas palabras es complicado para mí, no soy una persona que muestre su afecto demasiado a menudo, pero dejo que mis actos hablen por mí y, aunque ahora mismo no tengo la mejor carta de presentación, la quiero, es mi hermana.

Me separo de ella a regañadientes, porque todo lo que quiero es abrazarla y asegurarme de que está viva y bien a mi lado, pero está herida y el médico nos advirtió desde el primer día que debíamos tener cuidado.

Llegó al hospital semiinconsciente, con una muñeca y un tobillo torcidos, una ligera contusión, producto de haberse golpeado la cabeza contra el suelo, y una ligera pérdida de audición en el oído izquierdo.

Las quemaduras fueron lo más grave y lo más difícil de tratar. Por suerte, se encontraba lo suficientemente lejos del coche como para que, con el paso del tiempo, apenas le dejen cicatriz. Pensar que solo unos pasos más cerca podrían haberla marcado de por vida... No quiero imaginarlo.

—¿Cómo estás? —pregunto, aun sabiendo que es una pregunta absurda. Si a mí me dijeran algo así, les daría mi mejor cara de «jódete»; en cambio, Kat me sonríe y con su mano buena rodea la mía en un suave apretón.

—Mejor —asegura—. El doctor dice que pronto podré volver a casa.

—Eso es genial, Kathy. —Rodeo con ambas manos la suya y la sostengo cerca, no confío demasiado en mi voz. Siento que en el momento en que salga de aquí la amenaza volverá y la pondré en peligro de nuevo—. Genial.

Dos semanas más es lo que tardan en darle el alta, y para entonces yo ya he sido advertida: no puedo levantar sospechas, debo actuar con normalidad y cumplir con mi cometido, sin excusas, sin desvíos. No más distracciones.

La situación me supera. Mentiras y más mentiras. Traición. Dolor. Rabia. ¿Cuánto puede sentir una persona antes de explotar? ¿Cuánto dolor puede soportar antes de darse por vencida?

No lo sé, pero estoy a punto de averiguarlo.

Capítulo tres

Necesito ayuda

CARTER

Es un callejón sin salida.

Alejo la silla del escritorio, suspirando con frustración, mientras paso las manos por mi rostro. No hay nada, no hay pruebas que pueda seguir o siquiera sospechosos.

Me siento cada vez más frustrado, parece que últimamente no soy bueno en mi trabajo. No hay forma de avanzar, estoy atascado en la investigación del accidente de Kathy igual que en la de Colton.

El seguro concluyó que todo se debía a un error del motor, una pieza defectuosa. No me lo creo, mi instinto me dice que eso no es lo que pasó, que hay mucho más detrás de esa explosión que un simple error humano. Hay algo, no sé el qué, pero no me gusta.

Eso no ha sido suficiente para mis jefes, por eso no puedo dejar de fruncir el ceño al leer la palabra «cerrado» en la casilla de «estado actual» del documento que tengo en mis manos. Ya no hay nada que pueda hacer, a pesar de estar seguro de que hay gato encerrado en esta historia.

Es como si estuviera defraudando a mis amigos al no poder dar carpetazo a su caso como me gustaría, investigar a fondo y llegar al final de cada pista, pero desgraciadamente no hay nada con lo que trabajar. Soy como un sabueso sin un rastro que perseguir.

Sé que estoy fracasando, pero tampoco sé qué debo hacer a continuación. Estoy entre la espada y la pared, necesito encontrar algo, una pista, lo que sea. No estoy en mi mejor momento y seguir adelante con esto es demasiado difícil.

Suspiro pasándome las manos por el cabello con frustración. Tal vez tendría que salir para que me dé un poco el aire.

Me pongo la chaqueta y me despido de Kenzie. Tengo en mente el lugar perfecto al que ir y la mejor persona a la que puedo contarle mi encrucijada.

Una media hora después me bajo del coche observando el paisaje frente a mí. Hace un día hermoso, el sol está en lo alto, brillando como nunca, y una suave brisa hace que las ramas de los árboles se muevan ligeramente. Es un clima agradable antes de la temporada de lluvias.

Camino entre las lápidas llenas de recuerdos y amor. Veo a la gente llorar y hablar con sus familiares, les dejan flores y acarician la fría piedra como última despedida.

Todo aquí es tristemente familiar. Reconozco a la señora García al otro lado, que me sonrío ligeramente antes de volverse hacia la placa de su marido. No conozco su historia, pero hemos coincidido varias veces por aquí, es una mujer encantadora, con cabello corto gris y unas gafas demasiado grandes para su pequeño rostro.

Siempre trae una silla plegable y se sienta durante horas a explicarle a su difunto marido todo sobre sus nietos. Incluso en la muerte, el amor no acabó para ellos, no los separó.

Reflexiono sobre esa clase de amor. Es imperecedero e inquebrantable. Muy poca gente es bendecida con algo así. Envidio su relación. Nunca creí que me sentiría de esta manera, pero lo hago, y quererlo para mí me llena el corazón, a pesar de la breve sensación de vacío que siento al pensar en ella.

Sigo caminando mientras decido cómo empezar esta conversación. Hace tiempo que no

vengo a visitarlo y hay mucho que contar para ponerlo al día.

Parece mentira que ni siquiera haya pasado un año desde que Victoria entró en mi vida tras el asesinato de Adrien. Han ocurrido tantas cosas que apenas puedo procesarlo todo.

Me detengo frente a la piedra con el nombre de mi padre y, como siempre, siento un nudo en la garganta cuando leo las fechas que resumen su vida.

—Hola, papá —saludo con un suave susurro.

No tengo respuesta, obviamente, pero en mi mente puedo escucharlo saludarme de vuelta. Sonríe al recordarlo, ya no duele como antes, pero siempre extrañaré no poder hablar con él de verdad, no poder darle un último abrazo.

Me sacudo el pensamiento, no quiero ponerme melancólico ahora, quiero que nuestra conversación de hoy sea tranquila y me ayude a despejar la mente.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que vine a verte —continúo hablando.

Guardo las manos en los bolsillos de mis pantalones y clavo la mirada en su nombre. ¿Por dónde empiezo?

—En casa están todos bien, preocupados por mí, ya sabes. —Ruedo los ojos—. Como si no pudiera cuidar de mí mismo. Tus hijas son la malvada Trinidad. Si supieras la de veces que Willa ha intentado liarme con alguna de sus horribles amigas. —Finjo un escalofrío—. No te habría gustado ninguna de ellas. —Suspiro—. Victoria sí te hubiera gustado.

Sonríe al pensar en mi padre y en la morena hablando, serían una pequeña explosión. A ella le habrían encantado las historias de mi padre y, a él, la actitud desafiante de ella. Sin duda él la aprobaría. Es más, estoy seguro de que al final del día la habría querido más a ella que a mí.

Me río secamente ante el pensamiento. A mis hermanas también les caería bien si la llevara a casa, y mi madre adoraría a Roro y a Dani, los acogería como sus nietos sin pensarlo dos veces.

Esa imagen es cada vez más lejana en mi mente. Victoria se aleja de mí un poco más cada día, lo sé, y las mentiras que nos hemos estado contando solo difuminan más ese cuadro.

—No hemos empezado de la mejor manera y tampoco creo que lo estemos haciendo bien. Ella tiene un hijo, lo adoraría, es superinteligente y muy valiente, tendrías que ver cómo sonríe ella al verlo. —Inevitablemente sonrío yo también—. Lo ha pasado muy mal desde antes de que naciera. Su padre también era policía, quizá os conocáis.

No sería algo extraño, en realidad, tampoco es una ciudad tan grande, aunque el centro está más urbanizado que nunca.

—Me gusta más de lo que pensaba y no quiero hacerle daño, pero —me paso una mano por el rostro con frustración— también quiero atrapar a Colton, papá. Si no fuera por su culpa no estarías ahí abajo y yo no puedo soportarlo. Ese hombre tiene que pagar y siempre he pensado que el fin justifica los medios, pero ya no estoy tan seguro.

¿Tengo que destrozar una familia y dejar morir lo que siento por ella para poder vengarte? ¿Es así como funciona? ¿Tengo que elegir entre la venganza y mi corazón?

—¿Qué debería hacer, papá?

Sé lo que me dirías y, aun así, pensar en rendirme me aprieta el estómago. Es como un puño en mi garganta que me oprime y no me deja tomar ninguna decisión.

Quiero estar con ella, pero también quiero acabar con Colton, y empiezo a darme cuenta de que no podré tener ambas cosas.

Eventualmente me veré obligado a escoger: lo que siento por Victoria y su familia o el trabajo de toda una vida. He renunciado a mucho estos años para rendirme ahora, he luchado y he hecho sacrificios en cada paso que he dado y ahora... No sé si todo esto ha valido la pena.

No estoy más cerca de atraparlo que antes, siento que se me escapa en las narices. Y con ella... Mientras siga buscando venganza por la muerte de mi padre, mientras siga indagando en su pasado y mientras sigamos mintiéndonos no hay un futuro posible para ninguno.

—¿Qué debo hacer, papá? —repito con la voz entrecortada—. Necesito tu ayuda.

Capítulo cuatro

De mal en peor

VICTORIA

Los días han sido especialmente largos estas últimas semanas con Kathy en el hospital, Carter husmeando más que nunca, las palizas en los combates... y la falta de dinero.

Este mes ha sido difícil, siempre lo es cuando vienen de visita los servicios sociales y hay que “encaminarlos” hacia la idea de que criar a dos niños en un motel, con una rata de mascota y un cartón de leche caducado en la nevera, es una buena forma de educarlos.

Agradezco que acepten el dinero, de otra forma ya estaríamos separados, pero cuando se van no queda ni para comprar galletas.

Observo a mi hermana y a mi hijo mientras comen un sencillo plato de pasta con tomate. Al menos teníamos eso en la despensa. Suspiro llevándome el tenedor a la boca. Hemos pasado el día de hoy con éxito, así que trato de no preocuparme por el mañana.

Iremos día a día, no puedo pensar en el futuro ahora. Acabaré llorando en una esquina del baño si lo hago.

—Mami, aún tengo hambre —dice mi bebé, señalando su plato vacío. Daniela y yo dejamos de comer al instante y nuestros ojos se encuentran con preocupación.

Roro está creciendo muy rápido y siempre tiene hambre. Su pequeña barriguita se está convirtiendo en un pozo sin fondo que no puedo alimentar correctamente.

—No queda má... —empieza a decir mi hermana, dedicándole una mirada de pena a su sobrino.

—Cómete el mío, cariño. —Hablo por encima de ella antes de que pueda terminar la frase. Me pongo de pie y me inclino sobre mi hijo, vaciando mi plato en el suyo—. Mamá no tiene hambre.

—¡Gracias! —exclama feliz, empezando a devorar los espaguetis.

—Vicky, no puedes... —Frunce el ceño en mi dirección con preocupación.

—No tengo hambre, Dani, no te preocupes —digo mientras niego haciendo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Pero...

—Está bien. —Sonrío retirando mi plato de la mesa para empezar a lavarlo junto a lo que he usado para cocinar.

—Podemos darle la mitad cada una —insiste.

—Come o te lo meteré por la nariz, Daniela. —Le lanzo mi mejor mirada seria por encima de mi hombro. No hay discusión, no cambiaré de opinión y ella lo sabe.

Mantiene su mirada fija en mí durante varios segundos más antes de rendirse finalmente y seguir comiendo con una expresión de resignación y tristeza. «Lo siento, cariño».

Les doy la espalda mientras escucho a mi hijo explicarle a Dani el sueño sobre dinosaurios que tuvo anoche.

Intento mantener la compostura, pero antes de darme cuenta las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. Muerdo mi labio inferior y ahogo los sollozos para no dejarlos salir, me centro en lavar los platos sucios y en evitar que mis hombros tiemblen.

Aguantaremos, lo conseguiremos, pero algunas veces se vuelve demasiado duro seguir adelante. Suspiro temblorosamente mientras acabo de fregar los platos y me seco las manos.

Cierro los ojos y tomo una profunda bocanada de aire. Hoy tengo una pelea, traeré dinero a casa y llenaremos la nevera. Comeré entonces. Hasta ese momento me vuelvo hacia mi pequeña familia con una sonrisa y les digo que se preparen para irse a dormir, es hora de que me marche a trabajar.

Camino hasta las afueras, no es la forma más rápida de moverse por la zona, pero sí la más económica. La fábrica abandonada donde tendrán lugar los combates de esta noche parece que se vaya a caer a pedazos.

No sé cómo Colton encuentra estos sitios, y menos aún cómo la policía no pone vigilancia en sitios como este. Es de dominio público lo que sucede en cualquier edificio sin dueño lo suficientemente grande para albergar a los cientos de degenerados que asisten a sus espectáculos.

En realidad, tengo mis sospechas. No es muy difícil llegar a esa conclusión. Si yo, que apenas tengo para comer, soy capaz de sobornar a un asistente social de pacotilla, qué no hará Farley con todo el dinero que tiene.

Entro en el edificio. Huele a moho y a suciedad, la garganta me pica y tengo que toser para intentar aclararla. Menuda noche me espera.

Me encuentro con Colton frente a una puerta con un cartel colgado que dice «vestuario uno», el mío.

Lo que me dice, sin duda, no hace más que mejorar mi día. De repente las peleas sin reglas y los luchadores dopados ya no son lo suficientemente brutales para el público, así que en los próximos combates ha decidido añadir ciertos accesorios a la lista, como los puños americanos y cualquier tipo de barra metálica entre ellos.

Las últimas peleas han sido sangrientas, demasiado incluso para los estómagos más curtidos. Es asqueroso y vicioso, todo un éxito, según él.

Y hoy es mi noche de estreno. Mi momento de perder de nuevo.

—¿Estás loco? ¡Me matarán a golpes! —grito en cuanto entramos en el vestuario. Estoy hecha una furia, van a convertirme en papilla en el momento en que ponga un pie en el cuadrilátero.

—No si eres lo suficientemente buena. —Se encoge de hombros como si fuera obvio.

Esta es su forma de vengarse. No fue suficiente con la explosión. Eso solo era un mensaje, una muestra pública de su poder para hacerme sentir insegura y demostrarme que él está en todas partes, que siempre va un paso por delante.

Pero ¿esto? Esto es pura venganza contra mí. No es por la información que no estoy dándole o por las mentiras que no estoy contando en su favor, no. Esto es por mi cita con Carter, esto es totalmente personal, una venganza de una mente enferma y desequilibrada como la suya.

—¡Tú quieres que pierda! —grito con una indignación apenas contenida—. ¡Es imposible que sea buena y que, al mismo tiempo, me deje ganar!

—Entonces tendrás que ser muy muy buena. —Se encoge de hombros con una sonrisa.

—No lo haré —digo cruzándome de brazos—. No pienso hacerlo, acabarán conmigo si salgo ahí.

—No puedes negarte.

—Mira cómo lo hago —escupo caminando hacia la puerta—. Además, esto es bueno para los dos. Negándome a pelear estoy haciéndote un favor a ti también, no podrás quitarme el dinero si me matan ahí arriba.

—Tal vez no, pero puedo usar a aquellos a quienes quieres para conseguirlo.

Me detengo en seco. No me tomo a broma sus amenazas, sin duda las cumplirá y eso implica que no tengo ni voz ni voto en esto. Hoy voy a luchar.

Farley me prometió hace unos días que el próximo combate que luchara sería una victoria para mí... Al menos si sobrevivo esta noche, cosa que ciertamente dudo.

Así que salgo al cuadrilátero dispuesta a dejarme partir la cara y rezando para llegar viva a mañana.

Una hora después, y para mi sorpresa, no he muerto, aunque he estado a un golpe de irme con San Pedro.

La paliza ha sido brutal y no dudo de que esta vez el tipo me haya roto algunos huesos con sus puños metálicos. No quiero detenerme a recordar los golpes o la técnica que ha utilizado, porque básicamente todo ha sido fuerza bruta y locura inducida por las drogas. Además, ni siquiera recuerdo la mitad de la pelea, seguramente producto de la conmoción.

Apenas soy capaz de respirar, seguramente tengo alguna costilla rota y mi visión se nubla a causa del terrible mareo producido por los múltiples golpes.

En esta ocasión no han tenido la decencia de pedirme un taxi, no tengo dinero encima y, desgraciadamente, el camino a casa a pie se ve cada vez más inalcanzable.

He tratado de llamar por teléfono, pero una de mis muñecas parece estar rota y los dedos de la otra han acabado hechos puré. Ni siquiera sé cómo podré sostener una bandeja mañana en el trabajo.

Ya sé lo que pasa, estoy segura de que estas son las consecuencias de la venganza de Colton por no ser su marioneta perfecta. Es su forma de joderme por no estar dándole lo que quiere: información sobre Carter Hall.

Lo he intentado, pero no puedo decir que haya puesto demasiado empeño en mi nuevo “trabajo” como espía.

He hecho alguna pregunta aquí y allá, y Carter ha dado algunas respuestas, pero nada realmente importante. Tampoco yo he insistido o he hecho las preguntas adecuadas, así que básicamente lo que le he estado dando a Colton ha sido un montón de mierda y él me la acaba de devolver.

Caigo de rodillas contra el suelo. Mis manos apenas me sostienen cuando siento las náuseas subir por mi garganta. No queda nada que expulsar, solo son espasmos involuntarios que acaban por provocar que caiga definitivamente.

Mi cara golpea el frío suelo con fuerza, todo me da vueltas y mantener la consciencia es cada vez más complicado. Mi visión empieza a nublarse, los sonidos de coches pasando por la carretera se vuelven lejanos. Alguien grita, creo que me están llamando.

«¿Qué me pasa?».

No puedo ver. Todo está oscuro y tengo frío. Siento cómo mueven mi cuerpo, no sé quién me toca. Trato de enfocar la vista, pero solo hace que me duela más la cabeza. Mis párpados se cierran y ya no siento nada.

Solo oscuridad.

Capítulo cinco

Voy a ponerme guapa

KATHERINE

Observo las estrellas mientras bebo de mi taza de chocolate caliente. Estoy sentada en la terraza de mi apartamento, pensando en todo lo que ha ocurrido estos últimos meses, empezando por el extraño comportamiento de mi mejor amiga y terminando con la explosión.

Parece que estamos en una especie de círculo de mala suerte.

Me fijo en la crema para las quemaduras que se encuentra sobre la mesa de cristal de mi apartamento. Casi la he acabado, pronto tendré que comprar más.

Algunas de las heridas más leves ya no están. Tengo la piel de esa zona sensible y por lo general la cubro con gasas y cinta, pero hoy no tengo ganas. Está bien que respiren un poco.

En algunos puntos siento como si la piel estuviera cayéndose de mi cuerpo a montones. Es normal, es piel muerta y mi cuerpo se está encargando de regenerarla. Es un proceso lento y doloroso, pero no estoy compadeciéndome de mí misma, podría haber sido mucho peor.

No recuerdo casi nada de lo que ocurrió después de la explosión, pero sí el dolor, las sirenas de la ambulancia, los gritos de mi hermano y la voz de Victoria.

Tal vez no recuerde cuándo me pusieron en la camilla o cuándo llegamos al hospital, pero recuerdo lo que ella me dijo y... no tiene sentido.

«Lo mataré, Kathy. Lo mataré por esto. Lo juro».

Sus palabras dan vueltas en mi cabeza como un disco rallado. ¿A qué se refiere? ¿A quién matará y por qué? ¿Tiene eso algo que ver con la explosión?

Entiendo que sí, porque de otra forma no le encuentro sentido, aunque tampoco sé por qué diría algo así.

¿Es posible que haya estado delirando? Quizá mi mente entendió mal lo que dijo o fue una simple invención a causa del dolor, no lo sé, pero no puedo dejar de pensar en ello.

Pienso, y espero equivocarme, que todo esto tiene algo que ver con el extraño comportamiento que ha estado teniendo estos últimos meses.

Siempre he considerado que tengo una especie de sexto sentido, y algo malo ha estado rondando nuestra pequeña familia desde hace un tiempo.

La conozco demasiado bien como para no darme cuenta. No está bien, es innegable que algo está ocurriendo con ella. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, tiendo a ser paranoica, pero los golpes, esa expresión constantemente triste, el miedo... Algo muy malo le ocurre.

Victoria no siempre tuvo esta actitud arisca y distante, pero después de Carlos, y de aquel tipo del que nunca llegó a hablar, no volvió a ser la misma. Algo dentro de ella está roto desde entonces.

Los años pasaron y parecía mejorar poco a poco, tener a Rodrigo calmó un poco la rabia que sentía, pero cuando subía al cuadrilátero... Algunas veces llegaba a darme miedo.

Me sentía orgullosa de ella, podía controlar su ira la mayor parte del tiempo, pero cuando sus puños golpeaban al contrario todo se descontrolaba.

Era como si el interruptor que separaba esas horribles emociones se apagara y todo lo que

quedaba de ella era una mujer violenta incapaz de contenerse. Su mente se enturbiaba y todo lo que tenía dentro salía con cada golpe.

Insistí en varias ocasiones en que fuera a terapia. Estaba segura de que un profesional sería de mucha más ayuda que descargar su rabia contra idiotas aleatorios, por muy terapéutico que sonara.

Desgraciadamente, Victoria se había negado rotundamente a contemplar esa opción, ni siquiera cuando Daniela o Nathan insistieron. Yo sabía que había mucho más de lo que decía, algo que no quería que supiéramos, que no quería que nadie averiguara.

Mi mejor amiga guardaba muchos secretos, y aprendí a ignorar esa parte de ella porque pensé que insistir y remover el pasado sería peor que callar. Ahora ya no estoy tan segura de eso y las nuevas mentiras son solo la gota que colma el vaso.

Mi mente vuelve a hace unas semanas, cuando Vicky llegó a la cafetería mientras yo hablaba con Rayder. En algún momento desapareció y, cuando la volví a ver, parecía haber visto un fantasma. Temblaba y sus ojos estaban rojos, como si hubiera llorado un mar de lágrimas.

No me dijo qué le ocurría y, cuando insistí, acabamos discutiendo hasta que me dí por vencida. Entonces, revisé las cámaras de seguridad.

Las instalé cuando Adrien murió, no me sentía del todo segura y no se lo dije a nadie. Creí que sería mejor de esa manera, si se lo hubiera dicho a Rayder hubiera insistido en acompañarme incluso al cuarto de baño.

Lo que vi gracias a las cámaras aún me hace temblar. Colton estaba amenazando a Victoria, estaban enredados en algo turbio que hacía a mi amiga cagarse en los pantalones. Yo no lo conocía personalmente, pero sabía quién era por mi hermano y por Rayder, que se aseguraron de que memorizara su rostro a fuego en mi mente. De esa forma podría evitarlo y mantenerme lo más alejada posible de él.

No le he dicho a nadie lo que vi porque, ¿qué voy a decir? Realmente no sé nada, solo tengo una corazonada y poco más que unas imágenes borrosas. Nathan enloquecería y Carter metería a Victoria de cabeza en su investigación. Incluso podría acabar por acusarla de obstrucción a la justicia o de ser cómplice de algo.

Quiero pensar que Carter sería incapaz de hacer nada en contra de Victoria. Tuvieron una gran cita y sé que sienten algo el uno por el otro, aunque sean incapaces de admitirlo.

Aun así, también sé que mi amigo es tenaz y que todo lo relacionado con Colton le nubla el juicio. Quiere atraparlo a toda costa. No soy capaz de decidir qué sería más importante para él, una *vendetta* a la que él llama «justicia» o Victoria.

Cada posibilidad me preocupa más que la anterior. Mi mente no para de girar en millones de opciones en las que Victoria acaba presa o, incluso peor, muerta. No sé nada sobre lo que está pasando y temo abrir la boca y empeorar aún más la situación.

Y, además, están los allanamientos a nuestros negocios. Mientras estuve en el hospital alguien entró en el gimnasio de Nathan, destrozaron algunas máquinas y algo del mobiliario, pero no robaron nada, parecía solo vandalismo sin sentido.

Después de eso, pasaron más cosas extrañas. Alguien destrozó los cristales de la cafetería y rompieron la cerradura de la puerta que daba a mi apartamento sobre el café, pero tampoco se llevaron nada esa vez. Unos días después, Rayder fue atacado por unos encapuchados. Por suerte, sabe cómo defenderse y apenas lo rozaron.

Cuando finalmente me dieron el alta del hospital, Vicky me llevó a su casa junto a mi hermano. Los niños querían verme y aún no habían reparado mi puerta.

Al llegar encontramos dos ratas muertas frente a su puerta. Las recogió y escondió rápidamente, antes de que tuviéramos la oportunidad de verlas bien, pero lo hice y no podré quitarme jamás esa imagen de la cabeza.

Ambos roedores llevaban una especie de cuerda alrededor de sus cuellos, y de estos colgaban dos carteles con un nombre diferente en cada uno: los de Daniela y Rodrigo.

Alguien estaba amenazando a Victoria y claramente lo hacía a través de nosotros. No hacía falta ser un genio, solo ser observadora.

La gente no suele tenerme mucho en cuenta, suelen creer que soy una especie de cliché de rubia tonta. Bueno, no lo soy y, por lo que sé, yo he sido la única en notar estas cosas.

Mi teoría es algo alocada, pero por ahora es lo mejor que tengo. Vicky está siendo extorsionada por Colton y para conseguir de ella lo que quiere amenaza a sus seres queridos.

En mi cabeza esto tiene sentido, pero en realidad no entiendo por qué alguien como Farley puede tener interés en Victoria. Me muero de ganas de comentar esto con alguien, pero no sé si será acertado.

Carter es policía, quizá la mejor opción para hablar, pero no tengo suficiente información como para saber si al contarle meteré en problemas a mi amiga.

Y luego está Nathan, que seguramente se iría de la lengua con la misma Victoria pidiéndole explicaciones. No, imposible, no puedo hablar con ellos.

Tampoco me parece buena idea hablarlo con mi amiga. Ella lo negará y me apartará, sobre todo si cree que de esa forma me está protegiendo.

Mi teléfono empieza a sonar estridentemente, rompiendo la calma de la noche y sacándome de mis pensamientos.

—¿Rayder? ¿Ha pasado algo? —pregunto nada más aceptar la llamada.

—Solo quería saber cómo estabas —responde. Su voz grave me provoca escalofríos agradables que suben desde la punta de mis pies hasta mi corazón—. Con todo lo que sucede últimamente por aquí, yo... solo quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Hablas del accidente en la cafetería? —Cierro la ventana y camino hacia el sofá que está en el centro de la habitación.

—Entre otros, sí. Hace poco que has salido del hospital, entraron en tu casa... Y eso solo por mencionar algunas de las extrañas cosas que nos han pasado últimamente. —Suelta una risa amarga antes de continuar—. He estado pensando...

—¿Acerca de...?

—Sobre esto, no parece casualidad, ¿sabes? Quiero decir, sé lo que las pandillas hacen para meter miedo a los que les deben dinero y cosas así. Eso es lo que parecen, advertencias.

No respondo, no sé qué decir exactamente. Él también se ha dado cuenta de lo que pasa. Sabía que si alguien más lo notaba sería Rayder, él siempre lo ve todo.

—Sueno como un chiflado, ¿verdad? —añade ante mi silencio.

—No, no —respondo rápidamente—. En realidad..., también lo había pensado —admito.

—Y... no sé cómo decirlo. —Sueno ligeramente incómodo, como si no encontrara las palabras para decirlo en voz alta. Lo entiendo. A mí también me cuesta admitirlo—. Pero cuando pienso en por qué están pasando estas cosas, qué es lo que no encaja..., solo se me viene un nombre a la cabeza.

—Vicky —adivino.

—Sí... —Suspira—. Tú también lo has notado, ¿verdad? Todos esos golpes no son por ninguna clase de entrenamiento intensivo. Miente de pena y últimamente lo ha estado haciendo

constantemente.

—No sé qué le está pasando —confieso aliviada de tener alguien con quien hablar. Confío en Rayder como en nadie—. No quiere hablar conmigo. Viene, trabaja y se va. Está evitándome, y también a mi hermano.

—Tampoco la veo mucho en el gimnasio últimamente. Siempre llega temprano, antes que cualquiera de nosotros, y para cuando empieza a llegar gente se marcha. —Vuelve a suspirar. Noto en su tono de voz el agotamiento y la preocupación—. Algunas veces le pide las llaves a Nathan para quedarse por la noche. Nos está evitando —concluye.

—Hablé con Dani ayer, pero tampoco sabe nada. Dice que está paranoica, ha comprado un cerrojo para cada puerta y ventana, y no deja que vaya sola a ningún lado, ni siquiera al baño en su propia casa —explico—. Y lo más preocupante es que dice que hay un coche negro con los cristales tintados aparcado cerca de su casa desde hace meses.

—¿No es de ningún vecino?

—Me mandó una foto, no tiene matrícula y parece caro. Además, nadie que viva allí se lo podría permitir.

—Entonces la están vigilando.

—Exacto, y yo... —Me muerdo el labio debatiendo si confesar lo que sé o no—. Creo que es Colton quien la vigila.

La línea se queda en silencio durante largos segundos, tal vez incluso minutos, en los que solo se escucha su respiración entrecortada.

—No digas nada más, no es seguro —dice finalmente—. Voy para allá.

La llamada se corta un segundo después.

Tardo unos minutos en darme cuenta de que Rayder va a venir a mi casa en plena noche y yo estoy con un pijama de ositos y una mascarilla de pringue negro en la cara. Vamos a hablar de Victoria y su posible pacto con el diablo, lo sé, pero... ¡RAYDER VA A ESTAR EN MI CASA Y YO ESTOY HECHA UN ASCO!

Me niego.

—Céntrate, Katherine —me digo a mí misma mientras camino hacia el baño—. Esto no es sobre ti, esto es sobre Vicky. —Retiro el barro negro de mi rostro—. Es tu mejor amiga, darías tu vida por ella —añado mirándome al espejo—. Pero ella querría que hablara con Rayder estando lo más guapa posible. —Asiento hacia mi reflejo, convencida—. Eso es, voy a ponerme guapa por ella.

Y mientras corro hacia mi habitación para cambiarme de ropa y maquillarme me doy cuenta de la terrible amiga que soy por pensar en esas cosas cuando Victoria, seguramente, esté en peligro.

Capítulo seis

No me queda nada

VICTORIA

No estoy en casa. Mis ojos apenas están abiertos, pero el blanco del techo es limpio y no hay ninguna grieta a la vista. Es la habitación de un hospital, estéril e higiénica. Odio este olor.

Debo estar fatal de la cabeza porque, en lugar de pensar en lo mucho que me duele todo, no puedo evitar pensar en las deudas que mi estancia aquí va a crearnos.

—Estás despierta.

Me cuesta enfocar la vista, pero cuando lo logro contengo el aliento. Sentado junto a mi cama está Carter, con una mezcla de alivio y enojo evidente. En cambio, Kathy aprieta el brazo de su hermano mientras llora silenciosamente al otro lado de la cama.

—Una mujer te vio desmayarte en la acera —empieza Nath—. Apenas respirabas y sangrabas por todas partes. —Su voz es un susurro, y puedo escuchar la preocupación y la acusación mezcladas en su tono—. Llamó a una ambulancia y te trajeron aquí. Has perdido mucha sangre, casi no lo consigues.

Contengo el aliento cuando escucho el sollozo ahogado de mi amiga. Cierro los ojos con fuerza y aprieto las manos. No recuerdo nada.

—Si hubieran tardado unos minutos más en encontrarte... —Pierde la voz de golpe y lo escucho tragar—. ¿Te das cuenta de lo cerca que has estado de...? Podrías haber... —No puede decir la palabra.

—Muerto —acaba Carter por Nath. Su voz se mantiene uniforme, neutra, y sé que se está conteniendo—. Podrías haber muerto, Victoria. ¿Te das cuenta de eso? ¿De lo jodida que es esta situación?

Aparto la mirada de él, ni siquiera puedo mirarlo a la cara. Aún estoy confusa por los analgésicos.

—¿Rodrigo? —pregunto en lugar de responder a sus demandas—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Mi voz suena ligeramente áspera y siento la garganta seca.

—En casa, con Daniela —responde Nathan—. Dos días, ha venido a verte todas las tardes después de clase.

—¿Y Dani?

—Está haciéndose la fuerte, pero la has asustado mucho...

—Nos has asustado a todos —interrumpe Kathy, sorbiendo por la nariz de forma muy poco elegante—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada.

—¡Y una mierda! —explota Carter, levantándose del sillón—. ¡Has estado dos días inconsciente! ¡Tienes algunas costillas, una mano y un brazo rotos! ¡Tenías cortes y sangrabas por todas partes! ¡Prácticamente han tenido que coserte entera! ¡Y tú dices que nada!

—Baja la voz —siseo—. Me duele la cabeza.

—Vicky... —Mi amiga camina hasta sentarse junto a mí en la cama—. Hemos estado muy preocupados por ti. Estos últimos meses no has sido tú misma. Y no lo digo solo porque has empezado a aparecer con más golpes de lo habitual, hablo de las mentiras, de cuando te

escabulles sin decírselo a nadie.

No puedo evitar sentirme culpable, sabía que tarde o temprano se darían cuenta de mi actitud, pero me negaba a ver que ese día estaba cada vez más cerca. Era inevitable, los cambios han sido demasiado evidentes para ocultarlos durante más de un puñado de meses.

—Mírate, y no solo ahora. Te has apagado, Victoria. Veo cómo te escondes en el baño todas las mañanas, te escucho sollozar en silencio pensando que no me doy cuenta. Dani dice que llegas a casa con tantos golpes que casi no puedes mantenerte en pie. —Su mano aprieta la mía, siento cómo tiembla—. Ya no combates para Nath porque apenas puedes encajar un golpe de lo destrozada que estás. Incluso Roro ha notado que a su madre le pasa algo.

—Estáis exagerando —niego—. Estoy bien.

—Solo queremos ayudar —insiste, acariciando mi mano con su pulgar.

—¡Estoy bien! —exploto, no puedo hablar y me lo están poniendo demasiado difícil—. ¡No me pasa nada! ¡No necesito ayuda!

—Vicky... —intenta hablarme Nath, acercándose también.

—No, escuchadme. Trabajo golpeando gente y dejando que ellos me golpeen a mí. ¿Acabáis de daros cuenta de eso? Soy boxeadora, tengo problemas de rabia desde hace años y los saco pegando a la gente en la cara. ¡Por supuesto que tengo heridas y por supuesto que eso me hace tener una cara de mierda!

—No es solo eso... Tú...

—¡No llego a fin de mes! —La detengo antes de que siga hablando—. ¡Mi hijo bebe leche aguada para desayunar y mi hermana pequeña se ve obligada a robar comida para que no muramos de hambre! ¡Vivo en una casa de mierda infestada de ratas y no consigo que los imbéciles me dejen tranquila!

—Te hemos ofrecido ayuda muchas veces —añade Nathaniel—. Ni siquiera tienes que pedirlo para que te echemos una mano.

—¡No quiero ayuda! ¡No la necesito! ¡No quiero deberos nada!

Estoy perdiendo los estribos. Les estoy hiriendo y no puedo detenerme. Debo hacerlo, tengo que alejarlos, porque estar cerca de mí es demasiado peligroso, y si la única forma que tengo de protegerlos es obligándolos a odiarme... que así sea.

—Somos tus amigos, no lo hacemos para pedirte nada después —dice esta vez Kathy—. Lo hacemos porque te queremos.

—Sí, eso dijeron ellos. —Mi voz apenas es un susurro, no sé si me han escuchado. Sacudo la cabeza, necesito que se vayan, no puedo contarles la verdad sin ponerlos en peligro. Debo alejarlos.

—¿Ellos? —pregunta Carter.

—Nadie —niego rápidamente. Suelto la mano de mi amiga alejándola de mí, sé que probablemente esta ha sido la última vez que la sostenga—. No os necesito, puedo sacar a mi familia adelante yo sola.

Me preparo mentalmente para lo que voy a decir, sé que es un golpe bajo y que después de esto no van a perdonarme.

—Creo que te estás pasando, Victoria —advierte Nathaniel abrazando a su hermana.

—¿Pasarme yo? —escupo alzando la voz tanto como me permite mi situación—. No es mi culpa que vuestros padres estén muertos y os sintáis tan culpables por ello que tengáis que ayudar a cada idiota que aparece en vuestro camino para sentirlos un poco mejor. —Veo el dolor en la expresión de mis amigos en cuanto la última palabra deja mi boca. No me detengo a pesar

de eso, ya no hay marcha atrás—. ¡No quiero vuestra caridad de mierda! ¡Largaos!

Las palabras salen ardientes y me duelen como un golpe en las entrañas. Veo las lágrimas formarse en los ojos de mi mejor amiga y siento un puño apretando mi garganta.

Tengo la necesidad de disculparme, de abrazarla y pedirle perdón, de decirle que lo lamento, que agradezco todo lo que ha hecho por mí estos años. Pero entonces no se alejaría, se quedaría a mi lado y se arriesgaría a las consecuencias de mi trato con Colton otra vez.

—No lo dices en serio. No puedes. No... —niega desesperada mi amiga.

Alzo el mentón, no voy a disculparme, aunque eso me desgare por dentro. Romperé el corazón de la única familia que me queda si con eso los mantengo a salvo de mis problemas.

—Lo hago y no me arrepiento. —Mis palabras son firmes a pesar del latido atronador en mi pecho—. Creo que es hora de que os larguéis. No os quiero aquí, no hacéis nada más que fastidiar.

Me recuesto en la cama y clavo mi mirada en la puesta de sol que se ve desde la ventana. No quiero ver el dolor y la decepción en sus ojos al irse.

—Y no os molestéis en llamar, no responderé.

—Vamos. —Escucho a Nath decirle a su hermana mientras la ayuda a levantarse de la cama. Mi amiga sigue sollozando sin consuelo y yo me odio un poquito más.

—Vicky... No sé qué te está pasando... —La voz de Kathy suena frágil y rota cuando habla. Trato de esforzarme por no derramar ninguna lágrima al escucharla—. Pero estamos contigo. No importa lo que digas, te quiero, somos tu familia. Así que cuando nos necesites..., por favor..., no lo dudes.

No respondo, pero escucho como sus pasos se alejan hasta la puerta y después la escucho cerrarse. Se han ido y mi corazón llora por eso. Mi única familia, dos de las personas que más quiero en el mundo acaban de dejarme y es culpa mía. Este es uno de mis mayores miedos y me he metido en él yo solita.

Aun así, suspiro aliviada por saber que van a mantenerse alejados. Eso quita una preocupación de mis hombros.

—Ahora, dime la verdad.

Doy un ligero salto al escuchar su voz. Todo mi cuerpo se sacude de dolor. Ninguna herida se abre en el proceso, pero el brusco movimiento me provoca un ligero dolor de cabeza. Vuelvo mi mirada hacia el dueño de la voz y me encuentro con el ceño fruncido de Carter.

«Y yo aquí pensando que me había librado de tener que enfrentarme a él».

—No sé a qué te refieres —niego de nuevo.

No sé qué pretende que le diga. Aunque esconda algo —lo cual hago, obviamente—, no es como si fuera a decírselo a él. No cuando es uno de los principales perjudicados.

—¿Cuánto más vas a mantener esa mentira? —insiste, acercándose a la camilla, hasta que su mano roza la mía sin esfuerzo—. Estamos preocupados por ti... Yo estoy preocupado por ti.

Su voz se vuelve algo más suave antes de arrodillarse para que nuestros ojos queden a la misma altura. Puedo ver el cansancio en ellos, las ojeras y la expresión preocupada de su rostro.

Ya no hay hoyuelos ni brillantes ojos azules. La opción de decirle la verdad y dejar que solucione las cosas por mí es tentadora, pero la rechazo tan rápido como pasa por mi mente. Confiar mi seguridad a un hombre ya me ha pasado factura dos veces, no habrá una tercera.

Dios... Estoy siendo tan testaruda. Tal vez lo estoy haciendo todo mal, pero por más que lo pienso el miedo es demasiado fuerte.

Si digo la verdad, Colton tomará represalias. Podría lastimar a Kathy y a Nathan, sin hablar

de mi hermana y mi niño, Carter, Rayder... Todos aquellos a los que quiero sufrirán. Y en el hipotético caso de que la policía decida involucrarse y tratar de mantener a salvo a mis seres queridos... No, sé lo inútil que es confiar en que el sistema cumpla con su deber.

¿Y Carter? Las cosas han cambiado drásticamente entre nosotros las últimas semanas. Era solo sexo, aunque tal vez..., quizá..., era algo más para mí, pero no hemos hablado de sentimientos o de salir en serio, así que no puedo esperar mucho de esta relación.

Sé lo que siento. Por muy idiota que sea, puedo ver que no es solo un escape para mí. Sí, el sexo es maravilloso —increíble, incluso—, pero no es solo eso. Es la forma en que habla conmigo. No trata de imponerse, quiere que estemos a la par y, aunque intento alejarlo, él insiste en estar a mi lado, en cuidarme aun cuando yo siempre tengo un carácter de mierda.

Y es por eso por lo que quiero protegerlo, jugármela por él, porque hacía mucho que no sentía algo así y, egoístamente, no quiero perderlo.

Desgraciadamente, no sé lo que él estaría dispuesto a poner en riesgo por mí. Hay demasiadas mentiras entre nosotros y una parte de mí nunca será capaz de confiar cien por cien en él.

Kat ha dicho mil veces lo dedicado que es en su trabajo. Lo vi perseguirme como un perro de presa durante semanas para conseguir información de Adrien y Colton. Si averigua que realmente estoy involucrada y que tengo mucho —mucho con mayúsculas— que contar..., temo que olvide sus sentimientos y me ponga en el punto de mira de la policía.

Pensar en ello, en cierta forma, me pone las cosas más fáciles ahora mismo. Tengo que alejarlo también.

—Cuando Kathy me llamó casi me vuelvo loco, Victoria —confiesa—. No te haces una idea de lo jodidamente preocupado que estaba por ti. —Sus manos sostienen las mías con fuerza, está temblando—. Pensé que no volvería a verte.

—Estoy bien... —Se me forma un nudo en la garganta, mis palabras salen ahogadas. «Dios... Cómo quiero abrazarlo».

—No lo estás, no lo estás —repite negando ligeramente con la cabeza—. Lo que estás haciendo acabará matándote. Casi lo hace. Déjame ayudarte.

—No...

Debo mantenerme fuerte. Por mucho que quiera dejarme llevar —y Dios sabe que quiero—, no puedo. Tengo que ser fuerte porque, si flaqueo, las consecuencias pueden ser horribles para todos.

Observo sus bonitos ojos azules, hay tanta esperanza en ellos. Mientras nuestras manos siguen unidas puedo ver cómo espera que acepte su ayuda, que confíe con todo lo que tengo en él, y yo... no puedo.

—Por favor, Victoria, déjame ayudarte.

—No puedes. —Mi voz sale distante y fría mientras aparto mis manos de las suyas—. No puedes ayudarme.

—Si me dices la verdad de una vez por todas puedo hacerlo. Dímelo, Victoria, podré ayudarte. —Su tono es seguro y confiado. Busca mi mirada, pero la evito como la cobarde que soy.

—No puedes. —Cierro los ojos con fuerza, preparándome para lo que viene a continuación—. Tú no puedes ayudarme y yo no quiero que lo hagas. Me dijiste que todo lo que te importaba era tu trabajo, puedes volver a centrarte en él, no necesito a más gente tocándome los huevos y diciéndome qué tengo que hacer con mi vida.

—Eso no es...

—No te quiero aquí. Lo nuestro es solo sexo, puedes buscarlo en otra parte. Ni siquiera me soportas y yo a ti tampoco. Así que vete y déjame tranquila de una vez. Llevas meses acosándome, estoy cansada de seguirte el juego.

—¿Acosándote? ¿Seguirme el juego? —pregunta con una mezcla de incredulidad e indignación—. Sabes que eso no es así. Te gusta lo que te hago, no lo niegues, Victoria, he estado dentro de ti. —Sus manos sujetan mis mejillas obligándome a mirarlo a los ojos—. No puedes mentirme, eres como un libro abierto para mí. Puede que al principio yo no te gustara, pero lo hago ahora.

—No te lo creas tanto —escupo las palabras moviendo las manos hasta sus muñecas, quitándolas de donde están—. Solo era sexo, nada más. Insistes en ayudarme y protegerme cuando apenas puedes ayudarte a ti mismo. ¿Cómo quieres que confíe en ti cuando ni siquiera lo hace tu familia? Tú mismo lo dijiste. Te alejaste de ellos y fuiste egoísta.

—¿Qué...?

—Aléjate de nosotros. —No lo dejo continuar, si sigo escuchándolo me arrepentiré de todo esto y acabaré confesando la verdad—. No te quiero cerca de ellos, mi familia no es un reemplazo de la tuya. Ellos no te necesitan y nosotros tampoco. Vuelve a tu trabajo y déjame en paz.

En el momento en que esas palabras salen de mi boca deseo no haberlas dicho nunca. Estoy usando algo que él me confió en privado para hacerle daño y alejarlo de mí. Ojalá pudiera pensar en otra solución.

—Bien. —No lo miro cuando se levanta del suelo, pero su fría voz es como un puñal en mí ya dolorido corazón—. Si eso es lo que quieres. —Camina hacia la puerta y, sin decir una sola palabra más, se marcha.

Es entonces cuando me permito romper en llanto. Estoy sola. Todos se han ido y ya no me queda nada. Y aunque sé que es lo correcto y que yo los he empujado a ello, no puedo evitar la soledad que me llena y la tristeza por lo que acabo de hacer. Sé que lo he hecho por una buena razón, por su propio bien y para poder protegerlos, pero, aun así..., no puedo estar feliz por ello.

«Acabo de mandar lo poco bueno que había en mi vida a la mierda, ya no me queda nada».

Capítulo siete

Salvación o condena

NATHANIEL

Entro en comisaría como si fuera mi propia casa. He pasado tanto tiempo aquí que uno pensaría que formo parte del decorado o que me paso todo el tiempo arrestado.

Hace días que no vengo por aquí. Desde lo que pasó con Vicky en el hospital no he vuelto a ver a Carter. Las cosas han estado tirantes, por decirlo suavemente.

Su humor ha empeorado al mil por ciento, y si antes ya era un adicto al trabajo, ahora es muchísimo peor. Parece que no come o duerme bien desde entonces y yo no puedo evitar preguntarme si está relacionado.

Sucesos extraños han estado pasando a nuestro alrededor, aunque no logro conectarlos. La inteligente de la familia es Kathy, no yo.

Carter estuvo más tiempo que nosotros en esa habitación. Seguramente discutieron, porque eso es lo único que hacen estos dos. No podrían estar en una habitación sin tirarse encima el uno del otro.

Mi hermana tampoco lo ha estado llevando nada bien, aunque tan optimista como es, sigue esperando que Vicky saque la cabeza del culo y vaya a hablar con ella.

Yo no estoy tan seguro de eso.

Victoria es la persona más cabezota que he conocido en mi vida, y conozco a unos cuantos: Rayder, Carter, yo mismo... Aun así, ella se lleva la palma. No importa si está equivocada —y sabe que lo está—, preferiría cagarla antes que admitir que se ha equivocado.

Por mi parte, yo estoy dándole algo de tiempo para que se calme y piense mejor las cosas. Discutir con ella cuando está enfadada es misión imposible. Es mejor esperar un poco antes de intentar un acercamiento.

No seré el más listo, pero hasta yo sé ver la verdad cuando está frente a mis ojos. Victoria está peleando para Colton en sus jaulas, probablemente a causa de alguna amenaza o chantaje. Aun así, me cuesta ver cómo Victoria se dejaría manipular por alguien como él y, si lo hiciera, me gustaría pensar que acudiría a nosotros.

Así que, dado que mis habilidades detectivescas son terribles, vengo a comisaría regularmente para ver si alguien sabe algo y puedo enterarme a escondidas. Por ahora no he logrado nada de Carter, pero hoy tengo otro objetivo en mente.

—¡Inspectora Blake! —exclamo entrando en su oficina—. Dichosos los ojos, tan sexi como siempre.

—¿Qué quieres, Nathaniel? —pregunta rodando sus ojos chocolate. A pesar de eso veo cómo intenta esconder una pequeña sonrisa en sus labios.

Sentada frente a su escritorio, cierra el ordenador portátil y clava su inquisitiva mirada en mí, sospechando de mi visita.

—¿No puede un hombre traerle el desayuno a su inspectora favorita? —pregunto extendiéndole una bolsa de papel con la comida. El logo de la cafetería de mi hermana se lee en un lateral.

—Soy la única que conoces —dice poniéndose de pie y quitándose la bolsa de las manos

—. Mmm... —murmura—, café con canela y cacao. Bien, bien. —Asiente con aprobación, sacando el resto de las cosas que he traído—. ¿Dónuts? —Alza una ceja en mi dirección—. ¿Crees que soy uno de esos polis que salían en las películas de los ochenta?

—Los chicos de fuera no parecen quejarse. —Señalo sobre mi hombro la puerta aún abierta. Kenzie inclina su cuerpo hacia un lado y se encuentra con la mitad de la plantilla comiendo rosquillas glaseadas y con la boca llena de azúcar.

—La madre que me... —Niega con la cabeza, poniendo los ojos en blanco. Sin embargo, coge una rosquilla y se la lleva a la boca—. ¿A qué has venido? Sabes que Carter ha salido hoy a no sé dónde, por no sé qué pista.

—¿No sabes dónde está?

—Últimamente no me cuenta nada —gruñe con desaprobación.

—Oh..., pequeña Kenzie, ¿está usted celosa? —me burlo de ella sentándome en la silla frente a su mesa.

—¿Celosa? Y una mierda. —Niega apoyándose contra la mesa—. Pero me gustaría saber dónde mandar a la patrulla para que recojan su cadáver. —No puedo evitar reírme por sus palabras—. Está tomando demasiados riesgos, no es cuidadoso. Simplemente se lanza de cabeza a la acción como si fuera a contrarreloj. No es él mismo y me preocupa que haga que lo maten.

—Ajá... ¿Así que tu corazoncito enamorado está preocupado por él? —sigo burlándome.

—Mi única preocupación es que, si muere, el capitán me pondrá con otro idiota peor que él como compañero. Carter hace su trabajo y me deja tranquila, es difícil encontrar alguien competente en esta comisaría de mierda.

—¿Nunca te han dicho que eres como un rayito de sol? —pregunto cruzando los brazos tras mi cabeza. Su mirada se mueve tan ligeramente hacia mis brazos que, si no hubiera estado prestando atención, me lo habría perdido. Sonrío.

—Puedo ser un encanto cuando quiero. —Rueda los ojos.

—¿Imagino que ahora no quieres, entonces? —respondo metiéndome con ella a propósito.

Es divertido burlarse de ella y también es realmente fácil. Normalmente me cuesta un poco más, pero creo que la he pillado algo estresada y eso lo hace más divertido para mí. Debo admitir que está muy guapa cuando se pone toda estresada sin saber qué decir.

Su nariz se mueve como la de un conejito y, si se pone lo suficientemente nerviosa, incluso balbucea un poco. Eso me gusta, borra un poco de esa fachada de mujer dura que lleva cada día.

—Exacto. —Resopla dándole otro mordisco a la rosquilla—. Carter es quien hace el papeleo aburrido, es un acuerdo no escrito entre nosotros. Yo odio hacerlo y él odia que no lo haga, así que lo hace por mí y todos contentos. Pero ahora no está cumpliendo su parte del trato.

—Pobrecita. —Me río.

—Lo sé... —Asiente exasperada—. Todo por esa chica, tu amiga Victoria. Lo tiene vuelto del revés. Primero que quiere encerrarla, después que teníamos que investigarla, luego protegerla, ahora a distancia...

La sonrisa muere en mis labios al escuchar la verborrea de palabras que Kenzie está soltando sin darse cuenta. ¿Carter investigó el pasado de Victoria?

—De verdad, siento mucha lástima por ella. Pasar por todo lo que ha pasado y no estar metida de cabeza en un psicólogo tiene mucho valor, la admiro. Pero está volviendo loco a mi amigo y, hombre, eso no me gusta.

—¿Qué sabéis sobre Victoria?

Su boca se cierra de golpe al darse cuenta de su error, pero el daño ya está hecho. No hay

vuelta atrás y ella lo sabe. Tengo muchas preguntas y, después de esto, más vale que responda o tendré que enfrentarme a mi amigo.

—Bueno, ya sabes, esto y aquello... —balbucea.

—Mackenzie, dime la verdad.

—No creo que...

—Si no me lo dices tú, le preguntaré a él y le diré que se te ha escapado y que por eso le estoy preguntando. —La diversión ha terminado.

—Mira. —Rueda los ojos, cansada—. Estábamos sin nada, ella parecía saber cosas y Carter me pidió que la investigara. Y ahora lo sabemos todo.

—Todo..., ¿todo? —insisto.

—Todo. —Asiente cruzándose de brazos—. Es una mierda de vida la que tiene, ya te lo he dicho, yo estaría encerrada en un manicomio si fuera ella.

—Joder. —Me recuesto en la silla con la cabeza hacia atrás, menuda gracia—. Escúchame, fue en defensa propia, nadie puede acusarla de nada. Ella...

—Yo le hubiera pegado un tiro en los huevos —me corta—. Esa escoria se merecía lo que le pasó. Lo único que me parece mal de ese informe es cómo terminaron las cosas...

—Como una mierda —acabo por ella.

—Básicamente.

—Entonces, ¿Carter lo sabe todo?

—Sí.

—Pero no le dijo nada a Victoria, ¿no?

—Eso ya no lo sé —responde sacando otra rosquilla de la bolsa.

Sigue comiendo mientras se encoge de hombros. No estoy del todo seguro de creerla, pero por el momento lo dejaré así. Dudo mucho que me diga algo más, de todas formas.

Una cosa tengo clara con mi visita, Carter tiene una misión y no parará hasta completarla. Lo he visto antes obsesionarse con algo y no es alguien que se rinda jamás. Es como un perro con un rastro, lo sigue hasta el final, sin importar las consecuencias, y eso es lo que me preocupa.

¿Está investigando para ayudar a Victoria? ¿O para encerrarla?

Capítulo ocho

Cuéntamelo todo

VICTORIA

Hace un mes y medio estaba en el hospital y hace dos meses más Kathy salía de su estancia allí. Mi vida se ha reducido a eso, al miedo constante de no saber quién será el próximo en acabar en una sala de urgencias.

Y, al parecer, tengo todas las papeletas para que sea mi turno de nuevo. Acabo de recibir un mensaje, esta noche tengo otra pelea. No estoy lista ni de lejos. Hay heridas que aún no se han curado del todo, mis reflejos y movimientos son lentos... Ahora mismo soy un blanco fácil.

Desgraciadamente no tengo opción, Colton lo ha dejado claro, ya le he hecho perder mucho dinero con mi estancia en el hospital y tengo que recuperarlo cuanto antes.

Eso significa que pelearé esta noche si no quiero enfrentar las consecuencias. Y, la verdad, no quiero.

Me derrumbo en el sillón de mi casa. Solo con pensar lo que me espera, todo mi cuerpo empieza a doler en anticipación. Estoy arriesgándome demasiado, esto es un peligro para mi salud. Si recibo un golpe más en la cabeza podría... No quiero ni pensarlo.

No puedo seguir peleando a este ritmo, un día de estos estaré demasiado lastimada para recuperarme o demasiado agotada para defenderme y alguien me dará un mal golpe del que no me levantaré.

Mis días como Macho González han acabado. Aunque consiga deshacerme de Colton, jamás volveré a subirme a un cuadrilátero sin recordar las cosas viciosas que he visto en Las Jaulas. El boxeo está acabado para mí.

Ya no puedo más y sé que Colton lo sabe. Está empujando y empujando y tengo una vaga idea de hacia dónde van los tiros; si no puedo devolver el dinero peleando... lo exigirá de otra forma.

Quisiera poder gritar mi frustración, pero Roro está dormido con Dani y no quiero despertarlos. Hablando de Daniela, ha estado enfadada conmigo desde que regresé del hospital. Una esperaría que su hermana se alegrara de verla volver sana y salva —más o menos— a casa, pero no. La niña me ha retirado la palabra, excepto para decirme lo estúpida que soy.

Bueno, es una chica lista. Sabe que estoy en problemas y mi paranoia, sumada al coche negro aparcado frente al motel, no hace más que recalcar lo evidente, estamos siendo vigiladas. Así que no para de regañarme por no acudir a Carter en busca de ayuda o, al menos, hablarlo con Nath y Kathy, por lo que desde que le expliqué que ya no hablo con ellos... Bueno... Lleva dos días sin dirigirme más de dos frases seguidas.

Siento tanta impotencia que no sé qué hacer. Estoy acorralada y no sé cómo salir de esta. Tengo lo que quería, estoy sola, pero... ¿a qué coste? He hecho daño a mis amigos y encima no se ha solucionado nada. Colton sigue amenazándolos y yo estoy cada vez más desesperada.

Jugueteo con el móvil entre mis manos sopesando las posibilidades. Son pocas realmente, o ninguna, para el caso. En otras circunstancias llamaría a Kathy para desahogarme, pero la he alejado de mí y ahora no puedo recurrir a ella. Tal vez debería llamar a Carter y rendirme, suplicar por piedad y que dejen a mis niños quedarse con Kathy y Nath; mi hermana y mi hijo no

tienen la culpa de mis deficiencias como madre y hermana.

Quizá la mejor opción es aceptar que no puedo con todo, que no merezco tener un hijo como mi Rodrigo, que no soy capaz de cuidar a mi hermana, que mi padre ocupó mi lugar en la cárcel por nada, porque mis niños hubieran estado mejor sin mí. Tal vez es el momento de rendirme a la evidencia y admitir que no sirvo para esto.

Empiezo a marcar el número de la policía decidida a confesar. No puedo más, estoy agotada...

—¿Mami?

Veo a Roro frotarse los ojitos desde el marco de la puerta. El pijama le cae por un hombro y el bajo del pantalón arrastra por el suelo. Le queda enorme, pero así podrá usarlo más tiempo. Me apresuro hacia él cogiéndolo entre mis brazos. Siento un tirón en las costillas que me hace sisear por el dolor.

—Mami, suéltame, te duele. —Y, por supuesto, mi hijo se da cuenta de eso.

—Nunca tanto como para no abrazar a mi renacuajo. —Sonrío besando su frente. Me siento en el sofá y lo acomodo entre mis brazos. Enciendo la televisión y pongo una película de dibujos.

Recuerdo a mi padre acunando a mi hermana cuando tenía alguna pesadilla. Le preparaba un vaso de leche caliente y se sentaba frente al televisor con algún documental de animales —a Dani le encantan— y unas horas después ambos roncaban en el sillón del salón.

—¿No puedes dormir?

—He tenido una pesadilla —dice enroscando sus manitas en mi camisa.

—¿Me la puedes contar, cariño?

—Tú te habías ido, mami —empieza.

—Solo estuve unos días en el hospital, amorcito, ya estoy en casa. —Siento un nudo en la garganta. No quiero que él se preocupe por mí. Yo soy su madre, ese es mi trabajo.

—No, mami, te ibas y no volvías —susurra. Su voz se vuelve más baja cuando empieza a temblar—. No querías ser más mi mami.

—Eso no pasará nunca, mi vida. —Abrazo con fuerza a mi hijo. Últimamente solo tengo ganas de llorar y abrazarlo todo el tiempo—. Yo nunca voy a irme a ninguna parte y siempre siempre querré ser tu mami.

Mientras vemos *Buscando a Nemo* por millonésima vez tengo mi respuesta. No, no tengo opciones. Rendirme y dejar a mi hijo no es una opción. Haré lo que haga falta mientras siga respirando, y eso significa sacar la artillería pesada.

Nos quedamos dormidos en el sofá, por lo que a la mañana siguiente es Dani, y el olor de las tostadas quemándose, quien nos despierta. Esta chica podría quemar un vaso de agua.

Mientras desayunamos recibo un mensaje que, de alguna manera, es una buena noticia. La pelea de hoy voy a ganarla, mi contrincante caerá *K.O.* en el segundo asalto.

Suspiro ligeramente sintiéndome aliviada, lo de esta noche es un pequeño respiro. No sé por qué me lo da ni me importa, pienso tomarlo y no mirar atrás. A caballo regalado no le mires el diente.

El timbre suena rompiendo la tranquilidad de esta mañana de domingo. Yo no espero a nadie y dado que acabo de destrozar cualquier tipo de relación que tuviera... No, definitivamente no espero a nadie.

—¿Quién será? —pregunta Dani.

—No tengo ni idea.

Me pongo de pie y dejo a Roro en su trona antes de caminar hacia la puerta de la entrada. Dudo mucho que sea Colton, ya que acaba de enviarme un mensaje. Quizá sea el casero, pero ya he pagado el alquiler de este mes, así que estoy completamente en blanco.

—Buenos días.

—¿Qué haces aquí? —No puedo evitar sorprenderme al encontrarme con Kathy en mi puerta.

—Tú siempre tan cálida y adorable. —Sonríe como si nada hubiera pasado—. Vengo a ver a mi sobrinos.

—Creí... Nosotras... —decir que estoy sorprendida es quedarme corta—. No puedes estar aquí, te dije...

—¿Creíste que te haría caso? Me conoces mejor que eso, Vicky. —Rueda los ojos con aparente exasperación mezclada con diversión—. Solo estaba dándote algo de tiempo para sacar la cabeza del culo y que vinieras a hablar conmigo, pero como veo que eso no va a pasar pronto, he decidido venir yo y acelerar el proceso.

—Kathy... No deberías haber venido.

—Sí, porque es peligroso y Colton va detrás de ti, lo sé.

—¿Qué? Perdón... —Sacudo la cabeza completamente incrédula—. ¿Qué?

—Sé sumar dos más dos, no soy ninguna rubia tonta, ¿sabes? —contesta con un bufido—. Además, os vi hablando en el callejón detrás de la cafetería.

—¿Quién más...?

—¿Lo sabe? —me interrumpe cruzándose de brazos con aspecto seguro—. Nadie, no se lo he dicho a nadie. Bueno, Rayder se huele algo.

—¿Por qué no me sorprende? —digo con una risa amarga.

—¿No vas a intentar negarlo? —pregunta y parece por primera vez sorprendida.

—No tendría sentido —niego, me rindo—. Si ya lo has descubierto, lo que te diga cae en saco roto. —Me muevo hacia un lado y la dejo entrar—. Sabes que estás poniéndote en peligro al venir aquí, ¿no?

—Creo que ya lo estaba desde el momento en que Adrien dejó entrar a Colton en nuestras vidas —dice después de cerrar la puerta—. El accidente de mi coche no fue un accidente, ¿verdad?

—No, no lo fue —admito con resignación.

—Maldito Adrien, todo esto es por su culpa.

—En realidad... —Suspiro mentalizándome de lo que voy a confesar—. No puedo dejar que cargue con toda la culpa.

—¿Qué quieres decir? —Su rostro muestra duda y confusión ante mis palabras.

Me vuelvo hacia la cocina, donde Roro habla y habla sobre la excursión de la próxima semana mientras mi hermana lo anima.

—Voy a hablar un momento con Kathy —aviso a Dani, señalando el plato casi lleno de mi hijo—. Asegúrate de que se lo coma todo.

—A la orden, jefa —se burla alcanzando el tenedor para hacer lo que le pido.

Caminamos en silencio hasta mi habitación y cierro la puerta con cuidado. Es la primera vez que voy a decirle esto a alguien y no sé realmente cómo empezar a hacerlo, así que supongo que lo haré como si fuera una tirita, rápido y de un tirón.

—Colton y yo salimos juntos después de Adam, huía de él cuando fui a tu casa.

—¿Estás...? No... —niega, incrédula—. No puede ser... —insiste—. ¿Tú...? ¿Cómo?

—Supongo que estuvo en el lugar adecuado en el momento adecuado. —Me encojo de hombros—. Yo me sentía vulnerable después de quedarnos solos. Lo de mi padre, Roro... y...

—No, esa parte me la puedo imaginar. —Levanta una mano haciéndome callar—. Digo que cómo os conocisteis.

—Mmm... Es complicado.

—Bien. —Asiente dando media vuelta y sentándose sobre mi cama deshecha—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Camino hacia ella y me siento a su lado. Respiro hondo, preparándome mentalmente para contar mi historia, para contar todas las mentiras que he estado ocultando estos últimos años.

—Todo empezó cuando...

El teléfono empieza a sonar interrumpiendo mis palabras abruptamente. Lo saco de mis pantalones y leo el nombre en la pantalla. «Hablando del diablo».

—Tengo que responder.

Salgo de la habitación tan rápido como puedo y me encierro en el baño antes de descolgar la llamada de Farley.

—¿Qué quieres?

—Tu dulce voz, cómo la había extrañado. —Colton se burla desde el otro lado del teléfono.

—No habrías tardado tanto en escucharla si no hubieras dejado que me machacaran hasta quedar hecha papilla.

—No habría tenido que darte una lección hasta quedar hecha papilla si hubieras seguido mis instrucciones desde el principio.

—Lo hice —lo contradigo—, pero no había nada que contar. Yo pregunté y pregunté, pero Carter nunca hablaba de trabajo conmigo, y lo poco que decía te lo conté todo.

—Insuficiente —responde simplemente.

—Es todo lo que pude averiguar —insisto.

—Fui demasiado benevolente contigo, no fuiste lo suficientemente bien aleccionada. —Suspira como si estuviera harto de esta conversación, como si yo le exasperara y todo esto fuera culpa mía—. Tal vez debí ser más contundente con mis advertencias.

—Creo que lo dejaste claro desde el principio.

—No lo parece, no te has portado bien. Fui bueno contigo, pero no me hiciste caso. Para mí hubiera sido tan fácil como chasquear los dedos. ¿Crees que no hubiera podido detonar la bomba mientras tu amigo rubio seguía dentro del coche? ¿O entrar en tu cutre apartamento cuando los niños duermen y dejar que encuentres sus cuerpos al día siguiente? Soy el amo de esta apestosa ciudad, puedo hacer lo que quiera, y ahora ya sabes de lo que soy capaz si no haces lo que te digo.

—¿Y eso es...?

—Que vuelvas a tu trabajo.

—Ya lo sé, hoy tengo el combate y...

—No, no —me interrumpe—. No solo eso, quiero que sigas espionando para mí. Y quiero que esta vez lo hagas de verdad, ahora ya sabes de lo que soy capaz.

—Pero ya no hablo con él, discutimos cuando estuve en el hospital y no lo he visto desde entonces.

—Eso se puede solucionar fácilmente, vuelve a verlo.

—Pero...

—¡No me importa cómo lo hagas! —grita—. Escúchame bien, Victoria, ese estúpido imbécil está pisando mis talones, metiéndose en mis negocios con más fuerza que nunca —gruñe, molesto—. No me importa lo que hagas, pero vas a conseguirme información para ir un paso por delante.

—Nunca revelará ese tipo de información, y menos a mí. —Empiezo a sudar. No puede pedirme esto, no puedo hacerlo.

—Confío en ti, sé que puedes ser muy persuasiva cuando quieres. Y cuento con que quieras serlo, dado que la seguridad de tu familia está en juego.

—Pídeme otra cosa, no puedo hacerlo.

—Entiende esto, yo controlo tu vida y hago con ella lo que quiera. Vas a bailar los pasos que yo te diga, al compás que yo dicte. ¿Lo entiendes?

—Tú... Maldito... —No sé qué decir, lo odio y eso es en todo lo que puedo pensar.

—Victoria, no me provoques. Si pensabas que incluir accesorios era duro, imagínate lo que puedo hacer. Estoy pensando en peleas dos contra uno, incluso tres contra uno y, por supuesto, tú serás ese uno.

—No puedes... Eso no es... Me matarán.

—Entonces, ya sabes lo que debes hacer. —Y la línea se corta.

Salgo corriendo del cuarto de baño en dirección a la habitación. Kathy tiene que irse, no puede verse involucrada otra vez. No tengo elección, tengo que arreglarlo con Carter, pero ella está fuera del tablero.

—Tienes que irte —digo entrando en la habitación como un vendaval. Automáticamente mi amiga se pone en pie de un salto luciendo enfadada.

—¿Qué? No —niega con vehemencia—. Aún no me has contado nada, no hemos hablado sobre nada. Ni siquiera he decidido cómo empezarás a compensarme por lo que dijiste en el hospital.

—Kathy, ahora mismo no es un buen momento —lo intento de nuevo—. Y yo tenía razón al alejarte. Vete.

—¡No! Se acabó el huir Victoria —dice con fuerza—. Nos alejas porque tienes miedo de salir lastimada tú, no de que nosotros lo hagamos. Sí, claro, no quieres que nos pase nada, pero lo que realmente temes es perdernos y que sufras por ello. Porque has querido mucho y todos se han ido. Por eso nos alejas tú primero, para que no te hagamos daño. ¡Pero esa tontería se acaba ahora!

—Kathy, no lo entiendes.

—Lo entiendo muy bien. Tienes muchos problemas y crees que no hay solución, pero nos tienes a nosotros y podemos ayudarte.

—No lo...

—Si vuelves a decir que no lo necesitas voy a arrancarte la lengua y metértela tan al fondo que podrás saborear...

—¡Kathy! ¡Por Dios! ¡Esa boca! —la interrumpo, sorprendida—. Nunca te había escuchado decir tantas malas palabras en una misma frase. Bien, vale, estoy siendo una idiota y bla, bla, bla.

—Puedes llegar a ser muy exasperante y, aunque yo tengo una paciencia infinita, algunas veces la agotas. —Suspira como si toda esta verborrea de palabras la hubiera dejado exhausta—. Estás soportando demasiado peso sola y no es necesario. Todos te queremos y queremos a Dani y a Roro, ayudarlos es un placer y si además nos quitamos a un monstruo como Colton de

encima, es solo ganar y ganar.

—Bien, pero créeme, Kathy, no necesito ayuda con Colton. Lo tengo controlado por ahora. Si os necesito, os lo diré —le aseguro, aunque ni yo misma sé si estoy diciendo la verdad llegados a este punto—. ¿Puedes confiar en eso?

—No mucho, pero lo intentaré. —Suspira volviendo a sentarse—. Ahora cuéntame qué está pasando y no omitas ningún detalle.

Esta acaba de convertirse en una muy pero que muy larga conversación.

Capítulo nueve

La verdad I

VICTORIA

Cinco días después me paro frente a uno de los edificios que más odio en el mundo: la comisaría. *Odiar* tampoco es exactamente la palabra adecuada, simplemente no me gusta nada estar aquí y, aun así..., aquí estoy, a punto de entrar en la boca del lobo.

Respiro hondo y me adentro no muy segura de cómo saldrá todo esto. Quiera o no, allá vamos, dispuesta a suplicar el perdón de Carter o a tratar de encontrar alguna información en su despacho, lo que sea más fácil de conseguir.

Por alguna razón, tengo la corazonada de que será mucho más fácil inspeccionar una comisaría llena de agentes que conseguir que Carter me perdone después de las crueles palabras que le dije.

No tengo más que decir mi nombre en el punto de información y, cinco minutos después, Carter ya está aquí con su rostro mortalmente indescifrable. Definitivamente creo que me decanto por el allanamiento a una comisaría.

Su despacho es un desastre, parece como si un vendaval lo hubiera revuelto todo. Noto la diferencia enseguida. Normalmente este lugar siempre está perfectamente ordenado, pero hoy las carpetas no están apiladas y ordenadas, están todas revueltas. La pizarra al final de la habitación ha sido movida mostrando la parte posterior y puedo ver el reverso de imágenes e informes asomando en la parte baja.

Frunzo el ceño. Es extraño, aunque viendo el aspecto que tiene Carter tampoco me sorprende demasiado, no parece él mismo. Sigue tan guapo como siempre y esa expresión seria en su rostro no hace nada por apagar su atractivo. Hay algo sobre ver a un tipo con esa expresión... Debe haber algo mal en mí si encuentro eso interesante.

Su aspecto, por el contrario, sí ha cambiado un poco. Su cabello está desordenado, cuando suele llevarlo perfectamente pulcro en el trabajo; no se ha rasurado la barba en semanas y, aunque eso le da un aspecto desaliñado, también lo hace parecer más rudo y peligroso. No puedo negar que me gusta ese cambio.

Por otro lado, su ropa tampoco está planchada o bien acomodada. La camisa está mal metida en los pantalones y, sin duda, está arrugada, como si alguien se hubiera sentado encima o llevara la misma desde hace varios días.

—¿A qué has venido? —pregunta cuando nos quedamos a solas.

—Quería... —Carraspeo tratando de infundirme valor. Su penetrante mirada me deja estática en mi lugar y mi boca se seca—. Quería disculparme por lo que dije en el hospital. Yo... no sé porque lo hice, estaba asustada y...

—Y no dijiste ninguna mentira. No soy capaz de protegerte, a la vista está.

—Eso no fue tu culpa —niego rápidamente—. Yo... me metí en problemas.

—¿Qué clase de problemas? —pregunta antes incluso de que termine de hablar.

—No sé si estoy lista para hablar de eso todavía. —Soy una cobarde, lo sé. Quizá mis problemas se solucionarían si fuera sincera, pero nadie puede asegurármelo.

—Entonces creo que esta conversación ha terminado —sentencia empezando a darse la

vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡No! —Antes de darme cuenta estoy estirando la mano para poder detenerlo y sostengo la manga de su camisa—. Tal vez aún hay cosas que no estoy preparada para contar, pero quiero hablar, quiero ser sincera contigo para que entiendas por qué hago esto, por qué alejo a las personas de mí.

Veo algo cruzar sus ojos: curiosidad, duda..., pero sobre todo cautela. Me duele su reticencia, pero la comprendo. Si la situación se hubiera dado a la inversa seguramente me hubiera vuelto loca.

—Por favor, dame una oportunidad. —Estoy suplicando para que me escuche y lo peor de todo es que sigo teniendo motivos ocultos incluso cuando le aseguro que voy a ser sincera con él. Soy una persona terrible.

Siento que mis palabras ablandan su postura lo suficiente como para asentir ligeramente e indicarme que lo siga hacia su despacho.

Una vez dentro, observo el lugar. La última vez que estuve aquí se veía muy diferente. Ahora mismo esto es, por decirlo finamente, una pocilga.

Hay cajas y bolsas de comida para llevar por todos lados, envases de cafés vacíos y algunos aún medio llenos, veo papeles esparcidos por todas partes e incluso algo de ropa tirada por el suelo.

La única parte de la habitación que parece ordenada es la pizarra al fondo con todo tipo de imágenes, informes y recortes. Sé lo que es, un tablón donde resumen la información del caso que están estudiando.

Observo detenidamente todo lo que pone en cada uno de los papeles buscando información que satisfaga a Colton y consiga que me deje en paz por un tiempo.

Memorizo direcciones y datos rápidamente, tengo una gran memoria fotográfica que no me sirve de mucho en mi línea de trabajo, pero que ahora mismo agradezco mucho.

—Bien, habla —pide recostándose contra la mesa. Su mirada se clava en la mía expectante, todas las palabras abandonan mi cabeza y de repente el discurso que llevo días ensayando se pierde en la lejanía—. Te escucho.

—Mmm... No sé bien por dónde debería empezar. —Mis dedos se entrelazan mientras juego con ellos—. Supongo que todo empezó —respiro hondo— cuando me quedé embarazada de Rodrigo.

»Mi madre acababa de morir cuando aquello ocurrió. No habían pasado más de cinco meses. Las deudas de su tratamiento nos ahogaron antes de que siquiera se hubiera ido, el ambiente en casa no era el mejor y yo intenté refugiarme en Adam, mi novio. Llevábamos saliendo... No lo sé, parece que llevábamos juntos desde siempre. No vivíamos en el mejor de los barrios, era humilde y de gente trabajadora en su mayoría. Mi madre solía cuidar de Daniela y de mí a tiempo completo y mi padre trabajaba en esta comisaría. También era inspector, como tú. Él estaba muy orgulloso de su trabajo y yo quería seguir sus pasos al crecer. Como ves, nada más lejos de la realidad —digo con una risa seca, sin gracia.

»Pensamos en vender la casa para pagar esas deudas. Mi padre tenía un amigo en la policía que podía conseguirnos un pequeño apartamento hasta que ahorráramos lo suficiente para comprar algo mejor. No era un gran plan, pero seguiríamos juntos y nos daba algo de holgura en nuestra mala situación. Adam había estado distante los últimos meses, antes incluso de que mi madre cayera enferma. No estaba segura de lo que le ocurría, solía darme evasivas y cada vez nos veíamos menos. Creía que me estaba engañando con otra. Pensé en romper con él muchas

veces, pero... ¿qué decirte? Me sentía sola y él era alguien demasiado importante para mí.

»Un día me quedé sola en casa, se suponía que yo debía sacar a mi hermana y a su amiga al parque, pero tenía que preparar unos exámenes y al final fueron con la madre de la chica. Mi padre estaba en el trabajo, por lo que yo estaba sola y Adam lo sabía. Discutimos esa mañana después de que encontrara unas bolsitas de pastillas en su bolsillo, estaba trapicheando con drogas. Recuerdo que me enfadé tanto... Mi padre era policía, yo quería serlo algún día y él metía drogas en mi casa. No solo eso, al parecer, había estado probando la mercancía.

»Estaba tan triste y decepcionada. Le dije que no quería volver a hablar con él hasta que dejara esa mierda, pero él tenía otros planes. La policía dijo que entró por una ventana abierta; no supe que estaba allí hasta que fue demasiado tarde. Cuando lo vi estaba parado en mi habitación con la puerta cerrada y estaba completamente drogado. Nunca lo había visto de esa manera, estaba completamente fuera de sí, ni siquiera sé cómo podía mantenerse en pie o tener fuerzas para...

Me detengo, incapaz de continuar. Respiro hondo un par de veces sin atreverme a mirar a Carter directamente. Sé que nada de eso fue culpa mía, pero una pequeña parte en mi interior se avergüenza de lo que pasó, como si yo hubiera hecho algo malo.

—Me pilló por sorpresa y consiguió inmovilizarme sobre la cama... Estaba ardiendo, pensé que tenía fiebre, que las drogas le habían dado una mala reacción... Tal vez fue así, no lo sé. Lo que sí sé es que se encontraba lo suficientemente bien como para intentar hacerlo conmigo. Recuerdo que grité, pataleé y lloré. Le supliqué que parara, que se detuviera y me dejara salir de allí. Prometí que no se lo diría a nadie, que lo ayudaría, que no lo dejaría. Dije tantas cosas que ni siquiera lo recuerdo todo, pero nada de eso funcionó. Parecía que lo único que tenía en mente era, bueno..., eso.

»Traté de razonar con él, de decirle cuánto nos queríamos y que eso no era necesario. Y cuando eso no funcionó intenté alejarlo físicamente, pero no era suficiente, yo era demasiado débil para combatir contra él. Grité... Oh, Dios... Grité hasta quedarme afónica. Me dolía tanto la garganta que apenas podía tragar las lágrimas. Le supliqué que me soltara, le dije que lo quería mientras le pedía que parara. Recuerdo el dolor de sus manos tocándome, la presión de sus dedos en mi cuello y entonces... desgarró mis pantalones. Pataleé como nunca, pero su cuerpo era una prisión sobre el mío, y entonces... Entonces...

—Victoria..., no tienes que continuar —me dice con la voz rota. Aun así, ya no puedo dejar de hablar. Después de tanto tiempo en silencio la presa se ha roto y ya no hay forma de detenerme.

Las lágrimas me nublan la vista, me tiembla la voz y, por mucho que quiero seguir hablando, necesito un segundo para intentar coger fuerzas. Decirlo en voz alta lo hace demasiado doloroso. La habitación se queda en silencio por un momento y solo puedo escuchar mis sollozos mezclados con la respiración acelerada de Carter.

Aún soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—Fueron los minutos más largos de mi vida —concluyo—. Jamás olvidaré las palabras medio incoherentes que salían de su boca, aún tengo pesadillas con ello. Ojalá... Ojalá pudiera olvidarlo. Olvidar sus besos forzados, sus manos sobre mi cuerpo, su peso sobre mí, sus... Ojalá pudiera olvidarlo todo.

»Mi padre llegó entonces y todo está borroso a partir de ahí. Adam salió de mí y trató de atacar a mi padre. Me levanté rápidamente, mi primer instinto fue salir corriendo de allí, huir. Entonces mi padre le disparó y yo me detuve en seco. Ambos forcejearon con el arma, el disparo

de mi padre no lo detuvo o Adam simplemente iba tan drogado que no lo notó. Entonces, como si fuera una especie de retorcida señal, el arma acabó rodando por el suelo hasta terminar frente a mis pies.

»Si me preguntas oficialmente —digo mirándolo fijamente a los ojos—, diré que mi padre logró recuperar el arma y, víctima de la adrenalina y la furia, descargó todas las balas sobre el cuerpo de Adam.

No me pierdo la expresión seria de su rostro; cómo, poco a poco, reconstruye la historia en su mente. La rabia, el enfado y la comprensión enturbian sus hermosos rasgos. Veo como un resquicio de lástima aparece en sus ojos y aparto la mirada. No puedo ver ese sentimiento reflejado en él, no lo soporto.

—Si me pides la verdad, te diré que presuntamente yo sostuve la pistola y que presuntamente yo fui quien vació el cargador por completo en la espalda de Adam. Diré que, presuntamente, incluso cuando se acabaron las balas del cargador, continué disparando hasta que mi padre me quitó el arma de las manos.

»Confesaré, presuntamente, que incluso cuando ya no la tuve en mis manos me lancé sobre el cuerpo inerte de mi exnovio y lo pateé y golpeé entre lágrimas. Que mi padre tuvo que rodearme con sus brazos y de nuevo alejarme de su cadáver mientras me prometía que todo iría bien. Incluso en mi estado supe que mentía. Por más que quisiera creer en sus palabras, sabía que ya nada iría bien. Yo acabaría en la cárcel y nuestra familia, ya rota, quedaría destrozada.

»Sabía que mi padre perdería todo el respeto por tener a una asesina como hija y que mi hermana quedaría marcada por el estigma de lo que había hecho. No debería ser así, yo era la víctima. Pero la sociedad no me vería de esa manera. Dirían que yo lo provoqué, que lo busqué, que era mi novio y que eran cosas que pasaban. Dirían que las drogas tuvieron la culpa y yo no tendría justicia, que lo seduje y luego me arrepentí, que no le pedí que parara. De alguna forma, yo habría acabado siendo el problema y lo poco que quedara de mí y mi familia sería destruido por completo.

»Deseé morir, ¿sabes? —confieso, mi mirada está fija en mis zapatillas—. Lo intenté, en realidad. Me escapé de los brazos de mi padre y recuperé el arma del suelo. Con el cañón justo entre mis ojos disparé, lista para dejar de ser un problema, de sentirme culpable por algo que yo no había pedido. Pero en mi desesperación me olvidé de que ya había vaciado el cargador en la espalda de mi pareja, o expareja, ya no importa.

»Mi padre estaba horrorizado, destrozado, su cuerpo temblaba violentamente cuando volvió a abrazarme. Jamás había visto esa expresión en su rostro, eran tantas emociones que apenas pude registrarlas. Las sirenas de la policía se escucharon entonces. Supongo que algún vecino llamaría a emergencias al notar el escándalo y fue entonces cuando mi padre entró en pánico. Me gritó que no dijera nada, que no hablara con la policía, que no admitiera lo que había hecho, que, de ser necesario, mintiera y dijera que no recordaba qué había pasado.

»Prometió que él se encargaría de todo. Y lo hizo. Dos semanas después fue trasladado a una prisión de máxima seguridad. No fue un juicio justo, ¿sabes? Principalmente porque presuntamente fui yo quien disparó, y en segundo lugar, porque él solo actuó en defensa propia. Un tipo entra ilegalmente en su casa y le hace cosas horribles a su hija, cualquiera lo declararía inocente y le daría una palmadita en la espalda, ¿no crees? En cambio, lo condenaron a perpetua sin posibilidad de revisión.

»¿Y me preguntas por qué no confío en ti? ¿Por qué no confío en los demás? ¿Por qué no acudo a la policía, a ti? ¿Preguntas por qué no me permito ser feliz? Ahora lo sabes. Esta es la

respuesta. Porque no puedo. Porque la persona que creí amar y que también me amaba me destrozó la vida. Porque la justicia que debía protegerme a mí y a mi padre nos falló y rompió nuestra familia. Porque por mi culpa mi padre se está pudriendo en la cárcel. Porque mi hermana tuvo que perder una madre y un padre antes de tener el suficiente tiempo con ellos. Porque condené a mi hijo a vivir sin un padre. Porque han pasado años y aún me siento culpable por lo que pasó esa tarde.

»¿Querías la verdad? Esta es la verdad. Cruel, fría y dura como la vida misma. Así que esto es todo, esto es lo que soy, Carter Hall. Esta es mi triste y patética historia.

Capítulo diez

La verdad II

CARTER

Me acerco a ella hasta rodear su cuerpo con los brazos. La siento derramar hasta la última de sus lágrimas mientras se aferra a mi camiseta.

Me gustaría poder absorber todo su dolor, poder calmarla y hacer que se olvide del calvario que ha pasado durante todo este tiempo, pero, como no puedo, me limito a abrazarla e intentar hacerle entender que me tiene aquí para lo que necesite.

Su peso cae contra mi cuerpo y, de repente, sus manos acarician mi espalda y se deslizan lentamente por mi pecho. Creo que está buscando la forma de aferrarse a mí o cambiar de posición para acomodarse mejor, pero entonces sus labios rozan mi cuello en una suave caricia.

Me digo que es un error, que ha sido sin querer, pero entonces sus caricias se vuelven más intensas y sus labios suben lentamente por mi mandíbula.

—Hazme olvidar, hazme sentir amada.

No puedo haber escuchado bien. Me alejo ligeramente de ella para observar sus ojos. Veo la tristeza, el dolor y la soledad reflejados en su bonita mirada color chocolate.

—Victoria...

Empiezo a negar rápidamente, no puedo besarla ahora, no así. Sé que busca consuelo, reafirmar su supervivencia, sentirse arropada y consolada, pero sería un error. No estamos haciendo esto por las razones correctas, es desesperación y anhelo.

Negar que quiero besarla también sería una mentira. Siempre quiero tener sus labios sobre los míos, su piel rozando la mía y mis manos acariciando cada parte de su cuerpo, pero hacerlo de esta forma, cuando ella se siente tan vulnerable... No sé si es lo correcto.

—Por favor, Carter —insiste. Sus ojos tristes me duelen en el alma y me incitan a hacer cualquier cosa por ella—. Por favor..., bésame.

Sus manos en mi pecho empiezan a empujarme hacia atrás. Dejo que me dirija porque aún estoy confuso por el curso que la situación está tomando en este momento.

Sé que algunas personas después de una pérdida recurren al sexo para sentirse vivas, se refugian en eso como una vía de escape, como una huida del sufrimiento emocional a través del placer físico, pero no sé si eso es algo que deberíamos hacer ahora.

Seguimos mirándonos mientras nuestros pies siguen moviéndose, hasta que mi espalda toca la madera de la mesa deteniendo su avance. Respiración contra respiración. Su nariz acaricia la mía incitándome a tomarla de una vez.

Mi control pende de un hilo entre lo que siento que es correcto y lo que me muero por hacer.

«Dios, quiero besarla».

—No me hagas rogar más, por favor.

Y no puedo hacerla esperar más, una mujer como ella no debería tener que pedir nada, todo debería serle entregado en una maldita bandeja de plata.

Intercambio nuestras posiciones sosteniéndola con un brazo por la espalda, alzo su cuerpo hasta dejarlo sobre la mesa y yo me coloco entre sus piernas para acercarme tanto como sea

posible.

Escucho el ruido lejano de objetos cayendo al suelo, pero llegados a este punto no podría importarme menos. Aún no he conseguido decidir si deberíamos estar haciendo esto o no, pero ya no puedo pensar en otra cosa que no sea estar con ella, distraerla de todo el dolor y darle todo de mí.

Acariciando sus tonificadas piernas lentamente me inclino hacia delante para dejarme caer al suelo y quedar arrodillado frente a mi mujer.

Sonrío de forma traviesa cuando veo la confusión y el deseo en sus ojos. No sabe lo que estoy a punto de hacer, pero verme en esta posición la enciende de todas formas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con un hilo de voz.

—Querías que te besara, tigresa —respondo separando un poco más sus piernas con las manos.

—Mis labios están aquí arriba —dice con la voz entrecortada.

—No es el único lugar donde puedo besarte.

Mis manos se deslizan por sus piernas, desde los tobillos hasta su cintura y de vuelta hacia abajo. No aparto la mirada de sus ojos mientras deslizo los zapatos fuera de sus pies.

La escucho suspirar de forma entrecortada cuando mis labios besan su tobillo y siguen subiendo lentamente hasta el borde de su pantalón corto.

Los deslizo por sus piernas, junto a su ropa interior, de un solo movimiento, dejándola completamente expuesta para mí de cintura para abajo.

La siento contener el aliento anticipando mi siguiente movimiento, deseosa de que lo haga. Ambos lo deseamos tanto que el simple pensamiento de esperar me está matando.

—Ahora voy a poner mi boca entre tus piernas. —Victoria gime con voz ahogada, tratando de no alzarla demasiado para no llamar la atención de los oficiales al otro lado de la puerta.

Su mirada ardiente no deja la mía y yo siento que me consumo bajo sus enormes ojos chocolate. La quiero tanto, quiero tanto esto, a nosotros.

Sentada sobre la mesa, se sostiene del borde con fuerza al ver mi cabeza bajar entre sus piernas. Todo su cuerpo se estremece y yo deseo que no se detenga nunca. Verla así, abierta para mí, perdida en su placer... es todo lo que quiero.

Empiezo a deslizar mi lengua con calma a través de sus pliegues rosados. Gimo inevitablemente contra su cuerpo, tanteando con suaves caricias su centro. No es suficiente.

—¡Por favor! ¡Hazlo ya! ¡Rápido, duro! —exige llevando sus manos a mi cabello, agarrándolo entre sus puños y provocando un gruñido desde lo más profundo de mi interior—. No te atrevas a detenerte, joder.

Como única respuesta mi lengua se mueve más rápido, apuntando directamente en el lugar correcto. Sé cómo le gusta y no pienso dudar en ir a por ello.

—Escucharte gritar es una de mis partes favoritas, pero hoy tienes que quedarte callada. ¿Lo entiendes, tigresa? —le pregunto. Mis pulgares separan sus labios, dejándola expuesta para mí—. No puedes gritar.

Antes de dejarla responder mi lengua vuelve al juego con un hambre voraz. Nunca tendré suficiente de ella, podría quedarme aquí durante el resto de mi vida y sería feliz.

Muerde su labio inferior intentando no gritar, sin embargo, aún puedo escuchar los pequeños quejidos que se escapan de su interior. Está a punto de acabar. Muevo una de mis manos hacia su muslo para mantenerla quieta en su lugar, mientras que con la otra avanzo hacia el interior de sus piernas.

—Sabes tan bien.

No hay palabras. Juego con mis dedos en su interior mientras mi lengua le dedica toda la atención a su clítoris llevándola cada vez más lejos, más alto, y pienso estar aquí cuando caiga de su placer.

Sus dientes se clavan en sus labios de nuevo, pero escucho mi nombre quedarse en su garganta en un intento por no gritarlo a todo pulmón.

Con pura satisfacción corriendo por mis venas, mis movimientos se vuelven lentos mientras acompaño el orgasmo de Victoria en sus últimas réplicas.

—Eso ha sido... —empieza a decir, aunque parece no encontrar las palabras adecuadas.

—Sí, lo sé —la interrumpo con una lenta sonrisa de satisfacción.

—Engreído —responde con una sonrisa divertida.

Me pongo en pie acariciando mi cuerpo con el suyo y, en respuesta, ella envuelve automáticamente las piernas alrededor de mi cintura.

Quisiera que este momento fuera eterno, sin ningún otro drama, solo los dos dándonos placer el uno al otro y sin ninguna mentira entre nosotros.

VICTORIA

La revelación me cae como un jarro de agua fría.

Lo quiero.

Contra todo pronóstico y en contra de mi buen juicio, lo quiero y ya no hay marcha atrás.

Mis labios buscan los suyos con avidez, luchando por dominar el beso, pero cediendo inevitablemente ante él. Debo admitir, sin que sirva de precedente, que adoro dejarle marcar el ritmo.

Carter es un hombre arrogante en todos los aspectos de su vida. Normalmente me gusta bajarle los humos, pero cuando hablamos de besos o sexo... ¡Dios! No me importa dejarle ganar todas y cada una de las veces. Es un hombre que sí sabe lo que debe hacer con una mujer.

Me muevo sobre la mesa, dejando caer mi peso más y más sobre la superficie, llevando a Carter conmigo. Escucho como más cosas caen a nuestro alrededor y una parte de mí se excita ante el pensamiento del desastre que estamos haciendo.

Sin dejar de besarnos retiro la camiseta de su cuerpo y la lanzo a ciegas contra el pizarrón que hay junto a nosotros.

—Te deseo tanto —me dice entre besos.

—¿Todo está en orden, inspector? —pregunta un hombre al otro lado de la puerta.

Nos detenemos en seco, recordando que nos encontramos en un lugar público, con cientos de policías a solo unos metros de nosotros.

—¡Sí! —grita antes de carraspear, su voz suena demasiado grave—. ¡Todo en orden!

—Me había parecido escuchar un ruido —continúa.

—Se me han caído algunas cosas de la mesa, pero no pasa nada.

Carter vuelve a mentir mientras me dedica media sonrisa culpable. Yo le sonrío en respuesta. Pillados.

—Oh, eh... Bien entonces —dice el hombre—. No lo molesto más.

Niego, conteniendo la risa, a la vez que Carter se incorpora llevándome con él.

—Parece que tendremos que dejarlo para otro momento. —Me sonrío.

—Eso parece, sí. —Asiento tratando de regular mi respiración aún agitada—. Bien... Eh... ¿Hay alguna cosa más que quieras saber? —le pregunto completamente agotada, pero de alguna manera también me siento bien—. Aprovecha ahora, puede que no sea tan abierta en unas horas.

—Planeo llevarte a mi casa y tenerte abierta más de unas horas, tigresa —bromea mordiendo ligeramente mi hombro.

—Eso suena tan caliente... —susurro acariciando sus labios con el pulgar.

—Pero aun a riesgo de acabar con el momento... —comienza, besa el dorso de mi mano y la sostiene con la suya—. Necesito decirte algo y quiero que me escuches.

—Claro —acepto, he venido a esto después de todo. A hablar, quiero decir, no a tener sexo con Carter. Aunque, sin duda, prefiero la segunda opción.

—Eres la mujer más fuerte que conozco —dice sosteniendo mis manos con la suya—. Nada de lo que pasó fue tu culpa y nadie puede hacerte sentir de esa forma.

—Lo sé, mi parte racional lo sabe, pero algunas veces... Simplemente es complicado.

—No pretendo entender por lo que pasaste, sería hipócrita de mi parte decir que lo hago. Pero quiero decirte que no sabes cuánto aprecio que me lo hayas contado. Gracias por confiar en mí.

—Estoy intentando ser menos desconfiada y decirte la verdad —admito que las palabras se me atragantan un poco en la garganta, porque no es mentira que estoy siendo sincera y que he venido a ello, pero los motivos que me traen aquí son de todo menos sinceros.

—Tómate tu tiempo, en realidad, me gusta cómo eres —confiesa con una pequeña sonrisa que se desvanece rápidamente—. Ahora... necesito preguntarte algo. Es algo que no puedo callarme más tiempo.

—Adelante.

—¿Qué pasa con Colton? —Sabía que algo de esto caería—. ¿Cómo lo conociste? ¿Qué relación tienes con él?

«Bien... Esto va a ponerse complicado demasiado rápido».

Capítulo once

Nuestra historia

VICTORIA

—Puede que te decepcione —empiezo a decir—. La verdad es que no hay una gran historia sobre cómo lo conocí.

Irónico, ¿no? Colton me pide información sobre Carter y, en lugar de conseguirla para él, acabo por intercambiar los papeles. Soy una espía terrible.

—Bueno, cualquier información que puedas aportar puede ser útil —me asegura—. Pero no tiene que ser ahora si no te sientes preparada. Ya has dicho mucho, podemos vernos esta noche o mañana y seguimos hablando.

—No, no importa —niego. Si tengo tiempo de pensarlo demasiado quizá me arrepienta y decida no hacerlo—. Prefiero arrancar la tirita de golpe.

—Si quieres parar en algún momento, hazlo —añade aún sosteniendo mi mano.

—Bien... —Suspiro armándome de valor. Respiro hondo y empiezo a narrar la historia de cómo le abrí las puertas de mi vida a Colton Farley.

»No éramos más que unos niños cuando nos conocimos. Vivíamos en el mismo barrio, su casa se encontraba frente a la mía y yo había visto cómo su padre le pegaba en más de una ocasión. El hombre daba realmente miedo, creo que estaba en algún tipo de banda o algo así, y siempre llegaba borracho a casa y se descargaba con su mujer y con él.

»Mi padre trató de ayudarlos muchas veces, pero la mujer no quería denunciar y Colton no decía una palabra, así que no se podía hacer mucho. Un día conseguí colarme en el patio de su casa. Yo era una niña curiosa que no conocía demasiado bien los límites, así que me escabullí para hablar con él, por si lograba convencerlo de ver a mi padre y contarle lo que pasaba en su casa.

—No salió bien, ¿no? —pregunta Carter con voz suave.

—No —niego con un triste suspiro—, pero en su lugar le ofrecí venir a esconderse en mi casita del árbol cuando lo necesitara. Él era mayor que yo, pensé que se reiría de mí y que me mandaría a casa de una patada en el culo. En cambio, empezó a pasar tiempo conmigo.

»Al principio todo era normal, ¿sabes? No había nada raro en él. Era un chico como cualquier otro, algo retraído por la situación en su casa, pero nunca vi nada que pudiera indicarme que se convertiría en un monstruo con los años. Pero con el tiempo empecé a notar cosas extrañas.

»Tenía la sensación de que me seguían y en algunas ocasiones me pareció verlo escondido detrás de las gradas de mi escuela. Pensé que todo eran imaginaciones mías hasta que un día mi padre lo descubrió espiando por la ventana de mi habitación mientras yo dormía. Al parecer, no era la primera vez que lo había atrapado. Le advirtió varias veces, pero Colton no hacía caso y la situación estaba volviéndose cada vez más espeluznante.

»Mi padre no quería tener que denunciarlo, porque sabía que eso provocaría que le dieran una paliza en su casa, así que le prohibió verme. En aquel momento pensé que mi padre solo estaba exagerando, yo era una niña y creí que Colton solo había venido a esconderse o a jugar a las casitas conmigo. Fui tan tonta. Supongo que algunas lecciones deben aprenderse por las

malas, aunque me hubiera gustado que esta no fuera una de ellas. Así que continúe viéndolo a escondidas de mis padres. Ahora me doy cuenta de que siempre tuve un problema con elegir mal, ¿no crees? —Niego sin humor. Desde pequeña ya se veía que estaba condenada al fracaso.

»Un día Colton apareció en casa golpeado. Estaba a punto de cumplir los dieciocho años y no sabía qué haría su padre con él entonces. Temía y deseaba que lo echara de casa a partes iguales. Como he dicho, era una niña y no vi las señales, pero Farley odiaba tanto a su padre por golpearlo, como a su madre por permitirlo. No había amor en él, aunque yo pensé que era mi amigo.

»De un día para otro su padre había conseguido otro trabajo, o quizá había ascendido en el que tenía, nunca supimos a qué se dedicaba, así que nos enteramos de que iban a mudarse lejos de allí a un barrio mejor. Coches caros empezaron a llegar a la casa, gastaba dinero como si nunca fuera a acabarse. Aquella fue la primera noche que escuché a mi padre decir algo sobre lo que hacían para ganarse la vida nuestros vecinos.

»Yo solía pensar que mi padre era un poco paranoico cuando lo escuchaba decir que el padre de Colton estaba metido en drogas y mafia. De nuevo, fui una tonta. Con los años he visto las señales que me perdí por ser una niña demasiado ingenua y crédula. La vida me golpeó con estas verdades, así que, aunque hubiera querido ignorarlas, no tenía elección al respecto.

»Unas semanas después Colton se presentó en mi casa, venía a despedirse. Recuerdo que le dije «Cambia las cosas si no te gustan, no te conformes. Toma lo que quieras sin pensar en las consecuencias». Era una frase que había visto en alguna película aquel fin de semana, no sabía lo que estaba diciendo realmente. Nunca olvidaré la determinación en sus ojos cuando se fue de mi casa ni tampoco sus últimas palabras: «Ahora ya sé qué debo hacer». Recuerdo que sentí escalofríos durante horas después de separarnos. Incluso siendo una niña tuve un mal presentimiento.

»Una semana después él cumplió la mayoría de edad y nos enteramos de que su padre había muerto de una sospechosa sobredosis. Y yo no volví a saber nada de Colton hasta muchos años después. Si quieres mi opinión —observo nuestras manos unidas—, creo que él lo mató y creo que mi yo de entonces le dio el empujón que le faltaba.

Mis manos tiemblan cuando acabo de hablar, nunca había dicho estas palabras en voz alta y, de alguna manera, se siente liberador hacerlo. A pesar de la culpa que siento por ello, sé que Colton no estaba bien mentalmente —sigue sin estarlo— y que era cuestión de tiempo que hiciera algo así.

—No creo que alguien como él necesite muchos empujones para encontrar un motivo para matar —opina Carter—. Parece que siempre fue la manzana podrida del cesto.

—Eso parece, sí —conuerdo.

—Pienso que debería sentir algo de lástima porque su padre le golpeará —confiesa—, pero me cuesta demasiado sentir otra cosa que no sea odio por él.

—Créeme, el sentimiento es mutuo. —Estoy de acuerdo con él—. Que te suceda algo así no te da carta blanca para convertirte en un hijo de puta. —Suspiro—. ¿Y tú? ¿Por qué lo odias tanto? No puedes negarlo, acabas de admitirlo.

—Es complicado —dice frunciendo el ceño. Siento que las barreras entre nosotros empiezan a crecer de nuevo y me niego a volver a ese punto.

—Creo que ya hemos pasado esa línea hace mucho tiempo.

—Verás... Mi padre también era policía —empieza—. Era el inspector a cargo del primer caso realmente importante que hubo contra Farley. Lo tenía entre las cuerdas. Fue el primero en

enfrentarse de verdad contra él, en querer llevarlo ante la justicia costase lo que costase.

—Estás hablando en pasado —observo—. Está...

—Muerto, sí. —Sus ojos azules se clavaban en los míos y el intenso dolor que veo en ellos me dice lo que sus palabras confirman antes incluso de abrir la boca—. Colton lo mató.

—No... —Me llevo las manos a la boca conteniendo el aliento.

—Hace unos diez años hicimos una redada en una fábrica de neumáticos a las afueras de la ciudad. Se suponía que estaba abandonada, pero se sabía que Colton la utilizaba para guardar y distribuir su mierda. Mi padre lo descubrió y montamos toda una operación para atraparlo. Yo acababa de salir de la academia, esa iba a ser mi primera gran operación y estaba demasiado emocionado.

»Una chica como tú nunca habría mirado dos veces en mi dirección, era un completo idiota, temerario y engreído, creía que nada podría derribarme nunca. Y cuando llegó el momento de dar la talla... la cagué, pequé de arrogante y la fastidié. Hice mal mi parte y nos descubrieron. Salimos de ahí por los pelos.

»Aquella noche mi padre recibió un sople. Yo debería haber estado con él, pero me habían sancionado por mi cagada, así que se arriesgó y acudió solo al encuentro. Era una trampa. Ni siquiera sé dónde murió mi padre, lo tiraron en una cuneta y no lo encontraron hasta la mañana siguiente.

»Un balazo en la cabeza, esa fue la causa de la muerte. Fue rápido y no sufrió, pero eso no aplacó mi dolor. Quería justicia para mi padre. Era un buen hombre, un buen padre y policía, tenía una familia a la que volver y lo habían tirado como si fuera basura. No había pruebas ni testigos, así que archivaron el caso y yo hice de encontrar y hacer pagar a su asesino por su muerte mi razón de vivir.

Deslizo mis brazos alrededor de sus hombros uniéndonos en un fuerte abrazo, consolándolo. Puedo sentir su corazón latir desbocado y su respiración volverse errática a causa de la rabia que estos recuerdos deben provocar en él.

—Por eso el trabajo es mi vida. Por eso acabé alejándome de mi familia. No podía dejarlo pasar y... estaba demasiado avergonzado por lo que había hecho para mirar a mi madre a la cara.

—Oh, Carter... Nada de eso fue tu culpa, tienes que saberlo.

—No lo creí durante mucho tiempo. Aún pienso que si no la hubiera cagado lo habríamos atrapado a la primera oportunidad y nada de eso le hubiera pasado a mi padre. —Niega como si desechara la idea lejos de su mente—. Con el tiempo ascendí e investigué un poco más. No fue culpa mía que la redada saliera mal, tuvimos una filtración. Colton tenía en nómina a uno de los novatos que había estado conmigo en la academia.

—Hijo de...

—Estuve avergonzado y enfadado mucho tiempo hasta que descubrí esa nueva información. Lo detuve y aún se está pudriendo en la cárcel. Después de saber la verdad ya solo me quedaba la ira —continúa—. Enfoqué todo lo que soy en encontrarlo y hacerle pagar por lo que había hecho. Mi padre era todo mi mundo, era mi héroe y ese monstruo se lo llevó y destrozó mi familia.

La rabia se escapa de su tono con cada palabra que sale de su boca. Sus brazos se estrechan a mi alrededor con fuerza cuando sus músculos se tensan.

—Desapareció después de atrapar a su infiltrado. Se escondió como la rata cobarde que es y no regresó hasta mucho tiempo después. Juré venganza en aquel mismo momento.

Ambos nos quedamos en un cómodo silencio, abrazados, a pesar del tren de pensamientos

en que se ha embarcado mi mente.

Estoy en una encrucijada, porque en esta ocasión sí tengo información realmente importante que dar a Colton, pero no quiero hacerlo.

Acabo de ser lo más sincera que puedo ser ahora mismo y Carter me ha confiado la razón por la que se obsesionó con su trabajo y lo convirtió en el centro de su vida.

No estaría bien traicionar lo que acabamos de compartir el uno con el otro contándoselo a Farley.

Lentamente empiezo a ponerme de pie y a recoger mi ropa del suelo. No sé qué decirle que no delate lo afectada que estoy, así que susurro un apenas audible «tengo frío» mientras empiezo a vestirme en silencio sintiéndome culpable por espiarlo.

Sé que sus ojos están pegados a mi espalda, preguntándose lo que estoy pensando. Seguramente estará sintiéndose como un idiota por arruinar el momento que estábamos compartiendo antes de que preguntara por Colton.

Lo entiendo. Mi propia mente recordándome la realidad de mi visita también me castiga.

He averiguado muchas cosas esta tarde, pero si algo ha llamado mi atención sin duda es la confirmación de que Carter está tan lleno de rencor como yo. Una peligrosa combinación para un mismo objetivo.

Y eso, aunque suene a una bomba a punto de explotar, me da el empujón que necesito para decirle la verdad de una vez por todas, sin omitir detalles.

Puedo confiar en Carter. Hará lo que sea necesario para acabar con Colton y eso es exactamente lo que yo quiero. Quizá este es el momento, quizá...

Detengo mi mano antes de recoger los pantalones del suelo. Mis ojos se clavan en una fotografía que se ha caído de la gran pizarra llena de datos. Lo que veo..., no puedo creerlo.

Empiezo a temblar incontroladamente.

Voy a vomitar.

El sabor amargo de la decepción y la traición amenazan con inundar mi boca, pero trato de controlarlo lo mejor que puedo mientras tomo la imagen del suelo y me vuelvo para enfrentar a Carter.

—¿Qué se supone que es esto? —exijo dejando que la rabia se filtre en cada palabra.

—Victoria..., puedo explicarlo. —Su rostro se vuelve pálido de golpe y la desesperación tiñe sus ojos.

—¿Por qué tienes una maldita foto de Adam en tu oficina?

Capítulo doce

Mentiras

VICTORIA

Debería estar acostumbrada al dolor, no es la primera vez que me traicionan o que me ven la cara de tonta. Tampoco debería sorprenderme que otro hombre me mienta y se aproveche de mí. Al parecer, ese es mi tipo.

Y sé que quizá estoy siendo un poco hipócrita, también le he mentado, pero jamás prometí ser sincera, nunca dije que no le mentaría. En cambio, él sí me prometió que no investigaría mi pasado.

Fui una ingenua al creerle, al pensar que ya no estaba investigándome y que solo buscaba información de Colton. Acabo de confesarle mi mayor secreto, el momento más oscuro y bajo de mi vida y él ha mantenido la mentira cuando está claro que ya lo sabía.

Qué estúpida soy.

—Escúchame, por favor.

Carter trata de acercarse a mí, pero soy más rápida moviéndome alrededor de la pizarra hasta alcanzar el lado contrario. La sangre se congela en mis venas y necesito apoyarme para no caerme. Lo que ven mis ojos solo confirma lo que estaba temiendo.

—Me mentiste. —Mi voz sale ahogada a causa de la incredulidad.

Mis emociones fluctúan con tanta rapidez que apenas puedo ponerme al día, pero cuando finalmente mi cerebro se decide por una, solo queda la decepción.

Muevo la pizarra con ruedas hasta darle la vuelta y ponerla de frente. Mis ojos no pueden apartarse de los cientos de papeles con mi vida resumida en ellos.

—Victoria...

—¿Hace cuánto? —Mi voz tiembla al preguntarlo—. ¿Hace cuánto tiempo que conoces el momento más doloroso de mi vida?

—Victoria... —repito tratando de acercarse.

—¿Cuánto?! —grito dando un paso atrás.

—Meses.

—Dios... —No puedo creerlo.

—Pero, Victoria, fue antes de nosotros, antes de que todo lo nuestro empezara, las cosas cambiaron después de eso.

—Entonces, ¿por qué sigue todo esto aquí? —grito enloquecida—. ¿Por qué no lo has quitado? ¿Por qué no te has desecho de ello? —Me muevo frenética por la habitación, agitando las manos—. ¡Dios! ¡Me mentiste! Te pregunté directamente por ello. Tu respuesta era importante para mí, te di mi confianza y tú te estabas riendo de mí.

—Eso no es justo y lo sabes —niega intentando acercarse de nuevo—. Ambos nos hemos mentado desde el principio.

—Puede que yo lo hiciera al principio, pero después de nuestra primera vez no lo hice más —digo con confianza, es la verdad—. Tal vez omitiera algunas verdades, pero nunca te menté a la cara, nunca tan descaradamente.

Sé que sigo gritando y probablemente toda la oficina esté escuchándome, pero no me

importa. Estoy tan dolida que me da igual quién pueda escuchar nuestra discusión.

—Me pediste que confiara en ti y tú traicionaste esa confianza investigando mi vida a mis espaldas. ¡Dios! No puedo creer que haya vuelto a cagarla de esta manera.

—¡Puedes confiar en mí! —Ahora es él quien grita.

—¡No es cierto! —lo contradigo—. Te has quedado ahí como si nada, escuchando mi triste historia, consolándome y diciéndome lo fuerte y valiente que soy. ¡Y yo te he creído! He creído cada maldita palabra mientras tú ya sabías la verdad de todo.

—No lo entiendes —niega. Puedo ver la desesperación en su rostro, pero estoy demasiado lejos de sentir cualquier otra cosa que no sea rabia, mucho menos empatía o lástima—. Hay todo un caso montado contra Colton, esto es más grande que tú y yo. No lo he hecho para hacerte daño, solo necesitaba información.

Puedo ver que se arrepiente de sus palabras tan pronto como las dice, pero ya es tarde. El significado de eso me atraviesa como una flecha.

—¿Eso he sido para ti todo este tiempo?

A pesar de saber que era cierto, escucharlo en voz alta es demasiado doloroso, sobre todo después de pensar que tal vez podríamos tener algo más. Creí que quizá, por primera vez, el amor no me golpearía directo en el corazón como una bola de demolición.

Caí fuerte, sin darme cuenta y sin quererlo. Aun así, caí por él y Dios... Esta caída sí que ha sido un duro golpe de realidad.

—¿Una manera de obtener información para completar tu gran venganza? ¿Has puesto mi vida patas arriba por un caso? Me hiciste enamorarme de ti y ahora veo que solo he sido un medio para conseguir un fin.

—¿Enamorarte? Victoria..., ¿tú...?

—Eso ya no importa. Confié en ti, estaba a punto de... —Niego, no merece la pena decirlo—. Y tú me mentiste y rebuscaste en mi mierda como un carroñero.

—Todo eso fue antes, créeme. Antes de que habláramos de verdad, antes del sexo incluso, antes de sentirme así por ti.

—No te creo. No puedo y tampoco quiero hacerlo. —El dolor se filtra en mi voz mientras recojo la camisa del suelo—. ¿Sabes cuál es nuestro problema? Tenemos demasiados secretos, demasiadas mentiras a nuestras espaldas. Empezamos esto con mentiras y yo traté de ignorarlo y confiar en ti. Sabías lo que me había pasado desde prácticamente el principio y, aun así, no te importó y jugaste con mis sentimientos.

—No es así y lo sabes. Lo que tenemos es real. —Se mueve rápidamente hasta mi lado y sostiene mi mano con la suya.

Quiero creerle, por un breve segundo quiero hacerlo, pero ya es demasiado tarde. No estoy enfadada solo por las mentiras, tengo mi parte de culpa en eso, es el sentimiento de traición lo que me enloquece.

Me ha dejado contarle toda mi historia como si no supiera nada y luego me ha abrazado y no ha tenido los huevos de decirme la verdad, de confesarme que ya lo sabía.

Me duele, porque por fin estaba lista para admitir todo, confiar y decirle lo que estaba pasando. Incluso iba a abrirme en canal y darle mi corazón, pero de nuevo la vida tiene otros planes para mí.

—Ya no estoy segura de nada —continúo hablando—. ¿Cómo puedo estarlo? Todo esto —nos señalo a ambos con la mano libre— se basa en mentiras. Quería creer en ti tan desesperadamente que ignoré las señales.

—Yo también las ignoré, Victoria —contraataca—. Ignoré tus llamadas con Colton, ignoré el verte pelear en Las Jaulas, ignoré las heridas que traías noche tras noche porque pensé que acabarías confiando en mí y contándomelo. No hablé con mis jefes para acusarte y tuve cientos de oportunidades para hacerlo. Quería que fueras tú quien acudiera a mí por ayuda, que confiaras en mí lo suficiente. Me dije: «Ten paciencia, acabará viendo que vas en serio y ella misma te lo dirá».

No puedo evitar pensar que tal vez tenga algo de razón. Sé que debería parar y pensar mejor las cosas, pero mi corazón duele demasiado, solo quiero salir de aquí cuanto antes.

—Entonces ambos tenemos lo que nos merecemos por ser un par de mentirosos de mierda.

Retiro mi mano de la suya conteniendo las lágrimas, no quiero que me vea llorar en estos momentos.

Él trata de volver a sostenerla, pero doy un paso más lejos. Solo estar cerca de él me duele porque deseo tocarlo. La desesperación en sus ojos del color del mar me tiene con las rodillas temblorosas, pero debo mantenerme firme.

—Si dejas que te lo explique, creo que me entenderás al menos un poco —lo intenta nuevamente.

—No quiero entenderte —contesto—. Ese barco ya ha zarpado. Las explicaciones ya no me valen, tuviste muchas oportunidades para decírmelo. —Sigo enfadada, pero llegados a este punto estoy más agotada que otra cosa—. Tal vez soy hipócrita por pedirte honestidad cuando fui la primera en mentir, pero yo no tengo otra opción, tú sí.

—¿No tienes otra opción? —pregunta deteniéndose de golpe y me doy cuenta de que he hablado de más—. Victoria, ¿qué está ocurriendo?

—Nada que te incumba.

—Victoria... Por favor, si Colton te está amenazando...

—No es tu maldito asunto —digo interrumpiéndolo—. Este juego se ha terminado. Esto acaba aquí.

—Detente un momento. Dejemos las mentiras y seamos sinceros ahora. Aún podemos arreglarlo.

—No, ya no quiero arreglar nada.

Empiezo a ponerme los pantalones, necesito salir de aquí lo antes posible. Siento que las paredes me asfixian y, realmente, realmente quiero evitar que esos bonitos ojos me sigan mirando a toda costa.

—Las cosas están claras ahora y nosotros estábamos condenados desde el principio. Te mentí y me mentiste, no debí esperar que tu palabra significara algo en ese momento, porque la mía tampoco ha significado nada para ti.

—Eso no es cierto —niega con vehemencia—. Confío en ti. Aun teniendo motivos para no hacerlo, lo hago.

—No quiero escucharte más —lo detengo—. Pero tú sí vas a escucharme a mí.

Completamente vestida me siento menos vulnerable. Clavo mi dedo índice en su pecho, enfatizando mis palabras.

—No creas ni por un momento que mis mentiras son peores o iguales a las tuyas —empiezo a decir con la sangre hirviendo en las venas—. Si has hecho tan bien tu trabajo como crees, sabes que hay más bajo todas mis mentiras, sabes o puedes intuir por qué las dije. Tú no tienes ninguna excusa.

Parece que quiere decir algo, pero una sola mirada a mi expresión lo detiene. Sé cómo

debo verme: rota, enfadada, decepcionada, enloquecida... Todo eso es cierto y, aun así, no es ni una ínfima parte de cómo me siento.

Tengo un huracán en el corazón.

—Todo lo que yo hice fue para proteger a mi familia y a mis amigos, incluso para protegerte a ti —continúo—. Estaba desesperada y sí, mentí y engañé, pero lo hice por algo más que yo misma. Todo lo que tú has hecho ha sido por venganza, una venganza egoísta que solo te ha traído cosas malas.

Veo su expresión contorsionarse ante mis palabras, pero no puedo arrepentirme de ellas. Para él todo vale con tal de atrapar a Colton. Kathy me lo advirtió, me dijo que Carter estaba casado con su trabajo. Debí hacerlo mejor esta vez, ya debería tener la lección aprendida.

—Siento si soy cruel, pero tu padre ya no está y estoy segura de que no querría ver cómo desperdicias tu vida en algo que no puedes solucionar en lugar de disfrutar de la familia que aún te queda. —Mis palabras son como una bofetada para él, puedo verlo en sus ojos, pero ya no soy capaz de detenerme—. Jugaste conmigo, Carter. Quieras admitirlo o no, lo hiciste. Te acercaste a mí con preguntas que no quise responder y, cuando empecé a alejarme, te metiste en mi vida y conseguiste lo que querías de otra manera.

—No hables de cosas que no entiendes —escupe con molestia.

—Bien, hablaré de cosas que sí entiendo —digo en tono desafiante, estoy pasando de la decepción a la ira con una velocidad asombrosa—. Entiendo que me usaste para conseguir información. Entiendo que jugaste con mis sentimientos para conseguirlo y también entiendo que nada de lo que tuvimos fue sincero. Y, por supuesto, entiendo que esto se acaba ahora mismo, porque si te sigo mirando a la cara no sé si querré arrancártela o besarte, y ese pensamiento me molesta enormemente.

No espero su respuesta, no quiero escuchar nada más de lo que tenga que decir. Mi nombre sale de sus labios y empieza a hablar tras de mí, incluso hace ademán de perseguirme antes de darse cuenta de que está a medio vestir.

Por mi parte, doy gracias a Dios por ello y, una vez estoy completamente vestida, continúo mi camino tan rápido como mis pies me lo permiten sin romper a correr.

No me vuelvo en su dirección en ningún momento, a pesar de lo mucho que quiero hacerlo. Quiero escuchar sus palabras e incluso ignorar el dolor y creerlas.

Me niego a ese pensamiento, tengo que ser más fuerte, imponerme a estos tontos sentimientos. Las cartas están sobre la mesa y el juego ha terminado.

Finalmente he llegado a una terrible conclusión sobre mi vida amorosa. No debo fiarme de ningún hombre que pueda atraerme sexualmente, a la vista está que solo me gustan los hombres problemáticos, mentirosos o que no me quieren lo suficiente.

Cuando salgo de la comisaría, el aire fresco golpea mi rostro provocando una extraña sensación de liberación y ansiedad. Sostengo el teléfono en la mano y, aunque sé que tal vez me arrepentiré más tarde, marco su número.

Dos tonos después, escucho su voz.

—Tengo tu información.

Capítulo trece

Los hombres y sus venganzas

VICTORIA

Direcciones, fechas, encargos, redadas... Mando una copia con todo lo que recuerdo a Colton y está realmente contento con la información que le doy.

Está tan contento que esta noche, en lugar de ser golpeada hasta el sexto asalto, cambiará las peleas para que yo salga ganadora y sea Macho González quien reparta los golpes como le plazca.

Siento la imperiosa necesidad de sacar mi frustración y dolor a golpes como solía hacer al principio y, por descabellado que suene, estoy agradecida a Colton por dejarme partirles las caras a sus chicos.

No es como si esto borrara todo lo que ha hecho, no me he vuelto loca, pero por una vez voy a tomar lo que me ofrece y a disfrutarlo.

Después de esa noche, las cosas parecen calmarse durante un tiempo. Colton deja de llamar y enviar mensajes, las apuestas están en mi contra, por lo que seguimos fingiendo que yo gano y, al mismo tiempo, disfruto golpeando a las pobres almas que Farley mete en Las Jaulas contra mí.

No salgo inmune de estos asaltos, por supuesto, a fin de cuentas la gente está aquí por el espectáculo y no hay espectáculo que valga si no damos un buen baile. Así que, aunque ya no llego a casa hecha puré, los golpes siguen siendo el pan de cada día.

Algunas personas se relajarían y acomodaría en esa aparente tranquilidad, pero yo no soy una de ellas. Sé lo que es esto, la calma antes de la tormenta.

Tarde o temprano los apostadores cambiarán de bando y empezarán a poner su dinero en mí y eso solo significará una cosa: que será el momento de perder.

Debería estar teniendo algún tipo de período de inactividad, todos debemos dejar que nuestros músculos descansen, que las heridas sanen correctamente y esas cosas, pero Colton quiere explotarme hasta que no pueda más. Es algo personal contra mí, lo sé.

Él puede decir toda la mierda que quiera sobre sus negocios y sobre hacerle ganar dinero, pero sé lo que es esto: venganza. «Los hombres y sus malditas venganzas», pienso mientras ruedo los ojos.

Todo se resume en algo tan simple como eso.

Lo dejé y dañé su orgullo, sabe lo que soy capaz de hacer, lo que tengo que ofrecer y eso lo detuvo un tiempo, pero ya no más. Está poniendo sus cartas en dejarme a la altura del suelo.

Sé lo que está esperando, lo que quiere de mí, y tengo miedo de no resistir lo suficiente y acabar por ceder a sus deseos. No quiero volver a ser su juguete, pero se me acaba el tiempo y esa parece ser la única opción que me queda.

A pesar de que mis asuntos con Colton están aparentemente más relajados, no puedo decir lo mismo de Carter.

Después de una semana de llamadas constantes empiezo a pensar que tal vez sería mejor bloquear su teléfono, aunque en el fondo no quiero hacerlo. Una parte de mí quiere contestarle, pero otra solo desea que pare. Esta encrucijada es agotadora.

La situación ha llegado a tal extremo que ahora también llama a la cafetería, por lo que

inevitablemente Kathy ha acabado averiguando que he vuelto a discutir con él.

Esta mañana el cielo amaneció triste —como dice mi hijo—, no ha parado de llover desde que nos despertamos y, cómo no, mi paraguas salió volando a causa del viento, por lo que llegué al trabajo empapada hasta las bragas, y no en el sentido sexi.

—¿Cómo estás? —pregunta Rayder mientras se sienta en una banqueta frente a mí y se dedica a observarme de forma acusadora.

Está preocupado, lo sé. Aunque no lo demuestre demasiado y expresarse con palabras sea algo totalmente ajeno a su persona, es alguien que cuida y ama con fuerza.

Si no lo supiera, juraría que podríamos ser hermanos.

—Si no consumes nada no puedes sentarte —digo en lugar de responder a su pregunta.

—Un café —pide—. Ahora, responde.

—¡Kathy! —grito mientras le sirvo café en una taza rosa y la dejo frente a él—. ¡Tu acosador está aquí!

—No lo llares así, Victoria —me regaña saliendo de la trastienda. Debido a la lluvia es una mañana tranquila y estamos aprovechando para reorganizar el almacén—. Hola, Rayder.

—Buenos días. —Asiente en su dirección. Sus miradas se clavan en la contraria con tal intensidad que me siento como si estuviera viendo *Cincuenta sombras de Grey* con mis padres. Incómodo. Y asqueroso.

—¡Por Dios! ¡Besaos de una vez o buscaos un cuarto! —me quejo alejándome de ellos hacia la tostadora, que acaba de sonar—. Sea lo que sea, no lo hagáis frente a mí. Sois tan asquerosos.

—Victoria... —La voz de Kathy se escucha avergonzada y yo ruedo los ojos.

—No es como si estuviera mintiendo. —Me encojo de hombros.

—Supongo que eso es porque ya has completado tu cupo de mentiras —me corta Rayder. Sus ojos oscuros se clavan en mí sin expresión. Mis palabras no han hecho ningún efecto en él.

—¿Estás acusándome de algo? —pregunto alzando una ceja de forma inquisitiva.

—¿Debería acusarte de algo? —me devuelve la pregunta con el mismo tono.

—No —respondo con seguridad—. No he hecho nada por lo que puedan acusarme.

—Excepto mentir, creía que estaba bastante claro.

—¿Cómo te atreves...? —empiezo a decir ofendida.

—Lo sabe, Vicky —interviene Kathy—. Lo sabe todo.

—¿Se lo dijiste? —la acuso sin poder creerlo.

—No hizo falta —responde él por ella—. Llegamos a la misma conclusión y después fue cuestión de preguntar a las personas adecuadas. Primero eran solo sospechas, pero ya sabes, no me gusta quedarme con la duda —explica—. Estás jodida, amiga.

—Vaya, muy perspicaz, Sherlock. —Ruedo los ojos al mismo tiempo que doy un bufido muy poco femenino y me apoyo en los codos sobre la encimera frente a él—. No me gusta que hayas investigado mi vida a mis espaldas. —Una pequeña punzada en el pecho me hace inspirar fuerte. Carter...

—Tú no ibas a darme las respuestas que quería.

—Eso es porque es mi vida, y nadie tiene derecho a meterse en ella salvo yo —digo cruzándome de brazos.

—¿Ni siquiera cuando estás cavando tu tumba y, en lugar de dejar que te ayudemos, nos apartas?

—Tengo un plan.

—No parece estar funcionando muy bien —opina Rayder, dando un sorbo a su café.

—O quizá va exactamente como esperaba —lo contradigo.

—Si tu plan era acabar medio muerta en un hospital, me parece que deberías reconsiderar algunos matices —se queja.

—Rayder... —le advierto—. Creí que tú, entre todos, entenderías el valor de la privacidad y de no invadir la vida de los demás.

—No voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que te mates por ser más terca que una mula —sentencia. Su voz permanece neutra en todo momento, como si estuviéramos hablando del clima—. Deberías hablar con tu amante policía.

—Él no es mi nada y no voy a dejar mi vida en manos de la policía —respondo con decisión. Es mi última palabra sobre esto, no cambiaré de opinión.

—No en manos de la policía, en manos de él —puntualiza—. Mira, yo tampoco soy el mayor fan de la justicia de este pueblo, pero creo que es un tipo legal.

—No puedo confiar en él —niego rápidamente.

—Carter es un buen chico, Victoria, créeme. Hará lo que haga falta para detener a Colton —dice Kathy.

—Ese es el problema. —Suspiro.

—¿Qué quieres decir? —pregunta la chica.

—Nada —niego saliendo de detrás de la barra para ir a limpiar las mesas.

—¡Victoria! —me grita Kathy antes de que pueda avanzar demasiado lejos—. No puedes decir algo como eso, no explicarlo y esperar que nos callemos y lo ignoremos.

—¿No puedo? —pregunto alzando una ceja—. Es exactamente lo que espero, ignoradme. No quiero hablar más sobre eso.

—Habla, Victoria, por favor. Nos preocupamos por ti, por tu hermana y por Roro. No dejes que tu cabezonería les afecte.

—Estás jugando sucio —acusó a mi amiga.

—Lo sé. Jugaré cualquier carta para que hables conmigo sobre lo que te ocurre —dice con convicción.

—Le pregunté si me había investigado y él me juró que no lo hizo. Confié en él y nos acostamos... Hace una semana descubrí que tenía una pizarra con mi nombre y toda mi vida resumida en ella —explico. Kathy ahoga una exclamación y los ojos de Rayder se entrecierran—. Tenía una foto de Adam y una copia del informe de aquella noche.

—No... —niega, asombrada.

—Cabrón —gruñe Rayder.

—Sí... —Asiento bajando la mirada—. Debí suponerlo, su trabajo es investigar y yo acabé metida en medio de todo esto. Es solo que pensé... Pensé que no cruzaría esa línea. Que tal vez hablaría conmigo antes o... No sé...

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, solo escuchando el golpeteo de la lluvia contra los cristales y el hilo musical de la cafetería. Han pasado siete días desde entonces, pero aún escuece. Creo que comprendo un poco lo que nos pasó y no puedo echarle toda la culpa de que hayamos acabado en esta situación, yo tampoco lo puse fácil.

Aun así, a pesar de haber llegado a esa conclusión, no le he devuelto las llamadas ni los mensajes. ¿La razón? Estoy avergonzada por haberle dado esa información a Colton.

Sí, me he beneficiado de eso y, además, he conseguido apartar a mis amigos de la línea de fuego por ahora. A pesar de ello..., no me sentí bien al hacerlo.

—Bueno —dice Rayder, rompiendo el silencio—. Hablando del demonio.

Alzo la mirada justo a tiempo de ver a Carter atravesar la puerta de la cafetería. La campanilla suena cuando la puerta se cierra y mis ojos lo recorren de arriba abajo.

Me asombra lo mucho que me afecta solo el tenerlo en la misma habitación, es injusto que cada vez que lo veo me resulte más atractivo que la anterior.

Incluso ahora, empapado de pies a cabeza por el agua, solo puedo imaginarme lo mucho que me gustaría quitarle esa ropa mojada.

Capítulo catorce

Diez minutos de mierda

CARTER

Kenzie tenía razón desde el principio, esto ha acabado explotándome en la cara. Apenas dejó Victoria mi oficina la rabia me hizo destrozar la pizarra. Debería haberme desecho de ella hace mucho, mejor aún, ni siquiera debería haberla hecho.

Eso fue un error, mi primer error.

¿El segundo? Mentirle cuando dije que no investigaría sobre su vida. Técnicamente no era una mentira, ya tenía toda la información que necesitaba en ese momento. Aun así, fue una mentira por omisión.

Los días han ido pasando y sigo sin saber nada de ella. No me sorprende, me lo merezco, pero eso no hace que sea más fácil y tampoco me detiene de seguir llamándola.

Estos días me han servido para reflexionar y pensar en todo lo que ha pasado.

¿Y si Kenzie hubiera tenido razón todo el tiempo?

No puedo decir que me sorprenda, una parte de mí siempre supo que no estaba bien, pero me decía que lo hacía por una buena causa, por algo más grande. Ahora veo que estaba siendo egoísta y mintiéndome a mí mismo. Por supuesto que atrapar a Colton es importante, pero no a cualquier precio.

Dejé que la venganza y el odio dominaran cada decisión durante los últimos años de mi vida. Mis hermanas me lo dijeron, incluso mi madre me advirtió de dónde me estaba metiendo: «La venganza es un pozo del que muy pocos pueden salir».

No estaba preparado para escuchar eso, porque me negaba a dejarlo ir todavía. ¿Cómo podría hacerlo? Era mi padre, mi héroe, la persona que más admiraba en el mundo. No quería rendirme, no podía... Al menos, eso me dije todo ese tiempo.

Estaba equivocado.

Mis compañeros, amigos, familia... Nadie me dijo que dejara de buscar justicia para él, solo querían que tuviera algo más por lo que vivir, algo además del odio y la venganza.

No sé cómo, pero lo encontré. No pretendía hacerlo, ni siquiera lo estaba buscando, pero durante unos meses lo tuve, conseguí aquello que tanto necesitaba, aunque aún no era consciente de esa verdad.

Victoria.

Lo tuve todo por un instante y ahora la había cagado y no estaba seguro de si podría recuperarlo. Parecía improbable.

Después del hospital creí que, si conseguía dar con Colton y acabar con lo que fuera que tuviera con ella, volvería a mí y estaría sana y salva. Pensé que ese era el único modo y me volqué en ello con toda mi alma. No comía, no dormía, todo por lo que vivía era atrapar a Colton. Nunca estuve tan cerca.

Y un día ella regresó a mí sin que lo esperara. Sí, estaba dolido por lo que me había dicho, pero nunca lo suficientemente enfadado como para no escucharla o no besarla.

Cuando empezó a hablar olvidé por completo que yo ya sabía lo que estaba contando. Leerlo en un informe no podía compararse a escucharlo con sus propias palabras. Era

desgarrador, podía sentir su dolor como si fuera mío, contener las lágrimas se volvió difícil llegado un punto y solo quería revivir al chico y volver a enterrarlo yo mismo con mis propias manos.

La culpa que había estado sintiendo las últimas semanas se incrementó. Después de escucharla solo podía pensar en abrazarla y sacarla de la oficina antes de que viera la pizarra con su información.

Ya lo tenía decidido, me desharía de todo y entonces le diría la verdad, suplicaría perdón por mentirle y juraría preguntarle cualquier información que necesitara saber en el futuro.

Yo sabía que como agente de la ley estaba en mi derecho de investigar a cualquier persona relacionada con un caso abierto, pero moralmente no podía ocultarme tras ello y fingir que no había sido también mi propio impulso egoísta el querer averiguar cosas sobre ella.

Tampoco podía obviar la mentira, la ley estaba de mi lado y yo simplemente debería haber admitido la verdad y no esconderme. Tal vez ella se hubiera enfadado conmigo en ese momento, quizá no hubiéramos avanzado tan rápido ni nos hubiéramos besado aquella noche, pero la verdad estaría sobre la mesa y podríamos haber construido algo con esa base.

Las mentiras se volvieron el eje central en nuestra relación, eso nos había condenado al fracaso desde el principio y yo lo instigué con mis propias decisiones. Estaba claro que había algo que la impulsaba a mentir, algo más grande que ella, pero para mí solo fue el egoísmo. Sabía que si se enteraba le haría daño y, aun así, lo hice.

No estaba seguro de en qué momento lo nuestro se había vuelto tan importante. Recordaba el plan original, acercarme a ella, conseguir información y alejarme.

Los sentimientos no iban a estar implicados en ningún momento, pero de alguna forma... todo el plan se había ido a la mierda. La quería. Ella era mía.

Pude ser más inteligente y no acercarme tanto, pero ahora me doy cuenta de que nunca tuve elección. Victoria llamó mi atención desde la primera vez que la vi en aquella desastrosa cita.

Y después de eso no podía sacarla de mi mente, adoraba molestarla y ver el fuego en sus ojos. Nunca dejé de pensar en ella, incluso en el trabajo, sus escasas sonrisas y su habitual ceño fruncido se colaban en mis pensamientos.

Reconocer este hecho se siente liberador de alguna forma. No me permitía pensar con claridad, pero ahora mis prioridades son otras y siento como si nunca hubiera tenido la mente tan clara. Nunca he estado más decidido.

Victoria me gusta, más que eso incluso. Los sentimientos siempre han estado ahí, aunque empiezo a ser consciente de lo fuertes que son ahora y eso solo empeora lo que he hecho.

Cuando encontró la fotografía y me confrontó directamente no supe cómo reaccionar. En apenas unos segundos todo mi mundo se había caído y ya no tenía el control de nada.

Ojalá hubiera hecho las cosas diferentes. Debí escuchar a Kenzie desde el principio y tal vez nunca hubiera llegado a esta situación, pero ya es demasiado tarde.

Por suerte, mis padres no criaron a ningún cobarde. Sé lo que quiero y tengo la grandísima suerte de saber que ella me quiere también, así que no pienso dejarla escapar. Haré cualquier cosa para recuperarla.

Y por esa razón me encuentro empapado de pies a cabeza en mitad de la cafetería de Kathy.

—No has respondido a mis mensajes. —Es lo primero que se me ocurre decir.

—Creí que esa sería suficiente respuesta —responde sin molestarse en mirarme. Sigue

limpiando el mostrador, aunque ya está reluciente. Si piensa que voy a rendirme tan rápido, está muy equivocada.

—No lo es. —Empiezo a caminar hacia ella—. Solo quiero hablar.

—Yo no quiero —niega rápidamente, aún no se molesta en mirarme. Solo nos separa el mostrador, así que alargo mi mano para rozar su muñeca con los dedos. Ella se detiene de golpe y sus ojos encuentran los míos directamente.

Sus ojos son grandes y redondos, como un cervatillo frente a los faros de un coche. Veo la tormenta en su mirada de chocolate, está asustada y enfadada a partes iguales, pero también veo un destello de anhelo y sé que puedo trabajar con él.

—Por favor —insisto—, hablemos.

—¡No quiere hablar contigo! —Kathy mueve a su amiga detrás de ella de forma protectora, rompiendo nuestro pequeño contacto—. ¡Pensé que tú serías un buen tipo para ella!

—¡Y lo soy! Lo soy —digo rápidamente a mi amiga antes de volverme de nuevo hacia Victoria—. Por favor, no hice las cosas bien, pero no quiero perderte.

—Ya lo has hecho, Carter —responde ella. Su voz es baja, no la reconozco y eso me duele, no quería que nada de esto pasara—. No puedo volver a confiar en ti.

—No, no, escúchame, volveré a ganarme tu confianza, ¿vale? Lo haré —prometo, mis manos se aprietan en dos puños sobre el frío mármol—. Habla conmigo, podemos solucionar todo esto juntos y te demostraré que vale la pena darnos otra oportunidad.

—¿No es todo un Romeo? —dice una voz a mi espalda. Me suena ligeramente, pero no consigo ubicarla.

Es entonces cuando me doy cuenta de que uno de los corpulentos chicos del gimnasio está sentado en un taburete junto a mí. Me mira con burla y cierto desafío en los ojos. No parece estar muy contento con mi presencia.

—¡Rayder! —Kathy alza la voz lanzándole una mirada con el ceño fruncido como si le estuviera regañando—. No te metas. Lo estoy manejando perfectamente. —Para mi sorpresa, la sonrisa del hombre se borra y vuelve a centrarse en su café. Interesante.

—Por favor —insisto ignorando al otro hombre y a la furia rubia que protege a su amiga—. Concédeme diez minutos, solo diez minutos.

—¡Ella no quiere tus diez minutos de mierda! —grita Kathy dando un paso hacia delante. Victoria la sostiene por el brazo, sus ojos nunca abandonan los míos.

—No estoy pidiendo mucho, por favor —insisto, noto la súplica en mi voz y no me importa—. Solo quiero hablar.

—Contigo nunca es solo hablar —dice finalmente.

Quiero sonreír, no es la primera vez que me dice algo parecido y eso me da un poco de esperanza en esta conversación.

—Solo hablar, lo prometo.

Parece lista para negarse de nuevo, pero me sorprende al asentir en mi dirección. No sé qué le dice a Kathy en el oído, pero finalmente esta se aparta y la deja salir del mostrador con una expresión descontenta.

Sigo a Victoria hasta la parte trasera de la cafetería, hasta una de las habitaciones de almacenaje. Estamos en silencio todo el camino y yo utilizo ese tiempo para repasar todo lo que quiero decirle, empezando por unas disculpas.

VICTORIA

Finalmente, y porque soy tonta, acepto hablar con él. Hay algo en este hombre que me hace hacer y decir cosas que normalmente no haría o diría.

Es una especie de punto débil que seguramente debe estar directamente ligado con mis partes privadas, porque no sé en qué momento hemos pasado de caminar hacia el almacén a besarnos.

Al principio solo nos miramos, espero que diga algo, y entonces sus dedos acarician mi mejilla, sus ojos observan los míos y, antes de darme cuenta, sus suaves labios están atacándome.

—Dijiste que solo querías hablar —jadeo en busca de aire.

—Y estamos hablando —responde volviendo a cerrar sus labios sobre los míos.

Sus manos acarician mi cuerpo y yo me deshago entre sus brazos. Me siento desenfrenada, recorriendo su cuerpo con caricias mientras sus labios dejan húmedos besos en mi cuello, bajando sobre el escote de mi blusa.

Reparto besos a lo largo de su mandíbula mientras mis dedos se entrelazan en las gruesas hebras de su cabello.

Siento que me estoy quemando, todo mi cuerpo arde bajo sus caricias.

No quiero admitirlo, pero si me apuntaran con una pistola confesaría que lo he extrañado, a pesar de que no ha pasado mucho tiempo desde que nos separamos. Aun así, me veo parada frente al teléfono en más de una ocasión pensando en responder sus mensajes o devolverle las llamadas.

Mi lado racional ganó la batalla en esos momentos, pero ahora mismo lo he mandado todo a la mierda y mi corazón está al mando de mis decisiones. Estar con él se siente correcto y agradable, es una sensación de la que me cuesta desengancharme. Como si los problemas desaparecieran durante este breve momento.

Es insensato y un disparate.

Esto no puede repetirse, aún estoy enfadada por la traición y dejar que esta situación llegue más lejos no tiene ningún sentido. Estoy segura de que más tarde me arrepentiré, tengo que apartarlo, dejar que hable, romperle la cara y no volver a verlo nunca más.

Eso es lo que debo hacer.

Simplemente somos demasiado diferentes y esto no debería sentirse tan bien. Supongo que lo prohibido tiene un toque atrayente e imposible de evitar. Pero esto, lo que hay entre nosotros, es más, es diferente.

No puedo evitar pensar que tal vez solo yo me siento de esta manera, porque a pesar de las mentiras traté de ser lo más sincera que pude con él desde el principio y ver cómo Carter traicionó esa confianza e invadió mi privacidad, mi secreto y mi mayor vergüenza... me hizo sentir tan dolida y triste.

—Tenemos que parar...

—¿Por qué? —pregunta besándome de nuevo—. Me gusta besarte, te gusta besarme. No tenemos que parar.

—No —niego separándome de sus labios. Probablemente una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida—. No pienso dejar que juegues conmigo otra vez.

—Esto, nosotros —acaricia mi nariz con la suya—, no es un juego para mí —dice seriamente.

—Lo siento. —Niego. Mi voz está rota por la emoción apenas contenida—. Ya no puedo

creerte.

—Sé que la he cagado, Victoria —acepta. Nuestros ojos se encuentran y veo un arrepentimiento sincero en ellos, aun así, no sé si es suficiente—. Pero podemos arreglarlo, de verdad creo que podemos.

—Me gustaría poder estar tan segura como tú, de verdad que sí... —Suspira negando con la cabeza.

—Créeme, por favor, lo siento. Nunca debí investigarte, nunca debería haberlo hecho. —Sus manos rodean mis hombros, acaricia mis brazos hasta las manos y las sostiene con las suyas.

—Carter...

Mi teléfono vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón, tengo una pelea en apenas una hora.

—Tengo que irme, Carter. —Siento como el tono en mis palabras se oscurece. No quiero hacerlo, pero debo.

Ojalá pudiera quedarme aquí con él. Incluso si no llegáramos a ninguna conclusión, estar entre sus brazos es todo lo que necesito por ahora.

Me alejo de él lo suficiente para recolocar mi ropa desaliñada. Se me cierra la garganta cuando veo el enfado en los ojos de Carter. No lo soporto y empiezo a caminar hacia la salida.

—Te vas con él, ¿cierto? —Escucho que dice a mis espaldas. Mis pasos se detienen de golpe, no me atrevo a mirarlo.

¿Es eso lo que le molesta? ¿Que me marche con Colton? No lo entiende, nunca lo entenderá y supongo que en parte es mi culpa. No le he dicho la verdad, no he sido clara con él y no voy a serlo, no todavía.

—¿Y qué si es así? —digo finalmente.

—¿No te das cuenta? Estás haciendo exactamente lo que él quiere. ¡Está obsesionado contigo, Victoria! —grita—. ¡Hará cualquier cosa para volver a tenerte!

—No te metas en esto, sé cómo manejarlo —contesto alcanzando el picaporte—. No soy tan inocente como crees.

Abro la puerta dispuesta a marcharme, no tengo nada más que decir, sin embargo, Carter todavía no ha terminado de hablar y sus últimas palabras me acompañan aun cuando dejo la habitación.

—¡Bien! ¡Vete con él! ¡Sé su juguete para siempre! ¡No me importa!

Capítulo quince

Obediente y mía

VICTORIA

Estoy tan enfadada.

Las palabras de Carter me han dolido, sé que esa era su intención, pero también contienen parte de verdad. Soy el juguete de Colton, lo sé y lo permito, pero tengo mis razones para hacerlo.

Mi volátil temperamento ayuda en la pelea, normalmente subo al cuadrilátero con mucha rabia, pero esta noche se ha multiplicado y soy imparable. Eso, sumado a que es mi turno de ganar, me ha convertido en una máquina explosiva.

La adrenalina que ha corrido por mis venas esta tarde me ha hecho invencible, pero el recuerdo de sus labios, sus manos, su cuerpo... aún perdura fresco en mi memoria.

Ojalá la pelea lo borrara, pero no puedo dejar de pensar en eso. Lo quiero y no puedo tenerlo, eso es una mierda, y la frustración y la euforia del momento se disuelven en mi sangre como si fueran agua.

El espectáculo ha sido increíble, cada asqueroso asistente ha disfrutado del vicioso combate y odio admitir que yo también. Joder. Se ha sentido bien fingir tener el control por un momento. No tengo las riendas de mi vida, pero esta noche sí las de mis puños.

Al bajar del cuadrilátero todo se ha sentido como un sueño, adrenalina pura y dura. Eso soy yo, un torbellino de emociones a punto de estallar. Aún me encuentro demasiado exaltada y confusa, como si estuviera en lo alto de una montaña rusa, en pleno subidón.

Por eso, cuando Colton me encuentra en los vestuarios y me besa, no reacciono como debería haberlo hecho. En lugar de apartarlo, dejo que mi frustración y mi enojo opaquen mi buen juicio. Me dejo llevar por el subidón, ignorando lo dura que será la caída después. Y lo beso también.

COLTON

Victoria...

Siempre Victoria.

¿En qué momento comencé a amarla tanto? No lo sé. Ella aún era una niña, pero había algo tan puro, tan cálido en ella... Algo que yo no tenía y deseaba que fuera mío a toda costa.

Era la luz al final de mi camino. El sol en un día nublado. Era la paz después de la tormenta. Lo era todo, todo lo bueno que yo nunca había conocido, y me prometí que algún día sería mío y que ella sería mía.

Pero antes de poder traerla a nuestro hogar tenía que sacar la basura de mi casa, poner un poco de orden en mi vida. Empecé por lo obvio, mi padre.

Ese hombre era un incordio, así que lo eliminé, igual que hizo él con nuestro antiguo jefe. Mi padre era su segundo al mando, no le fue difícil ejecutarlo. Y yo era su maldito hijo. Mi padre era un imbécil paranoico, pero nunca vio venir que sería yo quien lo traicionaría. ¿Cómo es el dicho? «Cría cuervos y te sacarán los ojos».

Su muerte me convertía en el dueño, el puto dueño de toda la ciudad. Y yo estaba listo para ocupar el trono, por supuesto que sí, era el lugar que me correspondía, por encima del resto de la gente patética y estúpida de esta apestosa ciudad.

Ahora que tenía mi reino y había sacado la basura de casa, ya podía traer a mi reina conmigo.

Victoria era la única capaz de tocar mi alma, ella era diferente. Siempre sonreía y compartía sus cosas conmigo, con lo que una vez fui, un bastardo idiota y no deseado.

Cada vez que mi padre llegaba a casa borracho o drogado yo me escapaba y la observaba por la ventana. Era una niña tan bonita, como una muñequita preciosa.

Estaba seguro de que, cuando creciera, su belleza solo aumentaría y sería toda mía. No permitiría que fuera de otra manera.

Ella era mi pequeño rayo de sol entre tanta oscuridad.

Odiaba a mi padre y a mi madre, pero amaba pasar tiempo con ella, por eso no me deshice de esos imbéciles hasta que fui mayor de edad, no quería que me alejaran de ella.

Construí mi imperio para dárselo todo a ella. Victoria sería mi reina, una reina perfecta que me quería tal como era. Aún puedo recordar la suavidad de sus pequeñas manos en mis mejillas magulladas, poniéndome tiritas de princesas mientras decía lo lindo y bueno que era, y que ella sí me quería.

Recuerdo el día que su padre le llenó la cabeza de mentiras diciendo que la acosaba. No, yo no hacía eso, solo protegía lo que era mío, mi tesoro.

Vi el miedo en su rostro cuando me descubrió al otro lado de la ventana. Su malnacido padre la puso en mi contra y no podía consentirlo. Victoria nunca debería mirarme con miedo, siempre con amor. Sin importar lo que yo hiciera, ella debería quererme. Así es el amor, así es como yo la quiero.

No podía quedarme quieto cuando estaban alejándola de mí y tuve que intervenir.

Ahora han pasado años desde entonces, y la influencia de la sociedad la ha mancillado y vuelto en mi contra. No debería haberme ido esa noche y no debería haber tenido que alejarme de ella, pero, sin otra opción, lo hice, siempre pensando en volver a su lado.

Sé que me ama, lo sé en el fondo de mi corazón. No importa las veces que diga que me odia, es mentira. Todas esas palabras no son ciertas, lo sé mejor que nadie.

Victoria está poniendo a prueba nuestro amor, jugando al gato y al ratón. A ella siempre le gustó jugar al escondite cuando era pequeña. Esto solo es eso, otro juego que ella ha inventado para mí.

Su confusión y la toxicidad de su círculo social la han hecho decir que me odia, pero no pasa nada, soy un hombre paciente y no me rindo fácilmente. Estoy domando de nuevo a mi yegua, convirtiéndola en la mujer que siempre debió ser.

Obediente y mía.

Sé que no siempre mantengo la calma de la que alardeo, pero cuando dice que me odia y que no me ama, no puedo evitar volverme un poco loco. Es de mi propiedad, solo tiene que volver a darse cuenta, y si para ello debo castigarla, que así sea.

Lo he construido todo por ella, todo para ella. Mentí, manipulé, drogué a personas y las asesiné para conseguirlo todo, para conseguirla a ella, y no me importan algunos daños colaterales si consigo lo que quiero.

Si ella no desea ser mía no me importa, lo será de todos modos, quiera o no quiera. No tiene elección.

No me importan los métodos que deba utilizar. Destruir su vida en mil pedazos, golpearla hasta que ceda, romperla y reconstruirla de nuevo. ¡No me importa!

Por eso este beso es una victoria, nunca mejor dicho. Sus labios son suaves y húmedos contra los míos. Su corazón late a toda velocidad contra mi pecho y sus manos aprietan la suave tela de mi traje hecho a medida.

—Aún sabes como el puto cielo, querida. —No puedo evitar regocijarme en este momento. Pensé que se resistiría, pero está tan hambrienta como yo.

Sus ojos están desenfocados mientras me mira. Parece no ser consciente de lo que hace, pero lo hace porque me quiere, lo sé. Aunque ella aún tenga dudas, yo las borraré de su mente, la doblegaré de nuevo.

Lentamente suelta mi ropa, sus uñas se clavan en mis pectorales y entonces me empuja lejos. Veo la conciencia aparecer en su mirada poco a poco, la bruma desaparece y su característico ceño fruncido hace entrada.

«Parece que aún tiene ganas de resistirse».

—No me toques —dice alejándose tanto como puede de mí.

—Tú también estabas tocándome a mí —me burlo de ella.

—Nunca he debido hacerlo —niega rápidamente—. Ha sido un tremendo error.

—Error o no, a mí me ha gustado, siempre me gustó. —Sonrío pasándome el pulgar por el labio inferior. Aún puedo saborearla.

—Eres asqueroso —escupe.

—Di lo que quieras, querida, pero el destino siempre acaba tirándote a mis brazos. —Empiezo a acercarme a ella de nuevo—. Tal vez deberías dejar de resistirte.

—Jamás, jamás dejaré de resistirme a ti —responde con vehemencia—. Nunca dejaré de luchar.

—Resístete, eso solo me excita más. —Apoyo mi mano junto a su cabeza, atrapándola entre la pared y mi cuerpo—. Ya sabes lo que me gusta una buena pelea antes de hundirme dentro de ti.

—Te odio.

Me desafía alzando el mentón, nuestros ojos se encuentran y donde otros verían desprecio, yo veo un reto. Ella será mía.

No voy a rendirme, no me importa que luche y diga que no me quiere, sé lo que hay de verdad en su corazón. Y si finalmente no admite la realidad del amor que sentimos el uno por el otro, no tendré más remedio que aceptarlo.

Aceptaré que finalmente la sociedad enturbió sus pensamientos y emociones, que la pusieron en mi contra y que su alma ya no puede ser salvada.

Y entonces será mi deber como su amado acabar con su sufrimiento.

Porque si Victoria no puede ser mía, la destruiré hasta que no sea de nadie y me divertiré con cada paso.

Capítulo dieciséis

¿Quién besa mejor?

VICTORIA

Dicen que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. En mi caso, parece que no puedo sacarla de mi zapato. ¿Tiene sentido?

No es como si me hubiera encariñado con ella y quisiera mantenerla en mi vida, es más como si no pudiera hacerlo y me condenara a mi misma a cagarla una y otra vez.

Intento convencerme de que estoy haciendo lo correcto, de que no tengo más opción. En mi mente tiene sentido, pero no estoy segura de si es cierto o solo trato de aliviar mi culpa. Por eso, cuando sus labios atacan los míos de nuevo, no me retiro, aunque sé que lo lógico sería hacerlo.

Podría culpar a la adrenalina después de otra pelea ganada, pero sé que no es eso. Incluso cuando aún siento la humillación por lo que estoy haciendo, no puedo parar. Dejo que Colton siga besándome como le plazca y yo participo activamente en el acto.

Esta locura ha estado sucediendo durante al menos dos semanas. Desde entonces solo nos hemos dado algunos besos aquí y allá y sé que no tardará en querer algo más de mí. Nunca fue un hombre paciente, pero yo no estoy segura de poder llegar a ese punto, no otra vez y... no después de la última vez.

Estoy manteniendo este sucio secreto oculto de cualquier persona que pueda conocerme, por eso cuando acaban las peleas trasladamos la “fiesta” a su lujoso apartamento en el centro. Es un lugar impresionante, el ático se extiende por la última planta del edificio más alto de la ciudad y las ventanas de cristal ocupan toda la pared del salón, ofreciendo una hermosa vista panorámica.

A él le encanta traerme aquí, apoyar mi espalda en el cristal y besarme mientras susurra lo mucho que le gustaría poner la ciudad a mis pies, y para ello solo tengo que vender mi alma y renunciar a la poca integridad que me queda.

Cuando eso ocurre desconecto mi cuerpo de mi cerebro, no puedo escuchar lo que dice sin ponerme enferma, pero tampoco puedo dejar de besarlo. Es como si de alguna forma no pudiera dejar de castigarme y aborrecerme a mí misma.

Usualmente pienso en cualquier cosa menos en lo que estoy haciendo. Es una técnica que he practicado hasta la extenuación. Es mi forma de sobrevivir.

Por eso, cuando escucho el timbre del teléfono retumbar en la habitación tardo un rato en volver a la realidad. Colton se aleja de mí con la promesa de no tardar demasiado y yo me quedo esperando en la habitación, sintiéndome sola y asquerosa.

No puedo hacerlo.

Creí que podría, pero no puedo quedarme aquí ni un minuto más. Empiezo a sentir la imperiosa necesidad de salir corriendo, por lo que apenas soy consciente cuando mis pies se mueven rápidamente hacia la puerta.

Entonces, al pasar junto a la cocina escucho algo que me hace detenerme en seco.

—Ese inspector se está convirtiendo en un grano en mi trasero —se queja Colton a la persona al otro lado de la línea—. Últimamente no puedo dar un paso sin que ese estúpido

entorpezca mis negocios.

Todo se queda en silencio mientras la otra persona responde.

—Si no fuera porque es tan divertido burlarme de él, ya lo habría matado hace mucho tiempo. —Se ríe antes de hacer una breve pausa—. No, no te preocupes. No hay necesidad de acabar con él por ahora, tengo a mi pequeño pajarito espía en el trabajo. Cuando deje de sernos útil, haz con él lo que quieras.

Suena una risa baja y ronca que me hiela hasta los huesos. Colton es cruel y despiadado, y no sé qué es peor, sí que me esté utilizando a mí para averiguar cosas de Carter o que el hecho de que yo le de esa información sea lo único que lo mantiene con vida.

—Ahora no, estoy ocupado. —Otra risa, esta tiene un tono más jocoso, menos áspero—. Tienes la cabeza jodida, estoy seguro de que esas cosas solo te gustan a ti y a las prostitutas que gastan tu dinero.

De nuevo más risas y, después, silencio.

—No vuelvas a hablar así de mi propiedad, ¿entiendes? —gruñe—. Ella es mía y las cosas que yo le obligue a hacer no son de tu incumbencia, ¿está claro? —Otra pausa—. Hablemos de negocios ahora, necesito una actualización. —Pausa de nuevo—. Bien, sé breve, no quiero que se me enfríe la comida.

Más risas y esta vez decido apartarme de la cocina, no quiero escuchar más. La conversación sigue, pero yo ya he tomado mi decisión. Estoy justo donde debo estar, aquí mismo, en su apartamento, contemplando las luces nocturnas. Este es mi sitio.

Observo el salón; la ostentación y el exceso brillan en cada rincón. Me río ante la vista del enorme sofá de cuero rojo en mitad de la estancia. En las estanterías no hay libros, pero sí veo algunas figuras y esculturas pequeñas que seguramente serán muy caras, al igual que las enormes obras de arte que cuelgan de las paredes. Es casi como si tratara de compensar algo, ¿no?

Camino lentamente por la sala y acaricio el cojín de terciopelo blanco sobre el sillón de color negro. Sin duda, este es un piso de soltero pensado para parecer sexi. Continúo dando vueltas, observando cada rincón de la habitación y me detengo junto a un pequeño mueble que sirve como estantería junto al ventanal.

Sin moverme, me doy la vuelta y observo la ciudad a mi espalda. Desde aquí puedo ver toda la habitación, cada rincón con todo su lujo y su excentricidad. Vuelvo mi atención al mueble, donde una escultura con un diseño intrincado de mármol claro y detalles en plata llama mi atención.

No es muy grande, como una estatuilla de poco más de veinte centímetros. Parece como si una poderosa ola se hubiera congelado antes de romper, dejando el agua caer en peligrosos picos puntiagudos. La figura es tan compleja y retorcida que forma pequeñas aberturas entre sí, como una pieza que no está del todo completa.

La acaricio sutilmente, sintiendo el tacto frío y duro bajo mis dedos mientras leo el nombre en la pequeña placa dorada: «Peligrosamente rota». Me gusta, encaja a la perfección, en más de un sentido.

Ya no puedo escuchar el murmullo de su voz en la otra habitación, así que acaricio una última vez la estatua antes de caminar de vuelta al enorme ventanal y retomar la posición en la que me había dejado antes de irse.

Observo la ciudad a mis pies y, ciertamente, la imagen me da vértigo. Es increíble pensar que ahí abajo hay miles de personas viviendo sus vidas, ajenas a todo lo que ocurre en las de los demás.

—¿Admirando las vistas? —Siento su aliento acariciar mi cuello y su voz resonar en mi oído—. Porque yo lo hago —añade antes de empezar a acariciar el interior de mis muslos.

—Son hermosas. —Es todo cuanto puedo decir.

Sus manos acarician mi cuerpo a su antojo y yo lo dejo porque no sé qué más puedo hacer ahora mismo. Sostiene mi cintura con fuerza antes de girarme dejándome frente a él, cara a cara. Estrella sus labios contra los míos en un beso agresivo, luchando por tener el control del momento, como siempre. Aprieto su pulcra chaqueta entre mis puños como si quisiera alejarlo.

Entonces, las caricias empiezan a bajar de mi cuello a mi espalda y más abajo hasta volver a mis glúteos, los aprieta hasta dejar claro que me quedarán marcas durante días. Muerdo su labio en venganza y el sabor a sangre me llena la boca. Lejos de enfadarse, Colton suelta una ligera y divertida risa mientras me empuja con fuerza contra el cristal de la ventana.

Su mano se desliza hasta mi cuello apretando con firmeza, pero sin llegar a ahogarme. Es una clara demostración de poder por su parte. Puede que la pequeña protesta le haya gustado esta vez, pero con este gesto me deja claro que me quiere sumisa y bajo su control.

Levanto una de mis piernas hasta rodear sus caderas, nuestros centros se unen y su otra mano viaja peligrosamente cerca del elástico de mis pantalones cortos. Enredo los dedos entre las hebras de su cabello tirando de él para profundizar el beso.

—Querida..., sigues siendo una salvaje.

Sus palabras me dejan en *shock*. Colton sigue besándome, pero apenas soy consciente de ello. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy a punto de hacer? ¿Acaso me he vuelto completamente loca?

Esto no es correcto. Tampoco lo es besarlo, pero desde luego esto, llevarlo más lejos... No puedo perderme tanto a mí misma. Por mucho que quiera sabotearme y hacerme sufrir, no puedo rebajarme tanto.

Tal vez me odie a mí misma, tal vez me desprecie por las elecciones que he tomado este último año, pero, desde luego, no caeré tan bajo como para permitir que Colton Farley vuelva a meterse dentro de mí, literalmente.

Muevo las manos hasta su pecho empujándolo lejos de mí. Su boca se separa de la mía con un gruñido, pero no retrocede lo suficiente, ni siquiera da un paso atrás, solo me mantiene inmóvil aún con su mano en mi cuello.

—Suéltame. —No es una petición, mi voz sale sorprendentemente clara y decidida cuando finalmente hablo.

—Shh... —susurra—. Tranquila, nos lo estábamos pasando bien.

La otra mano se cuela bajo mis pantalones y empieza a jugar con la costura de mi ropa interior. Intento apartarlo rodeando su muñeca con los dedos, pero no es suficiente. Estoy agotada y golpeada después de la pelea de esta noche y la presión de su mano en mi cuello empieza a privarme lentamente de oxígeno.

—No, no, no, no. —Niego con la cabeza, estoy desesperada. Las lágrimas se acumulan en mis ojos—. Por favor, no. Otra vez no.

—Dime, querida —continúa avanzando. Su rostro desciende hasta que siento sus labios acariciar mi oreja—. ¿Quién besa mejor? ¿Carter, Adam o yo?

Capítulo diecisiete

Adam

VICTORIA

Mi mano sale disparada antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo o en las consecuencias de mis acciones. Así que antes de poder frenarlo, golpeo su mejilla con la palma abierta. El sonido de la bofetada pone mi piel de gallina y siento el frío recorrer mi espalda.

Su rostro se encuentra ligeramente ladeado a causa del golpe y veo el fuego encender su mirada un segundo antes de sentir su mano estrellarse contra mi propia mejilla. El golpe me hace perder el equilibrio, pero su mano sujetando mi cuello contra la pared me mantiene quieta.

Aún siento el mareo nublar me la visión cuando la realidad de sus palabras me sacude como una bola de demolición. ¿Adam? ¿Cómo lo conoce él? ¿Cómo sabe quién es?

Entro en pánico.

Mi cuerpo empieza a hiperventilar y el corazón se me encoge en un puño apretado. Escucho sus palabras en eco desde el fondo de mi mente. No puedo asimilar su pregunta. Siento como si todo estuviera dando vueltas a mí alrededor.

—Yo siempre preferí a mis perras sumisas. Ciertamente, parece que el tiempo lejos de mí te ha vuelto demasiado salvaje, querida.

Una lenta sonrisa aparece en su rostro mientras se aleja un poco de mí, dejándome respirar hondo al soltar mi cuello. Apoyo las manos contra el frío cristal, intentando mantenerme de pie sin dejar de observar cada uno de sus movimientos. Colton desliza un pañuelo blanco fuera de su bolsillo y limpia el ligero rastro de sangre en su labio provocado por el golpe.

—No pienses que realmente me importa. Disfruto el proceso —continúa diciendo. Sus pies se ponen en movimiento acercándose a mí—. Domesticarte de nuevo será de lo más divertido.

Su nariz acaricia mi cuello cuando vuelve a presionarme contra su cuerpo. Respira hondo en el hueco entre mi hombro y mi cuello y yo me erizo por completo. Mi cuerpo se tensa en respuesta y aprieto los labios con fuerza, conteniendo el lamento que quiere abrirse paso desesperadamente desde el fondo de mi garganta.

No sé qué pensar, estoy aterrada.

Colton siempre parece saber más que yo, conoce todos mis secretos y sabe exactamente cuándo usarlos para desestabilizar lo poco que queda de mí.

—¿De qué conocías tú a Adam? —Finalmente consigo formular una oración completa.

—Esa es una historia muy divertida, querida. —Sus labios acarician mi oreja con cada palabra. Las náuseas suben por mi garganta, un sudor frío me cubre la frente.

—¿Piensas compartirla en algún momento? —Me obligo a mí misma a sonar lo más entera posible a pesar de que mis piernas tiemblan y su cercanía me provoca ganas de salir corriendo.

—No me gusta que mi chica sea tan impaciente. —Desliza su pulgar a lo largo de mi mandíbula en una lenta caricia.

—No soy tu chica —escupo las palabras al mismo tiempo que giro mi rostro para que deje de tocarme.

—Lo eres —dice completamente seguro. Empieza a alejarse de mí lo suficiente como para que nuestras miradas se encuentren. Sus ojos están oscuros, llenos de algo que me hace

estremecer. Su mirada es posesiva, depredadora—. Siempre lo has sido, incluso cuando me engañabas con esos otros hombres, eras mía.

—No —niego repetidamente.

—Sí —me contradice. La seguridad con la que habla me aterra—. Lo eres. Esos dos gusanos llegaron a tu vida por mí.

Niego con la cabeza. Eso no es posible, conocí a Carter cuando él ya no estaba en mi vida y, aunque empezamos a acercarnos de verdad tras la vuelta de Colton, no fue gracias a él, ¿no? Y con Adam... No, es imposible, ellos nunca se conocieron, estoy segura.

—El pequeño inspector —empieza con burla— puede que estuviera antes en tu vida, pero no te lo hubieras follado si yo no lo hubiera puesto en tu camino. De nada —se burla—. Y el otro perdedor... —Se ríe, una risa seca, carente de gracia—. Me llevo todo el mérito por eso, Victoria.

Empiezo a negar de nuevo, pero su mano se alza sujetando mi mentón y obligándome a mirarlo. Las lágrimas se acumulan en mis ojos y yo me muerdo la lengua evitando derramarlas.

—Esa pequeña comadreja espiaba para mí —confiesa finalmente.

—No, no...

—La madre del niño no tenía para pagar su próximo chute, así que me dio a su hijo como pago. No lo quería, ¿sabes? Era un estorbo para ella y también lo era para mí. ¿Qué haría yo con un niño inútil? —Empieza a sonreír lentamente, como si estuviera a punto de revelar un gran secreto—. Pero entonces vi las posibilidades.

Su nariz acaricia mi cuello mientras habla y su mano libre desciende por mi cintura y mi cadera, tocándome de forma descarada. Un sentimiento que hacía años que no sentía empieza a subir por mi garganta; desesperación, miedo... Recuerdo demasiado bien lo que es sentirse paralizada por esas emociones.

—Tu padre te mantenía demasiado protegida. Estaba paranoico sobre mí, con razón, claro. Yo estaba al acecho y él sabía lo mucho que te deseaba —continúa—. Entonces, la respuesta era simple, necesitaba un infiltrado. Alguien que pudiera entrar en tu círculo sin sospechas para que, en el momento justo, él te llevara de regreso donde perteneces. A mí.

Todo mi cuerpo se estremece de puro terror y mi respiración se acelera. La mano que antes vagaba por mi abdomen asciende hasta acariciar mi clavícula y su boca y su lengua juegan con mi oreja.

«¡Que sea un sueño, por favor! ¡Que alguien me despierte!».

—Ah..., pero no contaba con que el muy descarado se atrevería a poner sus sucias manos sobre mi propiedad. —Sus palabras salen con rabia y veneno en cada sílaba.

Su mano se cierra con fuerza sobre mi cuello de nuevo.

Mi respiración se atasca, apenas soy capaz de hacer pasar el aire a mis pulmones, siento el corazón palpar en mis sienes y empiezo a marearme. Todo lo que soy grita por liberarse de su agarre. Sé cómo hacerlo, es un movimiento relativamente sencillo y, aun así, me quedo estática, paralizada como una estatua sin vida, incapaz de responder.

—Y tú, pequeña perra —continúa—, abriste tus piernas tan fácilmente para él. Le diste algo que era mío. ¡Mío! —grita con fuerza la última palabra frente a mi cara.

Trato de alejarme de su agarre cuando su otra mano ahueca la unión entre mis piernas dejando claro a qué se refiere.

—Pero te perdoné —susurra acariciando con su aliento mis labios. Su nariz roza mis mejillas en lo que pretende ser un gesto tierno, pero que a mí me pone la piel de gallina—. Soy

un hombre generoso y sabía que no era tu culpa. No sabías que yo te estaba esperando, creías que no había nada mejor, así que te conformaste con él.

Sus manos me sueltan de golpe y pierdo el equilibrio cayendo de bruces contra el suelo. Trato de moverme, pero ahí está otra vez. Demasiado rápido para reaccionar, su mano enreda mi cabello en un puño reteniéndome contra la ventana.

Se me escapa un sollozo sin poder evitarlo y odio verme tan débil y patética frente a él.

—Shh... Tranquila, querida —dice con voz arrulladora, como si tratara de consolarme. Irónico, ya que él es quien me está conduciendo a este estado de desesperación y dolor—. Solo estamos hablando.

Lejos de conseguirlo, rompo en llanto. No puedo controlarlo más. La realidad cae sobre mí como agua hirviendo. Siento mi corazón y mi mente rompiéndose en pedazos. No entiendo nada y duele demasiado. ¿Todo fue una mentira? La forma en que conocí a Adam..., cómo nos enamoramos... ¿Qué era verdad y qué no lo era?

—¿Por dónde iba?

Finge pensar por un momento antes de seguir hablando, como si todo esto solo fuera un juego para él, como si no estuviera destruyendo un poco más mi vida con cada palabra que sale de su boca.

—Ah, sí. —Asiente—. Pensé en matarlo, en hacer un poco de justicia por quitarme algo que era mío por derecho. Ojo por ojo y todo eso.

El puño que aprieta mi cabello me mantiene pegada contra el cristal y mi cuello se estira en un ángulo doloroso que me obliga a mirarlo a los ojos.

Soy incapaz de distinguir bien su rostro a causa de las lágrimas, pero sé que está sonriendo, que esto no es nada para él. Ha hecho cosas peores a otros, incluso a mí.

—Pero luego comprendí que, si no hubiera sido él, hubiera sido cualquier otro, y que por lo menos a este podía controlarlo a mi antojo —sigue explicando—. No podía esperar a que todos supieran que eras mía, hasta poder poner mi anillo en tu dedo. Así que te dejé jugar a las casitas unos cuantos años.

Tiemblo incontroladamente.

«No... Dios, no...».

—Pero no podíais estaros quietos y seguir el plan. ¡No! —Sacude mi cabeza hacia delante y la vuelve a estrellar contra la ventana con fuerza—. ¡Tenías que inscribirte en esa estúpida universidad en la otra punta del país! ¿Sabes lo difícil que sería vigilarte entonces?

Recordaba aquel día y recordaba lo mucho que Adam había insistido en marcharnos lo más lejos posible. No me opuse, yo quería ver el mundo, salir de nuestra ciudad, e irnos a la capital sonaba como un plan perfecto. Nunca imaginé los motivos ocultos que podría tener para hacerlo.

¿Lo había hecho Adam a propósito? ¿Qué pretendía al hacer eso? ¿Alejarme de Colton? ¿Por qué no contarme la verdad si las cosas se estaban poniendo tan turbias?

—El muy imbécil se había enamorado de ti —escupe entre risas, como si esa idea le causara demasiada gracia—. No le importó que fueras mía.

Está mal de la cabeza, completamente fuera de sí. ¿Suya? Nunca. ¿En qué momento su mente se había distorsionado hasta llegar a este punto? ¿Qué había hecho yo para darle esa falsa impresión?

—No soy tuya, nunca lo fui.

Las palabras salen ahogadas por la posición en la que me encuentro y la falta de aliento, pero me aseguro de verter en cada una de ellas el odio que siento hacia él.

—Siempre lo fuiste, Victoria.

Capítulo dieciocho

Culpable

VICTORIA

Su mano libre acaricia mi mejilla con tanta delicadeza que parece imposible pensar que esta es la misma persona que está sosteniendo mi cabello en un agarre doloroso.

—Solo estás confundida, pero yo te haré ver la verdad.

—No hay ninguna otra verdad —niego rotundamente—. Yo no soy tuya y tú estás jodidamente loco.

Sé que he cometido un error en el momento en que la leve suavidad que había en sus ojos es reemplazada por pura frialdad. Su mano libre vuela directa contra mi mejilla. El golpe retumba por todo mi cuerpo, puedo sentir la carne palpar donde me ha golpeado y trato, inútilmente, de controlar las lágrimas.

—¿Loco? ¡Loco! —grita, sacudiéndome—. ¡Yo no estoy loco, preciosa! Pero tengo claro lo que quiero y no me detengo ante nada para conseguirlo, y mucho menos dejaría que un mierdecilla sin nada que ofrecer me arrebatará mi premio.

Soy como un grifo roto de emociones, no puedo detener las reacciones de mi maltratado cuerpo. Mi cabeza palpita y mi mejilla duele, todos mis músculos tiemblan de dolor y miedo, me encuentro atrapada y no sé cómo podré escapar de sus manos.

No puede ser cierto, no quiero creerlo y, sin embargo, lo hago, creo en las palabras de Colton. Sé que es un mentiroso de primera y que nada le gustaría más que verme derrumbada y vulnerable porque así soy más fácil de manipular.

Siempre tuve preguntas sin respuestas sobre Adam, y sin duda Colton también me generaba unas cuantas. Ahora solo puedo pensar en lo mucho que desearía no saber nada de esto.

—Pobre, pobre chico —se burla—. Tratando de mantener a su novia fuera de sus trapos sucios. ¡Qué amable por su parte! E inútil, si me preguntas, pero, como te decía, Adam resultó ser mi mayor fracaso.

Lentamente el puño en mi cabello empieza a aflojarse y con sus manos libres me obliga a ponerme en pie antes de retroceder unos pasos mirándome fijamente.

Observando la trágica e indefensa obra de arte que ha hecho de mí.

—No podía dejar que te fueras y tampoco podía acercarme a ti sin que las alarmas de tu padre sonaran. El plan era simple, Adam te traería a mí, tú comprenderías que estabas hecha a mi medida y nunca querrías irte de mi lado.

Sin fuerzas y completamente agotada, respiro hondo. Ahora que estoy libre de su agarre, intentar sostener mi peso se vuelve terriblemente doloroso y difícil.

—Así que le dije que te trajera ante mí —sigue hablando—. Él no sabía que nos amábamos, claro, pero tuve que contarle algo para que accediera. Ya sabes, nosotros éramos vecinos, yo solo estaba preocupado por tu seguridad y bla, bla, bla. —Su boca hace muecas de burla mientras habla—. No me creyó, no te quería cerca de mí.

Una mezcla de alivio y confusión nacen en mi pecho. La persona de la que habla suena como mi Adam, como el chico que conocí al principio y no como el monstruo que fue al final.

Aun así, y a pesar de la traición, mi corazón se siente cálido al saber que trató de

protegerme de Farley, pero es justamente por eso que mi mente no comprende lo que sucedió entre nosotros. Nunca lo entendí.

—No puedo culparlo del todo. Tengo cierta reputación. —Sus labios se estiran en una sonrisa fría y cínica, como si estuviera orgulloso de sus palabras—. Él sabía cuánto me gusta compartir a las mujeres de mis amigos, pero no mis cosas, no mi propiedad. En eso soy un egoísta y, al parecer, él también. Adam te quería solo para él y yo no podía permitirlo, ¿sabes?

Vuelve a acercarse a mí, sus manos recorren mis brazos, mi cintura, mis caderas..., cada centímetro de mi cuerpo. Las náuseas amenazan con subir por mi garganta y siento la imperiosa necesidad de limpiar cada parte de mi cuerpo con una esponja de acero hasta arrancarme la piel.

—Yo te conocí primero, te quería más de lo que él lo hacía. Ninguna mujer era como tú, las follaba pensando en ti cada puto día, pero eso no era suficiente. Todas eran una pálida copia de lo que realmente quería —dice acariciando mi mejilla—. Y eso eras tú, pero antes tenía que eliminar a las molestas moscas del camino. Tenía que acabar con tu relación con Adam.

—¿Qué le hiciste? —Mi voz tiembla ante sus palabras.

—Ya lo sabes, existen muchas drogas. —Se encoge de hombros con fingida inocencia. En ningún momento borra la expresión retorcida de su rostro—. Un poco de aquí, un poco de allá... y tenía una marioneta cachonda dispuesta a follar y a compartir a su querida y amada novia.

—Voy a vomitar... —Mi garganta se aprieta, la bilis sube y baja con cada respiración.

—Creo que nos pasamos con la dosis —continúa diciendo como si nada. No sé si no le importa o simplemente es ajeno a cómo me encuentro, pero verme agonizar no lo detiene de seguir hablando—. El plan era traerte a mi casa y que yo me lo pasara bien contigo. Pero no pudo guardársela en los pantalones el tiempo suficiente.

«No puede ser... ¡No!».

Si eso es cierto... Si las palabras de Colton son verdad... Eso significa... Dios... Significa que yo habría acabado con la vida de alguien inocente, que Adam fue una víctima tanto como yo lo he sido, y que el verdadero culpable ha sido siempre Colton.

Estoy colgando de un hilo y, aun así, me obligo a tragarme las náuseas tras varias respiraciones profundas.

—Y ya sabes cómo acabó eso, ¿no? —Acaricia mi cuello mientras habla—. Rodrigo es un niño precioso.

La forma en la que lo dice hace que mis entrañas se revuelvan, como si no fuera algo importante, como si el hecho de drogar a alguien e inducirlo a forzar a otra persona fuera un juego para él.

Nada le importa.

—Después de eso supe lo que tenía que hacer para tenerte. Era tan fácil que casi me decepcionó un poco. —Chasquea la lengua con fingida molestia—. Meter a tu querido papaíto en prisión fue lo más simple, el dinero lo compra todo, incluida una estancia de por vida entre rejas.

Su risa burlona retumba en mis oídos como un eco malvado del que soy incapaz de escapar. La cabeza me da vueltas. Mi mente se golpea contra los recovecos de mi interior tratando de comprender y escapar al mismo tiempo del significado de sus palabras.

—Pequeña y dulce Victoria. Te quedaste tan sola y vulnerable... Conseguir tu confianza de nuevo fue como robarle un caramelo a un niño, pero estabas tan retraída... Pensé que te había roto demasiado para lo que quería hacer contigo. —Suspira—. Por suerte, no me decepcionaste y al final me salí con la mía, hice de ti mi zorra personal. Por fin eras mía en todos los sentidos que yo quería.

No puedo soportarlo, mis piernas ceden y Colton se aparta de mí entre risas. Caigo de rodillas contra el frío suelo y no lo retengo por más tiempo. Las náuseas se convierten rápidamente en vómito. Entre espasmos y arcadas todo lo que he comido en las últimas horas sale por mi boca sin control.

Las lágrimas, pruebas inequívocas de mi dolor, caen sobre los desechos con cada nueva exhalación.

Estoy destruida.

Apenas soy capaz de respirar mientras tiemblo y convulsiono violentamente. Sostengo mi cuerpo con los brazos y las rodillas apenas estables mientras las imágenes de aquella terrible noche se repiten una y otra vez en mi cabeza.

Escucho su malvada risa sobre el sonido de mis propias arcadas.

—Creo que tienes mucho que asimilar, querida... —Su voz se escucha lejana, sus pasos son cada vez más suaves—. El coche te espera abajo. No ensucies nada más al salir, el servicio de limpieza ya viene. —Es lo último que dice antes de desaparecer hacia el interior del apartamento.

Qué fácil es decir que no le temes al diablo cuando no lo tienes delante. Me creía invencible con mis puños en alto, mi mal carácter y mi apodo rudo. Una campeona... ¡Ja!

Qué ridícula. Qué patética.

Siempre fui una niña asustada empujada por las circunstancias. Tenía miedo de tantas cosas... Solo me quedaba fingir que no importaba, que yo era más de lo que en realidad era. He sido superada. Ya no me quedan energías para luchar.

Las bases sobre las que cimenté mi fuerza y mi capacidad para seguir adelante son una mentira. Todo lo malo que le ha ocurrido a mi familia ha sido por mí culpa, porque yo lo dejé entrar.

Empecé a practicar boxeo y me metí en las peleas para no volver a sentirme débil e indefensa, para dejar de sentir que no podía controlar mi vida, que no estaba a salvo... Qué gran mentira, qué inútil.

El diablo me quiere y ya es demasiado tarde para huir de sus garras.

No sé qué hacer ni a quién acudir, o si debería hacerlo. Todo aquel que entra en mi vida acaba siendo un daño colateral de la obsesión malsana de Colton y no puedo permitirlo.

—No puedo... —Sollozo—. No puedo más... —Envuelvo mi cuerpo con los brazos tratando de contener los temblores involuntarios.

Siempre he sabido que algo en mí murió aquel día, pero me dije a mí misma que era él o yo, me dije que se lo merecía, que era justicia, pero ahora no puedo creer más en eso.

Ahora, todo es diferente. Ese día empecé a resquebrajarme y Colton, con su cruda y horrible verdad, acaba de romperme para siempre.

¿Qué va a ser de mí ahora?

Intenté ser fuerte por mi hermana y por mi hijo, y por un tiempo creí que lo había conseguido, aunque en el fondo siempre he sabido la verdad.

No soy fuerte, solo soy una niña que vive en la fantasía de ser una buena hermana y una buena madre, una niña que cree que puede solucionarlo todo ella sola. Nada más lejos de la realidad.

Arrastro mi cuerpo hacia la pequeña mesita frente a mí y me ayudo a levantarme sobre mis inestables pies. No quiero encontrarme con el equipo de limpieza y tampoco quiero volver a ver a Colton. Necesito salir de aquí.

Me muevo en piloto automático sorprendentemente rápido hasta el ascensor. Quiero llegar a casa, hundirme en la bañera y llorar hasta quedarme seca.

Como ha dicho, frente a la puerta hay un taxi esperándome. En cuanto subo doy mi dirección y me deshago nuevamente en lágrimas silenciosas.

«No... Dios, no... Por favor, por favor, dime que es mentira. Dios... No me abandones ahora y dime que es una mentira, una pesadilla. Dime que lo estoy imaginando todo, dime que todo esto es una pesadilla. Por favor, te lo suplico..., déjame creer que nada de esto es real».

No puedo soportarlo. Me duele. No puedo respirar. Todo cuanto soy se tambalea. Estoy asustada. Asqueada de mí misma. «Dime que es mentira. Por favor, te lo suplico, no puede ser verdad».

«Por favor, que alguien me abraza y me diga que todo estará bien, que nada de esto es real, que solo lo estoy imaginando. Por favor. Por favor... Te lo suplico, no puede ser real. Oh, Dios mío... No puedo... Por favor..., te necesito... ¿Qué voy a hacer? Ni siquiera puedo pensar, no puedo volver a mirarme a la cara... No puedo... Lo siento, lo siento tanto... Por favor... Oh, Dios... Por favor».

Las lágrimas siguen derramándose por mi rostro al pensar en Adam. Fue tan víctima como yo y lo maté. Acabé con su vida. Una vida inocente. Una vida tan manipulada como lo ha sido la mía. Y mi padre... Mi pobre padre, pagando por mis pecados en la cárcel, privado de su vida, su libertad y el trabajo que tanto ama, obligado a permanecer lejos de su familia, y todo por mi culpa.

Adam... Oh, Adam... ¿Cómo pude hacerlo? Ni siquiera lo pensé. Solo disparé y no lo pensé. ¿Quién me hubiera culpado entonces? Pero ¿cómo no culparme ahora? Soy una asesina, Dios... ¿Cómo podré vivir con ello?

Un pensamiento oscuro cruza mi mente. «Tal vez debería haber sido yo y no él».

Lo que daría ahora mismo por intercambiarlos. Dani tendría a su padre y no malvivirían en una cochambrosa casa infestada de ratas. Rodrigo no existiría, pero eso sería mejor que el futuro condenado que le espera a mi lado. Y Adam seguiría con vida en lugar de verse envuelto en las maquinaciones de un psicópata.

No tardo mucho en llegar a casa. Los niños están durmiendo con Kathy. Sigo sin hablar con Nath, pero evitar a su hermana ha sido misión imposible.

Así que soy libre de derrumbarme. Golpeo el suelo con las rodillas al dejarme caer. La poca entereza que he demostrado en el camino sale por la puerta en cuanto la cierro.

Araño el suelo con las uñas hasta sentir como estas se rompen y sangran contra la baldosa de la cocina mientras grito de impotencia. Me odio. Me odio tanto que apenas puedo sostener un pensamiento sobre mí que no me repugne. Grito presa de un sufrimiento que no puedo controlar, de un dolor que me sobrepasa y que soy incapaz de gestionar.

«Lo maté... Yo lo maté...».

No lo merezco, no merezco nada de esto, ninguno de los dos lo hace, es tan injusto. Grito, lloro y vuelvo a gritar hasta que mi último recuerdo es caer inconsciente sobre mi propio charco de lágrimas y vómito.

Capítulo diecinueve

Han pasado setenta y cinco horas...

CARTER

Han pasado setenta y cinco horas, diez minutos y cuarenta y ocho segundos desde mi discusión con Victoria.

Y no es como si estuviera contando el tiempo sin ella, aunque... Bueno, sí, lo estoy haciendo, pero solo porque no puedo entender por qué aún no he sacado la cabeza del culo y la he llamado para pedirle perdón otra vez por lo mal que actué.

Al final mis hermanas, mi madre, Nathan y... todos, en resumen, tienen razón y soy demasiado obstinado y terco, incluso cuando sé que he metido la pata hasta el fondo. Por desgracia, esta vez es algo más complicado que solo mi cabezonería.

Victoria y yo hemos estado bailando el uno con el otro durante demasiado tiempo sin ser sinceros y escondiendo cosas. Entiendo que sus secretos son más grandes de lo que pensaba y que si salen a la luz muchas personas se verán afectadas.

Me paso las manos por el cabello con frustración. No sé qué hacer para solucionarlo, he metido la pata de tantas formas que unas cuantas palabras no serán suficientes para conseguir que me perdone.

Quiero echarle la culpa a Farley, desde que él reapareció todo se ha ido a la mierda, pero no es solo culpa suya. Yo debo asumir mi parte, incluso Victoria tiene que hacerlo. Aquí los tres somos culpables de algo, eso es cierto. Sin embargo, lo mal que ha acabado nuestra relación es mi culpa.

Mezclar lo que siento por ella y mi obsesión por el trabajo no ha sido una buena idea, ahora lo veo, y si le hubiera hecho caso a Kenzie lo hubiera visto antes.

Traicioné su confianza.

Quería que me confesara todos sus secretos cuanto antes porque eso haría mi trabajo más fácil, pero conseguirlo significaba conseguir que Victoria confiara en mí y al final me aproveché de ello.

Fue hipócrita por mi parte, yo también guardaba esqueletos en el armario que no había querido confesar. Entonces, si yo no estaba dispuesto a ser sincero, ¿por qué esperaba que lo fuera ella? Sé la respuesta y no me hace sentir mejor.

Como he dicho, soy un hipócrita.

No puedo estar más arrepentido. Las cosas que le he dicho... No puedo perdonarme. No lo pensaba realmente, al menos no del todo. Sí pensaba que se estaba dejando manipular por Colton, pero eso no era todo, también estaba seguro de que había algo más ahí detrás, algo que yo no sabía.

Así que estoy desesperado, porque no consigo contactar con Victoria y tengo muy poco de Colton para seguir avanzando. De nuevo estoy en un punto muerto.

Por primera vez en mi vida no me importa resolver este caso, no como antes. Quiero ayudarla, y si para ello debo seguir investigando, lo haré. Pero si ella me pide que deje de hacerlo ahora mismo, creo que también lo haría. Se lo debo, después de todo.

Hay más investigadores. Kenzie puede tomar mi relevo o no, no importa. Sé que Farley la cagará en algún momento y alguien estará ahí para detenerlo, aunque no sea yo, y eso me jode

muchísimo. Sin embargo, no lo voy a dejar por el momento, todo lo que pueda averiguar hasta que vuelva a hablar con Victoria es información adicional que podrá utilizar quien siga con mi trabajo.

Estoy en casa de mi madre de nuevo, últimamente he decidido pasar más tiempo con mi familia. Puedo notar que les sorprende verme tan a menudo por aquí y también lo preocupadas que están por mi triste aspecto, pero, aun así, han tenido la amabilidad de no preguntarme por ello.

Hasta ahora.

—Hoy pareces más estreñido que de costumbre, hermano. —Las palabras de Olivia me sacan de mis pensamientos.

Mis tres hermanas han tomado asiento en el sofá frente a mí. Puedo escuchar a mamá cocinar desde aquí. Frunzo el ceño ante las sonrisas malvadas que están dedicándome. Hoy no estoy de humor para sus bromas, pero no quería aplazar más la visita.

—Podemos pedirle a mamá una de esas pastillas que toma ella para ir al baño —propone Joanna.

—No creo que sean problemas gastrointestinales —opina Willa, dándose toquecitos en el mentón como si estuviera pensando—. Yo diría que su problema es más bien cardíaco.

—¿Cardíaco, hermana? —Veo la sonrisa en Willa y sé que las tres están tratando de burlarse de mí de nuevo.

—Sí, ya sabes. Su corazón se acelera y duele —continúa Joanna conteniendo una pequeña sonrisa.

—¿Y a qué se debe eso? —Se une Olivia hablando de forma exagerada.

—Es por una chica. —Suspira Joanna parpadeando de manera soñadora—. Nuestro hermanito está enamorado.

—¡El infierno se estará congelando! —exclama Willa fingiendo sorpresa.

—¡A las ranas les crecerá pelo!

—¡Y los cerdos estarán volando! —acaba diciendo Joanna y estallan las tres en carcajadas.

—Dejadme en paz —gruño empezando a ponerme de pie. Olivia también se levanta, da un paso en mi dirección y sostiene mi brazo con su mano haciendo que me detenga.

—Solo estamos bromeando, Carter —dice ella calmándose—. Estamos preocupadas, en realidad.

—¿Preocupadas? —pregunto alzando una ceja—. Parecáis muy divertidas con mi sufrimiento hace unos minutos.

—Así que estás sufriendo, ¿eh? —inquire Willa—. Estás más pillado de lo que pensábamos.

—Sí, preocupadas. —Joanna ignora a nuestra hermana y centra su atención en mí—. Has estado actuando enojado y distante estos días.

—Eso no debería sorprenderos. —Me encojo de hombros, finalmente ambos volvemos a sentarnos—. ¿No erais vosotras las que os quejabais de mi mal carácter y de lo frío que era?

No tengo tiempo para esta conversación. No necesito que me recuerden el terrible humor que he tenido los últimos años. Ahora lo que necesito es pensar en una forma de resolver mi situación con Victoria.

—Pero ya no eras así.

Las palabras de Olivia me llaman la atención lo suficiente como para olvidarme de lo que estoy pensando por un momento.

—¿A qué te refieres con que ya no era así?

—Sí, has estado mucho más amigable estos últimos meses —continúa.

—Sonreías y todo —añade Willa—. Ya no ponías cara de tener un palo metido por el culo.

—Ja, ja, ja —me quejo—. Qué graciosa eres.

—No, en serio, Carter —insiste—. Eras diferente, llevábamos años sin verte de tan buen humor, ¿sabes? No estoy metiéndome contigo ahora, solo digo que lo que sea que haya cambiado en tu vida, también cambió tu actitud.

—Para bien —se apresura a añadir Joanna.

—Nos gusta verte así, hermano. —Esta vez interviene Olivia—. Relajado, sonriente..., feliz. Supusimos que era una chica por cómo te comportabas.

—¿Y cómo me comportaba? —pregunto, interesado en conocer su punto de vista.

—¡No me digas que no te diste cuenta! —exclama Willa sonriendo como si acabara de descubrir los regalos de Navidad—. Sonreías sin razón cuando mirabas el teléfono o te lanzabas a cogerlo cada vez que sonaba como si tu vida dependiera de esa llamada.

—Podría ser del trabajo —respondo, aun sabiendo que es mentira. Lo hacía por ella, porque sabía que estaba escribiéndome.

—Sí, claro —se burla Joanna rodando sus ojos. No me cree ni por un segundo, y no me extraña, ni siquiera yo soy capaz de creer mis propias palabras—. Estoy segura de que tú sonríes cada vez que te llega un mensaje de una posible detención, homicidio o lo que sea.

—¿Quién es la chica, Carter? —pregunta Olivia.

Una parte de mí quiere decirles la verdad, abrirme y contarles todo lo que llevo guardando estos días. Pero la otra parte, la más orgullosa, no quiere admitir lo mucho que la he cagado y, desde luego, no quiere escuchar los reproches ni las burlas de mis hermanas.

—La conocí hace algunos años, pero no sucedió nada entre nosotros hasta hace unos meses...

Mis hermanas dejan salir pequeños gritos emocionados y, al cabo de unos minutos, incluso mi madre se une para escucharme hablar por primera vez en más de una década sobre mis sentimientos.

No es necesario decir que para el final de la historia me están observando de forma aterradora, lo cual no hace más que confirmar que, en efecto, la he cagado.

Por suerte, no sufro sus reprimendas durante mucho tiempo. Mi teléfono empieza a sonar como un loco, llamada tras llamada y siempre el mismo número. Inmediatamente me pongo tenso y alerta, esto no puede ser nada bueno.

—¿Carter?

—¿Dani?

—Sí, soy yo... —Asiente. Su voz suena baja y suave—. Creo... Creo que estamos en problemas.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Estáis bien? —De repente siento una opresión en el pecho. Me levanto de la silla en la que estoy sentado llamando la atención de las mujeres que hay en la habitación—. ¿Está bien tu hermana?

—No lo sé... —Su voz se escucha insegura, preocupada.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué está pasando? —Trato de mantener la calma mientras el pulso empieza a latir en mis sienes.

—Es que... —Parece dudar—. No estoy segura de lo que está pasándole a mi hermana.

—¿Necesitas que vaya a verla? ¿Está herida? —Me alejo de mis hermanas y de mi madre

hasta la cocina en busca de algo de privacidad.

—No está en casa, solo estamos Rodrigo y yo, ella acaba de irse. No sé a dónde... —Antes de que pueda decir nada más añade—: pero, Carter... No estaba bien.

—Voy para allá, no te preocupes. —Trato de tranquilizarla—. Estaré allí en diez minutos y buscaremos una solución.

—Gracias.

Me despido rápidamente de mi familia y subo a mi coche listo para saltarme cualquier semáforo que me retrase en el camino.

Como prometí, diez minutos después —y una posible multa por exceso de velocidad— me encuentro frente a la puerta de la residencia de los González.

—¿Estáis bien? —pregunto en el segundo que Dani me abre la puerta.

—Sí, sí, estamos bien —asegura dando un paso al lado para dejarme pasar—. Llegamos de casa de Kathy hace un rato y la encontramos así. Roro no paraba de llorar al verla, es un niño muy sensible y está muy unido a ella, los dos lo estamos. Verla así... es duro.

—¿A qué te refieres? —le pregunto rápidamente.

—Estaba temblando, Carter, con moretones por todas partes, en el cuello y en la cara, pero no es solo eso, es que estaba histérica. Ni siquiera se quedó a consolar a Rodrigo y ella apenas puede soportar ver sus lágrimas. Ese niño mantuvo su chupete hasta que entró a la escuela porque Victoria era incapaz de quitárselo y dejarlo llorar. —Suspira—. Estaba paranoica, no pude hablar con ella, todo lo que hizo fue decirme algunas cosas sin sentido.

—¿Qué te dijo? —la animo a continuar hablando.

—Dijo... Ella dijo... —Cierra los ojos con fuerza, concentrándose—. Me dijo que todo esto acabaría pronto, que todo iría bien, eh... —Se detiene pensando durante un segundo—. Que volveríamos a ser una familia como cuando estaba papá.

—¿A qué se refiere con eso?

—No lo sé —dice empezando a dar vueltas por la habitación—. Es lo que te digo, no estaba pensando racionalmente, no sé qué le pasaba.

—¿No sabes de dónde venía o a dónde podría haber ido?

—No —niega—. Solo sé lo que vi. Estaba nerviosa, asustada... Parecía desesperada, Carter. No sé qué le ha pasado, estaba bien cuando salió de casa, pero al volver... No lo sé... No estoy segura. Sé que ha estado haciendo cosas turbias por las noches, últimamente se escabulle más de lo habitual y llega más tarde, pero nunca había vuelto de esta manera. Estoy preocupada por ella, la última vez que la vi así, yo...

—La última vez que la viste así..., ¿qué? —insisto—. ¿Qué quieres decir?

—No sé si debería... —duda, mordiéndose la uña del pulgar.

—Por favor, solo quiero ayudarla. —Mis palabras son sinceras. Después de todo, ayudarla es lo único que quiero llegados a este punto.

—Es que... si te digo esto creo que podría meterla en un lío, pero no sé a quién más acudir.

—No diré nada, Daniela, tienes mi palabra. Lo que me cuentes no saldrá de aquí, lo prometo.

Ya he tenido mi escarmiento por no cumplir mi palabra. No importa lo que Daniela me explique ahora, guardaré el secreto hasta la tumba, de ser necesario.

—Bien, espero que no me defraudes. —Suspira antes de empezar a hablar.

La escucho tomar aire, preparándose para lo que sea que vaya a decirme. Mentalmente trato de imaginarme qué podría ser y qué es lo que ha pasado para que Victoria asuste a Daniela

de esta manera.

—Mi hermana, ella... La última vez que la vi de esta manera fue... Fue... —duda. Las palabras se atascan en su garganta—. Fue hace unos cuatro años. Ella estaba saliendo con un tipo, parecía bueno al principio, ¿sabes? Se conocían desde la infancia y él estaba ayudándola con su embarazo y dándonos dinero. Pero... Victoria creía que yo no lo notaba, que no lo sabía, pero él la golpeaba y... no solo eso. Escuchaba sus gritos por las noches cuando él la encerraba en su cuarto y su llanto cuando creía que estaba sola.

Siento como toda mi piel se eriza. Cierro las manos en apretados puños al escuchar sus palabras. La montaña rusa de la ira es una amiga cada vez más frecuente en mis emociones.

—Nunca hablamos del tema y ella finalmente logró que escapáramos de él. Creía que estaríamos a salvo, que no volvería a molestarnos. Carter, vi a mi hermana destrozada, completamente destruida por dos hombres en los que confiaba con su vida. Lo que dejaron de ella no fue más que una cáscara vacía durante meses, pensé que no se recuperaría jamás... Aún creo que no lo ha hecho, ¿sabes? Algunas veces creo que, si no hubiera tenido que hacerse cargo de nosotros, no habría podido seguir adelante...

La verdad y el miedo en sus palabras, la comprensión de lo que en realidad significan, se hunde en mi pecho como una roca. Pensar en cómo de desesperada y sola debió sentirse rompe algo en lo más profundo de mí y me hace sentir aún más culpable por lo que le he hecho.

—Pero lo hizo. —Suspira—. Y luego pasó los siguientes años cuidándonos y protegiéndonos de todo lo malo ella sola, soportando una carga que no debía ser suya, sin poder acceder a nadie que realmente la ayudara a curar sus heridas, sin poder confiar en nadie. Kathy y Nathan querían ayudar, pero ya la conoces, cuando se cierra en banda no hay forma de llegar a ella. Por mucho que confíe en ellos sé que tiene miedo de volver a sentirse dependiente de alguien.

Los ojos de Daniela se llenan de lágrimas y apenas puedo empezar a imaginar cómo se debe sentir ella. Puede que Victoria cargara con todo el peso, pero esta es su hermana y también está sufriendo por verla esforzarse por ellos y renunciar a su vida por la de ella y su hijo.

—Creímos que estábamos bien, que estábamos a salvo... —Su respiración se atasca, le cuesta pronunciar las palabras a causa del llanto—. Ahora este hombre ha vuelto a nuestras vidas. Cree que no lo sé, pero también me preocupa por ella. Cuando empezó a actuar de forma extraña y a llegar golpeada en mitad de la noche, empecé a espiarla y descubrí que quiere que vuelva con él. Sé que lo ha mantenido en secreto para todos, pero tengo miedo, Carter.

Puedo ver un sinfín de emociones cruzar por sus ojos antes de que los cierre con fuerza. Respira profundamente un par de veces antes de volver a abrirlos. Me gustaría decirle que se detenga, que no tiene por qué seguir hablando, sé que esto es duro para ella, pero necesito que continúe, necesito saberlo todo.

—La última vez logramos salvarnos por los pelos, pero esta vez... tengo miedo, no sé si podremos salir de esta sin ayuda. Creo que conseguirá llevársela por delante y mi hermana no sobrevivirá si esto continúa. No hablo con metáforas, hablo de vida o muerte.

—Dime quién es, Daniela. Dime su nombre y lo solucionaré por vosotros —le pido, sujetando su mano entre las mías con fuerza.

—No es tan sencillo —niega y parece completamente abatida—. Es intocable.

—Nadie lo es —le aseguro con toda la confianza que puedo infundir a mis palabras.

—Él sí. Otros lo han intentado y todos han muerto o han acabado entre rejas.

—Lo conseguiré, solo tienes que decirme su nombre. —No me daré por vencido, alguien

así nunca debería volver a ver la luz del sol.

—¿Aún no te has dado cuenta de quién es? —pregunta. Su rostro y su voz de repente parecen abatidos, como si se hubiera dado por vencida—. Tú lo conoces.

—¿Yo lo conozco? ¿Quién...? —Y entonces la respuesta me golpea como un yunque en las costillas.

La verdad me deja sin aliento y un escalofrío recorre mi espina dorsal. No puede ser posible. ¿Todo este tiempo...?

—Ahora lo entiendes, ¿no? —Asiente al ver en mis ojos el reconocimiento—. El mismo diablo está aquí. Está en nuestras vidas. Colton Farley ha vuelto a la ciudad y esta vez no se irá sin mi hermana.

Y justo ahí, en ese instante, siento el verdadero terror invadir mi sistema. No solo quiere sus puños en Las Jaulas, quiere su corazón, quiere poseerla por completo, y yo temo que ya sea demasiado tarde para sacarla de ahí.

Capítulo veinte

La cita

VICTORIA

Estoy paralizada.

No es la primera vez, ni de lejos, que me ocurre. Últimamente me sucede con demasiada frecuencia.

Siempre me he considerado una persona valiente. Supongo que todos pensamos eso cuando somos niños y los problemas se basan en no comer suficientes verduras o recordar un domingo por la noche que necesitábamos una cartulina para el lunes a primera hora en el colegio.

Luego crecemos y los problemas cambian, ya no nos sentimos tan valientes o confiados. Con suerte conseguimos superarlos, pero otras veces... nos superan ellos a nosotros.

Soy luchadora, no me rindo fácilmente, no puedo permitirme hacerlo. Hubo un tiempo en que me sentí tan aterrada que apenas podía tomar decisiones por mí misma y me prometí que nunca volvería a ser esa persona.

Hace unos meses creí que, finalmente, después de años intentándolo, había conseguido rehacer mi vida. Me equivocaba.

Ese momento lo cambió todo. Todo por lo que tanto había luchado, lo que tanto me costó construir, se fue al garete con tan solo un mensaje de texto.

Curiosamente, esa noche pensé que todo saldría bien. Llevaba semanas esperando esa cita, estaba nerviosa y, sorprendentemente, emocionada.

Admito que también tenía mis dudas. Ni siquiera recordaba la última vez que había tenido una cita y eso fue antes de convertirme en madre soltera.

Todo había cambiado para mí en lo referente al mundo de las citas, yo misma había cambiado. No estaba segura de estar preparada, pero, al mismo tiempo, cuando Nathan y Kathy me hablaron de él, hubo algo que me empujó a aceptar.

HACE TRES AÑOS

Nunca debería haber aceptado esta mierda, literalmente preferiría arrancarme mi propio brazo antes que estar aquí, pero lo hago por Kathy, porque la quiero, la quiero callada los próximos veinte años y que no vuelva a insistirme para tener una maldita cita a ciegas.

No me gustan estas cosas y tampoco tengo tiempo para tener citas y salir por ahí, tengo un niño pequeño al que criar y una hermana casi adolescente a la que castigar. Las citas y los hombres son lo último en mi larga lista de cosas que no volveré a hacer hasta los cincuenta.

Por supuesto, el sexo está bien, no es que haya tenido mucho desde el nacimiento de Roro, o ninguno para el caso, pero no estoy aquí por eso. La cita de esta noche es algo serio, no es solo para pasar un buen rato, o por lo menos eso me dijo mi rubia amiga.

Al parecer, Nath tiene un amigo que está «para hincarle el diente», sus palabras, no las mías, yo ni siquiera lo he visto aún. Y no solo eso, también dice que encajaríamos a la perfección. Todo en lo que encajo últimamente es en el hueco del sofá que tiene la forma de mi trasero.

Así que no me puedo creer que de verdad esté haciendo esto, ni la ropa que estoy llevando, un ridículo vestido azul, ni que esté subida en unos tacones estúpidamente altos, a punto de entrar en un restaurante que no podría permitirme ni aunque vendiera un riñón.

Ruedo los ojos. Quiero salir de aquí, pero no quiero dejar mal a mis amigos, por lo que respiro profundamente y me armo de valor para entrar.

Entro en el local caminando lo más segura posible. Este no es mi ambiente, me siento incómoda y sé que no debería estar aquí. Veo cómo me miran nada más poner un pie dentro. Ellos saben la verdad, mi lugar está en la pizzería calle abajo, no aquí.

—Tengo una reserva para dos a nombre de Carter Hall.

Kathy me dijo que cuando llegara dijera eso, así me llevarían a la mesa reservada para nosotros y, si él no había llegado todavía, podía esperar sentada.

La verdad, ojalá no esté y pueda escaparme disimuladamente sin tener que rechazarlo abiertamente, pero, por desgracia, no tengo tanta suerte.

—Por supuesto, su acompañante ya está aquí.

Vaya por Dios, hoy no es mi día.

Sigo al camarero planteándome seriamente dar media vuelta y huir hasta que señala la mesa donde el chico misterioso está sentado de frente, observándome con una atractiva sonrisa de lado.

Lo primero que noto en cuanto lo veo son sus profundos ojos azules, una chica podría perderse en ellos y no querer que la encuentren. Lo siguiente son sus hoyuelos. ¡Maldita sea! Tengo debilidad por ellos.

Estoy segura de que mi amiga ha hecho esto a propósito. No sé si darle las gracias o patearle el trasero.

—Les dejo el menú, enseguida vuelvo para anotar sus bebidas.

El hombre se marcha y mi cita no tan misteriosa se levanta rápidamente.

—Carter Hall —se presenta, aunque yo ya sabía su nombre por la reserva.

—Victoria González —respondo con una pequeña sonrisa.

¡Dios! Ha pasado tanto tiempo que ya no sé cómo hacer esto. ¿Qué se hace en una cita? ¿Cómo se coquetea? No tengo ni idea. Pídemle que acabe con mi oponente con un *cross*, no hay problema, pero no me pidas esto, ahora mismo solo sé hablar de pañales y biberones.

—Estás preciosa —me dice retirando mi silla para que pueda tomar asiento.

Bueno, mira tú por dónde, es todo un caballero. Tengo el impulso de decir que puedo hacerlo sola, pero, la verdad, me parece un gesto bonito, de esos que ya no se ven tan a menudo, así que cierro la boca y me dejo llevar por el momento.

—Muchas gracias, tú también estás muy guapo. —¿Debería haberle dicho eso? A todo el mundo le gustan los cumplidos, ¿no?

Sacudo la cabeza. «No digas tonterías, hace dos segundos querías salir de aquí. No quieres nada con nadie, todo te sale mal. Come y vete a casa, hoy es noche de pelis y Roro tenía muchas ganas de ver por primera vez *Buscando a Nemo*».

—La verdad —empieza a decir, sentándose frente a mí—, no pensé que aceptarías.

—¿A qué te refieres? —pregunto con curiosidad.

—Nath me dijo que no estabas interesada en salir con nadie, pero cuando te vi en su última fiesta de cumpleaños golpeando a ese chico, supe que tenía que conocerte —explica.

—¿Me viste...?

Lo recuerdo, no fue hace tanto, creo que fue mi primera salida después de ser madre. No

me quedé mucho tiempo, pero ese tal Jared, James..., como sea, no paraba de molestarme. Así que al final hice lo que se hace con cualquier bicho molesto, aplastarlo.

No puedo creer que me viera hacer eso y, en lugar de pensar que era una loca, le gustara. Yo ni siquiera recuerdo haberlo visto.

—Te fuiste después de eso, no tuve la oportunidad de presentarme —continúa.

—Así que le pediste que te organizara una cita conmigo —acabo por él.

—Algo así. —Asiente con una sonrisa confiada—. No quería perder la oportunidad de conocerte, pareces alguien muy especial.

Debo admitir que este hombre sabe decir las mejores cosas, pero yo ya he tenido mi buena dosis de cantamañanas. Chicos que dicen cosas dulces al oído, buenos y amables al principio, solo para clavarte el cuchillo por la espalda cuando menos te lo esperas.

La cena transcurre sin problemas, muy a mi pesar. Más de una vez intento sacarlo de sus casillas o enfadarlo, pero el chico parece tener una paciencia infinita.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ti? —me pregunta.

—¿Algo como qué? —digo yo.

—No lo sé, algo que nadie sepa, aunque sea una tontería.

—Mmm... —Pienso durante unos minutos bajo su intensa mirada—. ¿Sabes esa manía que parece tener todo el mundo de dejar el volumen en número par o en cinco? —Él asiente—. Bien, pues a mí me gusta dejarlo en un número impar y, si acaba en siete, mejor.

—¡No! —exclama llevándose una mano al pecho con exagerada sorpresa.

—Lo sé, soy un bicho raro. —Me río de sus tonterías.

—¡Psicópata! Debería arrestarte ahora mismo, alguien con esas inclinaciones no debería andar por las calles.

—Puedes intentarlo, inspector —le dedico una media sonrisa algo atrevida mientras me llevo el tenedor con espaguetis a la boca.

Al final, incluso me lo estoy pasando bien. Nadie está más sorprendida que yo por eso, pero es la verdad. Carter es increíble, es sexi, atento y...

Bip... Bip... Bip...

Su teléfono empieza a sonar con varios mensajes. Me pide un momento para verlos y la expresión en su rostro cambia de golpe. Teclea algo rápidamente antes de volver a dejarlo sobre la mesa.

—Es del trabajo, perdona.

—No te preocupes —respondo sin darle importancia.

—¿Por dónde iba...?

De nuevo vuelve a sonar. La acción se repite otras cuatro veces, ya ni recuerdo de lo que estábamos hablando. Jugueteo con los restos de mis espaguetis mientras responde lo que estoy segura de que es el décimo mensaje en cinco minutos.

—Si tienes trabajo...

—No, no, un momento —me pide, pero su mirada no se aparta de la pantalla del teléfono al hablarme.

Media hora después estoy lista para irme. Si es tan importante, que lo diga y que se marche, podemos tener la dichosa cita otro día. Aunque llegados a este punto no sé si quiero volver a verme con alguien que no puede despegarse del trabajo ni un par de horas.

Tras ser ignorada una hora decido que hasta aquí ha llegado mi paciencia. Carter ha salido a hablar por teléfono fuera, no sé qué de unas jaulas o algo así, no me importa, me largo ahora

mismo.

La pregunta es ¿cómo? Si salgo por la puerta tendré que verlo y no tengo ganas de enfrentarme a él y decirle que me parece un maleducado. Además, dudo mucho que me dejen salir de aquí sin que uno de los dos pague y, dado que él ya está fuera, podrían creer que estamos intentando irnos a escondidas.

¿El problema? No he traído nada de dinero, mi amiga dijo que él invitaría, no puedo salir de aquí y simplemente decirle: «¡Ey! Esta es la peor cita que he tenido en mucho tiempo. Me piro, paga la cuenta cuando cuelgues el teléfono».

Así que hago lo único lógico que se me ocurre, escapar por la ventana del baño. Solo espero que este sitio tan estirado tenga buenas ventanas.

Recojo mi bolso y camino con calma hasta el servicio. Por suerte no hay nadie y, en efecto, las ventanas son lo suficientemente grandes para dejar pasar mi trasero.

Me quito los tacones y los lanzo fuera antes de impulsarme para subir por la ventana. Me clavo el marco en el estómago al hacerlo y sé que esto me dejará un horrible moretón al día siguiente.

Salir por una ventana es la idea más estúpida que he tenido nunca. No volveré a hacer esto jamás.

Con cuidado de no caer de cara consigo pasar el resto de mi cuerpo y aterrizar lo más decentemente posible en el suelo.

Al fin, libertad.

—¿Te marchabas sin despedirte?

Me quedo congelada a mitad de camino de recoger mis zapatos del suelo. «Ups. Atrapada».

—No estabas por ninguna parte, así que... —respondo mientras me pongo los zapatos.

—¿Y por eso decides escapar por la ventana del cuarto de baño? —pregunta frunciendo el ceño con indignación.

—Bueno, no tengo dinero y mi cita me ha dejado plantada durante una hora. ¿Acaso tenía otra opción? —digo cruzándome de brazos.

—Estaba trabajando —se excusa pobremente, y encima tiene la desfachatez de parecer ofendido.

—Estabas en una cita —lo corrijo—. Se supone que es tu tiempo libre.

—Esto era importante —responde señalando su teléfono.

—Entonces habérmelo dicho, podríamos haberlo aplazado si no te venía bien.

—No esperaba que me llamaran —me informa—. De todas formas, tampoco ha sido para tanto, tengo un trabajo importante, debo estar localizable todo el tiempo.

—Como te he dicho, simplemente haberme avisado. Tienes una boca perfecta para decir excusas, úsala para explicarte antes de dejar a una chica hablando sola durante más de una hora y media.

—Estás exagerando.

—Estoy terminando esta conversación, que es diferente.

EN LA ACTUALIDAD

Después de eso me marché. Recuerdo que estaba muy enfadada cuando llegué a casa y que me quejé con mi amiga durante horas.

Ahora, viéndolo en retrospectiva, pienso que los dos lo hicimos mal. Yo actué de forma infantil escapándome por la ventana y él debería haber ignorado el teléfono o haberme comentado que estas cosas podían pasar.

Con Carter el problema siempre es el de la comunicación, básicamente no existe entre nosotros, a menos que sea para mentirnos, claro.

No es un mal recuerdo después de todo, fue divertido y, sin duda, tengo peores cosas que recordar.

Me pongo en pie a duras penas, todo mi cuerpo tiembla y mi mente sigue envuelta en una neblina espesa, como si esto fuera una pesadilla de la que no pudiera despertar.

No puedo permitirme ni un segundo de vacilación, pero es demasiado difícil pensar con claridad ahora mismo.

Debo ser inteligente y no darme por vencida, no es así como me educaron y, desde luego, no me rendiré después de todo lo que he luchado estos últimos años.

Me permitiré un momento más de llanto y autocompasión, pero solo serán unos minutos, porque en cuanto me limpie estas lágrimas buscaré hasta debajo de las piedras la forma de deshacerme de él.

No me importa lo que deba hacer, haré lo que sea para pararle los pies. Acabaré con esto de una forma u otra y sé cuál es el lugar perfecto para empezar.

Capítulo veintiuno

Asuntos pendientes

VICTORIA

Soy incapaz de entrar en el edificio, necesito un momento para darme la fuerza necesaria para hacer que mis pies se muevan.

Siempre me ocurre lo mismo, regresar a este lugar provoca en mí un estado de nervios y pánico que solo me hace querer huir a otro continente. Volver aquí trae demasiados recuerdos negativos a mi memoria y, aun así, es un lugar que no puedo dejar de visitar.

Estar aquí me produce un sentimiento difícil de describir. Miedo y rechazo, pero también consuelo y calidez. Es extraño. Respiro hondo dando grandes bocanadas de aire en un triste intento por tranquilizarme, pero no lo consigo.

Permanezco en estado de alerta desde la confesión de Colton. Solo pensar en ello me provoca náuseas y deseo hacerme un ovillo en mi cama, pero no puedo permitírmelo.

Cuando consigo hacer que mi cuerpo responda, camino tambaleante hasta la entrada.

Sé que el miedo me está superando, pronto estaré paralizada, incapaz de hacer algo para defenderme, pero hasta entonces avanzo en piloto automático hacia delante.

¿Cómo puedo asimilar todo esto? Mi mente corre en todas direcciones rompiéndome por dentro. Escucho sus palabras una y otra vez en mi cabeza, como si las hubiera memorizado de alguna forma, pero... ¿cómo olvidar algo como eso?

He sido manipulada y usada gran parte de mi vida. Sufrí abusos de aquellos a quienes yo quería, en quienes confiaba y, en consecuencia, mi familia ha pagado por ello. Yo aún sigo pagando por todo eso y no soy la única que está sufriendo las consecuencias de mis malas decisiones.

Suspiro. Ya no hay vuelta atrás.

Leo el letrero de la entrada donde la palabra «Penitenciaría» destaca ante mis ojos como si estuviera iluminada por luces de neón.

Camino hacia la puerta principal lo más decidida que puedo, lo cual no es mucho. ¿Qué voy a decirle a mi padre? ¿Que ha acabado en la cárcel porque yo dejé entrar a un psicópata en nuestras vidas? ¿Que por mi culpa él está jodiendo a nuestra familia otra vez?

Ojalá la tierra se abriera y me tragase, me lo merezco. Odio sentirme como una cobarde y tener el papel de víctima después de todo lo que he aguantado, pero tengo derecho a sentirme mal, mi vida está hecha trizas. Los cimientos en los que construí mi nueva vida, la rabia a la que me aferré tan desesperadamente... Todo ha cambiado.

Y, aun así, a pesar de sentirme como una niña asustada, me niego a serlo. Una parte de mí quiere seguir adelante tanto como la otra quiere hundirse en el barro. Por eso, al descubrir toda la oscura verdad, lo primero que vino a mi mente, mi primer instinto, fue correr a los brazos de mi padre... o lo más cerca posible de él.

—Hola, mi niña.

—Hola, papá...

Su sonrisa afable es un bálsamo para mi corazón, su mirada me tranquiliza y desearía poder abrazarlo directamente y no tener que hablar con él con una mesa de por medio mientras lleva las esposas puestas.

Observo su rostro y las consecuencias de los años y el encierro a través del cristal que nos separa. Ha cambiado mucho en este tiempo, pero su mirada se mantiene igual que siempre, cansada pero amorosa. Su piel, antes de un bonito bronceado, ahora se ve pálida, ceniza. Su mirada llena de vida ha sido sustituida por el peso de los años y la condena, y tiene ojeras oscuras bajo los ojos. Puedo ver el nacimiento de cortos cabellos blancos a causa de la edad y su rostro está ahora demacrado por las circunstancias y demasiado delgado para lo que una vez fue.

—¿Qué te ha pasado, cielo? —pregunta señalando mis hematomas. Logré cubrir algunos de ellos esta mañana, pero los peores aún destacan bajo el maquillaje.

—No te preocupes, no es nada —niego rápidamente. No quiero hablar de eso, no estoy lista aún.

Hasta este momento no me he dado cuenta de lo mucho que hace que no lo visito y lo poco que sabe sobre en lo que se ha convertido mi vida.

Entre las peleas, las palizas, Colton y Carter, que tampoco me han dejado mucho tiempo libre... Sé que no es excusa, debería haber sacado tiempo para venir a verlo, incluso traer a los niños conmigo. Últimamente no he pensado demasiado con la cabeza.

—¿Los niños están bien?

Sé lo que está haciendo. Como no quiero hablar de mí empezará sonsacándome sobre ellos y al final acabaré contándole también lo que me ocurre. Es una estrategia de padre que siempre le ha funcionado y seguramente hoy también lo haga. Soy incapaz de negarle nada, y menos aún si está preocupado.

—Sí. —Asiento rápidamente antes de negar en su lugar—. No. No lo sé —confieso con un suspiro—. Las cosas han estado complicándose cada vez más.

—Explícame eso.

Procedo a narrar todo lo ocurrido en los últimos meses. Al principio es difícil que las palabras salgan, pero una vez que empiezo es como si no pudiera detenerme. El vómito verbal se extiende durante lo que estoy segura que es más de una hora y mi padre en ningún momento me interrumpe. No me siento juzgada o atacada por su mirada. Espero no acabar llorando.

Me siento tan avergonzada cuando acabo de hablar que ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. Empiezo a jugar con las manos de forma nerviosa esperando su veredicto. Tengo miedo de ser juzgada por él. Aun en la cárcel, mi padre es mi mayor apoyo.

—Ya lo sabía, Victoria —confiesa rompiendo el silencio entre nosotros.

Sus palabras me dejan en *shock*. ¿Cómo que lo sabía? Si yo acabo de enterarme hoy mismo de la mitad de estas cosas.

—Bueno, no lo sabía todo —se corrige—, pero estaba al tanto de muchas cosas.

—¿Cómo? —Apenas logro que esa única palabra salga de mis labios.

—Estoy encerrado, no muerto. —Sonríe—. Dani viene a visitarme, se está convirtiendo en una chica muy inteligente y perspicaz, ¿sabes? —Entonces su sonrisa desaparece y su postura se vuelve seria—. Está preocupada por ti y, sinceramente, hija, yo también lo estoy.

—Pero no lo sabes todo, yo apenas me he enterado y no se lo he dicho a Dani —hablo rápidamente, intentando comprender qué está diciendo.

—Bueno, no he podido confirmarlo hasta que tú me lo has dicho, pero tenía mis sospechas.

—¿Sobre qué?

—Sobre la razón por la que fui condenado. Cuando el juez falló en mi contra, a pesar de las numerosas pruebas a mi favor, supe que algo no andaba bien —explica entrelazando sus dedos frente a él.

—¿Por qué no dijiste nada a nadie? —pregunto, indignada—. A tus compañeros de la comisaría, a mí, al abogado... ¡A quien fuera!

—Lo intenté, hija, créeme que lo intenté —dice con la voz calmada, dedicándome una mirada triste—, pero quien quisiera meterme aquí lo deseaba con muchas ganas.

—Colton —respondo rápidamente.

—Sí... Y lo peor es que no me sorprende, debí suponerlo.

—Eso no hubiera hecho la diferencia. —Me escucho suspirar temblorosamente y entonces me doy cuenta de que no es solo eso, todo mi cuerpo vuelve a temblar con solo escuchar su nombre. Tengo que recomponerme.

—Lo sé. —Asiente con tristeza—. Él tenía un plan y nosotros solo éramos peones prescindibles. —Sus ojos castaños se clavan en los míos con pesar—. Buscaba conseguir algo concreto. A ti, cariño.

—Lo sé... —Trago duramente, siento la garganta como papel de lija—. Y no lo entiendo, papá, no lo entiendo.

—Desde que eras pequeña había algo en su mirada que nunca me gustó cuando estabais juntos —explica—. Traté de alejarlo de ti... Supongo que por eso me quería fuera del camino.

—Solo fui amable con él. —Niego con un susurro, sin poder creerlo—. ¿Por qué me hace esto? Dice que me quiere, papá, pero el amor no es así.

—No te desveles intentando entenderlo, hija, no lo conseguirás. —Suspira con cansancio. Tiene razón, lo sé, pero aun así no puedo dejar de pensar en ello—. Algunas personas simplemente no tienen la oportunidad de amar nunca.

—Todo esto es una mierda... —me quejo frunciendo los labios con molestia.

—Quisiera excusarlo diciendo que tuvo una infancia terrible, pero algunas cosas no se pueden justificar. Sus padres lo maltrataron siendo un niño y tú le mostraste lo que era tener a alguien con quien contar. En su retorcida mente eso es lo más parecido al amor que tuvo nunca.

—Eso no justifica todo el daño que ha hecho, a toda la gente que hirió o asesinó por el camino —niego con rabia—. Todo lo que hizo y continúa haciendo a nuestra familia.

—Tienes razón, cariño. Pero, para él, el fin justifica los medios —continúa—. Tú eres su fin y no le importa lo que tenga que hacer para conseguirte. Es incluso peor que su padre. El poder y el dinero lo es todo para él. No es buena persona.

—He estado tan engañada estos años, movida por la rabia y la ira, y ahora... todo lo que puedo sentir es vergüenza, dolor y... —Me detengo, no quiero decirlo en voz alta.

—Venganza. —Suspira con pesar, la preocupación empaña sus ojos—. No es necesario que lo digas, puedo verlo en tu mirada. No tienes idea de cómo te ves ahora, Victoria. —Me mira preocupado—. Temo que cometas alguna locura.

—Alguien tiene que hacer algo. —Es todo cuanto pienso decir, no quiero preocuparlo.

—¿Y qué hay de ese inspector? —pregunta de repente.

—¿Inspector? —Me hago la tonta, no he hablado sobre él con mi padre.

—Carter Hall —responde como si fuera obvio.

—¿Dani te habló de él? —pregunto rápidamente, no merece la pena negarlo.

—Oh, sí, lo hizo. Habló maravillas de él. —Lo veo sonreír de lado, como si a pesar de la situación esto lo divirtiera—. Aunque fue mucho mejor conocerlo.

—¿Conocerlo? —prácticamente grito.

Doy un salto en mi silla por la conmoción. ¿Ellos dos se han conocido? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? Todo el mundo parece tener alguna sorpresa para mí en estos últimos días.

—¿En persona? —insisto, quiero saber todo el contexto de la situación—. ¿Aquí? ¿Él vino aquí a verte? —Si hubiera estado bebiendo algo estoy segura de que acabaría de atragantarme y escupirlo todo a la vez.

—Así es. —Asiente—. No hará más de un par de semanas.

—¿Por qué? ¿Qué quería? ¿Trató de sacarte información? —Me enfado inmediatamente—. ¡Maldito hijo de...!

—¡No, no! ¡Nada de eso! —me interrumpe—. Solo vino a decirme que estaba muy preocupado por ti. No preguntó nada referente a por qué estaba aquí o sobre Colton en ningún momento.

—¿Solo te dijo que estaba preocupado por mí?

—No solo eso, también lo que parecen ser buenas noticias, al menos para mí. —Sonríe—. Parece ser que el juez que me condenó murió en extrañas circunstancias hace algunos años. El hombre que lo sustituyó era un buen amigo de su padre y le ha prometido revisar mi caso.

—¿Lo dices de verdad? —pregunto, incrédula—. ¿Él consiguió eso?

—Debe quererte de verdad. —Sonríe tiernamente.

—Oh... eh... ¿Querirme? —Me pongo nerviosa por momentos—. No, no lo creo...

—Bueno, dime si no ¿por qué se involucraría en esto? —me pregunta con un encogimiento de hombros, como si fuera obvia la respuesta y yo estuviera siendo demasiado obtusa para verla.

—Querrá pedirme algo a cambio, que testifique contra Colton o cualquier otra cosa. —Niego, no quiero fiarme de nuevo de él, ya cometí ese error una vez. Aun así, siento pequeños aleteos de esperanza en mi estómago—. No es de fiar, papá.

—Cariño, esto sucedió hace dos semanas. ¿No crees que si quisiera algo ya te lo habría dicho? —intenta razonar conmigo—. No me dio la impresión de ser un hombre muy paciente.

—Investigó mi vida, aun después de prometerme que no lo había hecho y que no lo haría. —Aprieto las manos sobre mi regazo—. Me mintió.

—Por lo que estoy entendiendo, también tú le mentiste a él —dice alzando una ceja.

—Lo hice para proteger a nuestra familia —respondo sintiéndome atacada.

—Entiendo por qué lo hiciste, pero no puedes pedirle a alguien que haga algo si tú no lo haces. —Suspira con pesar—. Desde luego que lo que él hizo estuvo muy mal, no le perdonas si no quieres, es comprensible. Pero no puedes tacharlo de mal hombre cuando sabes cómo son los malos de verdad.

—No es una mala persona —acepto a regañadientes—, pero lo que me hizo aún duele... Confié en él.

—Hija mía, no dejes que el pasado afecte a tu presente o a tu futuro —dice sabiamente.

—Es difícil, papá. Me siento traicionada —insisto bajando la mirada.

—Algunas veces las personas se ven acorraladas y obligadas a tomar decisiones que en circunstancias normales no tomarían. Observa el panorama completo —me dice con calma—. Las personas se equivocan, no deberías quedarte solo con los errores, y menos aún si esas personas quieren ayudarte. Ya es hora de que dejes que lo hagan.

—No quiero implicar a nadie más en esto —niego rápidamente—. Todos los que me rodean acaban siendo daños colaterales.

—No puedes acabar con Colton Farley tú sola.

Sé que suena obvio, que debería saberlo, pero soy una maldita terca de mierda y no quiero implicar a nadie más en esto. Kathy, Nath, Carter y mi familia ya han sufrido mucho por su culpa, si alguien debe pagar los platos rotos, esa soy yo.

—No te preocupes, papá, tengo un plan —le aseguro, reuniendo toda la confianza de la que puedo disponer ahora mismo—. Nadie más saldrá lastimado por mi culpa.

—¿Qué piensas hacer, Victoria? —pregunta con preocupación—. Y deja de decir que es tu culpa, no lo es —me pide—. Todo esto es el juego de un lunático obsesionado contigo. Deja que te ayuden, no seas imprudente.

—No te preocupes, papá —repito poniéndome en pie, es hora de marcharme—. Todo acabará pronto.

Mi padre insiste en que vuelva a sentarme y le explique de lo que estoy hablando, pero me niego. Si lo hago, sé que acabaré cediendo y explicándole mi plan y sé con certeza que si alguien es capaz de convencerme de algo es este hombre.

Así que sonrío para tranquilizarlo, a pesar de la tormenta en mi interior, y me despido definitivamente de él.

—Te quiero, papá.

Ya no hay marcha atrás, tengo todo lo que necesito. He reunido coraje y esto se acaba ahora mismo.

Solo me quedan un par de capítulos por cerrar y eso empieza por una visita a una persona en concreto: Carter.

Capítulo veintidós

Bajo la lluvia

CARTER

La temporada de lluvias parece no acabarse nunca. No es que me queje, me gusta la lluvia, aunque suele ser un engorro en mi trabajo, ya que el agua puede llegar a eliminar algunas pruebas si estas se encuentran en algún lugar descubierto.

La luz de la chimenea se refleja ligeramente en la pantalla del televisor encendido, pero no estoy seguro de la película que se está reproduciendo en estos momentos, ya que toda mi atención está centrada en los informes que hay frente a mí.

Bueno, eso no es del todo cierto. Sí que estoy tratando de poner toda mi atención en estos malditos informes, pero, en lugar de eso, no dejo de pensar en la conversación que tuve con Daniela hace unas horas.

Hablamos largo y tendido, me explicó muchas cosas, incluso algunas que yo desconocía y que hacían que todo esto fuera más y más retorcido. La niña estaba preocupada por su hermana y después de escuchar toda su historia..., estar solo preocupado se queda corto.

Colton está obsesionado con Victoria, eso está claro desde el principio. Sin embargo, nunca pensé que llegaría hasta este punto.

Si de mí dependiera pondría a los tres en protección de testigos, aunque para hacerlo tuviera que revelar lo que Daniela me ha hecho prometer que jamás diría. No me importa anteponer su seguridad a mi palabra. Que ambas me odien durante el resto de sus vidas es un pequeño precio que estoy dispuesto a pagar si eso las mantiene a salvo.

No es una idea que descarte por el momento, estoy pensando en la mejor forma de hacerlo y plantearse a mis superiores. Tengo que llevarlas lo más lejos posible de ese monstruo.

El timbre me saca de mis pensamientos de golpe. Estoy decidido a ignorarlo, ya es de noche y demasiado tarde, y no estoy esperando a nadie. La persona al otro lado parece que no piensa darse por vencida, sigue tocando el timbre como si tuviera intención de fundirlo si no abro la puerta.

Guardo los informes en la estantería de camino a la entrada. El timbre ya no parece ser suficiente y empieza a golpear la puerta. Me apresuro, no quiero que los golpes y el ruido acaben despertando a mis vecinos, pero cuando finalmente abro la puerta no puedo creerme quién se encuentra al otro lado.

—¿Victoria?

De pie en el porche de mi casa está la persona que lleva quitándome el sueño desde hace tanto tiempo que ya ni siquiera recuerdo cuándo empezó.

La veo mojada de pies a cabeza y tiembla tanto que podría competir con un chihuahua. Tiene profundas ojeras bajo sus hermosos ojos oscuros y aprieto los labios al notar los hematomas en su rostro y en su cuello, tal como dijo Daniela.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, aturdido—. ¡Por Dios, entra, vas a coger una pulmonía!

—Lo siento —dice en cuanto cierro la puerta.

—No pasa nada. Puedes venir cuando quieras, suelo acostarme tarde —contesto rápidamente, no quiero que se preocupe.

—No, no me refiero a eso. —Su cuerpo tiembla por el frío mientras lo rodea con los brazos, intentando darse calor a sí misma—. Lo siento por todo lo que dije en el hospital y lo siento por lo que dije en la comisaría, y lamento lo cabezota que he sido estos meses.

—No hay nada que perdonar, yo también hice y dije cosas que no sentía y que fueron un error —digo yo también.

—Tienes que saber que yo antes no era así. Hace muchos años... —Sus ojos se clavan en los míos y, como cada vez que me mira, siento que dejo de respirar—. Ojalá me hubieras conocido entonces.

—Me gusta cómo eres ahora. —Sonríe alargando la mano para sostener la suya—. Quizá menos terca, pero es parte de tu encanto.

—Sé que hablaste con mi padre. —Una pequeña y tímida sonrisa se forma en sus labios al mismo tiempo que siento cómo me sonrojo ligeramente.

Ella está aquí, frente a mí, empapada de pies a cabeza, llena de golpes y con la ropa hecha un desastre y, aun así, sigue siendo la mujer más hermosa que nunca he visto.

El cabello se pega en sus mejillas y sus grandes ojos oscuros observan cada pequeño movimiento que hago. Lleva las manos y los zapatos completamente manchados de barro al igual que su ropa, como si se hubiera caído en una zanja o algo así. Sé que debería preguntar por eso, pero ver cómo la tela se pega a su cuerpo como una segunda piel me tiene distraído.

Trato de centrarme en sus palabras a pesar de las ganas que tengo de subirla sobre mi hombro y llevarla a mi habitación. Demasiado tiempo lejos de esta mujer me está haciendo perder la cabeza.

—Gracias —añade.

—No tienes por qué darlas —me apresuro a decir en respuesta—. Era lo correcto. Cuando vi el caso me di cuenta de que se cometió un terrible error con su sentencia —continúo diciendo—. Es lo justo. Además, ni siquiera sé si podrán hacer algo, solo me prometieron revisarlo.

—Aun así, gracias.

Nos quedamos observándonos durante lo que parecen horas con el único sonido de la lluvia golpeando contra el cristal de las ventanas. Me gustaría decirle todo lo que pasa por mi cabeza, todo lo que siento, sin embargo, permanezco de pie frente a ella sin decir ni una sola palabra.

—Entonces..., ¿has venido hasta aquí en mitad de una tormenta solo para darme las gracias? —digo finalmente.

—No, no solo por eso. —Su mano toma con más fuerza la mía antes de tomar una profunda inspiración—. También quería decirte que ya no pelearé más para Colton. Lo he dejado.

—¿Y él lo sabe? —La simple mención de su nombre provoca que todo mi cuerpo se tense.

—No todavía, pero lo averiguaré pronto —dice con una pequeña mueca—. Quería que lo supieras, he terminado con él.

—Pero, Victoria, no se lo tomará bien. —Siento como la preocupación y el miedo crecen dentro de mí—. Vendrá a por ti, a por tu familia. Estaréis en peligro.

—Estaremos bien, no estoy preocupada —dice con calma. Su mano libre deja caer la bolsa que lleva a nuestros pies.

—Yo lo estoy, tu hermana lo está, todos lo estamos —sigo hablando—. Si ya es peligroso estar de su lado, créeme, es mucho peor estar en el bando contrario.

—¿Ahora quieres que pelee para él? —pregunta alzando una ceja—. ¡Hace apenas unos

días estabas gritándome para que lo dejara! ¿Y qué es eso de que mi hermana está preocupada? ¿Cuándo has hablado tú con ella?

—Quiero que lo dejes, pero he comprendido que hacerlo te pondrá en peligro. Estoy buscando la manera de sacarte de esta mierda sin que eso suceda. —Vuelvo a pensar en protección de testigos.

—¿Y qué hay de mi hermana? —insiste—. No me has respondido.

—Me llamó después de que salieras hoy de casa. Estaba muy preocupada por ti y... —No quiero mentirle más, pero sé que esto no le va a gustar y probablemente se moleste con su hermana por contármelo—. Me contó toda tu historia con Colton.

—No quiero hablar de él —niega rápidamente.

Su cuerpo se tensa y por un momento pienso que dejará caer nuestras manos unidas, pero, en lugar de eso, acaba con la distancia que hay entre nosotros hasta que su pecho golpea el mío con cada respiración.

—No quiero seguir hablando —continúa. Su mano libre sube hasta posarse sobre mi pecho y la desliza lentamente hacia mi nuca en suaves caricias—. Kathy está cuidando de los niños y yo quiero pasar esta noche contigo.

—Victoria, tenemos que hablar sobre lo que está pasando, no puedo dejar que...

—Shh... —me calla. Se pone de puntillas hasta que tengo su precioso rostro frente al mío—. No quiero hablar, solo besarte.

Sus labios acarician los míos en una lenta tortura y yo me encuentro respondiendo automáticamente a sus caricias. Puedo notar algo diferente en ella, está actuando de forma extraña y siento que algo no cuadra.

No entiendo qué está pasando o por qué está aquí, pero mi hambre por ella solo crece y crece, nunca se detiene, y siento en lo más profundo de mi interior que nunca lo hará.

Nos movemos entre besos hasta llegar al salón, donde entre caricias y más besos acabamos conmigo sentado en el gran sillón de la sala y con ella sentada sobre mi regazo.

Jadea entre mis brazos antes de que mi boca descienda sobre la suya de nuevo. Esto no es solo deseo, hace mucho tiempo que dejó de serlo, esto es más, mucho más. Es algo más caliente, más visceral y hambriento. Con ella dejo que mi instinto tome el control y ya no tengo miedo de dejarme llevar por ello.

Sin esperar ni un minuto más la empujo sobre las suaves almohadas hasta que mi cuerpo cubre el suyo centímetro a centímetro. Vicky empieza a mordisquear mis labios mientras mis manos acarician con reverencia su cuerpo, cada parte de ella.

—No dejes de tocarme. Te necesito —me pide ella entre pequeños jadeos—. Te necesito dentro de mí.

Nuestras lenguas se unen en una guerra de voluntades y ella aprieta sus brazos a mi alrededor, devolviéndome el beso desesperadamente.

Mis manos van derechas a sus senos para, segundos después, deshacerme de la camiseta empapada. Inmediatamente vuelvo a poner las manos sobre su cuerpo, tirando de su pezón con los dedos y provocando que un gemido se escape de su boca.

Un gruñido sale de lo más profundo de mi interior al ver su reacción a mis atenciones. Levanto el cuerpo de Victoria sobre el mío hasta que sus pechos quedan justo delante de mi rostro. Beso la piel sensible alrededor de sus pezones antes de llevar uno de ellos a mi boca.

Voy con calma, tomándome mi tiempo en cada lamida, disfrutando de la forma en que se retuerce sobre mis piernas. Un ronco gemido deja sus labios al sentir la barba incipiente de mi

mandíbula rozar la parte inferior de sus pechos.

Sujeta mi cabello en un fuerte agarre, obligándome a alzar el rostro para volver a besarme con un deseo febril. Me deshago de sus pantalones y de su ropa interior moviéndola hacia atrás. Por un segundo solo me quedo ahí, observando la belleza de su cuerpo. Nunca me cansaría de verla de esta manera. Hipnotizado por ella, por su suave piel y su bonita sonrisa.

—¿Cuánto me quieres?

—Mucho —jadea ella mientras una de mis manos acaricia el interior de su muslo, dejando un ligero camino hacia su centro.

—No con palabras, tigresa —niego—. Muéstramelo.

La sonrisa que me dedica es descarada ante mis palabras. Antes de Victoria no era una persona de charla sucia en la cama —o en el sillón—, pero con ella no puedo mantener la boca cerrada por todas las cosas que quiero hacerle.

Una de sus manos se mueve hacia mi hombro usándome como asidero mientras la otra se desplaza lentamente, de forma tentativa, hacia el vértice entre sus piernas. Su mirada nunca deja la mía, sus labios suspiran cuando sus dedos entran en contacto con el centro de su placer. Es entonces cuando yo rompo el contacto visual para poder observar de primera mano cómo se toca a sí misma.

Es un espectáculo digno de ver. Una mujer fuerte y hermosa como Victoria luchando por llevarse al clímax a sí misma. Sus caderas empiezan un lento vaivén sobre mis piernas y yo no puedo apartar los ojos de ella, me encuentro completamente hechizado por sus movimientos.

Sostengo la mano, que está utilizando para darse placer, con delicadeza, y lentamente, con mis ojos fijos en los suyos, la llevo hasta mis labios. Succiono dos de sus dedos con mi boca, probando su sabor en mi lengua.

—Estás tan mojada, Victoria, tan dulce para mí.

Mi pulgar roza su clítoris, empezando a trabajar a través de sus pliegues. El grito de sus labios resuena en el silencio de la habitación. Victoria respira hondo cuando introduzco uno de mis dedos en su interior mientras mi pulgar no deja de jugar con su centro.

Su respiración se vuelve forzada, jadeante y no dejo que se recupere introduciendo un segundo dedo. Su cabeza cae hacia atrás y sus ojos se cierran. Es hermosa.

—Creo que no es justo. —Suspira al tiempo que sus caderas se mueven para encontrar cada uno de mis movimientos.

—¿El qué no es justo, tigresa?

—Yo estoy completamente desnuda, siendo manoseada, y tú estás aún vestido y apenas me dejas tocarte.

—No te lo estoy impidiendo —respondo con una sonrisa contra sus labios.

Victoria se toma muy en serio mis palabras porque, unos segundos después, mi camiseta está volando por la habitación y sus manos alcanzan la cinturilla de mis pantalones. Mi miembro sale rápidamente, ni siquiera me he molestado en ponerme ropa interior al estar en casa.

Sus manos se mueven hacia la unión de sus piernas, donde se acaricia sobre mis dedos, recogiendo el fluido entre ellos. La imagen es erótica y yo apenas puedo contener un gemido cuando sus húmedas manos tocan mi longitud en largas y contundentes caricias.

—Hazlo más fuerte, tigresa. —Mi voz sale más ronca y oscura de lo que esperaba debido al deseo que siento por ella—. Ya sabes cómo me gusta.

—Tienes la boca tan sucia. —Me sonrío rozando sus labios sobre los míos mientras ambos nos tocamos mutuamente.

Somos puro caos, nos movemos el uno contra el otro como si eso fuera todo lo que importara. Nuestros cuerpos encajan a la perfección, en sintonía con cada suspiro, con cada jadeo. Actuamos por instinto puramente animal y, al mismo tiempo, como si nos comunicáramos sin palabras.

Yo estoy aquí para ella y ella para mí. No lo hemos dicho todavía, no con palabras, pero estoy seguro de no equivocarme al pensar que empezamos a sentir más de lo que podemos expresar. Por lo menos yo estoy seguro de hacerlo. La quiero.

Estoy al borde de la razón, desearla de esta forma me consume. Quiero protegerla, cuidarla, luchar por ella y hacerla mía en todos los sentidos; también quiero ser suyo y que no haya dudas entre nosotros.

—Eres mía, Victoria. —No puedo evitar que esas palabras salgan de mi boca. Aparto sus manos de mi cuerpo y las mías del suyo y nos muevo hasta que ambos sexos quedan perfectamente alineados—. Al menos por esta noche, lo eres —me corrijo rápidamente.

—Sí. —Asiente sin dudarlo. Su espalda se arquea en una nueva oleada de placer—. Sí, lo soy. Tuya.

—Quiero hacerte gritar, Victoria —susurro junto a su oído.

—Por favor, sí.

Capítulo veintitrés

Siempre tuya, siempre mío

CARTER

Separo sus muslos asegurándome de acariciar cada centímetro de ella. Vicky es tan suave y está tan mojada para mí, completamente preparada para la larga noche que estoy seguro de que tendremos.

Empujo dentro de ella sintiendo cómo su calor se cierra a mi alrededor. Aprieto los dientes ante el placer que ese único movimiento provoca en mi cuerpo.

—Oh..., tan bueno. —Su gemido es fuerte y largo.

Sigo empujando en su interior, necesitando llegar al fondo de ella. Sus uñas se clavan en mi hombro con fuerza haciéndome gruñir. Victoria empieza a moverse al compás de cada empuje, con más fuerza, más rápido, más...

—Te quiero.

No sé de dónde ha salido eso, pero yo ya estoy más allá del punto de raciocinio. Su mano busca mi barbilla a tientas y, cuando nuestras miradas se encuentran, veo algo diferente en sus ojos. Mis propios pensamientos empiezan a correr acelerados, mis palabras hacen que ella se detenga y, en consecuencia, yo también lo hago.

Empieza a invadirme el miedo. Tal vez no debería haber dicho eso, se me ha escapado, pero no me arrepiento de, finalmente, confesar lo que siento por ella, aun si eso arruina este momento.

Entonces, lentamente, sus manos acarician mis brazos sin apartar su mirada de la mía ni un solo segundo. No dice nada, pero su cuerpo vuelve a moverse tomando el control y el vaivén de sus caderas con un baile lento y constante.

Gimo contra sus labios sin poder contenerme. Esto es mucho más intenso. Mirándonos a los ojos, moviéndonos lentamente, respirando entrecortadamente en la boca del otro. Arriba y abajo, presiona sus manos contra mi pecho, bajando sus caderas con un ritmo que me está volviendo jodidamente loco.

El final llega más rápido de lo que me hubiera gustado, pero es imposible resistirse a una mujer como ella. Victoria gime cuando enredo mi mano en su cabello tirando de él ligeramente al mismo tiempo que con la otra sujeto su cadera para que no se mueva y empiezo a embestir con fuerza.

Mi nombre se escapa a gritos de entre sus labios cuando su liberación sigue el compás de la mía. No dejo de moverme y su mirada sigue fija en mi rostro. Sensaciones nuevas y fuertes se estrellan contra mi pecho. Esta vez ha sido mucho más que una simple conexión física. Esta vez no ha habido mentiras entre nosotros ni restricciones, y eso me ha permitido dejar salir todo lo que siento por ella.

Victoria jadea buscando recuperar el aliento y sus brazos rodean mi cuerpo como si me necesitara de alguna manera. Sonrío ante ese pensamiento sin poder evitarlo. Sé que ella lo odiaría y que se tragaría su propia lengua para no admitir algo así.

Beso su frente antes de hablar otra vez.

—¿Quieres algo para comer? Necesitarás recuperar fuerzas —añado con una media

sonrisa.

—Y tú también. —Se burla ella, mordiendo el lóbulo de mi oreja.

—Comer primero, divertirnos después —le sigo el juego.

—Seguro que podemos hacer ambas.

Victoria se pone en pie delante de mí, gloriosa y perfecta ante mis ojos. Sonríe con picardía al inclinarse lentamente y recoger mi camiseta del suelo. Contengo el aliento al ver las perfectas vistas que me está mostrando de sus pechos. Sabe lo que hace, lo que me hace a mí, y se regodea en ello.

—Sí que podemos. —Estoy de acuerdo con ella. Me pongo en pie y camino lentamente hacia donde sigue parada, sonriendo divertida mientras yo me paso la lengua por mi labio inferior. Estoy hambriento, y no precisamente de comida—. Podemos hacer algo mejor que comer.

—No lo creo —niega caminando de espaldas—. Ahora tengo hambre.

—Yo también —gruño acechándola cual depredador.

No me pierdo su risa y sonrío en respuesta, porque este es un momento único. Podemos relajarnos durante un rato y simplemente ser nosotros y divertirnos.

—De comida, Carter. Comida de verdad, de la que se cocina.

Sin decir una palabra más se aleja de mí caminando hacia la otra habitación y yo me pongo los pantalones mientras sigo sus pasos. Veo como su delgada figura se flexiona al ponerse mi camiseta sobre su glorioso cuerpo, y no puedo evitar la punzada de decepción cuando su perfecto trasero queda cubierto por la tela.

—¿Crees que podría ducharme mientras preparas algo? —pregunta al mismo tiempo que se limpia unos restos de tierra de las mejillas.

Ni siquiera me he dado cuenta de que su cabello sigue empapado, y aún está un poco manchada de barro. Es una imagen realmente tierna.

—Por supuesto.

La noche sigue con normalidad, pero soy incapaz de ignorar la sensación de que algo extraño está ocurriendo. Ella sonríe alegremente mientras cocino pasta para nosotros. Me gustaría sorprenderla con mis dotes culinarias, pero eso tampoco se me da demasiado bien.

Veo un tinte nostálgico en su mirada, algo que no logro entender y que, al mismo tiempo, no concuerda con su sonrisa ni con la forma en la que está actuando. Esto solo refuerza mi pensamiento de que algo no cuadra.

Comemos en una cómoda conversación, hablamos de tonterías, de nuestros amigos y de su familia. En ningún momento tocamos ningún tema peliagudo o que pueda torcer la noche. Sé que está evitando hablar de ciertas cosas de forma deliberada porque, cuando la conversación empieza a ponerse difícil, cambia de tema o me distrae jugando conmigo bajo la mesa.

Limpiamos todo cuando acabamos y, unos minutos después, estamos sentados de nuevo en ese sillón, escuchando la música de una emisora al azar. El silencio es cómodo entre nosotros, sin embargo, cada vez es más difícil evitar el elefante en mitad del salón.

Una parte de mí quiere posponer esta conversación tanto como pueda; la otra tiene la amarga sensación de que no tendré más oportunidades.

Victoria se pone en pie, camina hacia el reproductor sobre la estantería y busca algo de música mientras yo bebo lo último de mi *whisky*.

Cuando encuentra una melodía lenta y agradable vuelve a mí y me tiende la mano esperando que la corresponda.

—Ven. —No lo pienso mucho, enseguida pongo mi mano sobre la suya y me levanto del sillón—. Baila conmigo.

Es una petición inusual, pero no me niego. La música suena lenta, mis manos recorren su cintura y ella rodea mi cuello con los brazos. Nos movemos al compás, apenas levantando los pies del suelo, sintiendo el cuerpo del otro rozándonos suavemente.

El tiempo se detiene como cuando nos fundimos en uno. Esta vez la música no son nuestros gemidos, son dulces melodías ajenas a la locura y el dolor que nos acompaña a diario.

Siento paz por primera vez en mucho tiempo. No hay nada más que la forma en que nos movemos, la forma en que nos dejamos llevar y tratamos de no pensar más allá de este momento.

La música concluye y una nueva canción suena, la melodía es diferente, pero nosotros nos mantenemos bailando al mismo ritmo, como si las notas que suenan no fueran importantes.

Desgraciadamente, esa parte de mí que necesita saber es lo suficientemente fuerte como para no apagarse por completo. Estoy preocupado. Las palabras de Victoria se repiten en mi cabeza y no estoy del todo seguro de sus implicaciones. ¿Alejarse de Colton? ¿Cómo pretende hacerlo? ¿Por qué ahora? ¿Por qué en este momento?

Después de meses atascada en eso, en el pensamiento de que esto es lo que hacía falta para protegerse, de las mentiras y los engaños, el dolor, las palizas... Ahora decide que todo se acabó y que es momento de decirle *no* a Colton.

No lo entiendo. Estoy feliz por ello, pero no lo entiendo, y mucho me temo que esto no tiene nada que ver con dejarme ayudarla, y menos aún con que otros la ayuden. No. Está ocultándome algo. Su cabeza sigue maquinando y trabajando a mil por hora, pero no me hace partícipe de sus pensamientos.

Estoy preocupado. ¿Cómo no estarlo? Últimamente Victoria no ha tomado las mejores decisiones. Tampoco yo, para el caso, pero hay algo de esta noche que me pone la piel de gallina.

—Y ahora... ¿qué va a pasar? —No puedo contener por más tiempo la pregunta que tanto me está atormentando. Victoria ni siquiera se inmuta, no deja de balancear su cuerpo y por un momento pienso que tampoco responderá.

—Pasarán muchas cosas —contesta sin dar más explicaciones.

—¿Cosas? ¿Como qué? —insisto.

—Me gustaría hablarlo mañana. —Su mirada se eleva clavándose en la mía. Veo la vulnerabilidad en sus rasgos, es una súplica silenciosa para que no siga insistiendo—. Mañana lo sabrás todo, lo prometo.

—Bien —acepto finalmente—. Mañana.

Sus labios se unen con los míos y decido creer en sus palabras. Mañana es lo suficientemente pronto y, además, me da más tiempo con ella. Mi Victoria.



La mañana llega con más lluvia, eso es lo primero que noto al despertarme. El agua sigue cayendo con fuerza y el repiqueteo contra las ventanas es ciertamente agradable.

Sonríó al pensar en la noche anterior. Todo fue perfecto y no puedo esperar a hacer que nuestra mañana sea aún mejor. Ignoro el tinte amargo que tiñó algunos momentos, no quiero centrarme en eso todavía, me gustaría poder disfrutar este momento de calma tanto como sea posible.

No es algo habitual, entre nosotros siempre hay gritos y peleas. Sin duda tenemos pasión, pero también hay más, mucho más, y eso me emociona como hacía mucho tiempo que no me sentía.

Ruedo en la cama esperando sentir su cuerpo desnudo y caliente junto al mío, pero en su lugar me encuentro con el lado de la cama vacío y frío, como si nadie hubiera dormido allí.

—¿Victoria?

Pienso que tal vez haya ido al baño o esté en la cocina, por lo que me levanto y recojo mi bóxer del suelo antes de ponerme a buscarla.

El cuarto de baño está vacío, su ropa no está en el suelo de la habitación y tampoco en ninguna otra parte de la casa. Tras una rápida vuelta me doy cuenta de que no está por ninguna parte. Mi casa está completamente en silencio y solitaria.

Se ha marchado y ni siquiera se ha despedido.

Es una tontería, pero me siento un poco abandonado en estos momentos y también algo traicionado. No es solo la noche que hemos pasado, en la que pensaba que algo había cambiado entre nosotros, también es esa molesta sensación en mi pecho de que me estoy perdiendo algo. Algo importante.

Apoyo las manos en el mármol de la cocina, tratando de controlar la frustración y las ganas de gritar. ¿Por qué se ha ido? Anoche fue increíble. La mejor noche que hemos tenido en mucho tiempo y, aun así..., no está, se ha ido.

Dejo escapar un gruñido, estoy decidido a seguir con mi día normal. Iré a trabajar y no pensaré en ello, aunque todo lo que quiero hacer es llamarla y preguntarle por qué.

Le pediré explicaciones, no pienso apartarme y quedarme callado o esperar que ella vuelva a mí. Cuando salga de trabajar esta tarde iré a su casa, a la cafetería o al gimnasio, no dejaré piedra sin remover hasta encontrarla y hablar con ella de todo, de nosotros y de Colton.

No es hasta que me doy la vuelta que veo la pequeña caja de zapatos sobre la mesa de la cocina.

Me acerco lentamente sabiendo que eso no es mío y que anoche no estaba ahí. Sobre la vieja y rota caja hay una nota doblada con mi nombre escrito en un lado. Reconozco la letra de Victoria en ella, por lo que no lo pienso dos veces antes de abrirla y leer lo que hay escrito dentro.

Querido inspector,

Lo siento.

Soy una cobarde, siempre fui mejor en salir huyendo que en despedirme, pero tenia que marcharme o me habrias convencido de algo que nunca podria ser.

Yo no soy la persona adecuada para ti, creeme, lo se., estar a mi lado solo te haria daño y entorpeceria tu carrera.

Aun asi, quiero que sepas que lo que compartimos anoche fue lo más especial que he tenido en mucho tiempo, pero no puede volver a ocurrir.

Se que no es suficiente con una disculpa y por eso te dejo esta caja a ti en lugar de llevarla a comisaria.

Aqui dentro encontraras todo lo que necesitas para acabar con Colton de una vez por todas.

Usalo, por favor.

No pienses en mí cuando veas el contenido, no me compadezcas, hice las cosas que hice sabiendo cuales serian las consecuencias y lo que implicaria.

Ir a prision es un pequeño precio a pagar por acabar con todo esto.

Se que haras lo correcto y entregaras las pruebas.

Se que acabaras con él por los dos.

Siempre tuya, siempre mio.

Victoria.

Capítulo veinticuatro

La caja de zapatos

CARTER

Vuelvo a reproducir el vídeo en mi portátil. Ni siquiera estoy pestañeando, mis ojos arden, pero me he quedado sin lágrimas también.

En la caja llena de tierra que me entregó Victoria había de todo, desde documentos y archivos digitales hasta fotografías. Algunas cosas parecían tener varios años; otras, en cambio, se veían en perfecto estado.

Los papeles estaban un poco estropeados y el teléfono móvil se había roto por la humedad, pero, por suerte, logramos recuperar el contenido almacenado en su interior.

Entre toda esa información destacan dos vídeos. Uno de ellos fue grabado hace dos días, en él aparecían Victoria y Colton. Cierro mi mano en un puño apretado, ese malnacido...

El otro tiene por lo menos cinco años y aún estoy tratando de asimilar su contenido. El vídeo apenas dura un par de minutos, pero puedo distinguir las caras y escuchar las palabras a la perfección.

«Esta será la última vez que interfiera en mis negocios, jefe».

El sonido del arma al ser disparada aún retumba en mis oídos, escucho el cuerpo de mi padre golpear el suelo y la risa de Colton repetirse una y otra vez en mi mente como si el vídeo se hubiera quedado grabado a fuego en mi memoria.

Probablemente sea así. Creo que jamás podré quitarme de la cabeza el vídeo en el que ejecutan a mi padre a sangre fría.

En las notas dentro de la caja lo explica todo. Victoria lo siguió hasta un almacén abandonado y empezó a grabar vídeos de todo lo que había allí como seguro de vida y, sin querer, grabó la muerte de mi padre.

Después de eso se la escucha jadear y llorar mientras empieza a correr. El vídeo acaba en ese momento, pero ya sé lo que pasó después. Esa noche Victoria llevó a su hermana con Kathy y ambas se alejaron tanto como pudieron de él.

Entiendo que esta es la garantía que había logrado esconder de él y la razón por la que los dejó tranquilos durante tantos años.

Supongo que, finalmente, se cansó de esperar y buscó la forma de que ella tuviera tanto que perder como él, por eso la engañó para hacerla pelear en Las Jaulas. De esta forma, si ella decidía acudir a la policía con las pruebas que había recopilado, también saldría perjudicada y él contaba con que estaría callada por su familia.

Aún estoy temblando de pura rabia cuando decido apartar la mirada del monitor. No puedo volver a mirar estas imágenes ni una vez más.

En su lugar, me fijo en lo que ocurre a mi alrededor. La comisaría se ha vuelto un jodido caos. Los teléfonos no han dejado de sonar mientras cada agente disponible corre de un lado a otro preparando el mayor caso que hemos tenido en años.

Todo el lugar se ha volcado con esto, incluso han traído agentes de otras comisarías cercanas para ayudarnos con el arresto. Es una maldita locura.

Y es todo gracias a Victoria.

Esa vieja caja no contenía únicamente pruebas para encerrar a Colton, lo que nos ha entregado es una mina de oro para detener su negocio al completo. Socios, camellos, propiedades, envíos... Todo. Absolutamente todo. Y, a cambio de eso, solo ha tenido que dejar que Colton jodiera su vida una vez más.

Esta mañana, frente a la caja aún cerrada, pensé en destruirla. Durante una hora me senté frente al fuego encendido y valoré la posibilidad de quemarlo todo. Perderíamos la oportunidad de atrapar a Colton, pero también evitaría que ella pudiera ser acusada de cualquier cosa.

Finalmente, la curiosidad pudo conmigo y acabé abriéndola con la intención de eliminar todo aquello relacionado con Victoria. Después de traicionar su confianza y mentirle, eso era lo mínimo que podía hacer. Sin embargo, cuando acabé de analizarlo todo no pude hacerlo. Destruir cualquiera de las pruebas que ella me había confiado sería despreciar todo lo que había soportado para conseguirlos.

En esa caja había de todo, muchas más cosas además de los vídeos, pero la pieza más importante era el teléfono móvil. No funcionaba, pero la información en el interior lo era todo. Nombres de socios, direcciones, negocios clandestinos... Todo lo que actualmente sigue operativo en su red.

Podemos utilizar toda la información para detenerlo y acabar con él. No tengo ni idea de cómo consiguió su teléfono, pero sus huellas aún están por todas partes. Es perfecto.

Ella solita ha conseguido recopilar los nombres de los socios más importantes que acuden a Las Jaulas, los entrenadores que patrocinan esos sitios y testimonios de luchadores que están siendo coaccionados para combatir. Incluso tenía información de los camellos que trapichean para él y otro montón de datos que recopiló noche tras noche, pelea tras pelea.

En la caja también había un USB con vídeos de las peleas en directo. Al parecer, la seguridad en esos sitios se centra más en no dejar escapar a nadie sin pagar su deuda, ya sea con dinero o con sangre.

Así que nadie se preocupa demasiado de revisar el lugar una vez escogido. Victoria logró averiguar las localizaciones en las que tenían lugar las peleas y antes de empezar instalaba una pequeña cámara portátil que lo registraba todo a la perfección.

También había una confesión firmada que exonera a su padre de la muerte de Adam. En ella explica todo lo que Farley le confesó un par de noches atrás, explica con pelos y señales todo lo que le ocurrió, pide perdón y confirma la verdad: ella disparó hasta vaciar el cargador y dejó que su padre asumiera la culpa.

Y, por último, la información más reciente. Vídeos, conversaciones, mensajes y fotos de todo lo que ese despreciable monstruo le hizo a Victoria y a su familia, incluso pruebas del atentado contra la vida de Kathy.

Y entre todo eso estaba el vídeo, cómo me ha dolido verlo. No puedo evitar que una pequeña parte de mí se muera de rabia al verlos besarse, pero intento dejar eso tan lejos como puedo y centrarme en las muchas cosas que confesó sin saber que lo estaban grabando.

Tal y como me había pedido ella, lo he entregado todo a mis superiores y ahora estamos preparados para cerrar este caso y hacer justicia por mi padre, por Victoria y por todos aquellos a los que Colton Farley ha jodido con su imperio del terror.

La tensión en la comisaría puede cortarse con un cuchillo. Sé que mis compañeros me observan, algunos de ellos saben que esto es doblemente personal para mí, ya no solo por mi padre, también por Victoria. La mayoría de ellos conoce la relación —por decirlo de alguna manera— tormentosa que tengo con la morena.

Unos me miran con lástima y otros simplemente me evitan. Han visto las imágenes, son brutales, casi imposibles de digerir. Yo apenas soy capaz de mantener mi mierda unida el tiempo suficiente para cerciorarme de que el caso sea sólido antes de salir corriendo para poder verla.

—Con esto lo atraparemos, Hall. ¡Buen trabajo! —me felicita mi jefe, dándome una palmada en el hombro—. ¿Cómo te sientes ahora que por fin acabaremos con ese hijo de perra?

—Bien, bien. —Asiento con la cabeza—. Muy bien.

—¿Bien? ¿Muy bien? —Enarca una ceja, sorprendido—. Creí que estarías dando botes de alegría y pegando voces a diestro y siniestro. Pensé que era lo que querías, acabar con Farley. Esto es el fruto de todo tu trabajo y sacrificio. ¡No has tenido vida en años!

—Sí..., me alegro de que todo vaya a terminar pronto. —Pero ¿a qué precio?

—Anímate, muchacho —dice golpeando amistosamente mi hombro de nuevo—. Este caso catapultará tu carrera, veo un ascenso en tu futuro y todo gracias a esa cajita de pruebas. Es maravilloso. ¡Estaba todo ahí!

Sí, todo estaba ahí y yo entregué el contenido de la caja como ella me había pedido. Me preguntaron quién me lo había dado, no encontraron otras huellas en ninguna parte, pero no dije nada. Nadie sabe que ha sido Victoria, como ella quería, esto ha sido una donación anónima. Aunque sospecho que todo el mundo puede imaginar quién me lo ha dado.

Me pidió que lo entregara todo, pero había una cosa que era para mí, solo para mí, una pequeña y breve nota que casi paso por alto al final de la caja.

*Esto será suficiente para acabar con ese hijo de puta.
Sabía que harías lo correcto y entregarías la caja.
Eres un buen inspector y un buen hombre.
Gracias por querer ayudarme incluso cuando yo no
quería que lo hicieras.
Espero que, aunque estemos a punto de acabar en
lados opuestos de la ley, puedas seguir pensando en
la última noche que pasamos juntos y en mí con
carino.
Por último, sé que no tengo derecho a pedirte nada,
pero con mi confesión mi padre quedará en libertad,
sé que él se ocupará bien de Dani y Roro, pero me
gustaría que les echaras un vistazo por mí.*

Gracias por todo.

P.D. Sonríe más, estás muy guapo cuando lo haces.

No puedo evitar sonreír tristemente al pensar en el papel guardado en mi bolsillo. No es suficiente, no me conformaré solo con eso.

Estoy seguro de lo que haré a continuación. En el segundo en que la detención de Colton sea una realidad y haya sido completada, me volcaré en cuerpo y alma en ella. No pienso salir

corriendo o alejarme, iré hasta su casa y le diré que todo eso es una mierda y que nunca aceptaré separarme de ella.

Lucharemos para que no acabe en prisión. Victoria ha tomado muy malas decisiones durante estos últimos años, pero la mayoría de ellas lo ha hecho obligada por las terribles circunstancias que le han tocado vivir.

Además, que arriesgara su vida y su integridad física para poder reunir toda la información de esa caja jugará en nuestro favor. Si no fuera por su ayuda no podríamos cerrar el caso, la detención no sería posible.

Incluso en el improbable caso de que tuviera que cumplir algún tipo de condena no pienso marcharme a ninguna parte. No tengo ninguna duda al respecto, me quedaré donde debo estar, justo a su lado.

Capítulo veinticinco

La despedida

VICTORIA

Aún es temprano cuando llego a mi casa con el corazón en un puño. Vuelvo a estar empapada por culpa de la lluvia, así que lo primero que hago es cambiarme de ropa.

Carter es una persona madrugadora, en cualquier momento se despertará y encontrará la caja, no tengo mucho tiempo. Aún tengo cosas que preparar y sitios a los que ir antes de ejecutar la segunda parte del plan.

Conseguir toda esa información fue más difícil la primera vez que la segunda. La diferencia principal es que hace cuatro años lo hice con miedo en cada paso, temiendo que Colton me atrapara y se descargara con mi familia. Esta vez, en cambio, estaba decidida a no rendirme, ya me había amenazado una vez y lo conocía mejor ahora, tenía más a mi favor y más que perder. Eso se convirtió en una buena motivación.

Todo lo que tenía de él me dio cierta seguridad durante unos pocos años. Fui inteligente y escondí bien la información. Colton nunca pensó en buscar ahí y eso me salvó la vida.

El árbol bajo el que mi familia iba de pícnic los fines de semana. Nunca le hablé sobre ese lugar y nada nos relacionaba con el parque. Sé que buscó en mi antigua casa, incluso que perturbó el descanso de mi madre en un horrible intento por encontrarlo, pero no lo consiguió y yo le aseguré que, si me ocurría algo, esa información llegaría a la prensa.

No me fiaba mucho de la policía por aquel entonces —tampoco lo hago ahora, pero creo en Carter— y pensé que a los medios de comunicación les gustaría mucho saber lo que Farley había estado haciendo.

Evidentemente no le confesé a nadie que tenía esa información, pero él me creyó lo suficiente como para apartarse de mi camino, al menos hasta que Adrien le dio la excusa perfecta para volver a entrar en mi vida.

Desenterré la caja la noche que fui a ver a Carter. Me costó encontrarla porque el lugar había cambiado un poco y la falta de luz y la lluvia me lo pusieron muy difícil. Acabé de barro hasta las cejas, pero finalmente lo conseguí. Solo quedaba añadir las nuevas pruebas que había reunido recientemente y todo estaría listo.

No fue fácil hacerme con todo ese material. Rayder me consiguió una minicámara espía sin hacer muchas preguntas, busqué el mejor enfoque, luché por cada una de esas imágenes y dije e hice cosas de las que nunca me recuperaré. Intentar que Colton no me atrapara y evitar que Carter lo descubriera solo lo complicaba todo más. Llegué incluso a pensar que no lo conseguiría. El plan era demasiado arriesgado y muchas cosas podían salir mal, pero aun así no tiré la toalla.

La suerte ya está echada, solo queda esperar el desenlace.

Con ropa limpia y la mente más despejada que nunca me pongo en marcha. Camino hacia la puerta de la habitación de mi hijo y me dedico a observar su profunda respiración mientras duerme. Es el niño más bonito del mundo y es mío. Mi niño bueno y perfecto, el más listo del mundo, y voy a tener que dejarlo.

Sacudo la cabeza, no puedo permitirme pensar en eso, tengo que ser lo más objetiva

posible. Ahora mismo estoy jugando a un juego mucho más grande que mis sentimientos.

Lo he dispuesto todo para dejar su custodia y la de mi hermana a Kathy y Nathan. Sé que ellos los cuidarán bien hasta que mi padre pueda salir de prisión; tengo fe y esperanza en que eso pasará.

Pensé que me sentiría más desesperada o asustada, pero solo estoy preocupada por el futuro de ellos dos. He aceptado las consecuencias de mis actos. Yo me expuse a los juegos de Colton porque sabía que él no sospecharía de mí y que podría conseguir toda la información necesaria para acabar con él.

Me la jugué, me arriesgué y no me importa si caigo con Colton mientras él también lo haga. Si acabo con él, mi familia estará a salvo de una vez por todas. Después de todo este tiempo sé que es imposible permanecer juntos si Colton está en la ecuación, y la única forma de acabar con él es esta. Aunque eso nos separe irremediablemente.

Mi padre saldrá de la cárcel, así será cuando Carter encuentre mi confesión por escrito. Acepto la culpa y la condena que debió ser mía desde el principio. Voy a pagar finalmente por mis pecados y mi alma será libre. De alguna manera, pensar así me hace la carga más liviana, como si el peso que llevo tantos años sobre mi espalda ya no estuviera ahí.

Es el momento de ser la mujer que siempre quise ser. Valiente e íntegra. Alguien de quien mi hijo pueda estar orgulloso. Alguien a quien puedan llegar a amar.

Acaricio su cabecita y aparto el cabello de su frente. Lo quiero tanto. Se me encoge el corazón al pensar en no verle nunca más. Me perderé tantas cosas..., pero estará a salvo y eso es todo lo que quiero para él.

—Te quiero, mi hombrecito.

Beso su mejilla y dejo que siga durmiendo. Quiero despedirme, pero rompería a llorar y me derrumbaría, incluso podría llegar a arrepentirme de mi decisión. Así que no lo hago, lo dejo dormir y me contento con que esta sea la última imagen que tendré de él.

Salgo de la habitación y camino hacia la cocina, donde sé que está mi hermana. He decidido no decirle nada, solo quiero besarla y abrazarla antes de marcharme a ver a Kathy. La observo dar la vuelta a un sándwich de queso fundido con la música de su teléfono sonando no muy alta y moviendo las caderas al son de la canción. Sonrío mientras la veo bailar.

Mi corazón se hincha de felicidad y orgullo al ver la mujer en la que se ha convertido, y estoy segura de que el camino que aún le queda por recorrer será increíble.

—¿Por qué me estás mirando así? —Daniela se detiene a observarme con la duda pintada en su rostro. Le dedico una sonrisa, entrando en la cocina.

—Así, ¿cómo? —pregunto con calma mientras me sirvo un vaso de agua antes de volver a mirarla.

—No sé, raro. —Hace una mueca—. Estás actuando de forma muy rara últimamente.

—Síndrome premenstrual. —Me encojo de hombros.

—No es tu momento del mes.

—¿Controlas mis periodos? —Alzo una ceja divertida.

—Por supuesto, te conviertes en *Victoriazilla* durante esos días. —Daniela empieza a hacer ruidos de monstruos mientras camina como si fuera uno de ellos y estuviera destruyendo una ciudad.

—¡Calla! —Me río—. Despertarás a Roro.

—Estoy feliz de verte sonreír —dice poniéndose seria. Puedo ver la preocupación en sus ojos sin necesidad de escuchar las palabras—. Hacía mucho que no te reías.

—Siento mucho haberte preocupado, hermanita. Siento mucho todo lo que has pasado por mi culpa.

No me lo pienso dos veces, dejo el vaso sobre la encimera y envuelvo mis brazos alrededor de su cuerpo. Estrecho a mi hermana con todas mis fuerzas, no sé cuándo volveré a abrazarla de nuevo.

—Te quiero, Dani. Te quiero mucho.

—Vale, ahora sé que te pasa algo —insiste alejándose un poco y llevando su mano a mi frente—. Tienes que estar enfermando o algo así.

—No estropees el momento —me quejo encerrándola de nuevo entre mis brazos.

Pasamos la siguiente media hora recordando viejos tiempos, hablando de mamá y papá y de mi hijo. Hablamos de cualquier cosa y me siento bien tener un momento para nosotras sin todo el drama que ha rodeado nuestras vidas últimamente.

Pero la realidad se impone rápidamente y mi última parada me está esperando. La cafetería y Kathy son mi última parada del recorrido. He dejado en casa a mi hermana aún más confundida de lo que estaba, pero no me veía con el corazón de confesar que pronto ya no estaremos los tres juntos.

Ahora estoy aquí porque Kathy es la única persona que sabe lo que he estado haciendo. Es mi mejor amiga, no puedo ocultárselo. Además, necesito proponerle que sea la tutora legal de Dani y Roro junto a su hermano Nathan.

Me espera sentada frente al mostrador. Sonríe al verme, pero puedo notar la preocupación en su expresión. Me siento junto a ella y le devuelvo la sonrisa.

—No pasa nada —le digo sosteniendo su mano—. Todo estará bien.

—Lo sé. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Pero te quiero, y pensar que estarás encerrada con delincuentes peligrosas me pone de los nervios.

—Sé cómo defenderme, no te preocupes —la tranquilizo, o al menos lo intento—. Yo estaré bien, quienes me preocupáis sois vosotros. ¿Qué haréis sin mí? —me burlo de ella—. Tú eres una llorona y Nathan los malcriará todo el tiempo.

—¡No lloraré! —prometo haciendo un puchero. Sus palabras no concuerdan con las lágrimas que se acumulan en sus ojos—. Bueno, tal vez un poco, no puedo evitarlo, pero los cuidaré bien. Comerán verduras, harán sus deberes y dormirán a su hora.

—Y vigilarás a Dani para que no vuelva a robar.

—Nathan la vigilará. —Alzo una ceja hacia ella—. Rayder la vigilará —se corrige con una pequeña sonrisa—. Estoy segura de que, si los dejáramos juntos, Daniela convencería a mi hermano de robar un coche.

—No lo dudo. —Me uno a sus risas.

—Y yo soy demasiado ingenua. Si me dijera que no lo ha hecho, la creería totalmente —dice con un resoplido de diversión.

—No te martirices, aprenderás a descubrir sus mentirijillas.

—Ojalá tú no te fueras y no tuviera que hacerlo —añade bajando el tono. La preocupación y la tensión vuelven a apoderarse de nosotras.

—Lo sé...

Cambio de tema rápidamente y seguimos hablando de todo un poco hasta que un pitido en mi teléfono me hace detener la conversación. Me pongo tensa automáticamente al pensar que están contactando conmigo desde la comisaría o que es Carter buscando respuestas.

Ojalá hubiera sido alguna de las opciones anteriores. Tengo un mensaje de Colton, una

única imagen de la puerta de mi casa.

Inmediatamente siento mi piel erizarse, me tambaleo al ponerme de pie y casi tropiezo con la silla al tratar de salir corriendo de la cafetería. Escucho la voz de Kathy gritar mi nombre bajo el atronador ruido de mi propio pulso.

Llego en un tiempo récord al motel, pero no es suficiente. Mi sangre se congela al ver que la puerta está abierta.

De repente es como si mis piernas pesaran una tonelada, cada paso es más difícil de dar que el anterior, el corazón va a estallarme en cualquier momento y rompo a sudar imaginándome la peor situación posible.

Lentamente pongo un pie en el interior de la habitación. Todo está destrozado. Los cuadros están rotos en el suelo; el sofá, tumbado; la televisión, tirada; los muebles, arruinados... Dios... Y la cocina no está mucho mejor. Todo es un desastre.

Estoy segura de que mis gritos llamando a mi hijo y a mi hermana se escuchan por todo el motel, pero no me importa. Nada importa mientras corro hacia las habitaciones, rezando por encontrarlos bajo la cama escondidos, suplicando por que esto solo haya sido un intento de robo.

No hay nadie.

—¡Dani! ¡Roro!

Nadie contesta.

—¡Daniela! ¡Rodrigo!

Grito y grito hasta que me duele la garganta y las lágrimas caen como cascadas por mis mejillas. No puede ser. Me derrumbo sobre la cama de mi hijo; las sábanas están revueltas y los cojines en el suelo.

Una mancha rojiza llama mi atención rápidamente. No tengo duda de lo que es, a estas alturas estoy demasiado familiarizada con ello. Sangre. Siento que el aire abandona mis pulmones. Dani o Roro, sino ambos, uno de los dos ha sido herido.

—¡No! ¡Joder, no! —grito a todo pulmón—. Mis niños... No... Mis niños...

Todo mi cuerpo tiembla impotente. El dolor en mi corazón es insoportable mientras trato de hacer funcionar mis pulmones. No quieren respirar.

Estoy al borde de un ataque de pánico, o quizá ya estoy en medio de uno, pero trato de mantener la calma, aunque lo único en lo que puedo pensar es en los mil y un escenarios en los que podrían acabar. Dios sabe que la muerte no es la peor elección.

Mis manos tiemblan cuando las llevo hacia mis ojos, tratando de eliminar las lágrimas que no dejan de caer. Empiezo a marearme, mi vista se vuelve borrosa y la cabeza me palpita. Estoy al borde de la inconsciencia, lo sé, solo tengo un par de minutos antes de desvanecerme.

No puedo permitírmelo. Golpeo mi mejilla tratando de centrarme. No es el momento de perder el tiempo, tengo que recuperarlos, salvarlos, buscar ayuda... Lo que sea, no importa.

Encuentro una pequeña carta blanca y un móvil desechable sobre la mesita de noche. Es imposible pasarla por alto porque es lo único que no está roto en esta habitación. Además, mi nombre está escrito en ella.

Sé de quién es y sé lo que pone antes siquiera de tomarla en mis manos.

Si quieres volver a verlos con vida sigue las instrucciones del teléfono.

Tira el tuyo y no hables con nadie.

No más tonterías o ellos pagarán las consecuencias, querida.

C.

Me digo a mí misma que debo mantener la calma. Ya he tenido un breve momento de pánico, ahora es tiempo de pensar. Tengo que ser más inteligente y no dejar que la desesperación me gane. Tengo un plan, esto solo cambia un poco las cosas, pero no es el final.

Ese hombre no decidirá cómo y cuándo acabará esto. Yo lo haré. Yo decido el final de esta historia. Mi historia.

Capítulo veintiséis

El plan

VICTORIA

No esperaba esto.

Desde luego, no formaba parte de mis planes.

Por suerte, soy toda una experta en improvisación.

Observo la fábrica abandonada frente a mí. La única propiedad de Colton que no entregó a las autoridades. Sabía que él no se rendiría tan fácilmente, contaba con una última jugada por su parte, y dejó estratégicamente este lugar fuera de las listas para tener un sitio donde encontrarnos.

Si tengo que ser sincera, contaba con un secuestro, pero esperaba que fuera el mío. Que se haya llevado a Roro y Dani no solo complica mi plan, también me enfurece enormemente. Puede meterse conmigo lo que quiera, no me importa, pero con ellos no, nunca con mi familia.

Me he preparado para lo primero, ahora me toca adaptar un poco mi plan. Conseguiré ponerlos a salvo, lo sé, no puedo permitirme la duda. Lo he preparado todo para que la suerte juegue a mi favor y no voy a rendirme sin luchar.

Durante mucho tiempo he dejado que otros dicten mi vida mientras yo solo me dejaba llevar, siempre asustada de tomar las riendas, siempre fingiendo que tenía el control.

Eso se acaba aquí y ahora. Uno de nosotros no saldrá de este edificio con vida, y esa no pienso ser yo.

Mantener la calma es mi única opción si quiero salir viva de aquí y salvar a mi familia. No puedo dejarme llevar por mis emociones e inseguridades.

«No me rendiré sin luchar».

Tengo claro que esto es una trampa, pero, aunque no lo parezca, lo tengo todo controlado. Al menos parte de ello.

No deben llevar mucho tiempo aquí, quizá apenas unos veinte minutos. La sangre en la habitación aún no se había secado cuando llegué, por lo que no habrán tenido mucho tiempo de revisar la zona.

Eso me ofrece una pequeña ventaja.

Me adentro en el edificio tratando de mantener mis emociones bajo llave, no debo dejar que vea lo asustada que estoy o tratará de utilizarlo en mi contra. Tengo que mantenerme firme y segura, así es como ganaré. Llorar nunca ha servido de nada en una batalla.

Y sí, por descontado estoy comparando esto con una guerra, porque lo es. Hemos tenido muchas batallas antes y siempre me ha vencido.

Ha tenido mi vida controlada desde que entró en ella, quizá desde mucho antes, pero eso se acabó. Colton habrá ganado todas las batallas, pero yo ganaré esta guerra. Rendirse no es una opción. Esta es una de esas situaciones de matar o morir, solo quedará uno, él o yo. Sé que después de lo que he hecho no me dejará librarme de esta, por eso tengo que proteger lo que más quiero.

Ninguno de nosotros podrá vivir tranquilo si el otro sigue con vida.

Sonrío inevitablemente porque eso me recuerda a las películas de Harry Potter y su enfrentamiento con Voldemort. Roro adora esos libros y yo los he leído para él tantas veces que

prácticamente me los he aprendido de memoria.

Espero tener la oportunidad de poder leérselos otra vez.

Una vez dentro, no necesito buscar mucho para encontrar dónde los tiene. Las instrucciones de Colton eran claras, debía encontrarme con él en la entrada del edificio —la única entrada, en realidad— y tenía que ir sola y desarmada. Un cliché de los encuentros furtivos, secuestros e intercambios de rehenes, lo típico que se ve en las películas.

—Bueno, bueno, bueno —empieza coreando cuando me ve entrar, acercándose con pasos seguros hasta quedar frente a mí—. Mirad lo que ha traído la marea. Una sirena traidora y chivata.

—Es mejor que ser una rata de alcantarilla, deshonesto y enferma.

—Ah..., tu aguda lengua. —Sonríe con complicidad—. Cómo la echaré de menos.

—No tienes por qué hacerlo.

Mis ojos se deslizan rápidamente por cada uno de los presentes. No veo a Roro o Dani, pero sí veo a nueve matones grandes como toros, aunque seguramente no tengan más de dos neuronas en sus enormes cabezas.

Colton no suele rodearse de gente mucho más lista que un besugo. Es engreído, le gusta ser el tipo más inteligente de la sala.

—Claro que sí, querida. Tú me has empujado a hacer todo esto —me acusa—. Esto es culpa tuya. No podías tener esa bonita boca cerrada, ¿verdad? Tenías que usarla para algo más que complacer a ese estúpido inspector tuyo.

—Preferirías que la usara para complacerte a ti, ¿no es eso? —inquiero alzando una ceja y cruzando los brazos frente a mi pecho—. ¿Es por eso? ¿Todo esto es por celos? No tienes derechos sobre mí.

—¡Eres mía! —grita—. ¡Mi propiedad!

—¡No puedes poseer a una persona! ¡No soy una cosa que simplemente puedas usar cuando te dé la gana! —grito yo también—. ¡Entérate de una vez! ¡No soy tuya! ¡Nunca fui tuya y nunca lo seré!

—Eso, ciertamente, facilita mi trabajo. —Suspira con falsa calma y tristeza—. Estaba aquí, pensando en ofrecerte un indulto por la bondad de mi corazón, pero veo que las malas lenguas te han envenenado contra mí, contra lo que tuvimos.

—¡Me maltrataste! —estallo—. ¡Me golpeaste! Tú solito envenenaste lo que tuvimos, no te hizo falta nadie más.

—El amor puede con todo, Victoria. —suspira exageradamente—. Si me amaras como yo te amo habrías aceptado cada golpe con orgullo.

—¿Te estás escuchando? ¿Tú realmente crees lo que dices? ¿Aceptar tus golpes con orgullo? ¡Estás loco! —vuelvo a gritar.

—Yo aguanté que te acostaras con ese inspector como si fueras una fulana cualquiera, incluso dejé que jugaras un poco a los espías con mi información —grita encolerizado—. Y lo hice porque te quiero.

—No me quieres, nunca lo has hecho —niego rápidamente—. Solo amas la idea que tienes en tu cabeza de mí, amas la idea de poseerme. Te engañas a ti mismo con una fantasía que no es real. Solo acepté estar contigo porque me sentía sola y vulnerable y tú me dabas todo lo que quería. ¡Yo no te amaba! —Tal vez eso no era del todo cierto, al principio sí creí quererle, pero eso rápidamente acabó.

—¡No te atrevas a mancillar nuestros recuerdos! —amenaza dando un paso en mi

dirección. Me mantengo en mi sitio, me niego a retroceder y mostrarle lo asustada que estoy en realidad—. ¡Nuestro amor fue real!

—¡Tan real como el culo de Kim Kardashian! ¡Tú estás loco! ¡No golpeas a quienes amas! ¡No humillas a quienes quieres! —Sé que no vamos a llegar a ninguna parte con esta conversación, pero sienta bien sacar todo esto fuera—. ¡Y por descontado no utilizas, mientes y amenazas a las personas que te importan!

—¿Vas a hablarme tú de mentiras? —gruñe—. Mentiste para conseguir información sobre mis operaciones y luego se la diste a la policía traicionándome.

—Te mentí porque no me importas —digo con sinceridad y molestia—. Porque lo único que quiero de ti es ver cómo te pudres en la cárcel, pero si quieres sinceridad —extendiendo los brazos de forma teatral—, lo que realmente quiero es ver cómo el calor de tus ojos se apaga lentamente, cómo la vida se te escapa de las manos y ser testigo de cómo reducen tu cuerpo a cenizas para que ni los gusanos puedan acercarse a ti.

—¡Zorra!

Sus manos se cierran de golpe en mi cuello, sin llegar a ahogarme, pero sí dificultando notablemente el flujo de aire hacia mis pulmones.

—No eres tú —empieza—. Sé que no eres tú quien dice esas cosas horribles. —Sus ojos están desorbitados, a punto de salirse de sus cuencas, las venas de su cuello están hinchadas y puedo notar como todo su cuerpo tiembla. Está al límite, colérico y enloquecido por mis palabras—. Te han llenado la cabeza de mierda y no estás en tus cabales. Lo sé, cariño, lo siento. Debí estar ahí, debí cuidar de ti.

—Suéltame. —Es como si hubiera perdido la poca lucidez que le quedaba, ha degenerado de tal forma que no hay lógica en nada de lo que hace o dice.

—No, no, cielo —niega—. No te alejarás nunca más, podemos arreglarlo. Saldremos de aquí tú y yo y empezaremos una nueva vida. Construí un imperio para ti una vez, lo haré de nuevo.

—No... —Apenas puedo hablar por la presión—. No iré a ningún sitio contigo, monstruo.

—No lo piensas de verdad. Tú...

—Te odio. —No dejo que termine de hablar, necesitaba sacarlo fuera de mí y escupírselo en la cara.

Colton retrocede como si le hubiera abofeteado con mis palabras. Desde mi posición intento recuperar el aliento mientras veo el momento exacto en que el último resquicio de su cordura desaparece.

No sé cómo describirlo, pero de repente todo en él cambia y, por primera vez desde que he entrado aquí, siento el verdadero y único terror.

—Bien, como quieras. —Su voz se vuelve helada. Un escalofrío recorre mi espalda—. Traed a los niños.

Dos de los matones caminan hacia un pequeño armario, destinado a contener escobas o cosas por el estilo. Cuando abren la puerta es cuando escucho las voces de Dani y Roro. No puedo evitar sentirme orgullosa de ellos, ambos están maldiciendo como verdaderos profesionales.

—¡Comemierda! —insulta Daniela en cuanto uno de los hombres la sostiene por el brazo.

—¡Cara de sapo! —grita Roro a pleno pulmón.

Sus insultos son variados y coloridos y sé que eso es culpa mía. Sin embargo, no puedo encontrar el sentimiento de arrepentimiento. Tal vez eso me convierte en una terrible madre y

hermana mayor.

—¿No quieres ser mía? ¿No quieres mi protección? ¿Mi imperio y todo lo que estoy dispuesto a ofrecerte? Bien. —Asiente—. Entonces te trataré como trato a aquellos que me traicionan.

Saca una pistola de la parte trasera de sus pantalones enfriándose la sangre de golpe, pero no es hasta que lo veo apuntar a la cabeza de Daniela que siento el suelo tambalearse bajo mis pies.

—¡No! —grito rápidamente.

—¿No? Pero esto es lo que hago —me dice con una falsa voz inocente—. Esto es de lo que me acusas, de ser un monstruo. He tratado de mostrarte mi lado más dulce y me has rechazado —se queja—. ¿Es que nunca estás contenta con lo que tienes, Victoria?

—No les hagas daño, esto es entre tú y yo. Yo te traicioné, yo te engañé. Ellos no pintan nada aquí, deja que se vayan. —No me importa suplicar llegados a este punto. Son mi familia, haré lo que sea por ellos.

Colton pone cara pensativa y finge que lo está considerando. Aprovecho esos valiosos segundos para reevaluar la escena. Si consiguiera alejar la pistola de Roro y Dani podría actuar libremente.

—Te propongo algo —dice finalmente—. Si consigues vencer a mis hombres, dejaré que tu hijo y tu hermanita salgan por su propio pie por esa puerta, en lugar de hacerlo en una bolsa para cadáveres.

—¿Prometes que podrán marcharse sin ningún daño y que los dejarás en paz una vez que estén fuera, para siempre?

—Chica inteligente. —Sonríe sarcásticamente al ver las puntualizaciones que añado a su oferta. No me fio un pelo de él y sé que tratará de jugármela en cualquier momento—. Lo prometo.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo? —insisto.

—No lo sabes. Tendrás que arriesgarte, Victoria. —Su sonrisa se vuelve engreída—. Tic-tac. No tengo todo el día.

—Bien —digo finalmente. Mi rostro se vuelve de piedra para esconder mis emociones—. Acepto. Pero quisiera poner una condición más.

—Estás tentando a tu suerte aquí, niña.

—Es solo algo para hacerlo más entretenido. Te gusta el espectáculo, ¿no? Los juegos y esas cosas —inquiero tratando de parecer segura—. Entonces, que sea una lucha sin armas, mano a mano —le pido—. Quieres que tus chicos peleen contra mí, bien, hagámoslo divertido. Sin armas —repito queriendo dejarlo claro, aunque sé que no puedo fiarme de él.

—Me gustan los juegos, sí, pero tengo toda la ventaja aquí —dice de forma engreída—. Si acepto, estaría dándote una pequeña posibilidad.

—¡Oh, vamos! —insisto—. ¿Crees que nueve fortachones entrenados necesitan armas para someter a una muchachita indefensa como yo?

—Ambos sabemos que de muchachita indefensa tienes lo que yo de hermanita de la caridad —responde sonriendo con los dientes apretados.

—Y, aun así, serían nueve contra uno —vuelvo a decir—. Las posibilidades seguirían de tu lado.

—Siento que hay más detrás de lo que dices. —Evito tensarme y mantengo el rostro impasible.

—Me conoces, soy orgullosa. —Me encojo de hombros con una falsa tranquilidad—. Si vas a matarme, quiero morir como he vivido, luchando con mis puños en alto, no tirada en el suelo con una bala en la frente.

—Sí, te conozco. —Asiente—. Bien, sin armas. —Sonríe apartando la pistola de Daniela y Roro. Automáticamente dejo salir el aire que he estado conteniendo—. Pero dame un buen espectáculo.

«Oh, querido, será un espectáculo que no olvidarás jamás».

DÍAS ANTES

Lo tengo todo preparado.

Observo el viejo edificio frente a mí, es perfecto para lo que tengo en mente y, lo mejor de todo, Colton hace años que no lo utiliza. He hecho mis deberes. Igual que él me investigó a mí, yo lo hice con él.

No podía dejarlo al azar, sabía que no se rendiría sin luchar y que intentaría una última jugada, por eso me he asegurado de controlar el terreno de juego.

Cuando estuve en su casa dejé pequeñas pistas para que su atención volviera a caer en este sitio. Nada demasiado obvio, solo cambié de lugar algunos de sus papeles, entre otras cosas. Lo conozco como la palma de mi mano, es un hombre metódico y obsesivo, pero cuando se siente atrapado deja que el instinto lo controle, la razón abandona el barco y comete errores más fácilmente.

El primer paso es simple, desconectar cualquier tipo de alimentación eléctrica que aún esté llegando a este sitio. No puedo arriesgarme a que tenga cámaras escondidas y me pille con las manos en la masa incluso antes de haber empezado. También he revisado que no tenga fuentes externas o baterías portátiles de energía. No las hay.

Con la electricidad cortada, el siguiente paso me lleva al interior de la fábrica. Debo eliminar cualquier tipo de arma que tenga escondida, cualquier cosa que pueda utilizar en mi contra.

Nada puede quedar al azar en una situación como esta, así que me deshago también de los tablones de madera y de los viejos tubos de las cañerías.

Una vez despejado el lugar, empezamos con el reconocimiento. Soy hija de un gran inspector, el mejor de todos, y sé muy bien cómo hacer esto.

Tomo nota de cada rincón, cada placa de metal sobresaliente del suelo, cada escalera y cada tabla rota, memorizo las máquinas ancladas al suelo para no tropezar con ellas y las grandes columnas que sostienen el techo de la habitación principal.

Cuento varias veces los pasos de una habitación a otra hasta que puedo moverme por la pequeña fábrica prácticamente con los ojos cerrados. No sé cuántas horas paso aquí, pero para cuando empiezo a montar mis trampas ya está oscureciendo.

No tengo tiempo que perder, tampoco muchos recursos para hacer nada demasiado elaborado, pero que anteriormente esto fuera utilizado como fábrica me viene que ni pintado, las vigas son fuertes y tienen una buena estructura.

Gracias a mi padre aprendí a poner trampas antes que a andar en bici, por lo que será fácil dejar a uno, o quizá a dos, de los hombres de Colton colgados del techo.

Eso me daría cierta ventaja, desde luego.

No sé exactamente con cuántos hombres piensa venir a llevarme, pero tengo que asegurarme de poder liberar las manos si me atacan, y de deshacerme de tantos como pueda

antes de recurrir a la violencia física.

Porque si algo tengo claro es que en el momento en que Carter entregue esa caja yo estaré en peligro, Colton se enterará de lo que he hecho y, antes de huir, buscará venganza.

Se tiene por una persona inteligente, en mi opinión es más bien paranoia, pero sea lo que sea lo ha mantenido en lo alto durante mucho tiempo. Es ese instinto el que lleva diciéndole desde hace unos meses que hay un topo en sus filas.

Por suerte para mí, él siempre me ha subestimado, por eso no pensó que sería yo quien lo estaba traicionando. Sabe que tengo mucho que perder si hablo, pero, llegados a este punto, no me importa caer si me lo llevo por delante.

Aun así, sé que no tardará en sumar dos más dos y darse cuenta de que la información que tienen contra él solo podría haberla conseguido una persona: yo.

Por eso llevo años pensando en una salida. No es algo que se me haya ocurrido recientemente, empecé a maquinarlo desde el momento en que decidí huir de él. Sabía que tarde o temprano encontraría la forma de meterse de nuevo en mi vida.

Guardé todo lo que pude e investigué, pero eso no era suficiente, tuve que dejar que me hiciera cosas que nunca le habría permitido si no fuera porque necesitaba ganarme su confianza de nuevo. Lo necesitaba con la guardia baja o nunca me habría llevado a su apartamento, jamás me hubiera dejado allí sola mientras él trabajaba en su oficina y yo no habría tenido la oportunidad de esconder mi pequeña cámara espía en su salón.

Es increíble la cantidad de conversaciones que ese pequeño chip ha recogido, una locura. Con esa información obtuve horarios y direcciones que me llevaron a pruebas físicas de sus sucios negocios. Sin duda, mi padre estaría orgulloso del trabajo de investigación que hice.

Y eso me lleva a esta fábrica. Como he dicho, es el lugar perfecto, lo suficientemente alejado y olvidado como para que se sienta seguro de que no lo atraparán si viene aquí. También lo suficientemente accesible y pequeño para que yo me cuele y arme todo un recorrido a mi favor y, al mismo tiempo, controle cada entrada y habitación sin encontrarme sorpresas.

Él no sospechará. Lleva sin usar este sitio años, pensará que simplemente no lo han encontrado y, en su desesperación por huir y vengarse de mí, no le dará más vueltas.

Cayendo así directo en mi trampa.

Colton ni siquiera lo verá venir.

PRESENTE

No podría haber salido mejor.

Eso es lo primero que pienso mientras observo a uno de sus hombres colgando del techo. Y, además, no es el único, seis de ellos están bocabajo, fuera de mi camino.

No ha sido fácil conseguir que cayeran en ellas, y me he llevado varios golpes imposibles de evitar, pero ha merecido la pena, cada vez estoy un poco más cerca de la libertad. Aun cuando todo mi cuerpo duele, la euforia de la lucha me tiene excitada y lista para seguir peleando.

—Pero... ¿cómo? ¿Qué estás haciendo? —ruge Colton con enfado al ver a sus hombres fuera de combate.

—Simple, eres predecible y... —digo con una sonrisa de suficiencia. Mi plan está funcionando y eso hace que empiece a sentirme segura—. Soy más lista que tú, eso es lo que pasa.

Sin esperar su respuesta me lanzo directa a por el siguiente objetivo, estoy decidida y no voy a rendirme.

Conseguiremos salir de aquí, estoy segura.

Capítulo veintisiete

Sobrevivir

CARTER

A media mañana recibimos una llamada sobre un altercado violento en un motel de la zona. En un principio pensé en desviarlo a otra comisaría, nosotros aquí ya tenemos suficiente trabajo, pero entonces reconocí la dirección de Victoria y supe enseguida que algo no iba bien.

Avisé a mi equipo y, tan rápido como pudimos, llegamos al lugar de los hechos, solo para encontrarnos que todo estaba destrozado. Parece como si hubiera habido una pelea en el salón, en la cocina, en el cuarto de los niños... Hay cosas rotas por el suelo y algunos muebles incluso están volcados.

Está claro que se los han llevado por la fuerza, quien fuera se ha resistido hasta el final. Mis ojos vuelven a la sangre oscura que está manchando la sucia moqueta.

Observo el interior del lugar sin mediar palabra. Sé que tengo que ponerme manos a la obra y recabar tantas pistas como pueda, pero mis ojos se mantienen fijos en la sangre del suelo y solo puedo pensar en una persona que haya podido hacer esto.

—¿Qué cojones es todo esto?

Me giro al escuchar la voz de Nathan en la puerta de la entrada. Hago una señal al policía que lo retiene para que lo deje pasar y él camina rápidamente hasta llegar a mi lado.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde están?

—No lo sé —niego, derrumbado—. Cuando llegué ya estaba todo así. No somos muchos, así que es todo lo que tengo por ahora —añado observando a las cuatro personas que hay en la casa aparte de nosotros dos.

—¿Por qué? —pregunta con confusión.

—Porque están preparando el arresto de Colton Farley —respondo simplemente. Sé que eso debería causarme más emoción, pero no puedo hacerlo viendo las consecuencias que ha traído a esta familia.

—¿Hablas en serio? ¡No me jodas! —Su boca se abre en una perfecta O—. ¿Cómo?

—Victoria, ella nos dio la clave para hacerlo... —Mis puños se aprietan de impotencia a cada lado de mi cuerpo—. Y ahora ha desaparecido, los tres lo han hecho.

—¿No sabes dónde están? —pregunta observando frenéticamente el desastre que es la habitación de Victoria—. ¿No hay nada? ¿Una nota? ¿Algo?

—Nada por ahora, Kenzie está en ello. Pero sé quién ha sido, esto tiene la firma de Farley. Está vengándose de ella por ayudarme a detenerlo —gruño con rabia—. La encontraremos, juro que lo haremos.

Es una mierda, joder. No sé qué deberíamos hacer ahora, no tenemos tiempo y tampoco pistas, ya hemos revisado todas sus propiedades y no hay nada.

No debería haberme quedado en comisaría, tendría que haber entregado las pistas y haber venido corriendo, tal vez entonces hubiera llegado a tiempo. En lugar de eso, me quedé haciendo lo que se suponía que era correcto como inspector, pero dejé a mi mujer a su merced.

—¡Carter! ¡Carter! ¡Déjame pasar, bruto!

Nuevamente me vuelvo hacia la puerta para encontrarme a Kathy intentando entrar con

una expresión asustada. Nathan sigue mi mirada frunciendo el ceño al ver allí a su hermana. Parece desesperada y aterrada, pero no consigo entender cuál es el motivo, ni siquiera ha visto la casa todavía.

—¡Eres corto de neuronas! —sigue gritando—. ¡Como no me dejes pasar ahora mismo vas a saber lo que es bueno! ¡Tengo que entrar! ¡Como no me dejes pasar te voy a...!

—Déjala pasar —digo antes de que pueda acabar su poco efectiva amenaza y empiezo a reprenderla antes siquiera de que ponga un pie en el interior. Preferiría que ninguno tuviera que ver esto—. Kathy, no puedes irrumpir en la escena de un crimen. Ninguno de los dos puede, en realidad. —Los señalo—. Deberíais iros a casa y...

—¡Se han llevado a los niños! —me corta de golpe, entrando como un huracán en la habitación. Mi atención se vuelca completamente en ella, incluso algunos de mis hombres dejan de trabajar para escucharla—. ¡Colton se ha llevado a los niños y Victoria ha ido a por ellos!

—¿Dónde han ido? —pregunto rápidamente—. ¿Lo sabes?

—No. —Solloza, rompiendo en llanto de golpe—. No lo sé, salió corriendo de la cafetería y no me dijo nada más. Traté de llamarte por teléfono, pero no respondías y luego fui a la comisaría, pero no estabas.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Me encontré con esa chica, Mackenzie, y ella me dijo lo que había pasado. Vine lo más rápido que pude —explica entre lágrimas—. Parece que no hay señal aquí, intentamos llamaros, pero ninguno respondía el teléfono.

—Hemos encontrado un inhibidor de frecuencia escondido en la casa, por eso no funcionaban los teléfonos. —Saco el mío del bolsillo—. La llamaré ahora mismo.

Busco su número mientras hablo y rápidamente le doy a llamar. Kenzie responde al primer tono.

—Sé dónde está Victoria —dice sin rodeos—. Tengo su dirección. —Casi se me para el corazón al escuchar sus palabras.

—¿Hablas en serio? —No me lo puedo creer—. ¿De dónde la has sacado? ¿Estás completamente segura?

—No preguntes. —El tono de su voz se vuelve oscuro, dejando claro que no revelará nada—. Créeme, estoy cien por cien segura de que están ahí.

—Bien, avisa a todas las unidades, que dejen lo que están haciendo, esto es más importante. —Cuelgo el teléfono y me lanzo hacia la puerta con decisión. Es el momento—. Vamos —les digo a los hermanos y, sin detener mis pasos, ladro las órdenes—. Agentes, vamos a cazar al diablo.

«Ya voy, Victoria, aguanta».

VICTORIA

La sangre gotea desde mi boca hacia el suelo mientras trato de introducir aire en mis pulmones, pero no está funcionando.

Mi plan se ha ido a la mierda en cuestión de segundos. La adrenalina me ayudó en un principio, pero cada vez notaba más el cansancio de las anteriores peleas y estos dos nuevos guardaespaldas estaban frescos como una rosa.

Una patada en mi costado me hace rodar por el suelo de la fábrica y siento mis huesos crujir con cada golpe hasta que me detengo.

Quiero pararme a respirar, pero apenas tengo tiempo de hacerme un ovillo y cubrirme la

cabeza con los brazos antes de recibir otra patada. Por suerte, mis antebrazos reciben el impacto, aunque estoy segura de que algún hueso acaba de romperse.

La pelea empezó bien, yo tenía ventaja, pero rápidamente comprendí que me superaban en número y que no sería tan fácil como pensé en un primer momento. He tenido en cuenta que podrían ser más de un par de tipos, pero no contaba con que fueran tantos y que parecieran estar hormonados desde la cuna.

Eran más de los que pensaba y había dejado que me golpearan demasiado fuerte, pero sabía que tenía un buen plan y que mi familia estaba en juego, así que no pensaba quedarme aquí tirada dejando que me usaran como si fuera un saco de boxeo.

Con cada fibra de fuerza y determinación que poseo consigo ponerme en pie de nuevo mientras se divierten riéndose de lo patética que les parezco.

Veo a Colton sonreír con satisfacción. Esa expresión lunática en su mirada, disfrutando del dolor que sus hombres me provocan, es repugnante.

Esquivo el golpe de uno de ellos y logro asestar mi puño en su estómago. Escucho a Roro animarme, pronunciar mi nombre, pero me obligo a centrarme en la pelea. Aunque he conseguido dejar colgados a unos cuantos, aún tengo trampas escondidas por aquí que puedo usar en mi favor, solo necesito llegar a ellas.

Me lanzo en una carrera desesperada hacia la escalera, sé que uno de los tablones está roto y, a juzgar por el peso del hombre que me persigue, lo partirá con solo poner un pie encima.

Subo los escalones de dos en dos, evitando la madera podrida del quinto. Apenas estoy llegando al final del tramo cuando escucho al hombre caer y maldecir.

Su pierna queda atrapada entre las maderas y eso me permite golpearlo con todas mis fuerzas en el rostro. Mi rodilla impacta contra su nariz rompiéndola de un golpe, el gorila grita y la sangre empieza a resbalar por su cara.

No me detengo, sostengo su cabello con mi mano derecha y golpeo repetidas veces su costado contra el pasamanos metálico. Finalmente, lo dejo inconsciente.

—¡Dale, hermanita! ¡Tú puedes!

Siete han sido eliminados del terreno de juego, solo quedan tres más y entonces podré enfrentarme a Colton cara a cara.

—¡Sigo invicta, cabrones! —grito con rabia sin dejar de moverme.

Consigo saltar sobre el cuerpo inmóvil del tipo y regreso a la planta principal con esperanzas renovadas. Puedo con esto. Sé que son más fuertes y grandes que yo y sé que me superan en número, pero no necesito ser más fuerte que ellos, solo más inteligente.

Yo no peleo como ellos, mi error ha sido creer que podría hacer las cosas como las hacen estos hombres. No, yo tengo otras ventajas, otras fortalezas. Y sí, puedo hacer lo mismo que ellos, pero lo haré a mi modo, de forma diferente y así ganaré.

El primero en llegar a mí se acerca por la derecha, esquivo su golpe y me agacho justo a tiempo cuando el segundo llega por mi espalda. Por suerte, su puño se estrella en la cara de su compañero y eso me da la jugada perfecta para derribarlos a los dos con un barrido de mi pierna.

Aún agachada en el suelo y con la pierna extendida me permito una pequeña sonrisa de satisfacción al ver el rostro enfurecido de Colton.

Llegó aquí pavoneándose, creyendo que tenía la sartén por el mango, y ahora empieza a ser consciente de la realidad. Esta era una trampa especialmente diseñada para mi venganza y, por fin, es él quien está perdiendo.

Me levanto rápidamente. El tercer hombre permanece junto a su jefe, protegiéndolo. No

importa, será el siguiente en caer cuando termine con estos dos. Me vuelvo hacia ellos cuando empiezan a levantarse, preparo mis piernas y brazos en posición defensiva, lo tengo controlado, lo tengo...

—¡No!

El grito de mi hermana se pierde tras el sonido de un arma al ser disparada. Segundos después, un quejido sube doloroso por mi garganta. Colton acaba de dispararme.

Mi pierna derecha arde y siento la sangre viscosa y caliente bajar por mi piel. Un fuerte hormigueo que empieza por la herida me recorre todo el cuerpo. Si hoy salgo de aquí sin convertirme en un colador humano, me daré por satisfecha.

Respiro hondo, porque ni siquiera puedo pararme a observar la herida, sé que cuando la vea el dolor se multiplicará por cien y solo podré pensar en él. No puedo permitírmelo. En lugar de eso trato de eliminarlo de mi mente y volver a centrarme en la pelea, pero apenas puedo mantener el cuerpo erguido.

Intento deslizar todo mi peso hacia la pierna buena cuando el puño de *número dos* se estrella contra mi mejilla. Pierdo el equilibrio e inevitablemente me caigo golpeando mi cabeza contra el suelo.

Escucho la risa enferma de Colton y los pasos de los dos matones que se acercan. Intento levantarme, pero estoy demasiado mareada para hacerlo.

¡Mierda! ¡Esto no puede acabar así! ¡No puede!

Capítulo veintiocho

La revelación

VICTORIA

Mi cuerpo deja de doler de un momento a otro, seguramente estaré entrando en *shock*. Parece que al fin me estoy rindiendo a lo inevitable. No creo que sea una buena señal dejar de sentir dolor cuando hace unos segundos era todo en lo que podía pensar.

No me he derrumbado todavía, sigo consciente y eso significa que debo moverme. Pelear o morir. Considero lo fácil que sería rendirme ahora. He luchado, no moriría como una cobarde, pero sé que Colton no me lo pondrá tan fácil. Morir aquí y ahora sería tener piedad y él no sabe lo que es eso.

—¡Mamá!

—¡Victoria!

Escucho sus voces y reconozco sus palabras, pero mi mente está demasiado lejos, no logro enfocarla. ¡Dios! ¡Mi cabeza! ¿Cuántos golpes me han dado ya? ¿Cinco? ¿Seis? Tal vez más, seguramente tenga una conmoción o algo así, ¿quién sabe?

—¡Hermana, tienes que levantarte! ¡Vamos, Victoria!

La voz se escucha cada vez más clara, el embotamiento de mi cerebro va menguando, pero aún no puedo moverme.

—¡Mamá! ¡Mami, por favor!

—¡Cállate, mocoso!

Escucho un golpe seguido de un lamento y mi hermana empieza a gritar como una loca. Lo veo. Colton le ha pegado a mi hijo. Le. Ha. Pegado. ¡Hijo de puta!

Puede hacer lo que quiera conmigo, no me importa. Pero ¿a mi hijo? ¿A mi angelito? No. Ese monstruo no debería tocar ni un solo cabello de su perfecta cabecita.

Mis manos se cierran, siento la arenilla arrastrarse entre mis uñas y las piedrecitas clavarse en mi piel. Bien, el dolor me mantendrá despierta.

Muevo la pierna, que sigue sangrando, mientras intento ponerme de pie, pero duele como si me clavaran mil agujas.

Consigo sentarme a duras penas cuando los dos matones vuelven a la carga. El propio guardaespaldas personal de Colton se une al dúo, vienen a dar el golpe de gracia.

Veó como Colton tiene cogido el cabello de mi hermana en un puño mientras amenaza a gritos a mi hijo. De repente es como si lo viera todo rojo, tengo que acabar con esto de una vez.

Espero mi momento hasta que estén lo suficientemente cerca. Un poco más... Un poco más... ¡Ahora!

Ruedo sobre mí misma esquivando el primer golpe y, con fuerza, me deslizo hacia atrás esquivando un segundo. Esto me deja el suficiente tiempo para incorporarme y deslizarme por el costado del tercer hombre, el único que ha mantenido su arma guardada. Golpeo el puño contra la boca de su estómago y automáticamente dejo que mi codo impacte en su espalda baja haciéndolo caer.

Recupero el arma de su funda con un movimiento fluido, ya hemos terminado de jugar. No lo pienso, solo disparo. Suenan tres disparos y ahora ya solo quedamos dos en pie. Yo nunca

fallo.

Finalmente, uno contra uno. Colton y yo, como siempre debió ser.

No es la primera vez que mato a alguien y, sin duda, mis manos estarían temblando y mis ojos llenos de lágrimas si no fuera porque estas personas están tratando de matarme a mí y a mi familia.

No quería hacerlo, solo quería quitarlos de en medio como a los otros, pero no he tenido otra opción. Solo hay cierta cantidad de dolor que el cuerpo humano puede soportar y yo estoy peligrosamente cerca de mi límite.

Observo por última vez los cuerpos sin vida de estos hombres, sin querer pensar en si tendrán familia o no, y me vuelvo hacia Colton con el arma en alto justo para encontrarlo frente a mí; el cañón de su arma impacta contra mi frente.

—Dijiste que querías una pelea igualada y justa, sin armas. —Señala con media sonrisa.

—Nueve contra uno, no creo que esto fuera justo desde el principio —respondo sin dejarme intimidar.

—Y, aun así, parece que te las has arreglado bastante bien.

—¿Qué puedo decir? —Me encojo de hombros sin apartar mi mirada de la suya—. Tengo algunos ases bajo la manga.

Mantengo mi arma apuntando en su dirección aun cuando sé que el cargador está completamente vacío.

Nunca tuve una propia y oficialmente tampoco he utilizado ninguna, pero mi padre me enseñó alguna que otra cosa sobre ellas, y una de esas cosas era a saber cuántas balas quedan en el cargador. Solo rezo para que Colton no lo sepa y crea que puedo dispararle en cualquier momento.

Lanzo una rápida mirada a mi hermana y a mi hijo y ambos empiezan a retroceder lentamente. Sus cuerpos reptan sin hacer ruido lejos de nuestro duelo. Trato de mantener la calma todo lo que puedo.

Su arma sí está cargada y sé que la mía en su vientre no lo disuadirá de disparar. Un agujero entre ceja y ceja es mortal, en cambio, de una bala en el estómago es posible sobrevivir.

—¿Es así como acaba? —pregunto tratando de ganar tiempo para que mi familia escape. Aún puedo verlos, no son lo suficientemente rápidos, ya que continúan atados de pies y manos —. ¿Simplemente vas a dispararme? ¿Es así como acabará nuestra historia?

—Dejarte viva otra vez sería demasiado peligroso, querida. —Sonríe de forma ladina, sabe que tiene las de ganar—. Ya me la has jugado no una, sino dos veces. No puedo permitirlo.

—Dicen que a la tercera va la vencida —respondo alzando el mentón.

Si este es mi final, no moriré acobardada ni suplicando. Tal vez Colton Farley acabe con mi vida hoy, pero lo hará mirándome directamente a la cara, sabiendo que yo soy la persona que terminará con su imperio, que yo soy la persona que le dará el paso directo a la cárcel.

—Por suerte para mí, nunca lo averiguaremos.

Mis ojos se cierran por un segundo ante el sonido del seguro al ser retirado, pero me obligo a abrirlos de nuevo, no me acobardaré.

Retengo el aliento y busco por un momento a mi hermana y a mi hijo. Aún puedo verlos. Dani se ha detenido, ha conseguido quitarse las cuerdas de las manos y está quitándose las de los pies. Debo ganar más tiempo.

—¿Qué se siente? —pregunto apretando el arma contra su cuerpo para llamar su atención.

—¿El qué, querida? —No vuelve a poner el seguro, pero que siga hablando en vez de

disparar es buena señal.

—¿Qué se siente al saber que la persona que amas te lo ha quitado todo? —sigo increpándolo—. Dime, Colton, ¿qué se siente al saber que ha sido tu propio trasero engreído el que me lo ha servido en bandeja? Cada amenaza, cada fanfarronada, cada golpe... Tengo pruebas de todo. Narcotráfico, prostitución, blanqueo de dinero, juegos ilegales... Todo.

No puedo evitar sonreír con orgullo ante mis palabras. Debo tener un aspecto terrible. Siento mi ojo izquierdo palpar y apenas puedo abrirlo, estoy cubierta de sudor, sangre y tierra, mis dientes están manchados de sangre... Debo de ser toda una visión.

—Cada maldita cosa que has hecho durante estos últimos años... Tengo pruebas de todo y ahora mismo la policía está congelando tus cuentas, embargando tus posesiones y desmantelando tus sucios negocios. Y todo ha sido gracias a ti, yo solo he sido una intermediaria. Así que dime, ¿qué se siente al ser el mayor idiota que ha existido?

—Tú... Zorra manipuladora... ¿Quién te crees que eres? No vales nada. ¿Me escuchas!? ¡Nada! —Rastros de saliva caen en mi cara cuando su voz se alza contra mí—. ¡No eres más que una mocosa cagada de miedo!

Su rostro se acerca tanto al mío que nuestras narices se tocan. Su aliento a tabaco llena mis sentidos, es asqueroso.

Quiero empujarlo y alejarlo de mí tanto como sea posible. Siento mis piernas temblar y me obligo a bloquear las rodillas. No es como si no estuviera asustada, porque lo estoy, pero hay algo mucho más fuerte que me impulsa a resistir y mantenerme firme frente a él.

—¿Quién te crees que eres? —exclama—. ¿Has encontrado por fin los ovarios para enfrentarte a mí y de golpe eres la putísima Mujer Maravilla?

—¿Quieres hablar de maravillas? —Necesito ganar más tiempo—. Maravilloso era lo mío con Carter, el inspector que te meterá en la cárcel, por cierto. Oh, sí. Lo que hacía con sus manos sí que era maravilloso. Te crees todo un semental, ¿eh? Apenas llegas a poni de zoológico, amigo. En cambio, él... Madre mía..., eso sí que es un buen vaquero.

—Tú... Pequeña perra...

Ya no veo a Daniela ni a Roro por ninguna parte, solo las cuerdas desechadas con las que los habían atado. Vuelvo a respirar tranquila. Están a salvo, ya no importa lo que me pase, sé que este es mi final. Me he cubierto de mierda hasta arriba con mis palabras y aun así no puedo decir que me importe.

Así que no me callo nada, me aseguro de que Colton esté tan enfurecido y centrado en mí que no pueda pensar en nada más, eso les dará el tiempo necesario para huir lo más lejos posible de aquí.

—Sus manos por todas partes... —sigo hablando, mi voz se torna un poco más ronca—. Tocando sitios que tú nunca tocaste, que nunca volverás a tocar. En cuanto se cruzó en mi camino no hubo nadie más, y mucho menos una polla precoz, floja y egoísta como la tuya.

—¡Te mataré!

El cañón de la pistola se clava en mi frente con más fuerza. Es mi final. Pienso en todos a los que quiero, en mi hermana y mi hijo, en Nathan y Kathy, en mi padre y en Carter. Son mi familia, todos y cada uno de ellos. Lamento tanto las cosas que no hice y todo lo que hice mal al final...

Ellos son las personas que amo, por las que estoy arriesgándome, las personas por las que daré mi vida. He cometido muchos errores, sabe Dios que son muchos y espero que esto los compense de alguna manera.

Ojalá pudiera tener más tiempo para cambiar lo que hice, las decisiones estúpidas que tomé, la ayuda que rechacé y lo terca que he podido llegar a ser cuando mi familia quiso ayudarme.

Está claro que este no es mi final favorito, preferiría que nuestros papeles se invirtieran. Aunque yo acabara encerrada, al menos él estaría sirviendo de comida para los gusanos.

—Podríamos haber escrito otro final, ¿sabes?

—No me has dejado otra opción —respondo—. No puedes pretender someter a todo el mundo a tu cruel juego y esperar que nadie se rebele. Incluso si esto es algo que me cueste la vida, jamás me arrepentiré de haberme enfrentado a ti.

—No eres lo suficientemente inteligente para vencerme —se jacta.

—La tecnología ha avanzado mucho, ¿no crees? —Sonrío de forma cínica y engreída—. Es increíble cómo han conseguido convertir esas enormes cámaras de vídeo en unas cositas minúsculas capaces de esconderse en cualquier sitio —me burlo—. Son casi indetectables.

—No, de eso nada. —Niega con la cabeza, creyendo que voy de farol—. Tú no serías capaz de pensar algo tan complicado como eso.

—No es complicado —niego—. Es brillante, tan brillante como «Peligrosamente rota».

Veo como lentamente la conciencia empieza a abrirse paso en su mente al reconocer el nombre de la escultura que me pilló admirando en su apartamento. Una sonrisa, con los dientes manchados de sangre, se abre paso en mi rostro. «Jódete, cabrón».

—No... —dice en un último intento de negar la evidencia—. Yo no puedo perder.

—¿Aún no te has dado cuenta? Ya lo has hecho —digo con seguridad—. Todo esto —nos señalo— solo ha sido un *show*. La mejor puta actuación de mi vida. ¿Crees que podría besarte de otra forma? ¿Después de todo lo que me hiciste? Cada segundo a tu lado lo único que quería hacer era vomitar. Me das asco.

Escupo las palabras con una mueca de desagrado en mi rostro. Puedo ver a través de sus ojos cómo su cerebro se esfuerza por unir cada pieza de lo que estoy diciendo.

—Y, aun así, lo hice. Lo conseguí y ahora la policía tiene todo lo que necesita para acabar contigo. Me subestimaste de nuevo —sonrío con suficiencia— y eso me permitió rebuscar entre tu mierda y encontrar tus trapos sucios.

—No, no —niega con vehemencia—. No tienes el nivel intelectual suficiente para pensar algo así. Eres una estúpida y una cobarde.

—Ya no más —niego con decisión—. Esta soy yo, frente a ti, esperando una bala en la cabeza, pero sabiendo que he sido la razón por la que has fracasado. —Sonrío, en paz con las decisiones que me han traído hasta aquí—. Si caigo, no lo haré sin luchar y, desde luego, no lo haré sola. Tú caerás conmigo.

Farley aprieta los dientes marcando su mandíbula. Sabe que tengo razón, es un ratón en una ratonera sin salida. Está atrapado. Incluso si me mata no tiene dónde esconderse, ni aliados, ni dinero para ocultarse. Está arruinado y yo soy la razón.

Tal vez en algún momento pude sentir lástima por él, su infancia y su adolescencia. Comprendí su dolor y empaticé con él, lo acogí en mi vida y en mi corazón, pero eso desapareció hace muchísimo tiempo.

No sabría decir si siempre fue así o su alma fue pudriéndose con el paso de los años y las atrocidades de su vida. No importa ya, este era nuestro final. Comenzamos juntos este cruel camino y, empujada a sus macabros juegos, yo seré quien termine con su historia.

—Mírame fijamente —ordeno sin inmutarme—. Quiero que recuerdes bien mi rostro.

Quiero que cada vez que cierres los ojos desde tu celda sea a mí a quien veas. Que recuerdes cada maldito minuto de tu vida que fui yo quien te encerró, que yo soy la razón por la que te pudrirás para siempre en una maldita celda de mierda.

Este momento es casi poético, de alguna manera. Su obsesión por mí marcó el comienzo y también será el final.

—Porque van a atraparte, Colton. No importa lo que pase conmigo, tu destino ya ha sido sellado.

Mantengo mi sonrisa y los ojos fijos en él. Su expresión derrotada será lo último que mis ojos vean. El cañón del arma se clava en mi frente hasta el punto del dolor. Veo la lucha en su mirada, quiere matarme tanto como no quiere hacerlo.

—Adiós, Colton.

«Os quiero».

Capítulo veintinueve

Sangre por todas partes

VICTORIA

El sonido de las sirenas empieza a escucharse por todas partes, rebotando en cada pared y produciendo un fuerte eco. Ha llegado la caballería. No sé cómo, ni sé por qué y me da igual, estoy tan contenta de que estén aquí que no me importa que ahora los dos vayamos a la cárcel.

Colton gira la cabeza hacia la entrada, repentinamente distraído por el fuerte ruido. Aprovecho el momento, es mi única oportunidad. Con un rápido movimiento de mis manos dejo caer mi arma vacía al suelo, golpeo sus muñecas con firmeza y le arrebato la suya. Ahora el arma cargada es mía.

Los papeles se han invertido, ahora soy yo quien le apunta con el arma directamente entre las cejas.

—Jaque mate, imbécil. —Mi mano aprieta firmemente la culata de la pistola—. Yo gano.

Esta vez no sonrío, no. Estoy muy lejos de estar feliz. Ahora que la inevitable muerte ya no pesa sobre mis hombros, una irrefrenable rabia surge desde mi interior.

Estoy furiosa y quiero venganza. Se atrevió a maltratarme en mi momento más vulnerable, amenazó a mi hermana y por poco me arruina la vida. Años después toda la pesadilla volvió a empezar, y ha sido mucho peor esta vez. Secuestra a mi familia, los golpea, me convierte en su marioneta y por poco acaba con mi vida y las de mis amigos.

¡Y una mierda se pudrirá en la cárcel! ¡No! ¡No merece ningún tipo de compasión! ¡Debe pagar por todo el mal que ha hecho!

Docenas de hombres armados hasta los dientes con chalecos antibalas entran rápidamente después de derribar la puerta. Están listos para disparar mientras bloquean la entrada principal, preparados para desplegarse en cuanto alguien dé la orden.

Ese alguien, sin duda, es Carter. Apenas pone un pie dentro su presencia domina la habitación. Mis ojos se desvían momentáneamente hacia él, quiero mirarlo por última vez antes de ir a la cárcel, pero no puedo perderme en mis sentimientos y en sus bonitos ojos azules.

Soy consciente de lo mal que pinta para mí y que debería bajar el arma y rendirme. Ya están aquí los refuerzos, ellos se encargarán de arrestar a Colton y de hacer justicia.

Y, aun así, no es suficiente.

La justicia no vale de nada, no me consuela después de que ese hombre haya arruinado mi vida de formas que ni siquiera se pueden explicar con palabras.

Escucho los pasos de la unidad rodeándonos, tomando posiciones, esperando el momento en que baje el arma y les entregue al villano. Eso es lo que debería hacer, ese era el plan, la versión en la que todo acaba bien. Pero no es lo que quiero.

—Baja el arma, Victoria.

Escucho la voz de Carter no muy lejos de mí, pero decido ignorarlo deliberadamente. Ya no puedo pensar con claridad, estoy en modo supervivencia y muy lejos de la razón. Aprieto los dientes obligándome a no apartar la mirada de Farley, no voy a moverme.

—Ya has ganado, lo tenemos —insiste. Sus pasos resuenan cautelosos mientras poco a poco se acerca a nosotros—. Puedes bajar el arma, no escapará de aquí.

—No.

—Se hará justicia, Victoria, pagará por todo lo que ha hecho —continúa—. Ni diez vidas serán suficientes para cumplir todos los años que van a caerle. No saldrá jamás de la cárcel.

—No es suficiente. —Mi voz sale oscura, estrangulada.

—Lo sé, lo sé, cariño. —Puedo sentirlo junto a mí. Su sola presencia a mi lado hace que mis músculos se relajen involuntariamente—. Pero este es el camino correcto, esto es lo que merece. Él se pudrirá en la cárcel y tú serás libre. Seremos libres.

—Nunca lo seré, no aquí. —Señalo mi cabeza con la otra mano mientras contengo las lágrimas—. Todas las cosas que soporté, los golpes, las caricias... Todo lo que me hizo... Jamás podré librarme del miedo. No podré olvidar la sensación de sus manos sobre mi cuerpo ni el miedo constante tras mi espalda, no mientras él viva. —Mis ojos empiezan a aguararse. Muerdo el interior de mi mejilla para contener las lágrimas, debo mantenerme enfocada.

—Victoria...

—¡No! —grito—. ¡Ni una palabra más o dispararé!

Las manos empiezan a temblarme violentamente, mala señal. No puedo perder la concentración, está consiguiendo hacerme reaccionar. No quiero pensar, no quiero lamentarlo, solo quiero acabar con esto. Necesito acabar con el miedo, con las pesadillas, con el dolor... Necesito acabar con Colton a cualquier precio.

—Te encerrarán si lo haces —sigue intentando convencerme.

—No me importa lo que pase conmigo siempre que él esté muerto.

—¿Qué hay de Rodrigo? ¿Y tu hermana?

Esa es una jugada sucia por su parte. No puedo culparlo llegados a este punto, pero, sin duda, tiene el efecto contrario a lo que él esperaba.

—¡Lo hago por ellos! ¡Para que puedan vivir tranquilos! ¡Para hacer justicia! —Mis ojos se desvían brevemente hacia los suyos azules—. Ha golpeado a mi hijo, Carter. Ha pegado a mi niño y yo no he podido hacer nada —digo regresando la atención a Colton—. Mi único consuelo será su muerte.

—Si aprietas ese gatillo no podré culparte, yo haría lo mismo en tu lugar, pero créeme, te arrepentirás durante el resto de tu vida. Eres una buena persona, cariño. —Su voz se vuelve suave, como una caricia—. No lo hagas. Tu familia te necesita.

—Ellos...

—Ellos necesitan que estés aquí, no encerrada —me interrumpe sin darme la oportunidad de hablar.

Se ha movido, ya no se encuentra a mi derecha, sino más cerca. Unos pocos pasos más y estará entre Colton y yo.

—Por favor, no dejes que gane, Victoria —me pide con preocupación—. Eres una mujer fuerte, valiente y admirable, sé que podrás con esto. Estaré aquí contigo, todos nosotros lo estaremos. Kathy, Nathan, Dani y Roro. —Mi mano tiembla presa de la emoción, empiezo a descender el brazo—. Estaremos contigo porque te queremos. Por favor, no lo hagas, Victoria, tú no eres una asesina.

—Ah, pero en eso te equivocas, detective.

Nuestra atención se vuelve hacia Colton, por un segundo incluso había llegado a olvidar que seguía aquí.

—Sí es una asesina y, además, una reincidente, diría yo —se burla—. ¿Ves esos cuerpos de ahí? —inquieta señalando con la cabeza a sus hombres—. Yo no he sido quien les ha vaciado

el cargador encima. Dime, inspector. ¿Cuatro homicidios pueden considerarse defensa propia?

—Cállate. —Mi labio superior se eleva en una mueca mientras mis propias palabras suenan distorsionadas.

—No lo sé, querida. En mi humilde y nula experiencia en estos temas —continúa burlándose de forma irónica— parece como si le hubieras cogido el gusto, ¿no? Toda una *femme fatale*.

—¡Eso no es verdad! —grito temblando de pura rabia.

—¡Vamos, disparad! —grita al resto de los agentes a nuestro alrededor—. ¡Está armada y es peligrosa! ¡Amenaza mi vida! ¡Disparad!

—¡No os mováis! —replica rápidamente Carter—. ¡Y tú, no les des órdenes a mis hombres!

—Solo decía lo obvio. —Se encoge de hombros con gracia—. Es lo que deberían hacer.

—¡Sácalos de aquí! —exijo automáticamente. Sé que es verdad, la única razón por la que no soy un colador es porque Carter está al mando.

—Sabes que no puedo —niega él.

—¡Hazlo o le pegaré un tiro ahora mismo! —Alza una ceja con escepticismo en mi dirección—. Estamos negociando, sácalos de aquí y te escucharé.

—Hacedlo. —Veo cómo sus hombres se miran entre sí confusos, no quieren marcharse—. ¡Ahora! ¡Es una orden!

Inmediatamente todos empiezan a evacuar la habitación. Es difícil resistirse a su voz de mando, lo sé bien. Finalmente nos quedamos solo nosotros tres y una parte de mí empieza a dudar.

No quiero ser una asesina, no más de lo que lo soy hasta ahora. Las otras muertes... Sé que no he tenido más opción, sé que lo he hecho en defensa propia, pero esto... Esto es cruzar la línea. Si acabo con él, si disparo, será un asesinato a sangre fría. No sé si estoy preparada para lidiar con los remordimientos.

—Tal vez deban ponerte en una celda junto a la mía, porque eres tan mala como yo, Victoria —empieza a decir Colton con voz venenosa—. Eres un monstruo. Sí, eso eres. Tienes a todos estos imbéciles engañados, pero yo sé cómo eres en realidad. ¡Disfrutas con esto! —exclama sonriente—. ¡Has disfrutado matando a mis hombres igual que te gustó matar a tu estúpido novio!

Pierdo la capacidad de razonar, estoy harta de escucharlo y harta de sus palabras. No lo soporto más, me digo que su muerte es pura justicia, que no tendré remordimientos por ello. No sé si me estoy mintiendo a mí misma. Tampoco me importa.

Lo único que tengo claro ahora mismo es que no pienso volver a bajar el arma. Dispararé a este hijo de puta, aunque eso me cueste la vida.

—¡Cállate! ¡Cállate! —le grito desesperada.

—¡Cierra la maldita boca, Colton! —interviene Carter. Suena autoritario y enfadado—. ¿Quieres que te mate?

—Se estaba poniendo aburrido con tanta cursilería —se limita a decir, como si no le importara que su vida pendiera de un hilo.

—¡Se acabó! No dejaré que vaya a la cárcel. No, no, no —niego repetidamente, como si no pudiera dejar de mover la cabeza—. No se lo merece, sería como un regalo para él. No, no, no. —repito sin sentido—. ¡Merece morir! ¡Merece acabar a tres putos metros bajo tierra! ¡Merece acabar en una tumba donde pueda ir a cagarme cada fin de semana en su jodido nombre!

—Victoria, por favor, escúchame...

—¡No! ¡Basta de escuchar nada! —Me llevo una mano al cabello y tiro de él con desesperación. Estoy volviéndome loca—. ¡Él también te arruinó la vida! ¡Merece esto!

—¡Lo sé! ¿Crees que no quiero verlo muerto? ¡Lo quiero! ¡Claro que lo quiero! —dice agobiado—. Pero no puedo dejar que lo hagas.

—¿Por qué? —pregunto totalmente frustrada—. Es lo correcto, solo hago lo que se debe hacer con la mierda como él.

—Porque no puedo dejarte disparar frente a tu hijo —dice finalmente. Su mirada está fija en la entrada.

—¿Qué? —Mi voz se vuelve un susurro ahogado por la sorpresa. ¿De qué está hablando?

—¿Mami?

Daniela y Rodrigo son escoltados por dos agentes que no conozco. Deslizo rápidamente la mirada sobre ellos en busca de lesiones. Aparte de algunos moretones, están bien.

Respiro sintiéndome aliviada, aunque eso no calma el ardor en mi pecho. Los grandes ojos de mi hijo me miran asustados mientras se aferra al brazo de su tía como si fuera un salvavidas.

—Sácalos de aquí, no bajaré el arma. Sácalos de aquí —repito sin cambiar mi postura.

—Tienes que ser fuerte un poco más, Victoria. Yo estaré contigo, lo superaremos juntos, ¿sí? —Apenas me queda adrenalina en el cuerpo, estoy demasiado cansada y de verdad quiero confiar en sus palabras—. Hazlo por ellos, podéis volver a ser una familia si bajas el arma ahora.

—¿Lo seremos? —Siento mi voz temblar de nuevo llena de inseguridad.

—Sí, lo seremos —me asegura—. Podemos ser una familia, todos juntos, pero tienes que darme la pistola. Esto ya ha durado demasiado, se acabó, amor. —Su mano se desliza sobre la mía con lentitud y yo no lo detengo.

—Se acabó. —Asiento dejando caer mi brazo finalmente—. Seremos una familia.

«Eso es lo que quiero. Lo que siempre he querido».

—Lo seremos. —Me sonrío ligeramente mientras recupera el arma de mis manos.

—No si eso depende de mí —escupe Farley.

Somos lo bastante rápidos como para notar que se mueve, pero no lo suficiente como para evitarlo. Antes de poder hacer nada Colton recupera una pequeña pistola, no más grande que su mano, de su espalda, y apunta en nuestra dirección.

Todo parece suceder a cámara lenta. Daniela grita cogiendo a Rodrigo en sus brazos, uno de los agentes se apresura a ponerse frente a ellos como protección mientras el otro sale disparado hacia nosotros. Escucho a Carter gritar y yo me pongo en movimiento antes de poder pensarlo dos veces.

El caos se desata y un único disparo resuena con un eco ensordecedor.

Y después de eso... solo hay sangre, sangre por todas partes.

Capítulo treinta

No cierres los ojos

CARTER

Mi mente es incapaz de registrar lo que ha ocurrido. Escucho gritos y llantos a mi alrededor, pero todo parece muy lejano, como si mis oídos estuvieran embotados.

Puedo sentir el dolor en todo mi cuerpo mientras intento aclarar la mente y volver a estar con los cinco sentidos alerta. Algo presiona mi pecho impidiéndome respirar correctamente, es como si me hubieran dado un fuerte golpe.

Respiro aceleradamente. ¿Qué ha pasado? Una de mis manos está prisionera bajo un ligero peso, muevo la que tengo libre hacia mi pecho y noto algo caliente y viscoso deslizarse sobre mi camiseta.

Sangre.

Entro en pánico. Los recuerdos empiezan a aclararse rápidamente y, sin darme cuenta, estoy reviviendo los últimos segundos.

Colton sacando un arma de su espalda.

Apuntando el arma en mi dirección.

Disparando.

Y entonces...

—¡Victoria!

Daniela aparece en mi campo de visión quitando el cuerpo de su hermana de encima de mí... El cuerpo ensangrentado de su hermana.

—¡Mamá! —El grito desgarrador del niño me hiela hasta los huesos mientras corre hacia nosotros.

Mi cabeza da vueltas cuando intento moverme lo más cerca posible de Victoria. Todo su pecho es un desastre y puedo ver la herida de la bala bajo su clavícula. Está perdiendo sangre demasiado rápido.

—¡No te acerques, Rodrigo! —le dice la niña desesperada, pero él no le hace caso, corre hasta llegar a su madre y le coge la mano.

—¿Mamá? ¿Mami? —Lloriquea.

—Estoy bien... —Vuelvo a respirar cuando escucho su voz. Es apenas un susurro, pero sigue con vida—. No llores.

—Presiona la herida. —No reconozco mi propia voz, suena sin aliento, desesperada—. Tenemos que detener la hemorragia.

Me siento a su lado, ayudando a su hermana a tapar la herida con nuestras manos sin mucho éxito.

—Colton... —empieza a decir mientras Daniela hace lo que le he dicho—. Colton... —Tose descontroladamente, su boca se llena de sangre de golpe y su respiración se vuelve agitada e irregular.

—Respira, Victoria, vamos a sacarte de aquí —le aseguro sosteniendo su otra mano—. Tienes que aguantar un poco más. No cierres los ojos —le pido—. Sigue así, respira lentamente. Lo haces muy bien.

—Tiroteo a las afueras, herida de bala sin orificio de salida. Necesitamos una ambulancia. ¡Dense prisa! —Escucho que dice uno de mis hombres por la radio.

—Vamos, amor. —Intento infundirle tanta confianza como puedo, porque ahora mismo la necesitamos—. Tú puedes, eso es, lo estás haciendo genial, ¿vale? —Sostengo su mano con la mía y con la otra aparto el pelo de su rostro mientras Daniela hace presión en la herida—. Sigue respirando lento, muy bien.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —se queja con la voz ahogada.

—No tenías que ponerte en medio, tonta. —Gruesas lágrimas caen por mis mejillas. Esto me recuerda demasiado a la muerte de mi padre. No puedo pasar otra vez por esto, no puedo perder a otro ser querido de esta manera—. Muy bien, nena. Lo estás haciendo genial, sigue respirando, no cierres los ojos.

—No llevabas chaleco, ¿qué se supone que debía hacer? —Puede que esté herida, pero eso no la detiene de echarme la bronca—. ¿Dejar que mataran al hombre del que estoy enamorándome? —Se detiene tosiendo. La sangre gotea bajo su barbilla—. No soy esa clase de chica.

Su cuerpo empieza a moverse compulsivamente por culpa de la tos, Daniela apenas puede mantener las manos sobre la herida mientras sigue llorando y su hijo se aferra a su otro brazo con desesperación.

—No hables, tienes que guardar tus fuerzas —insisto—. Vas a estar bien, ¿vale? Todo estará bien —le aseguro, aunque, por mucho que me duela admitirlo, no sé cómo acabará esto y eso me aterra—. Esto no es nada, vas a salir de aquí, vamos a estar juntos y vas a tener una vida normal y tranquila con nosotros.

—Colton... Se ha ido... Tienes que... —balbucea—. Se escapará...

—No me importa, tú eres más importante. —Beso su mano con delicadeza—. Te quiero, no voy a ir a ninguna parte.

—Eso es... precioso... —Me sonrío tiernamente—. Pero no he parado una bala por ti... para que ahora... se marche de rositas... —Tose de nuevo—. ¡Ve a por él!

Parpadeo ante sus palabras. No quiero dejarla, me importa una mierda Colton y a dónde vaya, no puedo dejarla aquí y simplemente irme. Observo sus ojos, aún hay fuego en ellos. A pesar de su situación y de la herida en su pecho, su fuerza no se ha apagado.

—Bien.

No quiero, pero lo haré. No dejaré que su valiente acto caiga en saco roto. Lo atraparé y volveré con ella cuanto antes. Me obligo a moverme, no puede huir, no lo permitiré. Pagaré por esto, por todo.

—Lo atraparé por ti, amor —prometo inclinándome para besar su frente.

Uno de mis hombres con formación médica toma mi lugar inmediatamente después de apartarme y ladro un par de órdenes a los presentes sin querer irme dejando ningún cabo suelto.

Antes de irme observo a Victoria, que me mira con una débil sonrisa mientras Daniela presiona su herida y Rodrigo llora sobre su abdomen en silencio. Esta es una imagen completamente desgarradora y haré que Farley pague por ello.

Salgo corriendo a toda velocidad con el arma en la mano. Estoy listo para atraparlo. Su historia acaba hoy. Tres de mis hombres me siguen y nos dividimos para abarcar más terreno.

Unos larguísimos minutos después, a pesar del cordón policial que hemos montado, lo veo escapar por el espacio entre dos coches.

Acelero la carrera tanto como me permiten las piernas. No quiero dispararle, pero lo haré si

no consigo alcanzarlo.

—¡Detente, Farley! —grito a pleno pulmón—. ¡Dispararé si no te paras ahora mismo!

Sigue adelante, pero veo cómo empieza a agotarse. Su carrera es más lenta y sus zancadas más pesadas. Es un hombre de negocios, no es bueno con tanta acción de por medio. Él es quien deja que los demás hagan el trabajo sucio.

—¡Alto!

Finalmente se detiene, aún de espaldas a mí, y alza los brazos en señal de rendición.

—No dispaes —dice con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Pon las manos en la cabeza y date la vuelta muy despacio —digo apuntándole con mi pistola.

Lentamente se va girando hasta quedar cara a cara. Aún nos separan un par de metros, pero verlo sonreír, después de todo lo que ha pasado, me hace querer acabar con la distancia que nos separa para poder partírla la cara.

—Vamos, dispara —me dice con aparente tranquilidad—. Eso es lo que has venido a buscar, es lo que ella quería hacer de todas formas.

—Cállate —escupo con rabia—. Vas a venir conmigo y voy a entregarte. Pasarás el resto de tu vida en una cárcel de máxima seguridad junto a lo peor de la humanidad.

—Me halagas. —Sonríe—. Pero ambos sabemos que no estaré mucho tiempo ahí dentro.

—Con todo lo que tengo sobre ti, no habrá juez que te libre de esta —contesto—. Ya no tienes dinero para sobornar a nadie, estás acabado.

—Dos imbéciles como vosotros no podrán acabar con todo lo que he construido.

—Tienes razón, dos imbéciles no pueden hacerlo —acepto de acuerdo con sus palabras—. Solo ha hecho falta una mujer lo suficientemente valiente y fuerte para conseguirlo.

—¿Victoria? No me hagas reír —se burla.

—Sí, ella. —Asiento—. Te ha vencido, ha sido más lista que tú y te ha humillado en tu propio juego. —Sonríe de lado—. Eso debe doler, ¿no?

—¿Tanto como a ti saber lo mucho que disfruté besándome? —Sé que está intentando molestarme y no le daré el gusto.

—Solo lo hizo para obtener información.

—¿Eso te ha dicho? —Levanta una ceja con interrogación, dando unos pasos más cerca de mí—. No lo parecía cuando gemía en mi oído lo mucho que le gustaba.

Aprieto la mandíbula. No creo ni una palabra de lo que está diciendo, pero es jodidamente difícil escuchar eso y no enfadarme.

—¿Este es tu plan? —pregunto—. ¿Intentar molestarme para que te dispare? ¿Qué crees que vas a conseguir con eso?

—No pretendo conseguir nada, pero quiero que sepas la clase de perra que estás metiendo en tu casa. —Se encoge de hombros como si nada, caminando un poco más cerca.

—¡Quieto donde estás! —grito al notarlo.

—No estoy haciendo nada —se defiende—. Solo estoy hablando contigo. Si no te gusta lo que tengo que decir siempre puedes darte la vuelta e irte.

—No tengo tiempo para esto. —Una imagen de ella tendida en el suelo del almacén, manchada de sangre, se abre paso en mi mente.

—Sí, yo tampoco.

De repente se abalanza contra mí intentando arrebatarle el arma. Es un último intento a la desesperada por controlar la situación, pero no voy a ponérselo fácil, yo soy más fuerte y tengo

mucho más por lo que luchar.

Forcejamos por el arma durante unos segundos. Su codo se clava con fuerza en mi cara cuando intenta darme la espalda y hacer presión contra mi antebrazo. La nariz me duele por el golpe, pero al menos no ha sido en un ojo.

Mantengo los brazos tan estirados como puedo alejando la pistola de mí. El seguro está quitado y no quiero arriesgarme a dispararme a mí mismo por error.

Doy un giro violento que lo desequilibra el tiempo suficiente para que pueda barrer con mi pierna las suyas. Consigo que se tropiece, pero eso no basta para hacerlo caer.

Colton mueve su cabeza hacia un lado y, como el cobarde que es, muerde mi brazo en un acto ruin y desesperado. Mis brazos ceden por el impulso de protegerme, provocando que el arma quede entre nuestros cuerpos.

Con su juego sucio ha conseguido poner una mano alrededor del arma. No lo pienso mucho, sé que no puedo permitirle quitármela, así que cojo impulso y golpeo mi frente contra su cabeza consiguiendo que dé un par de pasos hacia atrás trastabillando.

Recupero el control de la pistola y apunto en su dirección. Colton se abalanza sobre mí con la cara desencajada. Es ahora o nunca, no tengo elección.

Disparo.

Su cuerpo cae hacia atrás por el impacto con un balazo en el hombro. No dejé a Victoria matarlo, no le arrebataré eso, Farley se pudrirá en la cárcel como le prometí.

Me acerco a él y lo veo quejarse por el disparo y maldecir nuestros nombres mientras intenta levantarse. Lo empujo de nuevo hacia el suelo con la mirada fija en la suya.

—Nosotros ganamos, Colton —le digo con voz solemne—. Se acabó.

Varios agentes empiezan a llegar prácticamente salidos de la nada, rodean al hombre y lo obligan a ponerse de pie antes de cerrar las esposas en sus muñecas.

Por fin.

Por fin se ha acabado todo.

Me mantengo junto a mis compañeros hasta que los veo meterlo en el coche. No volverá a escapar. Apenas veo la puerta cerrarse con él dentro salgo corriendo hacia la ambulancia.

Escucho los gritos y los desgarradores sollozos antes de llegar. Kathy y Nathan están aquí, sus rostros desencajados es lo primero que veo al doblar la esquina. Ella llora sin consuelo abrazada al pecho de su hermano, quien trata de mantenerse estoico, pero no puede contener las lágrimas. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

No.

No puede ser.

No.

Lentamente, casi sin ser capaz de hacer reaccionar a mi cuerpo, me vuelvo hacia el vehículo. La imagen que tengo frente a mí es como recibir un golpe en la boca del estómago. Me quedo sin aire y mis piernas tiemblan a punto de fallarme.

Daniela está en el suelo, siendo atendida por un paramédico. Su normalmente bronceado rostro está pálido y cenizo, su mirada perdida está fija en su hermana y parece estar teniendo un ataque de pánico.

Gritos y más gritos provienen de un lado de la camilla, no tengo que verlo para saber quién es. Rodrigo llora, grita y patalea aferrado al brazo inerte de su madre. Nadie se atreve a alejarlo, es desgarrador.

Me armo de valor antes de poder acercarme.

El cuerpo de Victoria se encuentra estirado sobre una camilla de emergencias. Un paramédico trata de detener el sangrado mientras otro salta sobre su cintura y empieza a realizarle la maniobra de Heimlich.

No está respirando.

—No conseguimos restablecer el pulso —grita el paramédico sobre ella—. Te necesito aquí —dice llamando a la chica que está atendiendo a Daniela—. No le encuentro el pulso.

Sus ojos están abiertos, inexpresivos y no respira. Siento como si su mirada estuviera fija en mí, juzgándome y culpándome por llegar demasiado tarde, por fallar en protegerla.

—¡Mamá! —grita Rodrigo a pleno pulmón—. ¡Mamá, despierta! ¡Mamá, no me dejes! ¡Mami! ¡Mamá, por favor! ¡Te quiero! ¡Me comeré las verduras todos los días! ¡Me portaré bien y haré mis deberes!

Pero no hay respuesta. El tiempo pasa imposiblemente lento, segundo a segundo, lo siento como una agonía.

—¡Mamá, por favor! —Solloza—. Abre los ojos, mami. Soy yo, tu niño bonito. Estoy aquí, no te vayas, por favor, mamá. ¡No pegaré más en clase! ¡O sí! ¡Haré lo que me pidas, mami! ¡Pero abre los ojos, por favor!

—No nos dejes... —balbucea Daniela poniéndose en pie a trompicones, tratando de llegar hasta su hermana.

Intento avanzar, pero mis pies son como cemento pegado al suelo. Cada paso es como si intentara mover una montaña.

—¡No me dejes! —empieza a gritar también ella, corriendo el último tramo que las separa—. ¡Prometiste no dejarme nunca! ¡Victoria, por favor! ¿Qué haremos sin ti? ¡Por favor! Abre los ojos, hermana, te lo suplico. No me quiero quedar sola, no soy tan fuerte como tú, no sé qué hacer sin ti. Por favor... Por favor...

La veo derrumbarse de nuevo en el suelo, sin esperanza, sin ningún consuelo ni nada a lo que aferrarse. Es tan triste, toda esta situación es horrible. Victoria ha sido el mundo de estos dos niños, los ha cuidado, mantenido y amado. Ejerció de madre, padre y hermana. Ella es todo lo que tienen.

No puedo dejar de llorar, pero sé que debo estar ahí para ellos. Ante mis ojos veo pasar todo lo que pensé que podría tener. La veo a ella, mi Victoria, conmigo y con los niños, siendo una familia los cuatro. Con Kathy y Nathan siendo los mejores tíos de la historia. Veo felicidad, estaba seguro de que nuestro futuro juntos sería feliz.

Ella lo es todo para mí también.

No puede ser que hayamos estado tan cerca de lograrlo para perderlo todo en un segundo.

¡Maldita sea!

No puede pasar, no puede terminar así.

—Estoy aquí, Daniela, estoy aquí —prometo, abrazándola—. No me iré a ninguna parte.

—Tienes que salvarla, tienes que hacer algo —me pide entre lágrimas—. Por favor, haz algo.

Mi corazón se encoge, roto, desesperado, impotente. No puede ser posible. No puede ser verdad... Victoria...

—¡Está entrando en parada! —grita uno de los asistentes.

—Tenemos que reanimarla ¡ya! —responde el otro tratando de pasar por encima de Rodrigo—. No podemos perder más tiempo.

—Detén el sangrado, no puede perder más sangre.

—No está funcionando —niega con urgencia en su voz—. ¡La perdemos!

—¡Mamá, despierta! —grita Rodrigo desesperado—. ¡Mami!

—Tienes que coger al niño, nos la llevamos al hospital —me informa el hombre.

Observo al chiquillo, jamás había visto algo así. Si pudiera aferrarse a su madre con los dientes, lo haría. ¿Cómo voy a apartarlo? Mi corazón se rompe, pero tengo que ser fuerte por él, por Daniela..., por Victoria.

Todo lo que quiero hacer es aferrarme a ella de la misma forma en que lo hace su hijo, pero no puedo. No puedo porque, si existe la más pequeña posibilidad de salvarla, debemos dejar que se la lleven.

—Vamos, campeón —empiezo a decir, poniendo mis manos sobre sus temblorosos hombros—. Tienes que dejar que se la lleven, ellos van a curarla.

—¡No! —grita aferrándose más fuerte a ella—. ¡Me necesita! ¡Mi mamá me necesita!

—Lo sé, cariño, lo sé. —Asiento con pena—. Pero ahora tienen que llevarla al hospital, no pueden hacerlo si no la sueltas.

—¡No! —niega apretando los bracitos a su alrededor—. ¡Si la suelto no la volveré a ver! ¡Se la llevarán! —dice asustado—. ¡Mamá! ¡Diles que estás bien! ¡Mamá, abre los ojos!

—Lo siento mucho —le digo, aunque sé que no está escuchándome—. Perdóname...

Rodeo su pequeño cuerpo y empiezo a ejercer fuerza hasta conseguir separar poco a poco sus brazos de Victoria. Gruesas lágrimas ruedan por mi cara mientras escucho sus gritos desconsolados y observamos a los paramédicos meter la camilla en el vehículo.

—Por favor —suplico apretando en un abrazo al niño aferrado a mi cuello—. Por favor. A quien sea que me escuche, sálvala, por favor. No dejes que muera. No nos la quites tan pronto.

Capítulo treinta y uno

Te necesito

NATHANIEL

El estado de Victoria no mejoró cuando llegó al hospital. Si bien consiguieron estabilizarla y que su corazón volviera a latir después de poco más de un minuto sin respuesta, había perdido mucha sangre.

Nosotros llegamos detrás de la ambulancia y rápidamente se llevaron a Dani a una habitación separada para poder realizar una transfusión de sangre y, tras horas de intervención, consiguieron sacarla del estado crítico.

De eso hacía dos semanas.

Victoria aún no se había despertado. Los médicos dijeron que eso era una posibilidad, que no nos preocupáramos.

Pero desde entonces ya ha pasado otra semana más.

Un total de tres semanas desde su ingreso.

Ahora nosotros estamos preocupados y ellos también. No saben cuándo despertará, tampoco si lo hará. Los próximos días serán decisivos, si no despierta... No queremos pensar en lo que ocurrirá entonces.

Lo cierto es que, aunque la bala había sido muy dramática y realmente engorrosa, no había sido lo único y, tal vez, no lo peor de todo. Dos costillas rotas, y una casi perforando un pulmón, conmoción cerebral, diversas contusiones y una enorme hemorragia interna que apenas habían logrado contener también influyeron.

Los médicos dijeron que era un milagro que siguiera respirando, pero ellos no saben lo fuerte que es mi amiga. No hay nadie más resistente que ella. Podría ser arrollada por un camión y se levantaría del suelo como si nada, dispuesta a trabajar y a mantener a su familia.

Ese es su motor.

Victoria ama tanto a su familia que no hay nada que no pueda lograr por ellos, y es por eso por lo que tenemos esperanza, porque es la jodida Victoria “Macho” González. Una campeona invicta, una mamá y hermana oso, y una amiga leal y querida.

Hemos estado turnándonos entre todos para venir a verla, no queríamos que despertara sola si eso sucedía, aunque no había signos de que fuera a pasar pronto.

Al principio tratamos de evitar que Dani y Rodrigo vinieran al hospital, pero finalmente fue imposible. Daniela se escapaba de clase para venir y que no la pilláramos y el pequeño se negaba a comer o a dormir. Ver a cualquiera de los dos era realmente doloroso, era como si les hubieran arrancado la vida.

Nosotros también nos sentimos así. Mi hermana se ha recluso en su habitación, solo sale de casa para venir al hospital o cuando Rayder tiró la puerta abajo y la obligó a salir.

Son una pareja extraña estos dos y tampoco es que a mí me guste imaginarme a mi hermana con ningún chico —qué asco—, pero Rayder es un buen tipo y ahora mismo, a pesar de su propia tristeza, está haciéndole mucho bien a Kathy, por lo que no hay ninguna queja por mi parte.

Y luego está Carter. Ni siquiera sé qué decir sobre él. Camina como un alma en pena y al

último enfermero que trató de sacarlo de la habitación tuvieron que darle puntos en una ceja. Aún no sé cómo no le han prohibido la entrada al hospital después de eso, supongo que no será el primero que reacciona de forma agresiva a una situación como esta.

No es propio de él, después de golpearlo se sintió tremendamente culpable y se deshizo en disculpas. El hombre entendió que era un momento delicado y no se lo reprochó, aunque si le advirtió que no volviera a hacerlo o tendría que llamar a la policía. Irónico.

El chico ha estado acampando aquí, ni siquiera se va para ducharse, cambiarse de ropa, dormir o comer. Nos tiene preocupados, si sigue con este ritmo pronto tendrán que ponerle una habitación aquí del mismísimo agotamiento.

Diría que lo único bueno, aunque desde luego no compensa ni de lejos esta situación, es que Colton pagará por ello con creces.

—Vengo a relevarte.

Aparto la vista de mi amiga para poner mi atención en Kenzie, que acaba de entrar en la habitación del hospital. Una parte de mí se alegra de verla, pero lo cierto es que no puedo evitar preguntarme por qué está aquí.

Victoria y ella ni siquiera son amigas, no creo que cruzaran más de un par de palabras desde que se conocieron. Incluso sé de buena tinta que se han dedicado algunas malas palabras a espaldas de la otra.

Toda ayuda es bienvenida, desde luego, pero no puedo evitar preguntarme por qué lo está haciendo. Entiendo que Carter es su amigo y que yo... Bueno, lo que sea, pero, aun así..., no lo sé. Algo no me encaja, aunque quizá solo sea yo sobreanalizando demasiado las cosas después de tanto tiempo sin dormir bien.

—¿Alguna novedad? —pregunta en voz baja, entrando en la habitación al tiempo que me levanto de la silla junto a la cama.

—Nada por ahora. —Sostengo la mano de Victoria con la mía, observándola con esperanza.

Con la forma en que ha vivido los últimos meses estábamos preocupados. Sabíamos que era una posibilidad, pero al mismo tiempo era una de esas cosas que creías que nunca pasarían.

—Despertará, estoy segura —dice acariciando mi espalda en señal de consuelo—. No he conocido nunca a una mujer más dura que ella, lo lograré. Además, tiene mucha gente que la quiere, seguro que no se lo perderá.

—Eso espero... —Trato de sonreír a medias, no puedo pensar en un escenario en que ella no despierte—. ¿Cómo has estado tú?

—¿Yo? —pregunta extrañada—. Bueno, bien, supongo —responde apartando sus ojos de los míos—. Estoy un poco abrumada con todo esto, la verdad, pero cómo esté yo no es lo importante. ¿Cómo está Carter? ¿Y los niños? —Cambia de tema.

—Ya sabes..., no está siendo fácil para ninguno.

En ese momento el timbre en mi teléfono empieza a sonar y veo como Kenzie salta automáticamente y se lleva la mano al bolsillo de su pantalón, donde debe estar su teléfono. La observo brevemente y veo cómo me dedica una sonrisa nerviosa. No entiendo su reacción.

—¿Quién es? —pregunta.

—Rayder —contesto observando el nombre en la pantalla—. Está con mi hermana, cuidándola. Al parecer se ha vuelto a encerrar en el baño y se niega a salir de casa. Quiere saber si puede tirar la puerta abajo. —Suspiro con cansancio—. Ya es la tercera puerta que derriba...

Qué desastre. ¿Cómo tu mundo puede desmoronarse tan fácilmente en apenas unos

minutos? Observo a mi amiga, sus ojos siguen cerrados y su respiración es lenta y regular. Si no lo supiera, pensaría que solo está durmiendo, descansando, como si nada hubiera pasado.

La realidad, desgraciadamente, es otra. Las vendas que cubren su cuerpo, la intravenosa en su mano y el tubo que la ayuda a respirar en su boca plantean una imagen muy diferente.

—Todo irá bien —repite.

Su mano se posa sobre mi hombro y la desliza por mi brazo hasta sostener la mía. Por un momento nos miramos a los ojos y puedo ver tantas cosas contradictorias en ellos que no sé qué pensar. Suspirando, aparto esos pensamientos de mi mente. No necesito más preocupaciones o ver fantasmas donde no los hay.

Ahora mismo su apoyo es muy importante para mí, pasar tiempo con ella distrae mi cabeza de todas las cosas horribles que han estado pasando últimamente. Es un bálsamo y la pieza que me mantiene en mi lugar estos días. Roro y Dani están viviendo en casa de Carter por ahora, su familia ha estado ayudando en todo lo posible y dándoles apoyo en cualquier cosa que necesitaran.

Supongo que ven lo mismo que los demás. Ahora mismo él no es capaz de cuidar ni de sí mismo, pero cada vez que menciono que podría llevarme a los niños conmigo pierde los papeles. De alguna forma, lo entiendo. Tenerlos con él alivia su soledad y el remordimiento.

Le hemos dicho mil veces que esto no es culpa de nadie más que de Colton y, aunque nos dice que lo sabe y que está bien, yo sé que no es así.

Conozco a mi amigo lo suficiente para saber que se culpa de esto y que, si pudiera cambiar su lugar con el de ella, lo haría sin pensarlo. Cree que podría haberlo evitado de alguna manera, lo veo en sus ojos cada vez que la mira, pero algunas cosas son inevitables.

Aprieto la mano de Kenzie con la mía, necesito sentir su contacto para no perder la calma. Todo estará bien. Tiene que estarlo.

CARTER

Me siento como si estuviera viviendo un *déjà vu*, solo que mil veces peor.

Tres semanas. Tres. Malditas. Semanas.

Todos estos días sin ella han sido una mierda constante. Mantener la esperanza es cada vez más difícil con cada nuevo día que pasa.

Sentarme aquí, sosteniendo su mano, esperando un momento que parece no llegar nunca..., está acabando conmigo. Cómo quisiera poder borrar lo ocurrido, sustituirlo por otro momento, otra cosa... Lo que sea que me permita volver a tenerla a mi lado. Hemos pasado por tantas cosas juntos y, sin embargo, hemos tenido tan pocos momentos realmente felices que, por un segundo, me permití pensar que todo podría ir bien. Menuda mierda.

Viéndola de esta manera, indefensa, pequeña y dañada, no parece la Victoria que yo conocía, tan llena de vida, fuerte y poderosa. No es así ahora y eso me pone la piel de gallina. El contraste es brutal, demasiado impactante el cambio de lo que fue a lo que vemos ahora, y eso encoge mi corazón hasta el punto de no poder respirar.

Pienso en las mil cosas que pudimos hacer diferentes para evitar llegar a este punto, pero eso ya no importa, porque no hay manera de volver atrás en el tiempo y cambiar lo que sucedió aquel día.

Mi único consuelo, uno muy pequeño, es que Colton ha salido finalmente de nuestras vidas para siempre. Su juicio tendrá lugar en una semana. Quieren asegurarse de dar ejemplo con él y

que pague por todo el daño que ha hecho, no solo a nuestras familias, también a todas las personas que se han visto afectadas por sus oscuros negocios.

Sostengo su mano en un ligero apretón reconfortante. Aunque me digo que estoy aquí por ella, para que no se despierte sola, sé que en realidad solo estoy siendo egoísta y, tal vez, algo controlador. Necesito saber en todo momento qué hacen por ella los médicos y soy incapaz de confiar su cuidado a otras personas que no seamos nosotros.

Hace unas horas llegué con Dani para ver a su hermana. La niña lloró en silencio tanto tiempo como estuvo en esta habitación hasta que, finalmente, la envié a mi casa con Kenzie. Rodrigo también se está quedando conmigo.

Al principio pensé que era estúpido, que quizá estarían mejor con Kathy o con Nathan, a quienes conocen de toda la vida, pero solo pensar en alejarlos de mi vista provoca que mi garganta se cierre y un frío cortante suba por mi espalda. Temo que algo les pase si no estoy con ellos, tal y como ha ocurrido con Vicky. La perdí de vista un momento y, cuando volví, ya no respiraba.

Sé que no es justo, que no es racional, pero no puedo evitarlo ahora mismo. Hasta que Colton haya ingresado definitivamente en prisión no podré sacarme esta sensación del cuerpo, esta necesidad de hipervigilancia constante.

Pensar en lo ocurrido y en Victoria siempre me llena de una extraña mezcla de anhelo y miedo a partes iguales. Es una mujer fuerte y totalmente independiente que claramente no quiere la ayuda de nadie en su vida, y yo respeto y admiro esa parte de ella.

Aun así, sigue siendo humana, no puede hacerlo todo sola, y me gustaría ser para ella esa persona en quien pueda apoyarse cuando necesite ayuda, siempre que ella lo elija.

Dijo que me quería, pude sentir la verdad en sus palabras y no voy a ponerlas en duda solo porque estaba en una situación de estrés pensando que iría a la cárcel o moriría. No. Victoria es mucho más que eso, no diría algo sin estar cien por cien segura de que así es como se siente exactamente, no importa que estuviera en una situación límite. La quiero por eso también.

Desde el mismo instante en que nos conocimos hubo algo que tiraba de mí hacia ella. Siempre fue ella. No importó cuánto luché al principio contra ello, sobre todo después de nuestra desastrosa cita. Dio igual, al final mi mente siempre acababa gravitando hacia ella.

Esa cita —no puedo evitar reírme— creo que podría haber sido peor, pero, sin duda, no había forma de que tuviéramos una segunda cita después de esa.

Me doy cuenta entonces de que nunca tuvimos una segunda oportunidad en una cita. Nos hemos visto muchas veces en los últimos meses, pero nunca en una cita real. No la llevé a hacer nada de esas típicas cosas que se deben hacer. Nunca fuimos a ver una película al cine ni la invité a cenar o lo que sea que haga la gente en una cita normal.

Tuvimos algunos encuentros que tal vez pueden calificarse como tal, pero, en mi opinión, no pueden contar de verdad. Había demasiados secretos y mentiras entre nosotros, escondíamos muchas cosas al otro, entre ellas nuestros sentimientos.

¿Cómo nos costó tanto decidirnos a confesarnos? Pensándolo ahora, fuimos unos tontos. Podríamos haber hecho mucho más juntos que separados, sin todo ese maldito equipaje sobre nosotros.

Lo quiero todo con ella, esa es la verdad. No puedo imaginarme un futuro sin que estemos juntos, los cuatro, formando una nueva familia. Sé que eso es lo que quiero y sé que eso nos hará feliz.

Solo necesito que ella despierte.

Que regrese con nosotros para poder volver a presenciar su sonrisa orgullosa al ver a su hijo, para escucharla tener conversaciones absurdas con su hermana y para que pueda volver a mirarme con esos enormes y preciosos ojos gigantes.

Adoro la forma en que me mira y solo quiero poder verla así de nuevo, pero, sobre todo, quiero que se despierte porque de alguna forma extraño nuestras discusiones más que nada.

Recordarla tan llena de vida en esos momentos, con el labio ligeramente torcido y la nariz arrugada cuando sabe que digo algo estúpido solo para poder molestarla, porque me encanta la expresión que pone cuando lo está.

Esos momentos... Vivo y rezo por volver a tener esos momentos. La complicidad, las risas y el amor. Solo quiero que todo eso vuelva y prometo cuidarlo y protegerlo hasta mi último aliento.

—Por favor, despierta, nena —le pido besando su mano. Mis ojos están fijos en ella—. ¿Quién me recordará que soy un idiota si tú no estás? Te necesito, joder. Nena, te amo.

Epílogo

Victoria

UN AÑO DESPUÉS

«Oh, Dios... No aguantaré mucho más».

Presiono mis manos contra el duro azulejo de la ducha. Detrás de mí siento las manos de Carter clavándose en mis nalgas mientras golpea rápido y fuerte en mi interior.

No puedo evitar volver la cabeza hacia atrás para poder mirarlo. Inmediatamente se forma un nudo ardiente y necesitado dentro de mí. «Es tan caliente». Casi no puedo soportarlo, él es tan grande y la sensación de su miembro deslizándose contra cada una de mis terminaciones nerviosas, esa zona tan delicada y sensible a la que solo él puede acceder, es abrumadora.

—Joder, estas son las mejores vistas que he tenido en mucho tiempo —gruñe detrás de mí mientras una de sus manos se desliza por mi espalda—. Eres tan condenadamente bonita.

Su voz se ha vuelto más grave, más ronca, casi como si sus palabras no pudieran salir correctamente y en su lugar fueran gruñidos. Adoro cuando me habla de esta manera, hace cosas increíbles en mis partes divertidas y en mi mente, prácticamente me convierte en masilla en sus manos.

—Voy a correrme, Victoria —gruñe—. Pero quiero que tú seas la primera, tienes que correrte por mí, nena.

«Dios...». Estoy tan cerca del borde, solo un poco más, un poco más y estaré ahí.

—Tócate. —Su cuerpo se mueve hasta cubrir el mío desde atrás y su boca roza mi oído en una dulce caricia muy discordante con la indudable orden de su voz—. Hazlo, tócate, cariño.

Soy incapaz de ignorar su voz caliente y sus órdenes sucias, así que antes de poder pensarlo demasiado deslizo una de mis manos hacia abajo entre mis piernas, hasta sentir el núcleo de mi propio deseo.

Froto mi dedo contra la pequeña protuberancia y no puedo evitar el gemido que se escapa de mi boca casi demasiado alto.

—Shh —me insta acariciando mi costado—. No podemos hacer ningún ruido, ¿recuerdas? No queremos que nos interrumpen.

Por supuesto, no queremos que su familia o la mía nos encuentre en esta situación. No puedo creer que hayamos acabado aquí. Por otro lado, no hemos podido quitarnos las manos de encima desde que el médico me dio el alta completa.

Así que aquí estamos, escondidos en el baño del cuarto de invitados de la casa de su madre, donde Carter se ha colado sin vergüenza cuando he subido a ducharme después de jugar con Roro en la piscina.

—Esa es mi chica —murmura lentamente—. Puedo sentir cómo te aprietas a mí alrededor. Déjalo ir ahora, tigresa. Dámelo a mí.

No necesito mucho más. Un golpecito rápido, un duro empujón de su parte y estoy cayendo fuerte en uno de los orgasmos más intensos que he tenido hasta la fecha.

Escucho el gemido ronco de Carter cuando su cuerpo culmina en mi interior y no puedo evitar responder con uno propio. Sienta tan bien. Agradezco el ruido de fondo que hace el agua al caer sobre las baldosas, pero no puedo evitar preguntarme si nos habrán escuchado.

Mis piernas ceden sin que yo pueda hacer nada, demasiado agotada para sostenerme ni un

segundo más, pero él está ahí, mi Carter está ahí para sostenerme contra su cuerpo, y sus brazos me rodean protectoramente.

—Te tengo, amor.

—Siempre me tienes. —Sonríó dándome la vuelta para poder verlo.

—Aunque sé que no lo necesitas.

—Un poco de ayuda nunca viene mal.

Puedo ver el asombro ante mi afirmación una fracción de segundo antes de que sonría.

—Sobre todo si esa ayuda acaba aquí. —La mirada maliciosa que me dedica es todo el aviso que recibo antes de que sus dedos empiecen a jugar con el nudo que hay entre mis piernas.

—¡No! —me quejo entre risas—. No podemos hacerlo de nuevo, tenemos que bajar.

—Yo sé a dónde me gustaría bajar ahora y no es a la cocina —se burla moviendo las cejas de forma juguetona.

—Basta. Eres un tentador, ¿lo sabías?

—Tú eres quien me tienta —dice abrazándome—. Solo respiras y yo ya estoy listo para hacerlo durante horas.

—Tan romántico, mi hombre. —Ruedo los ojos sin poder dejar de sonreír.

Finalmente logro convencerlo de ponernos en marcha para reunirnos con el resto de la familia en la planta inferior. Con cuidado, me ayuda a salir de la ducha y envuelve mi cuerpo con una toalla antes de envolver una segunda sobre sus caderas.

Bien, su cuerpo es algo de lo que no me cansaré nunca. Digno de admirar, sí, señor. Esos bíceps abultados, sus hombros anchos y su perfecto y cincelado conjunto de abdominales... «¿Soy yo o hace mucho calor de repente?».

Caminamos juntos hasta la habitación, sonrío mientras se sienta en el borde de la cama y no deja de mirarme cuando me mueve hasta acomodarme entre sus piernas.

—Deja que cuide de ti un poco más. —Asiento sin apartar mis ojos de los suyos.

Soy feliz, es así de simple.

Desperté en el hospital para encontrarme con este hermoso hombre diciendo que me amaba y que me necesitaba, y ahora, un año después, solo puedo pensar en la suerte que tiene Carter de que corresponda sus sentimientos.

Mentalmente me río de mi propia broma. Sí, ambos tenemos suerte de tenernos el uno al otro.

—¿Cómo está tu brazo? —pregunta pasando la tela suavemente por la cicatriz de la bala.

Sigo sonriendo, a pesar de sentir una ligera punzada en el pecho, aunque todo fue a las mil maravillas y conseguí recuperarme por completo casi milagrosamente.

El disparo desgarró algunos de mis tendones y afectó a mi manguito rotador, por lo que ya no puedo moverme como solía hacerlo sin sentir un fuerte tirón en el brazo. Eso quiere decir que se acabaron los combates para mí.

Fue un duro golpe, no puedo negarlo. Enterarme de que no podía seguir peleando me dolió, aunque no tanto como pensaba. De alguna forma sabía que mi momento había terminado.

Siempre luché con rabia, alimentada por la ira y el dolor. Ya no me sentía de esa manera. Lo había dejado ir, por lo que pelear ya no era necesario, no necesitaba ese tipo de catarsis.

En lugar de eso decidí acudir, finalmente, a un experto y dejar que me asesorara en cómo superar mi dolor y vivir con las consecuencias de todo lo que me ha sucedido.

No ha sido fácil y aún hay días en los que siento que me vuelvo a hundir, pero, cuando eso pasa, solo recuerdo que sobreviví y que tengo a un pequeño grupo de personas increíbles para

apoyarme y quererme.

—Estoy bien. —Acaricio su rostro donde puedo notar una ligera expresión de angustia—. No siento ningún dolor, amor.

—Estoy feliz de escuchar eso.

Continúa secando mi cuerpo mientras mantenemos una charla amena sobre cualquier cosa, es un momento íntimo entre nosotros y yo atesoró cada uno de ellos.

De repente, el sonido de su teléfono interrumpe nuestro pequeño juego. Ruedo los ojos, odio que nos interrumpan y, desde que lo ascendieron tras el arresto de Farley, eso es lo que sucede cada vez que suena el teléfono.

—Será solo un momento —promete poniéndose unos pantalones flojos de chándal antes de salir al pasillo con una camiseta y el estridente teléfono en la mano.

La detención y posterior caída del imperio de Colton trajo muchos cambios para nosotros. Esperaba unirme a su destino, encerrada en una penitenciaría de mujeres; me preparé para ello y, mentalmente, estaba lista para sacrificar lo que me quedaba de vida entre esas cuatro paredes de hormigón, sabiendo que mi familia estaba a salvo. Por suerte, eso nunca estuvo sobre la mesa.

Mi participación y las pruebas que recaudé, junto a mi testimonio, fueron claves para acabar con él. Sin mí no lo hubieran conseguido, y eso me dio la libertad. El jurado concluyó que todo cuanto yo había hecho fue siempre en defensa propia y bajo coacción. Incluso agradecieron y elogiaron mi sacrificio. Si me lo hubieran dicho hace unos años, nunca lo habría creído.

Me dejaron en libertad sin consecuencias legales, volví junto a mi familia y aquí seguiré hasta el final de mis días. Nunca me atreví a soñar con un final como este, uno donde pudiera ser feliz junto a las personas que quiero.

Sin duda, nuestras vidas han cambiado y estoy feliz con eso. Ya no me siento débil o dependiente cuando alguien me ayuda. Sigo siendo esa mujer fuerte que se sacaba las castañas del fuego ella sola, aunque de vez en cuando no me importa admitir que tener a alguien en quien apoyarse es realmente un alivio.

Tenemos nuestros problemas, como todo el mundo. Ambos tenemos personalidades muy fuertes y chocamos con bastante frecuencia, pero realmente creo que eso nos une más. No las discusiones en sí, me refiero a la reconciliación. Y sí, hablo de sexo, pero no es solo eso.

Nunca se nos dio bien comunicarnos entre nosotros ni ser sinceros con lo que pensamos o sentimos, y realmente estamos trabajando en cambiarlo. Que hagamos esto cuando la salida fácil sería separarnos me dice lo mucho que nos queremos.

Nos respetamos, tratamos de entender el punto de vista del otro y llegar a un acuerdo. De alguna forma supongo que hemos empezado algo bueno y que, con un poquito de trabajo, lo convertiremos en algo mágico.

Sonríó mientras terminé de vestirme. Tenemos una buena vida. Aunque ya no pelee, sigo metida hasta los codos en el gimnasio de Nathan. Ahora trabajo allí como entrenadora y también doy clases de defensa personal.

Ya no necesito el boxeo como lo hacía antes. Sí, el dinero era genial, pero sacar mi odio y mi rabia a golpes era lo único que saciaba mis entrañas.

Ahora no hay dolor ni ira, me siento liberada y las descargas de adrenalina no son necesarias como solían serlo. Sin embargo, aunque ya no lo necesito, sigue estando en mis venas. Con el tiempo, eso ha sido algo que ha acabado creciendo en mí y no quiero dejarlo por completo.

Nunca consideré que sería buena siendo instructora. Antes no tenía la paciencia para

ayudar a nadie a entrenar y no se me habría ocurrido si no hubiera sido por aquella chica a la que enseñé algunos movimientos hace unos meses.

En realidad, fue gracias a ella que estoy haciendo esto ahora. Acudió a mí de nuevo, pero esta vez vino con un par de amigas. Les había hablado de mí y querían unirse a nuestras sesiones semanales. Nathan vio una oportunidad de negocio y me lo propuso, y estoy feliz de haber aceptado.

Por lo demás, las cosas siguen relativamente como siempre. Kathy y su cafetería —aunque Rayder ronda el lugar más que nunca— siguen igual. Ya no trabajo allí tanto como solía hacerlo, el nuevo trabajo me ocupa mucho tiempo, pero aún voy a echar una mano los fines de semana.

Por otro lado, Nathan parece más distraído de lo normal, creo que se ha echado una novia secreta o algo así. La verdad, no le vendría mal divertirse un poco y alejarse del trabajo durante unos días. Ha estado con el ceño fruncido y encerrado en su oficina las últimas semanas.

Daniela y Rodrigo están encantados con nuestra nueva vida y, sobre todo, con dejar de vivir en ese motel de mala muerte.

A pesar de mis muchas protestas, estamos viviendo en casa de Carter desde hace unos meses. Al principio él solía venir a visitarnos constantemente, hasta que llegó un punto en que parecía que vivía con nosotros, incluso vació un cajón y parte del armario para sus cosas.

El apartamento era un espacio pequeño y, dado que pasábamos la mayoría del tiempo juntos, parecía un desperdicio de dinero seguir viviendo separados.

Vale, no es del todo cierto. Eso es lo que digo cuando quiero hacerme la dura, pero la verdad es que no podía pensar en que Carter no fuera lo último y lo primero que mis ojos vieran al cerrarse por las noches y al abrirse por las mañanas.

Y bueno..., he de admitir —muy a mi pesar— que contribuir en los gastos del piso de Carter era mejor que seguir pagando ese horrible motel.

Además, los niños están encantados de tener cada uno una habitación propia y... una de invitados para mi padre.

Después de todo lo ocurrido con Colton, mi declaración y una revisión del caso de mi padre, conseguimos que fuera puesto en libertad con todos los cargos retirados. Es un hombre inocente y libre, lo que siempre debió ser.

Ahora vive en un bonito apartamento cerca de nosotros y nos visita tanto que parece ser parte del mobiliario de la casa. No podría ser más feliz.

—Cariño.

«Hablando del rey de Roma...». Me vuelvo hacia la puerta, donde mi padre me sonríe con una mezcla de orgullo y felicidad. Camino rápido hacia él y lo abrazo. Desde que regresó a nuestras vidas no puedo dejar de hacerlo.

—Ya estamos listos para soplar las velas.

Oh, sí, hoy es el cumpleaños de mi Roro. Pienso en cómo fue el último que celebramos: un trozo de tarta que sobró de la cafetería, unas piezas de construcción que redujeron el presupuesto de comida a la mitad y un par de figuras de acción que Dani había robado esa mañana, todo envuelto en papel de periódico.

Al menos puedo decir que mi hijo siempre ha estado rodeado de gente que lo adora más que a cualquier cosa.

Este año tiene una verdadera tarta de cumpleaños con su nombre y unos bonitos regalos comprados —no robados— y envueltos en papel brillante de colores.

Y aunque recordar cómo eran nuestras vidas entonces hace que mi corazón se encoja en un

puño, sé que mi hijo siempre tuvo lo más importante: el amor de su familia.

—Vamos, no queremos quedarnos sin pastel. —Sonríe mi padre, enlazando su brazo con el mío—. Tu hijo se ha vuelto un devorador de dulces.

—¿Y de quién es la culpa? —le pregunto enarcando una ceja—. No dejas de consentirlo con golosinas cada vez que vienes de visita. Pienso pasarte la factura del dentista.

—No puedes culpar a un abuelo por querer consentir a su nieto, estoy recuperando el tiempo perdido. —Sonríe, encogiéndose de hombros, sin darle importancia.

—Oh, papá... —Me detengo observándolo frente a frente. Sí tiene importancia.

Es un tema doloroso para nosotros. Ni siquiera estuvo cuando dí a luz y sé que eso es algo que lo atormenta, el haberse visto obligado a dejarme sola cuando más lo necesitaba.

—No me hagas caso, estoy aquí ahora, eso es todo lo que importa —dice besando mi mejilla—. No voy a perderme más momentos importantes.

—No si de mí depende. —Asiento devolviéndole el beso.

—Por lo que o retomamos el camino o voy a perderme toda la fiesta —insiste.

No puedo evitar reírme porque sé que está exagerando. Él también tiene muchas ganas de comer pastel, Roro lo heredó de él, ambos se vuelven locos por un poco de chocolate.

Bajamos las escaleras y veo a Carter alborotando el pelo de mi hijo mientras ambos ríen a carcajadas. Daniela está sacando fotos de todo y puedo ver lo bien que le está sentando nuestra nueva vida. Sus ojos se iluminan cuando nos ve a papá y a mí entrar en la cocina y rápidamente corre para rodearnos en un fuerte abrazo.

Por encima de su hombro veo a la madre de Carter, a sus hermanas y a sus respectivas parejas e hijos. Kathy y Nathan también están aquí, al igual que Kenzie y Rayder, todos ellos han venido para celebrarlo con nosotros.

Mis ojos se aguan, no puedo parar de sonreír. Toda esta gente está aquí por nosotros, porque somos una familia, porque nos amamos. Hemos conseguido crear algo bueno de una situación de mierda. Logramos superar cada una de las piedras del camino y ahora no podría ser más feliz.

¿Qué más puedo pedir?

Tengo de vuelta a mi padre, el futuro de mi hijo y mi hermana ya no es incierto y el hombre más maravilloso del mundo se acerca a mí desde el otro lado de la habitación como si yo hubiera colgado las estrellas en el cielo.

—¿Lista para celebrar el cumpleaños de tu hijo? —pregunta rodeando mi cintura cuando Dani y mi padre se acercan a Roro—. Está mirando al pastel de chocolate como me miras tú a mí cuando me quito la camiseta —susurra en mi oído para que nadie más lo escuche.

—Egocéntrico. —Me río con deleite. Pero la verdad es que sí, lo admito, no puedo evitar babear cuando Carter se desnuda frente a mí—. Y es nuestro hijo, no lo olvides.

—No, no lo olvido. —Asiente con la emoción en sus ojos—. Nunca lo olvidaría.

Hace solo unos días tuvimos un pequeño accidente en la piscina. Rodrigo aún no sabe nadar muy bien sin su flotador, no es como si yo hubiera podido llevarlo a natación antes, pero ahora está aprendiendo y le encanta estar en remojo.

Ese día estábamos Carter y yo con Roro jugando en la piscina. En un momento dado tuve que entrar a atender una llamada de Nathan y ambos se quedaron solos. Carter me contó que sacó al pequeño de la piscina y dejó su flotador junto a las tumbonas.

El problema vino cuando Rodrigo se enfadó porque no quería salir del agua todavía y empezó a correr alrededor de la piscina mientras él intentaba atraparlo. Así que, de alguna

manera, acabó resbalando y cayendo al agua.

Recuerdo que fue un día como cualquier otro, salí de la casa y me encontré con todo el desastre que se había formado en apenas un momento. Antes de que siquiera pudiera empezar a correr hacia ellos, Carter ya se había lanzado a la piscina para rescatar a mi hijo y entonces Roro lo dijo, alto y claro:

«¡Papi! ¡Papi, socorro!».

Creo que yo misma patiné cuando lo escuché, casi me caigo de culo. Era la primera vez que Roro llamaba así a Carter y, aunque fui muy feliz al escucharlo, deseé que no hubiera tenido que esperar a caerse al agua para decirlo.

Por suerte, Roro se cayó en una parte de la piscina muy poco honda, por lo que, si hubiera dejado de chapotear frenéticamente, en algún momento se hubiera dado cuenta de que hacía pie de sobra. Así que todo quedó finalmente en un susto y no corría un peligro real de ahogarse.

Y lo mejor de todo, algo por lo que todavía estoy burlándome de mi pobre pareja, es que él ni siquiera llegó a escucharlo. La primera vez que Roro lo llamó «papá», él estaba demasiado ocupado tragando agua para poder escucharlo. Carter lloró cuando se lo dije, estaba demasiado emocionado como para poder decir nada y yo..., bueno, no pude evitar reírme un poquito de su mala suerte.

Llevaba esperando meses a que lo dijera, era una conversación que habíamos tenido cuando él me confesó que empezaba a ver a Roro como su hijo también y yo estuve de acuerdo. Ambos habían formado un vínculo muy fuerte y yo estaba muy feliz de que eso sucediera.

Así que cuando después de tantos meses de duro soborno con dulces y maratones de *Buscando a Nemo* por fin lo llamó papá, no pude evitar reírme. ¿Soy malvada por eso? Sí, lo soy. Y no tengo ningún tipo de remordimiento.

A fin de cuentas, desde que lo dijo por primera vez no ha parado de repetirlo. Estoy cansada de escuchar a todas horas: «papi esto» y «papá lo otro». Me hace feliz escucharlo, pero también me pone un poco celosa.

—¡Mamá, papá! ¡Vamos! ¡Tenemos que pedir un deseo! —nos llama nuestro hijo frente a su vela encendida.

—Ya vamos, mi campeón.

Caminamos juntos hasta situarnos a cada lado de Roro y, mientras nuestra familia canta una canción de cumpleaños, nosotros cerramos los ojos para pedir nuestros deseos. Lo normal es que solo el cumpleañosero sea quien lo haga, pero mi niño insistió en que nosotros nos mereciáramos también un deseo y que a él no le importaba compartir. Adorable.

Cuando termina la canción, soplamos las velas y abrimos los ojos mientras todos empezamos a aplaudir.

—¡Mami! ¡Mami! ¿Qué has pedido?

—Nada, mi amor, yo ya tengo todo lo que deseo.

Puedo ver la confusión de mi hijo en cuanto digo esas palabras. Supongo que es algo difícil de entender para un niño de su edad. Bendita inocencia.

Inmediatamente siento los labios de Carter besando mi cabello desde atrás y rodeando mi cintura con los brazos. Alzo los ojos para encontrarme con las sonrisas de las personas que quiero mirándome con amor y comprensión, y tengo claro que no podría pedir más. Esto es lo que siempre he deseado.

—Pues yo he pedido un hermanito, mamá —anuncia como si nada—. ¿Puedes decirle a la cigüeña que se dé prisa?

Daniela escupe todo el líquido que acaba de beber sobre la camisa de mi padre mientras el resto de la habitación empieza a reír tontamente con sus ojos fijos en nosotros.

Dos segundos después siento a Roro coger su pastel y salir corriendo de la cocina. Mi niño es un goloso que no quiere compartir su comida. Sí, he creado un monstruo.

La familia de Carter sigue a nuestro hijo hasta el salón, donde pronto se unen mi padre y mi hermana con platos y cubiertos para cortar la tarta.

—La cigüeña está tratando muy duro de conseguirlo, hijo, créeme —dice cuando nos quedamos solos en la habitación, aunque Roro no puede escucharlo porque ha sido el primero en escaparse.

Prácticamente me convierto en la niña del exorcista al escuchar las palabras de Carter. Giro tan rápido la cabeza que me sorprende no haberme hecho ninguna contractura.

Está sonriéndome con esa mirada inocente que grita «no he roto un plato en mi vida», pero la expresión desvergonzada en el resto de su rostro me dice que sabe exactamente lo que está diciendo.

—Bueno, pues puedes decirle a esa cigüeña que no habrá hermanito hasta que mamá tenga un anillo en su dedo —respondo mostrándole mi dedo corazón con burla.

—No te preocupes, amor, la cigüeña lo tiene todo pensado —dice guiñándome un ojo.

—Espero que sea algo bueno.

—Te aseguro, tigresa, que si me das una hora solo usaré los cincuenta y cinco primeros minutos para convencerte y los otros cinco para escucharte suplicar.

Esa frase me transporta inmediatamente al momento en que nos reencontramos, justo antes de uno de mis combates. En esa ocasión yo dije algo similar.

—*Carter Hall, tigresa. Dame una hora y lo estarás gritando tan fuerte que no lo volverás a olvidar.*

—*¿Una hora? ¿Y qué piensas hacer con los cincuenta y cinco minutos después de que acabes?*

—*Escucharte suplicar por más.*

No puedo creer que aún se acuerde eso, ha pasado tanto tiempo.

—Te diré dos cosas —empiezo girándome en sus brazos para poder rodear también su cuello—. En primer lugar, yo no suplico y, en segundo lugar, no necesito que me convenzas.

Nuestros labios se encuentran a mitad de camino del otro y sé, a ciencia cierta, que jamás me cansaré de besarlo. La forma en la que me abraza, cómo me toca y me acaricia me hace sentir como nunca.

Es como estar en casa y a salvo, pero, al mismo tiempo, es sentirme caer desde el borde de un precipicio con la adrenalina corriendo por mis venas a toda velocidad. Estar con Carter me ha dado cosas que jamás creí que tendría y, Dios, estoy tan agradecida que no puedo esperar a ver qué más nos depara el futuro. Un futuro juntos.

—Aunque no me opongo a que lo intentes —jadeo cuando nos separamos en busca de aire.

Nos reímos nuevamente antes de que sus labios vuelvan a encontrar los míos. No puedo creer cómo las cosas han cambiado tanto para nosotros. Solía fingir que no tenía miedo, que todo estaba bajo control, a pesar del miedo que realmente sentía.

Antes sentía como si mi vida no fuera mía, como si me encontrara perdida en el mar y solo pudiera dejarme llevar por la corriente, atada de pies y manos, incapaz de resistirme.

Ya no más.

No me siento débil ni sola y, si alguna vez siento miedo, no necesito fingir y hacerme la dura. Sé que confiar es importante y que no todo el mundo es digno de ese regalo. Pero también sé que hay algunas personas por las que vale la pena arriesgarse y que, si tienes la suerte de encontrarlas, tu vida puede ser mil veces mejor.

Ya no tengo miedo y sé que no estoy sola.

Encuentro mi fuerza en mi familia y no en el odio ni en el dolor. Y sí, lo admito, en estos momentos no podría ser más feliz. Y aunque antes pensaba que todo esto solo me haría más débil, ahora sé que no es así.

Jamás me he sentido más fuerte. Soy una luchadora, una superviviente.

Soy...

INVICTA.

AGRADECIMIENTOS

fhgesuvhdsuo

